

Selecta

Pilar Piñero Mateo

*Ni un
paso atrás*

Ni un paso atrás

Pilar Piñero Mateo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Me miro al espejo... ¡44 tacos ya! no los aparento o eso me dicen, quizás físicamente, pero me pesan, ahora mismo me pesan en el alma y eso que la tengo en los pies, bajo los pies, mejor dicho.

Hoy mi marido Mario y yo hemos salido a cenar para celebrar mi cumpleaños. Mi amiga se ha quedado con mi hija para que podamos tener una velada romántica... ¿Y por qué no estoy ilusionada? ¿Por qué lo miro y no lo reconozco? ¿Por qué él no me mira siquiera? ¿Por qué no me dice lo guapa que estoy? ¿Por qué hay esta distancia entre los dos? Y lo peor de todo... ¿Por qué me da igual todo?

Salgo del lavabo en dirección a la mesa, noto la mirada de algún hombre sobre mí, puede que ahora ya no sea un pibonazo, pero soy un pibón de 44 años y aún arranco miradas furtivas... y no tan furtivas.

Me siento frente a Mario, su actitud es la misma, no me ve. Ese es nuestro problema, que no me ve desde hace mucho tiempo.

Lo miro... sigue cenando como si yo no estuviera delante. Tendríamos que estar emocionados, contentos, calentando el ambiente, ansiosos por lo que está por venir, deseando acabar la cena para llegar a casa, arrancarnos la ropa y hacerlo en cualquier lugar: contra la pared, en la escalera... pero no es así, hacerlo lo haremos, sexo seguro que tendremos, pero que me maten ahora mismo si me apetece que me toque. Lo intento, lo intento con todas mis fuerzas desde hace año y medio, pero no puedo. En mis sueños, en mis anhelos, en mis pensamientos, en mi alma y en mi corazón, ya no hay sitio para Mario, porque ha sido ocupado por otra persona y él ha salido para siempre.

Capítulo I

OLGA

Me llamo Olga, tengo 44 años y estoy casada desde hace 18. Conocí a mi marido, Mario, con 23 años y —todo y que no quería una relación en ese momento— me gustó desde el primer encuentro. Era un poco bruto, pero también divertido, detallista y generoso y, poco a poco, se fue colando en mi corazón.

Mario y yo tenemos una hija, María, de dieciséis primaveras. Es alegre, espontánea, cabezota, guerrera y sincera hasta pasarse: es mi vida.

Cuando nos casamos, compramos este piso. Está situado en el centro de la ciudad. Antiguamente, era una casona donde vivía un matrimonio con dos hijas. Las hijas la heredaron y, al hacerse mayores, la remodelaron y la transformaron en tres viviendas. En el bajo, se quedaron ellas y en la primera planta construyeron dos pisos. En uno vivimos nosotros y en el otro nuestros amigos Julia, Carlos y su hija de 15 años Judit. Ni que decir tiene, que María y Judit son inseparables.

En la planta superior del bloque tenemos una hermosa terraza que es toda de nuestro disfrute. Amaya y Emilia, las dueñas, nos la cedieron y la tenemos divina; la usamos muchísimo para cenas y reuniones con amigos durante todo el año.

Mi piso y el de Julia están uno enfrente del otro separados por un gran rellano. Nuestras hijas se han criado prácticamente juntas. Las puertas de nuestras casas están siempre abiertas y las crías van de una a otra constantemente.

Julia y yo nos conocimos cuando entramos a vivir aquí con un mes de diferencia, y desde el primer día congeniamos. Hoy en día, es mi mejor amiga. Es frecuente que cenemos juntos en la terraza y que nos vayamos de vacaciones a una casita de pueblo que ellos tienen en Àger y pasemos allí todos los veranos unos días las dos familias.

Trabajo desde hace dieciocho años en una tienda de mucho prestigio de venta y tasación de joyas. Tengo una diplomatura en Gemología y un máster en tasación de gemas y joyas. Es una carrera un poco rara, lo sé, pero siempre me han apasionado las piedras preciosas y las joyas antiguas, supongo que por el halo de misterio que yo misma les atribuyo, así que, cuando me tocó escoger carrera, no lo dudé. Además, la podía estudiar en mi ciudad, aquí en Valencia. Me

apasiona mi trabajo; soy encargada desde hace diez años y estoy encantada, sobre todo porque, con los años, he podido ajustar un horario que compagina perfectamente con mi vida familiar.

Mario es delineante y trabaja con Carlos en una empresa constructora, y Julia es maestra de primaria; la pobre es la que se encarga de comer con las chicas y “vigilarlas” hasta que llego yo. Cuando eran pequeñas, era más complicado, pero ahora ya son mayores y todo es más llevadero.

Llego a casa a mediodía; tengo el trabajo a cinco minutos en coche. He dejado la comida hecha, así que la pongo a calentar y me siento a tomarme un café mientras espero. Adoro la caféina. María ha ido hoy de excursión, así que estoy sola y tranquila en casa.

Me encanta mi piso, aunque a veces me agobia por no poder atenderlo porque se me hace muy grande: cuatro habitaciones, tres baños completos y dos terrazas, sin contar las cantidades indigentes de ropa que siempre hay sucia, por doblar o por planchar. Todas las estancias son exteriores, por lo que tiene mucha luz y el sol entra a raudales durante todo el día. Mario me ayuda en las tareas cotidianas, aunque la mayoría de las veces me agobia tanto lo perfeccionista que es y sus constantes «eso no lo haces bien», que acaba haciendo él las cosas a su manera y yo dándome por vencida: ¡don perfecto!

Últimamente estoy un poco depre; me encuentro sola, un poco abandonada. No tengo ganas de nada y el día a día se me hace cuesta arriba. Algo no está bien dentro de mí. No es nada en concreto; es más bien un cúmulo de cosas. Intento descubrir cuando empecé a sentirme así. No lo recuerdo exactamente, pero hace mucho, algo más de un año.

Echo la vista atrás y pienso en Mario, en mí y en nuestra relación llena de altibajos.

Cuando nos casamos, disfrutamos unos años de nuestro matrimonio antes de tener a María. La verdad es que lo pasamos francamente bien intentando concebirla, el sexo era genial, apasionado y frecuente. Evidentemente, cuando María nació, nada fue igual y creo que ahí empezaron nuestros problemas. Después de parir, Mario estuvo seis meses sin ponerme ni un dedo encima. Es cierto que lo rechacé en un par de ocasiones, ¡no creía que fuera tan grave! Pero para él parece que sí lo fue, pues me dijo, de bastantes malos modos, que no volvería a tocarme hasta que yo lo buscara. Eso me dejó fría, y esa frialdad me duró seis meses.

Cuando me incorporé al trabajo después de la baja de maternidad, mi matrimonio empeoró aún más. El nacimiento de María y los años que llevábamos ya casados, hicieron que la pasión mermara considerablemente por parte de los dos y fue *in crescendo* con el paso de los años.

Discutimos mucho: si yo digo blanco, él dice negro, en todo, en la educación de nuestra hija, en cómo colocar los platos en el lavavajillas o en dónde hacer la compra. Cualquier cosa es objeto de discusión. Se ha vuelto quisquilloso, agarrado, malhumorado, gritón y bastante insensible, y estoy harta.

Por suerte en la joyería estoy tranquila; trabajo rodeada de gente joven y me encanta. La dueña, Pilar, y yo somos las más mayores, pero mis compañeros me tratan como si tuviera la misma edad que ellos y eso rejuvenece. A ratos estoy de cara al público, pero mayormente trabajo en el taller o en el laboratorio tasando y reparando joyas, que es lo que me gusta. ¡Tengo hasta un despacho!

Mi puesto me estimula y me mantiene siempre alerta. La verdad es que últimamente me siento mejor en el trabajo que en casa. Mi cuñada, Manuela, también trabaja conmigo en la sección de ventas.

Joder, se me ha ido el santo al cielo y la comida está casi churrascada. Pongo la mesa y me siento a comer. Cuando he acabado, oigo que se abre la puerta de la calle, qué raro...

—¡Olga, soy yo! —Mario.

—¿Pasa algo, estás bien? —Nunca viene a comer...

—Sí... solo que tengo mucho dolor de espalda y, como no había mucha faena, he decidido venirme.

—¿Has ido al médico? —Seguro que no...

—No, ahora me pondré Voltarén y la esterilla.

—Tú mismo. ¿Quieres comer algo? —Es inútil discutir, él todo lo hace bien...

—No.

—Vale.

Diálogo de besugos, como últimamente. Tengo que hablar con él; esto no puede seguir así. Voy hacia el comedor y lo veo acomodándose en el sofá con la tele puesta, para no variar.

—Mario, tenemos que hablar... —Tengo que plantearme cambiar de frase.

—¿Qué pasa? —Me dice más seco que un bacalao.

—Pues es que... no sé cómo te sientes tú, pero yo no estoy bien; algo entre nosotros no está bien. —Esta frase también tengo que cambiarla...

—¿Qué pasa? —La misma pregunta de siempre.

—Te lo acabo de decir, joder... —Me saca de quicio.

—Bueno, tranquila, ¿vale? Tú eres la que dice que no está bien, pues habla.

—Ves... a eso me refiero: no se puede hablar contigo. Te digo que no estoy bien y tú ni caso.

—Joder, Olga, si no estás bien y me lo quieres contar, me lo cuentas y ya está.

—No se trata de eso, no estoy bien y creo que tú tampoco, porque has cambiado.

—Tengo mucho trabajo... —La misma excusa de siempre.

—¡Pero qué dices! Llevamos así un montón de tiempo ¡años! Esta conversación la hemos tenido una decena de veces y siempre acaba de la misma manera...

—¿Y cómo acaba, Olga?

—¡Pues así! Yo hablo, tú no me dices nada y todo sigue igual... de mal.

—Vale, primero, a mí no me pasa nada contigo, pero creo que tú has cambiado. Últimamente, estás de mal humor y más agria que un limón. —¡Habló el algodón de azúcar, hay que joderse!

—O sea, me ves rara, mal, seria, ¿y no preguntas lo que me pasa? —alucino con él...

—Te doy tiempo; pienso que cuando quieras ya me lo contarás. —Claro, y si en ese tiempo se me pasa, pues mejor para él, un problema menos... ¡agggg, me exaspera!

—Mira, si me ves rara es porque me siento mal, necesito cosas, cosas que no me das y no me refiero a lo material. —Me estoy esforzando por no llorar.

—Son épocas, Olga, el trabajo, la niña... —¡Ni que tuviéramos cinco churumbeles!

—Eso no tiene nada que ver... —Y me deshago en lágrimas por la frustración y la impotencia de no ser... de volver, a no ser comprendida.

—No llores, ven aquí. —Me siento a su lado y me echa el brazo por encima—. Mira, vamos a hacer una cosa, el mes que viene entregamos un proyecto importante y después, tú y yo nos vamos a ir un fin de semana a algún sitio, ¿te parece? —NO

—Vale. —Sé que no es la solución, pero no puedo decir nada más. Las palabras se quedan atascadas en mi garganta y el corazón se me marchita un poco más.

—¿A qué hora viene la niña? —Uy, uy, uy.

—A las cinco he de ir a buscarla, pero he quedado con Julia ahora para tomar un café e irnos juntas a recogerlas; ella hoy ha salido a las cuatro del cole. —Sé cuáles son sus intenciones, pero lo lleva claro si cree que, con un polvo rápido, esto se va a arreglar.

—Vale, pues hasta luego. —Y se queda tan pancho, la madre que lo parió. «¿Y qué esperabas? —¡Oooh, cállate!—. Soy tu conciencia, no puedo callarme, tontina», ríe.

Llamo a la puerta de Julia y abre con su sonrisa de siempre. La envidia, sé que ha tenido sus cosas con Carlos, pero hablan y lo arreglan, que es lo normal.

—Hola, chocho, pasa. Haz el café mientras me calzo los zapatos.

—Vale. —Pongo la cafeína y me siento a esperarla.

—Ya estoy. ¿Qué te pasa? —Cómo me conoce la jodia...

—Nada, lo de siempre...

—Olga, tienes que hablar con Mario; no puedes estar así. Tenéis que arreglarlo.

—Acabo de intentarlo y ha hecho lo de siempre y encima quería echar un polvo rápido...

—La verdad es que el tío tiene poco tacto. Olga... ¿aún lo quieres, estás enamorada, sientes mariposas cuando lo ves entrar en casa, te apetece acostarte con él?

—Joder, amiga, cuantas preguntas. No sé, lo quiero, pero... ¡uf! no lo sé, Julia, estoy hecha un lío... En fin, vámonos, que las *girls* deben estar a punto de llegar.

Julia es mi mejor amiga, y creo que es la persona que mejor me conoce. Por eso, con esas preguntas, algo se remueve en mi interior, porque ni yo misma me las había planteado y no quiero respondermelas. No quiero afrontarlas; no estoy preparada.

Cuando llegamos a casa, las luces están apagadas, y Mario no está. Debe haber salido a tomar algo con su amigo Fer. María y yo nos sentamos en la mesa de la cocina y me explica mil cosas de su día. La miro y sonrío sin poder evitarlo: ¡es preciosa!

Al final se nos empieza a hacer tarde y, como nos gusta cenar pronto, ya que todos madrugamos, me toca ponerme en plan sargento.

—Vale, María, vamos a ponernos las pilas. Cuando te duches haces los deberes y luego me das esos pantalones que quieres que te cosa.

—Vale, mamá.

—Yo voy haciendo las ensaladas que hoy toca verde y mar. —Traducido, ensalada y pescado.

—¡¡Qué asco, Olga!!

—¡Oye descarada, para ti soy supermamá!

—Anda, anda... qué asco de cena; cuando Judit y yo vivamos solas, en nuestra casa no va a entrar nunca, jamás, nada que no tenga madre. ¡Buajjj, qué asco!

—Ya vale, María, es lo que hay, que luego te pruebas los bikinis y te ves michelines por todas partes. Hay que comer sano.

—Vale, vale...

¡Vaya pieza! Ahora deberes, cena y a dormir... por fin se acaba otro día y mañana viernes por fin y ¡el sábado libre!

El sábado lo pasamos solas María y yo. Mario se ha ido con su hermano Pepe y su amigote Fer de pesca. No lo trago, a Fer quiero decir; a mi cuñado y a su mujer Rita los adoro. Fer es machista, descarado, malhablado y un mujeriego de cuidado. Pobre de su mujer, la compadezco, y para postre siempre me ha mirado de un modo que no me gusta nada.

Así que, como estamos solas, vamos a comer fuera. Después María y Judith quedan para ir al cine con unos amigos. Así que llego a casa y me echo una buena siesta. Por la tarde toca coser y planchar; ya sé que soy rara, pero ambas tareas me relajan un montón.

Cuando Mario llega, son ya las diez de la noche. Se ducha, cena y se acuesta, y María y yo nos volvemos a quedar solas. Nos hacemos palomitas y vemos Sábado Deluxe a nuestras anchas, sin tener que oír a Mario decirnos lo tontas que somos por ver ese programa.

El domingo toca ir a comer a casa de mi suegra. Cuando vamos a casa de Paca, nos juntamos también con todos mis cuñados, bueno, a Manuela la veo todos los días, pero a Rita y a Pepe no, y me encanta cotillear con ellos.

—Olga ¿Cómo va la faena? —la eterna preguntita de mi suegra.

—Bien, Paca, muy bien.

—No sé cómo puede sobrevivir una tienda de joyas con la crisis que hay. —Esa es Fernanda, mi otra cuñada que es viuda y amargada a más no poder. *No seas mala, la pobre está en dique seco hace... toda la vida, supongo supones bien.*

—Pues funciona. —«Y te jodes... —pienso. ¿Se nota que no la trago?—. Un pelín na más».

—Claro, siempre hay ricachones y niñas de papá caprichosas por lucir joyas horteras. —María me mira y le hago una advertencia muda para que se calle; Fernanda siempre hace comentarios de ese estilo y eso que no sabe de qué habla, porque no tiene hijos.

—Fernanda, eres una antigua, la tienda de Olga está siempre llena de gente mayor y joven para tasar alguna joya, comprar algo, chafardear o darse un capricho para ir guapa o guapo por la vida, hay joyas muy asequibles. —Ole, mi Rita.

—Ricachonas... —Uy, uy, uy.

—¿Ricachonas por qué? también vienen hombres. —¿Será machista, beata y retrógrada la tía!

—Porque las mujeres son más caprichosas que los hombres y se compran una joyita, un bolsito y un trapo bien corto y ¡ala, de caza! Lo tengo clarísimo, van así vestidas y enjoyadas para llamar la atención de otros hombres. —Y me señala a mí.

—Hermana, me parece que te estás pasando. Hoy en día las mujeres se ponen guapas para ellas mismas —le replica Pepe, su hermano.

—¿Para ellas mismas? No me lo creo... —sentencia la beata.

—Tita, eres muy antigua —le dice mi sobrina Lara de solo doce años.

—Es verdad, tía, yo me visto para mí misma. Me gusta verme guapa; soy tan coqueta como mamá y me encantan las joyas. El otro día mamá me regaló un camafeo que fue de... —dice mi María, pero Fernanda la interrumpe y le lanza dardos con los ojos.

—Pues ya podrías ir un poquito más discretita, hija... con esa minifalda pareces... —Llegado ese momento, echo humo por las orejas y miro a Mario con los ojos inyectados en sangre diciéndole: «¿la paras tú o lo hago yo?». *Nosotras, Olguita, ya la paramos nosotras, argggg.*

—Ya vale, Fernanda, por la medida de una falda no se puede juzgar a una mujer y por llevar más o menos joyas tampoco. —Por fin reacciona.

Y por fin se calla. A mi marido es al único al que hace caso, lo idolatra. Se le cae la baba cuando lo mira.

El resto de la comida pasa sin pena ni gloria. Aburridas, Rita, Lara, María y yo decidimos irnos a un bar cercano a tomar un café, ya que Fernanda, la tocacojones, prohíbe fumar en casa de su madre y ni Rita ni yo vamos a renunciar al cigarrito con el café.

—No la aguanto, Rita, te juro que me callo por Pepa, pero cualquier día...

—No caigas en su juego, Olga, yo la conozco hace casi treinta años y siempre ha sido así. Somos las dos de la misma edad, y de recién casadas nos llevábamos súper bien, pero al poco de casarse cambió, se amargó y la cosa fue a peor una vez viuda.

—¿Qué le debe haber pasado? Es lo que me extraña. ¡Qué tiene 55 años por Dios y parece una abuela! Siempre tiene algo que decir en contra de mí y hoy también le ha dado por María, y eso sí que no se lo voy a consentir.

—Mamá, ni caso, a mí me resbala lo que diga la tita y todo el mundo mundial.

—María, lo que la tita te ha dicho no está bien, pero tú chitón, ¿vale? —intento frenarla, que la conozco. *Tú déjala, no la frenes.*

—Claro que sí, guapi. —Y me sonrío... me la como.

Cuando llegamos a casa, Mario está más serio de lo normal, que ya es decir. Y como siempre, soy yo la que le pregunto.

—¿Te pasa algo, Mario?

—Te has pasado un poco en casa de mi madre, ¿no te parece? —¡¡¡Perdonaaaa!!!

—Y tú demasiado has tardado en defender a tu hija. Si no te aviso, te hubieras quedado tan

tranquilo y calladito, y hay que reaccionar Mario. Tienes que empezar a pararle los pies a Fernanda; últimamente se pasa un huevo con María. —Y conmigo, dicho sea de paso.

—Ya sabes cómo es; tienes que pasar de ella y punto, joder.

—¡Y lo hago! pero que no hable así de María. Por favor te lo pido, si vuelve a pasar, o le paras los pies o salgo por la puerta y no vuelvo en la vida.

—¡Que vale, joder! Como si en casa de tus padres todo fuera perfecto.

—Te estás pasando, Mario, y estás mintiendo. En mi casa nunca se han metido contigo y menos aún con nuestra hija.

—Vale, ya está bien. Me voy a ver a Fer. Hasta luego.

Y aquí se acaba la conversación, porque a él le sale de los huevos, dejándome como si fuera yo la rara. *Anda y que le den, Olguita. Vaya mierda de día.*

Capítulo II

OLGA

Mierda, el despertador me dice que ya son las siete; me duele todo. *¡Estamos muy mayores!* Me levanto renqueando y a la ducha, a ver si espabilo. María y yo desayunamos juntas, suena el timbre, y María va a abrir.

—¡Buenos días, Olga! —Es Judit, tan dicharachera como su madre.

—Hola, mi amor, buenos días. María los dientes y pitando.

Llego al centro de Valencia con quince minutos de margen para mi segundo café del día. Me siento en la terraza del Zone, el bar de al lado de la tienda y disfruto de la soledad del momento.

La tienda está situada en una calle peatonal llena de tiendas y terracitas y todos nos conocemos. Cuando Susana me sirve el café, veo a lo lejos a Eric acercarse. Es mi compañero de trabajo. Es el encargado de la zona de metales, o sea oro, plata y platino; el tío tiene unas manos maravillosas, *ejem...*, con los metales. Llevamos cinco años trabajando juntos, pero estamos más unidos desde que, hace cuatro, lo hicieron también encargado. Tiene 27 años y está bueno, bueno, bueno y me lo paso genial con él. Es divertido y espontáneo. Dice todo lo que se le pasa por la cabeza y es un ligón empedernido. *Y nuestra pesadilla desde hace año y medio, Olguita, dilo todo.*

—¡Susana, un cortadito, guapa! Hola, mi reina. —Qué zalamero es el jodio y *cómo le quedan los tejanos, comadre.*

—A las buenas, chato. —Ya me ha alegrado el día.

—A las buenas, chata. ¿Qué tal el finde? —Asqueroso, me gustaría contestarle.

—Seguro que más aburrido que el tuyo.

—Seguro, ¿O tú te acostaste el sábado con dos tías? —¡Alaaa! me ha dejao muerta.

—Pues no, solo con un tío. —Y ni siquiera eché un polvo...

—Qué aburrida eres... el sábado fue un día grandioso. —Me lo imagino... En sus apetitosos labios aparece la sonrisa más gamberra y sensual que he visto en mi vida; estira los brazos por encima de su cabeza en un gesto perezoso, y la camiseta se le sube dejando una pecaminosa porción de carne al descubierto. *¡Madre del amor hermoso, este tío es el pecado hecho hombre!* ¡Cállate so salida!

—Seguro... pero eres un guarro ¿Por qué me cuentas esas cosas? —*No ves que me pongo malitaaaaaaa.*

—Para ponerte los dientes largos, ya sabes... «te casaste, la cagaste». —Cada día estoy más de acuerdo con ese dicho.

—Lo que no sé es como las encuentras. ¿Llevas un cartel o algo? —Se ríe y apoya los brazos en la mesa para quedar más cerca de mí y baja la voz.

—Verás, el sábado quedé con una amiga masajista y cuando estábamos con el masaje, vino otra amiga a verme. El caso es que el masaje se puso interesante, la otra quiso probar, y acabamos follando los tres en la camilla. Las cosas no hay que buscarlas, Olga, llegan solas. —Me cuesta hasta tragarme el café, joder, parece serrín.

—Pues a mí esas cosas no me han llegado nunca, ni cuando era joven, y ahora, pues menos, claro... —Me pongo recta y a la defensiva y no sé por qué.

—¡Pero bueno, ni que estuvieras hecha una abuela! Olga, eres una tía joven y guapa. Las cuarentonas ahora estáis muy valoradas, te lo digo yo... —Mi cara parece un pimiento morrón y unas cosquillas se instalan en mi estómago. *Y más abajo también.*

—Mejor cállate, y vamos a currar que me estás escandalizando. —Nos ponemos en pie, pero en vez de empezar a andar, agarra mi brazo y me acerca a él.

—¿Escandalizando o calentando? —susurra pegado a mi oído, y una corriente atraviesa todo mi cuerpo. *¿Pero qué coño hace este niño...!?*

—Venga, tira pa' dentro, machomen. —*Madre mía, qué calor Olguita...*

A media mañana, hacemos una paradita para un desayuno rápido. En el almacén tenemos un office con cafetera, nevera, microondas y una mesa enorme y lo hacemos por turnos.

Cuando estoy sacando un café de la máquina, viene mi cuñada Manuela.

—Hola, cuñada. ¿Cómo va eso?

—Bien, mucha faena, ha llegado un envío de Rusia y estamos desbordados. Hay que tasar, limpiar y restaurar, pero también hay mercancía para poner a la venta directamente.

—Vale, ahora la iremos a buscar. ¿Has oído el último cotilleo? —Ya estamos... para ser una mujer divorciada de un tío que le puso los cuernos y fue voz populi en casi toda Valencia, no sabe cerrar la boca.

—Pues no.... —Ni me importa, estoy a punto de decirle.

—Pues Verónica, la de la tienda de deportes, se dice que ha dejado a su marido.

—¿Y?

—Pues que se veía un tío muy simpático y muy guapo.

—¿Y?

—Joder, Olga, pues que es raro que lo haya dejado, ¿no?

—A ver si lo entiendo, si un tío es guapo y simpático, su mujer no lo puede dejar. Manuela, de puertas para fuera todos somos buenos, ellos sabrán... —La familia de mi marido es de la época de la enagua...

—Claro, claro, algo habrá. Mira quien viene por ahí. —Otra vez esa cosa en mi estómago cuando veo a Eric acercarse.

—Hola, guapas. —Eric entra captando toda nuestra atención.

—Hola, guapo. Te invito a un café. —Mi cuñada babea cuando lo ve, aunque no es la única...

—Gracias, Manuela.

—Eric, ¿has visto lo guapa que está hoy Olga? —He girado la cabeza hacia mi cuñada tan bruscamente que creo que me he roto un tendón. ¿¡Pero qué dice esta loca!?

—Sí que lo está, pero no menos que ayer. Bueno, hasta luego. —Anonadadas, nos ha dejado a las dos con la boca abierta. ¡Vaya piropo! Y la cara de mi cuñada es un poema.

—Esto... yo también me voy, hasta ahora, Olga.

—Hasta luego.

Hoy tengo una faena de lo más relajada: hacer inventario de los anillos que hay en el taller. Cojo el móvil, pongo la playlist, me coloco los auriculares y mi música preferida empieza a sonar. Me encanta la música, me alivia y me alegra el alma. Empieza La Oreja de Van Gogh, *20 de enero*, la tarareo; me encanta. La Quinta Estación, *El sol no regresa*. Soy una romántica empedernida... y ahora uno de mis grupos preferidos, Supersubmarina con su *Viento de cara*.

Estoy a mi rollo, cuando de repente un auricular desaparece de mi oído derecho y ahí está Eric, con cara de pillín.

—¿Qué estás escuchando? —Se ha puesto a mi lado, demasiado cerca para mi cordura... *¡Pero estás encantada so pedorra!* Asquerosa conciencia...

—Pues ahora nada, so listo. Se ha parado la canción... espera que la vuelvo a poner. Es Supersubmarina la canción se llama *Viento...*

—...*de cara*. La conozco, me encanta este grupo. Ponla. ¿Te importa si la escucho contigo? — Ay, mi madre...

—No... claro. —se pone el auricular y empieza la canción:

Te busco en el hueco que queda en mi alma...

Tan frío y profundo que no encuentro nada...

Quisiera volverme invisible y colarme esta noche en tu cama...

Noto que me está mirando fijamente; giro la cara y yo hago lo mismo. Sus labios empiezan a tararear la canción y creo que voy a morirme ahora mismo. La canción suena de lo más sensual saliendo de su boca:

...que cada vez que te vuelva a mirar, me resulte más fácil morir, que obligarme a decir la verdad...

JO-DER, este es uno de los momentos más eróticos de toda mi vida. No hay piel, no hay tacto, solo vista y oído y, juro por Dios, que podría correrme con solo oírlo cantar... *Y verlo andar, y verlo reír y verlo...* Vale, vale, que sí.

La canción acaba y me arranco el auricular. Pensaba que se me había fundido dentro de la oreja, pero no, sale sin problemas. No soy capaz de hablar, y él también se queda callado. Tengo el

corazón muy acelerado, como si hubiera corrido una maratón.

—¿Te puedo añadir una? —¿Una qué...?

—¿Eh? Ah, claro, ten tú mismo... —Cuando se lo desbloqueo, aparece la foto que tengo de salvapantalla. En ella María y yo sonreímos sacando la lengua.

—¿Es tu hija?

—Sí... es muy guapa, ¿verdad? —Qué le voy a hacer; se me cae la baba con mi hija.

—Sí que lo es, como la madre. —Busca algo en el móvil y me lo devuelve.

—El grupo se llama Muse y la canción *Time is running out*. Escúchala.

Se aleja y me deja temblando como una hoja. No me explico el efecto que este hombre tiene en mí y por un segundo pienso en cómo sería si me pusiera la mano encima, la boca... *Ay, ay, ay... qué calor*. Si con solo mirarme o rozarme me pongo cardíaca, si me tocara, me fundiría como un cubito de hielo en el desierto. Esto se lo tengo que contar a Julia. Se va a reír como una loca.

La semana pasa demasiado lenta para mi gusto y, cuando llega el sábado por la noche, estoy rendida. Cuando estamos cerrando esa noche, Mireya, una compañera, nos propone ir a cenar un bocata y una cerveza y me apunto sin dudarle. Le mando un whatsapp a Mario.

YO:

Me voy con los xicos a cenar. Ok?

MARIO:

Ok

Pues ala... a cenar.

La cena va como siempre, reímos muchísimo y me lo paso de muerte. Soy la mayor de todos, pero la verdad es que no se nota, y no solo lo digo yo. Siempre me buscan para salir con ellos; por algo será. En cambio, mi cuñada tiene mi edad y, a no ser que se apunte ella, nadie le dice nada. La rehúyen como gato al agua.

Llego a casa sobre las doce y media y desde la calle veo la luz de la terraza encendida. Deben haber cenado todos juntos.

Subo directamente y me siento en la primera silla que pillo. Estoy machacada.

—Buenas noches, chocho, ¿un día duro? —Me saluda Julia.

—Agotador, hola, cariño, ¿qué tal, Carlos? —saludo besando a Mario en la mejilla.

—Pues no estarás muy cansada cuando te has ido de farra después de plegar... —Ahí va el reproche.

—Aquí también habría cenado, al menos no me he tenido que meter en la cocina. Me han servido como a una reina.

—Claro que sí, Olga, no hay nada como un poco de relax después del curro. —Me salva Carlos.

—Amén a eso. —Río—. ¿Y las niñas?

—Están en casa; han monopolizado la tele —me contesta Mario serio.

—Venga, amiga, que te pongo un vinito pa' rematar la noche.

—Tú sí que sabes, amiga, vamos a echarlo.

—Y... ¿dónde habéis cenado amiga?

—Pues estábamos tan cansados, que nos hemos quedado en el Zone. La madre de Susana hace una tortilla de patatas que no veas. La verdad es que me lo he pasado genial. Eric no ha parado de contarnos chistes; tengo la mandíbula desencajada de reír.

—Tú no habrás contado ninguno, ¿verdad? —Qué bien me conoce mi amiga.

—Noooo —Río—. Él solo se basta y se sobra. Además, Eric tiene una gracia genuina para explicarlos.

—¿Y no os habéis ido de copeo? —me pregunta Carlos.

—Sí, hemos ido a un puf que Eric conocía, y la verdad es que me ha encantado.

—Joder, ¿es que ese Eric lo hace todo bien? No paras de hablar de él... —Uy.

—Perdona si te molesta que hable de mis compañeros, que me relacione y que desconecte para variar. —Ya me estoy hartando.

—¡No se me ocurriría molestarte porque no serviría de nada! —Se levanta dispuesto a irse.

—Oye, tú te vas con Fer cada martes y cada fin de semana, y yo no te digo nada.

—Pero yo no hablo de él todo el tiempo; tú, en cambio, no paras de hablar de tus compañeros y de ese Eric de los cojones.

—No te pases, Mario, no es para tanto —le dice Carlos.

—¡Claro, tú no vives con ella! —Joder, está bien cabreado.

—Tranquilo, a partir de ahora no comentaré nada del trabajo. —Aunque es el único tema de conversación entre nosotros últimamente...

—Venga, vamos a tomarnos una copita tranquilos... —Intenta apaciguarnos Julia.

—Haced lo que queráis, pero yo me largo que mañana voy de pesca.

Y se larga dejándonos en un tenso silencio.

—Lo siento; si lo llego a saber, no subo. Me sabe fatal.

—No ha pasado nada... Mario últimamente está bastante nervioso. La cuenta de Páez lo tiene inquieto —dice Carlos.

—La cuenta de Páez se abrió hace ocho meses, y Mario lleva de mala leche mucho más tiempo.

—Se miran entre ellos, pero no dicen nada.

—Tranquila, rachas chungas las pasamos todos. Bueno, yo me retiro, buenas noches, amor, buenas noches, Olga. —Y le endiña un besazo a Julia que me hace suspirar.

—Buenas noches, Carlos.

—Bueno, amiga, ahora que nos hemos quedado solas, vamos a darle al vinito. Dame un cigarro que Carlos se lo ha llevado.

—Pon ese vino. Joder, Julia, como se ha puesto Mario...

—Se ha pasado un poco... —Noto que me quiere decir algo...

—¿Qué pasa Julia?

—A ver, Olga, la verdad es que, desde hace meses, bastantes, cada vez que nos juntamos, noto más tensión entre vosotros. Hasta Carlos se ha dado cuenta.

—Ya... y en casa es peor. El otro día estaba fregando una sartén y la puse a escurrir plana, pues vino él y me dijo que así no se ponía, que no se iba a secar. ¿Te lo puedes creer? Y ahora me tiene prohibido poner el lavavajillas porque dice que no sé, que malgasto espacio. ¡Es alucinante! Y que no sé comprar, y que uso demasiado aceite, y que lleno demasiado la lavadora... Me tiene harta.

—¿En serio? Joder, amiga, pues plántale cara.

—No es tan fácil, Julia, eso sería una continua discusión y no tengo ganas. No tengo fuerzas. Estoy taaaaaan cansada, amiga, tanto...

—Bueno... y... ¿qué tal Eric...?

—Pues como siempre. Amiga, me cuenta unas cosas...

—Ah... y encima es gracioso y guapo y joven... —Ay, picarona.

—Pues sí que es guapo, y con 27 años, pues es un ligón de cuidado. Lléname la copa anda...

—Ya, el profe de gimnasia de mi cole es igual. A veces hasta nos saca los colores con las cosas que nos explica.

—Pero es que Eric solo me las dice a mí. Cuando estamos con más gente, no lo hace. Mira, el otro día me contó que había hecho un trío. Pero es cómo lo cuenta el tío: como si fuera lo más normal del mundo.

—Claro, algo muy normal... —Ríe—. Pero sí que es raro que solo te las diga a ti, sí... a ver si busca algo contigo, Olga.

—¡Qué va, no me hagas reír! Tiene a todas las tías que quiere, para nada, pero no sé, le gusta ponerme al límite y créeme que lo consigue. Me pone nerviosita perdida y hace que parezca una cría, de verdad, Julia... Bueno, vamos a hacer un brindis ¡por nosotras!

—¡Por nosotras! Las mejores del mundo mundial.

Cuando damos por finalizada la velada, son ya las tres y media de la madrugada. Me meto en la cama y Mario enciende la luz, lo que me faltaba.

—Oye, Olga, antes me he pasado un poco.

—Pues sí, un poco.

—Pero es que lo mencionas muy a menudo y...

—¿A quién? —Me hago la tonta...

—A tu compañero, a ese tal Eric.

—Ah... es solo un compañero, pero te lo cuento para que te rías conmigo, para compartir mi día a día.

—Bueno, pues vale. Ven aquí...

Y como el alcohol me pone tontorróna, le sigo el juego. Aunque mi mente no desconecta, y en un

momento dado, un flash con la cara de Eric atraviesa mi cabeza y siento una punzada de remordimiento por pensar en otro mientras hago el amor con mi marido.

JULIA

Cuando Olga se va, me quedo pensando en su mirada cuando habla de ese tal Eric. No lo conozco, pues aunque somos amigas, no he tratado nunca a sus compañeros de trabajo. Ella no se da cuenta, pero yo la conozco y veo en sus ojos un anhelo cuando habla de Eric, que ella aún no sabe qué siente. Es la primera vez que lo menciona estando los cuatro, pero a mí hace un año que me habla de él, de lo que le explica, de las bromas que le hace... y mi amiga no lo ha visto aún, pero sospecho que en ella está naciendo un sentimiento hacia ese chico, que le va a traer muchos problemas. Ese brillo en los ojos que le aparece cuando habla de él, la delata y, lo peor de todo, es que creo que no soy la única que lo ha visto esta noche...

Capítulo III

OLGA

Marzo ha empezado fuerte, son las ocho y media de la mañana y estamos a dieciocho grados. Me tomo el café y el cigarro en el Zone y entro en la tienda. La jefa, Pilar, está de viaje y, aunque no viene mucho por aquí y es una jefa estupenda, se respira un ambiente de relax.

Hoy tengo que estar en el laboratorio y luego en el taller, lo que quiere decir que estaré parte del día con Eric. En los mostradores están Manuela y Helena. Se presenta un día tranquilo.

En el laboratorio voy a tasar las piedras de una señora de Sevilla que ha venido expresamente a nosotros. Mi trabajo incluye también el conocimiento de química, pues es necesaria para testar ciertos materiales. Así que nada más llegar, me encierro en el laboratorio. Estoy aislada del taller, pero un cristal me deja ojear lo que Eric, Mireya y Narciso hacen. Los observo hablar y, aunque no pueda oír lo que dicen, veo cómo se mean de la risa. Eric está explicando alguna batallita y los otros dos no pueden contener las carcajadas, todo sin dejar de trabajar cada uno en lo suyo. De repente, Eric levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Nos miramos serios, con una... conexión que no sé explicar y, sin poder aguantarle la mirada, agacho la cabeza un poco avergonzada.

Cuando llega la hora del café, decido salir de la tienda y voy al bar. Necesito desconectar un rato. Tengo las cervicales trituradas y mi cabeza por un estilo. Cuando vuelvo al trabajo, entro en el taller y allí están Eric y Narciso cotorreando cual dos marujas.

—¿Qué pasa niños? —dejo el bolso y me pongo la bata blanca, nada favorecedora, por cierto: parece un saco.

—Estábamos hablando de un libro... —contesta Narciso con una sonrisilla.

—A sí, ¿cuál? —pregunto distraída.

—*50 sombras de Grey* —dice Eric mirándome fijamente, para ver mi reacción.

—Lo he leído —confieso nerviosa, pues sé de lo que se va a hablar.

—¿Te gustó? —me pregunta Narciso.

—Bueno... es un poco fantasioso —respondo con cautela.

—Fantasioso... ¿Por qué? —dice Eric, ahí vamos... *Venga, déjalo con un palmo de narices.*

—Pues por los personajes: tío millonario, chica pobre y virgen... —*Cautela, cautela, Olguita,*

que este sabe más que un ratón colorao.

—Eso puede que sí, pero la historia de amor es chula y excitante... —Ay, qué calor, por Dios.

—Si te gusta que te aten y te peguen... —Ahora solo hablamos Eric y yo.

—¿Lo has probado? —La madre que lo parió. *Ala, ya nos tiene donde quería. ¡Si es que se lo has puesto a huevo!*

—Pues no, pero no me gusta ese tipo de sexo —*¡Ay, que me mondoooo!*

—Eso no lo sabes si no lo pruebas. Es un sexo diferente, pero muy placentero si se hace bien. ¿Nunca has probado algo que no sea el misionero? No te creía tan puritana —me dice riéndose. *Ya te has metido de lleno, a ver como sales ahora...*

—Y no lo soy, pero no me atraen esas prácticas sexuales —Joder, que calor da la puta bata. *Sí, ya, la bata...*

—Yo sí lo he probado y te puedo decir que si lo probaras cambiarías de opinión. Es un juego sexual, algo diferente para hacer de vez en cuando...

—Vale, Christian Grey, pues para ti... —le contesto un poco borde, pero es que no quiero ni imaginármelo y estoy de lo más incómoda con el temita... *Y cachonda, Olguita, muy cachonda*

—Pues claro, para mí y para la que lo quiera probar conmigo, y te aseguro que todas han acabado pidiéndome más —dice riendo. *¡Calla, chico, joder...!*

—Bueno... ¿cómo lleváis esas incrustaciones? —digo cambiando de tema más roja que un tomate. Eric me mira sin decir nada con una sonrisilla de autosuficiencia; sabe que me ha ganado por goleada.

—Todo en orden... tranquila. —Y me lo susurra cual actor porno; esto es inaguantable, no lo soporto más.

—Tranquilísima, pero no podéis coger los rubies, aún tengo que cuantificar los quilates. —El trabajo es lo que me aclara la mente turbia y sucia que tengo ahora mismo. Veo por el rabillo del ojo como Narciso desaparece. Estamos solos. *¡¡Peligro!!*

—Cuando los tengas, nos das un toque. Por cierto, creo que te estás perdiendo muchas cosas —me dice Eric bajito volviendo al temita que quiero evitar. Estamos uno al lado del otro; nuestros brazos se rozan, aunque hay espacio suficiente para no tocarnos y un hormigueo me recorre allí donde nuestras pieles hacen contacto. *Y más abajo también*

—No lo creo, tengo muy claro lo que me gusta y lo que no —intento parecer firme.

—Eso no lo sabes si no lo pruebas, tienes que abrir tu mente.

—No me hace falta; lo sé y punto, tampoco necesito pillarme un dedo con una puerta para saber que no me gustaría. —*Vaya comparación, hija...*

—¡Es diferente! Y no solo es la atadura o el azote, es todo lo que envuelve la situación. La espera, la anticipación, la sensación, no saber si vas a recibir un azote o una caricia, porque, si se hace con los ojos vendados, las sensaciones se multiplican. —Y llegados este punto yo ya estoy cardíaca y se me va la boca.

—Y... ¿tú lo has hecho o te lo han hecho a ti? —*¡Si es que eres una boca chancla!*

—Ambas cosas, pero lo disfruto más cuando lo hago yo; te da poder y el poder es excitante, aunque si alguna insiste en cambiar los roles... —Madre mía, podría fundir un anillo de oro en mis mejillas...

—Pues no me atrae. —*MENTIROSA... quizá con tu marido no, ¿pero con él?* Calla puta conciencia del demonio.

—Pues es una pena porque es muy excitante y se disfruta mucho, y si le añades un poco de verborrea guarra... es sublime.

—¿Verborrea guarra? —*Sí, Olguita, sí, todas esas palabras que ahorita mismo se te están pasando a ti por la cabeza*

—¿Nunca te han dicho guarradas mientras follas? —Qué expresivo por Dios.

—¡¡Nooooo!! Madre mía... —contesto cual puritana reprimida y mal follada, pero solo de pensarlo se me funden hasta los empastes.

—Eso mismo me dicen... —Si sigue provocándome, me voy a convertir en un charco en el suelo.

—¡Eres un guarro! —le digo con los dientes apretados.

—Eso también me lo dicen... —El tío se lo está pasando genial a mi costa. *Y yo, Olguita, y yo, ¿es que me parto contigo!*

—¡Para ya! —Por favor, ten piedad; no sé si se lo digo a Eric o a mi puta conciencia que no me deja vivir.

—¡Aixxxx!, eso no me lo dicen, sino todo lo contrario. —Tengo que cortar esto ¡ya!

—Me voy a currar. —Me giro para irme, pero se acerca peligrosamente a mí.

—Ay, Olga, qué desaprovechada estás... —Se separa de mí y, al pasar por detrás, acaricia mi espalda con un toque casi imperceptible, pero que a mí me ha puesto cardiaca... ¿Pero qué me está pasando con este tío?

La jornada laboral concluye y, después de comer, llevo a María a entreno, hace baloncesto con el equipo del barrio. Cuando estamos paradas en un semáforo, veo a Eric pasar con su coche, nos miramos, pero no nos saludamos... ¿Qué es esto?

No quiero pensar, así que me obligo a sacarlo de mi mente y le presto toda mi atención al entrenamiento de mi hija. Cuando acaba, salgo fuera del pabellón, pues sus duchas son eternas y aprovecho para fumar y revisar el móvil. Estoy a lo mío, cuando una figura alta se para frente a mí, revolucionando mi ritmo cardiaco. *Solo puede ser ÉL.*

—Hola, Olga —me dice muy serio.

—Eh... hola. ¿Qué haces por aquí? —le pregunto nerviosa. Es la primera vez en seis años que lo veo fuera del trabajo, en mi vida cotidiana, bueno, la segunda.

—Vengo a entrenar. —Está muy serio, en la tienda no es así, ¿le pasará algo?

—No sabía que jugabas a...

—Fútbol, juego a fútbol. —En ese momento pasan dos chicos por su lado y se despide de mí con un simple «hasta mañana».

Me quedo allí con una sensación extraña, como desalentada, como si me faltara algo, como deseando que no se hubiera ido... *Olguita, tienes que centrarte, por Dios, solo es Eric, tu compañero de trabajo, solo es Eric, el tío más bueno que has visto y que tienes que sacarte de la cabeza.*

ERIC

Lo que me faltaba, encontrármela fuera del curro, y seguro que no va a ser la última vez porque, según me ha dicho, su hija entrena aquí. Me he quedado bloqueado cuando la he visto, y ella parece que también. Empiezo a correr, me pongo los auriculares y empieza la canción de Muse, coño, cada vez que la escucho, me recuerda a ella. El otro día se la puse en el móvil, y ahora cuando la oigo, la veo a ella: desnuda, sudada y debajo de mí. Joder, estoy fatal de lo que sea que me está pasando. Los chicos me han dicho de salir de fiesta este finde y creo que será lo mejor, necesito echar un polvo y sacarme a Olga de la puta cabeza.

OLGA

El fin de semana las niñas insistieron en que nos fuéramos a Àger todos juntos. La verdad es que me apetecía; desconectar un poco me vendría bien.

La casa de Julia y Carlos es una monada, una casita de pueblo con un hermoso patio que han arreglado poco a poco y, con los años, han conseguido crear un rincón de lo más original y encantador.

La casa tiene tres habitaciones muy amplias, y un comedor-cocina enorme. Es perfecta para alojarnos todos cómodamente. En cuanto llegamos, nos vamos a comer. La carne de allí es fantástica y tienen unos chuletones para chuparse los dedos. Las niñas están encantadas, ya que han hecho amistades en el pueblo y, en cuanto acaban de comer, se largan.

Nosotros nos vamos a la casa a organizarla un poco y adecentarla. Mario está serio, pero es que ya no me extraña; últimamente está siempre así.

Después de cenar, nos sentamos los cuatro en el patio, y Julia y yo empezamos a darle al vino. Entre risas y bromas pasamos una velada estupenda, pero estoy deseando quedarnos solas para poder hablar con ella.

—Bueno, amiga, por fin solas. Tenía ganas de hablar contigo —le digo.

—Pues dime... —Nos ponemos un vinito, que aligera las penas.

—Pues es que... no sé qué decirte, la verdad es que ni yo misma sé lo que me está pasando...

—No tengo ni idea de cómo abordar el tema.

—Olga, me estás asustando. ¿Qué te pasa?

—Pues... es que últimamente no estoy bien; bueno, eso tú ya lo sabes. El caso es que... joder, pues que cuando Eric me habla o me roza... —Ala, lo solté, aunque a medias...

—Te pones más cachonda que una mona.

—Pues... sí. Remueve algo dentro de mí que nunca había sentido.

—A ver, no hay que alarmarse. Es normal. Hace un montón de tiempo que Mario no está demasiado pendiente de ti y, aunque suene machista, las mujeres parecemos cachorritos, con un poco de cariño y atención, nos ganan, y tú estás falta de cariño, amiga. Creo que estás magnificando la situación, como les pasa a los de Gran Hermano.

—Puede ser... —ríó—, pero es que se me erizan todos los pelos del cuerpo cuando me roza o me habla al oído. —Se lo estoy contando, y tengo los pelos como porras.

—¿¡Te habla al oído!? Qué cochinote. —Ríe.

—Pues, sí, sobre todo si me habla de cosas guarras. Siempre acaba cuchicheándome algo al oído y, de verdad, amiga, me pone cardíaca y me hace sentir mal. Estoy casada, joder.

—A ver, Olga, no somos de piedra; yo también me pongo cachonda con los personajes de los libros eróticos que leo o si veo una escena picante en la tele. ¡Eso es humano! Creo que estás exagerando.

—Magnificando, ¿no? Pues mirándolo así, puede ser. Creo que, si Mario me diera más cariño, no estaría en esta situación pero... ya no solo son detalles. Hace unas semanas me puso una canción en mi móvil de un grupo llamado Muse. Pues, al día siguiente, estoy tan tranquila en mi banco de trabajo y lo veo mirándome, se acerca y me pregunta si he escuchado la canción. Le digo que sí y me la empieza a susurrar, joder tía, la escena era esta: los dos apoyados en el banco de trabajo, nuestras manos muy juntas, pero sin tocarnos, y él empieza a susurrarme la canción. Los dos mirándonos a los ojos y de vez en cuando, él me miraba la boca. Este tío me pone en unas situaciones que no sé manejar. Te juro que me aísla; me quedo lela perdida, como si estuviéramos los dos solos en una burbuja, y a él lo veo igual, de verdad, Julia, no lo puedo disimular. Si alguien nos ve en esa situación, puede pensar cualquier cosa. Esto se me está yendo de las manos...

—Joder... ese tío sabe dónde poner el dedito, pero no puedes ceder, Olga... Tienes que arreglar las cosas en tu casa. Creo que lo primero es hablar más en serio con Mario. Los tíos no se dan cuenta; si no pides, se estancan, se acomodan y creen que ya lo tienen todo ganado, así que no se esfuerzan.

—Pero es que he intentado decírselo un montón de veces Julia y siempre acabo mosqueada porque no reacciona, no cambia nada y encima cuando estoy en el trabajo...

—A ver, Olga, cógelo con tranquilidad, díselo todo: lo que no te gusta, lo que quieres en vuestra relación, lo que te inquieta. Tienes que darle la oportunidad de cambiar, y tú también tienes derecho a pedirle lo que necesitas.

—Creo que tienes razón, la rutina es veneno en una relación y nosotros necesitamos tiempo para nosotros. María está siempre muy pegada a mí, sale poco, casi siempre ella y Judit están o en tu

casa o en la mía. Puede que tengamos que buscar horas en las que no nos puedan interrumpir, que no tengamos el tiempo pegado al culo, para poder hablar con franqueza.

—Eso es lo que yo creo. Podéis permitirlos iros un fin de semana donde queráis, y María se puede quedar con nosotros o en casa de tu madre. Tienes que intentarlo y verás cómo todo se arregla. Os tenéis que dar una oportunidad, Olga.

—Sí, tienes razón, lo voy a hacer y voy a preparar una escapada. A ver si así todo dentro de mí se vuelve a poner en su sitio. Un brindis por nosotras y muchas gracias, amiga, de verdad.

—Yo siempre voy a estar aquí. Te quiero amiga.

—Lo sé, yo también te quiero.

JULIA

¡Me cago en tó! Esto cada vez se pone peor. Creo que le he dado un buen consejo: hablar con Mario, a ver si así vuelve todo a su cauce, pero no estoy segura de que vaya a servir... Creo que mi amiga está encoñada con el chaval. ¿Por qué el niño le susurra palabritas y canciones, la acaricia y se acerca tanto a ella? A ver si el pollito va a resultar ser un cazador en busca de presa, y mi amiga, ahora mismo, es una presa fácil. La veo más agobiada que nunca y no sé qué mierda le pasa a Mario. Olga es preciosa: morena, con el pelo rizado, pero lo que más llama la atención de su físico son sus ojos de un verde azulado y sus labios carnosos y tentadores. Mario no es guapo precisamente, todo lo contrario. Tendría que besarle los pies. No solo porque sea guapa, sino porque es graciosa, simpática, inteligente, buena amiga y buena madre. Mario no la mira con deseo. Olga está muy bien de tipo, y este gilipollas, como no se ponga las pilas, la va a perder por culpa del niño...

Capítulo IV

OLGA

Me despierto sobresaltada. ¡Joder, qué sueñecito he tenido! Si no me extraña, con las conversaciones que tenemos en el trabajo... normal, y yo que estoy falta de buen sexo, pues un caldo de cultivo idóneo para que mi mente me muestre las cosas que me cuenta Eric y que me estoy perdiendo... Joder... no puede ser... ahora empiezo a recordar... ¡el del sueño era Eric! ¡Yo estaba con Eric! *A ver, Olguita, piensa joder... no estabas haciendo nada con él*, pero lo sentía muy cerca... Olía su colonia, pero no lo veía, quizá tuviera los ojos vendados... ¡No me lo puedo creer, este niño me está volviendo loca! *Bueno, Olguita, ha sido solo un sueño*. Tengo el pulso acelerado y la boca seca. Hace mucho calor hoy, ¿no? Porque yo estoy sudada hasta la raíz del pelo. *Y cachonda también*. Puta conciencia... a la ducha de cabeza.

Cuando salgo de la ducha veo que tengo un whatsapp de mi hermana.

ROSA:

Hola, tú. ¿Cómo estás?

YO:

Bien, ducha y curro, nos vemos finde casa papas?

ROSA:

Claro! Baja ritmo o morirás pronto (carita sonriendo)...

YO:

Toda la razón, te dejo besitossss

ROSA:

TQ

YO:

TQ

Si mi hermana supiera lo que me está pasando, se mearía de la risa.

Rosa es dos años mayor que yo, siempre hemos estado muy unidas. Manuel, su marido, es un poco troglodita en su manera de pensar, todo lo contrario que Rosa, por lo que tienen peleas épicas, pero yo le tengo mucho cariño. Conmigo y con María siempre ha sido cariñoso y atento.

Rosa y Manuel se casaron muy jóvenes porque mi hermana se quedó embarazada de mi sobrino Luis y había que solucionar el tema, pero estoy segura de que, de no haber sido por el embarazo,

mi hermana no se hubiera quedado con Manuel, pues estaba loquita por otro chico. Ella sabe de mis problemas con Mario, pero no hasta el punto que sabe Julia.

Pablo es mi otro hermano, es cinco años más pequeño que yo y también está casado, aunque no tiene hijos. Su mujer, Mari, es un poco rara y se lleva a matar con mi madre desde siempre. La verdad es que mi madre es especial, de hecho, solo se lleva realmente bien conmigo. No es que sea mala, todo lo contrario; es una mujer que no lo ha tenido fácil en la vida y eso le ha pasado factura a su carácter. Es de esas mujeres que no tendrían que haber nacido en la época en la que lo hicieron. Es liberal, atrevida y dice las cosas sin tapujos. Le gusta pintar, leer, y creo que esas pasiones e inquietudes reprimidas la han hecho infeliz. Siempre se ha tenido que ocupar de cuidar padres, suegros, hijos, nietos y marido... La perfecta ama de casa encerrada en una vida que no quería vivir, pero lo ha hecho bien. Nos ha criado desde la libertad de expresión y de pensamiento. Con ella puedo hablar de todo. No es puritana ni conformista y pasa bastante del qué dirán, cosa importante en una madre de su época.

El puente del 1.º de mayo está a la vuelta de la esquina y tenemos más trabajo en la tienda. Estoy a lo mío en mi despacho cuando, al levantar la cabeza, veo a Eric apoyado en el marco de la puerta, mirándome, con los brazos cruzados.

—Pareces una intelectual. —Y me señala las gafas.

—Los años, que no perdonan.

—Venga ya... —Ríe.

—No sé qué me pasa con este ordenador, pero no hay manera... joder.

—Déjame ver... —¡Ay, no!... se acerca hasta mi mesa, y se pone detrás de mí.

—¿Ve... ves ese icono...? no sé qué es... —La informática no es mi fuerte y con él tan cerca, parezco lela.

—Eso... Olga... es que hace como cien años que no actualizas el sistema, déjame —*Te dejo todo, todito, todooo*. Se echa sobre mi espalda para llegar al ratón del ordenador. Y en ese momento me viene a la cabeza una escena de mi sueño. Yo, en una mesa apoyada, y él detrás de mí, no me toca, solo me huele. Yo cierro los ojos, percibo su colonia...

—¡Olga, Olga! —*Aterriazaaaaa, hijaaa*.

—¡Joder!... ¿Qué pasa? —Estaba en Babia completamente...

—Estabas muy distraída. Te he llamado dos veces... ¿En qué pensabas? —*A ti te lo vamos a decir...* Suerte que no puede verme la cara de tomate reventón que gasto ahora mismo.

—Pues en el puñetero ordenador... —Intento parecer creíble. *Me parto contigo*.

—Pues ya está arreglado —*Pues sepárate, por tu madre*.

—Pues muchas gracias, Eric. —Y no se mueve.

—Pues de nada, Olga —me susurra al oído.

—Ejem... vale, me bajo al laboratorio... sí... eso... —Él se separa de mí despacio, pero no sale del despacho.

—¿Qué vas a hacer en este puente?

—Pues nos vamos a Àger a pasar los cuatro días... ¿y tú? —*Aparte de follar como un loco, claro...*

—Me voy a Madrid, tengo una antigua amiga allí y nos hemos vuelto a poner en contacto hace poco. No hablábamos desde hace un par de años, así que voy a los Madriles a recordar viejos tiempos —Y me guiña un ojo. Sé a qué se refiere, y ese pensamiento me encoge el estómago y me pone de mala leche.

—Mira tú qué bien. Te dejo. Tengo trabajo. —Y paso por su lado sin mirarlo.

Me encierro en el laboratorio con una sensación de tristeza; sé que es por las palabras de Eric, o más bien por lo que significan: se va a Madrid a reencontrarse con una amiga, y yo sé lo que él hace con sus amigas. ¿Por qué me molesta tanto? ¿Por qué me duele pensar que se va con una chica? Esto no puede pasarme a mí. Es completamente irracional; soy Olga, estoy casada, tengo una hija, una vida hecha y ya está, a la mierda todo lo demás, estoy bien, voy a estar bien. *La intención cuenta, pero ¿será posible?*

Así, con ese auto convencimiento, paso todo el día más derecha que una vela, como si mi postura corporal fuera una coraza que me mantiene ajena a todo lo que hay a mi alrededor y repele el acercamiento hacia mi persona, y parece que funciona, porque Eric no vuelve a acercarse a mí en todo el día.

Mañana viernes es festivo y plegamos todos a mediodía, así que cuando es hora de cerrar la tienda, huyo de allí antes de perder la coraza.

Llego a casa, y Mario dice que ha ido al súper y ha hecho la compra para pasar estos días, genial. Me pregunta si estoy bien y le digo que sí. Me mira serio, pero no dice nada más, aún llevo la coraza...

Entro en la ducha. El agua caliente me reconforta y deshace mi coraza. La dejo correr y lloro... lloro porque esa coraza es muy dura de llevar, sobre todo cuando estoy sola. Lloro porque no entiendo lo que me está pasando y lloro por la tristeza que se ha instalado dentro de mí... y eso me lleva a una pregunta... ¿Por qué necesito una coraza para estar cerca de Eric? *Pues, querida, por su intensidad, por su magnetismo, por su sensualidad, por su... por todo, guapa. Ese chico te está volviendo loca y se está tomando un protagonismo ni adecuado ni bueno para tu vida y para tu cordura.*

Estar en Àger es genial; hace fresquito, pero el ambiente es tan limpio, tan puro, que te oxigena por dentro y por fuera.

Carlos y Mario se han animado a hacer parapente y lo hemos pasado genial, aunque no puedo evitar que mi mente me traicione de vez en cuando, e imágenes de Eric con una chica sin rostro me amarguen el día.

Esa noche decidimos quedarnos en la casa y hacer una barbacoa. Mario es el que siempre se encarga, no por nada, sino porque dice que ni nosotras ni Carlos sabemos hacer la carne como

Dios manda, o sea, como él la hace.

Mario está bastante animado, quizá sí que el tema del trabajo lo tenga más tenso de lo normal, y la verdad es que verlo tan relajado me alegra. Está simpático y más cariñoso de lo que ha estado últimamente. Cuando nos acostamos, me contagia ese ánimo y hacemos el amor de forma lenta, pausada y placentera, como hacía tiempo que no lo hacíamos. Puede que no todo esté perdido después de todo...

Los días en Àger nos han servido a Mario y a mí para unir distancias y para dejarme ver un poco de esperanza en nuestra relación. Los días los pasamos entre risas, comidas, juegos de cartas y largos paseos. Y las noches son para Julia y para mí. El vino y las risas son las protagonistas de nuestras charlas y, casi siempre, Eric también, aunque intento que la conversación sea superficial. No quiero ahondar en mis sentimientos. Me confunden demasiado. Es como si no hablarlo, hiciera que no existiera o lo hiciera menos.

La vuelta al trabajo es durísima. La verdad es que estos días he logrado aislarme y fortalecerme, pero con la vuelta, no sé si seré capaz de pasar de todo.

Cuando llego a la tienda, me sorprende ver a Pilar en su despacho hablando con Eric. No parece una conversación tensa en absoluto.

La tasación de un anillo me retrasa y soy la última en ir a desayunar. Cuando me dispongo a salir para fumar, Pilar llama mi atención.

—Olga, bonita, entra en mi despacho un momento cuando acabes de desayunar, por favor.

—Enseguida voy —salgo y me fumo el cigarro con la mosca detrás de la oreja. No sé por qué, pero algo me dice que la charla con Pilar tiene que ver con lo que Eric y ella han hablado.

Llamo a la puerta de su despacho y entro.

—Hola, Pilar, tú dirás. —Pilar se sienta frente a mí y me sonrío. Es una mujer de unos 60 años, guapa y muy agradable con todo el mundo.

—Bien, Olga, te lo voy a contar porque eres la encargada, pero no quiero que esto salga de aquí. Verás, hoy Eric me ha pedido medio año de excedencia —¡Que qué!... pero... ¿para quéééé?

—¡Ah, vale! —No sé qué más decir.

—Parece ser que lo ha estado pensando y ha decidido cogerse unos meses sabáticos para viajar. Seis meses no los contempla la ley para una excedencia, pero creo que podemos hacerlo de manera interna, sin trámites burocráticos. Es un chico que trabaja bien y creo que se lo merece. Es joven y tiene que aprovechar.

—Claro, claro... esto... su puesto... —Me he quedado tan sorprendida que no sé ni lo que preguntar.

—Eso es lo que te quería comentar. ¿Crees que podemos pasar sin contratar a alguien? Solo serán seis o siete meses —*Reponte, Olguita, que la cagas...*

—Pues... creo que sí. Yo puedo ayudar a Narciso. De todas maneras, cuando creas oportuno, tendrías que hablar con todos para que se pongan las pilas. Uno menos en el equipo se va a notar y todos tendremos que poner de nuestra parte. —Intento ponerme en modo profesional para no cagarla. *Lo has hecho de coña, Olguita.*

—Lo sé. Es que contratar a alguien... ya sabes que en este negocio es difícil encontrar a gente de confianza...

—Lo sé, y enseñar a alguien nos llevaría meses y no merece la pena.

—Por eso lo digo... en fin, pues nada más. Eric sabe que iba a hablar contigo. —Y no ha tenido narices a decírmelo él mismo, aunque no seamos amigos, sí somos compañeros de trabajo, yo qué sé... *Qué feo lo que ha hecho, qué feo.*

—Y... ¿cuándo se iría?

—Pues empalmaría el mes de agosto con la excedencia, según me ha dicho.

—Vale, aún quedan dos meses... —¿Lo he dicho en voz alta? *Po'zí.*

—Sí... no te entretengo más, ya volveremos a hablar, ¿vale, bonita?

—¡Claro! Hasta luego.

Seis meses, más el mes de agosto, siete meses... La noticia me ha provocado un agujero en el estómago y un escozor en el pecho, siete meses... Vaya mierda de día.

Vuelvo al trabajo y cuando estoy en mi despacho, Eric entra y cierra la puerta antes de sentarse frente a mí. Coraza en 3... 2... 1... puesta.

—Hola, niño —le digo sin mirarlo, siguiendo con mi faena administrativa.

—Ey... Has hablado con Pilar. ¿Qué te parece? —*Una mierda, niño, una mierda.*

—¡Bien! —Me ha salido más agudo de lo que esperaba.

—Ya... hace tiempo que me rondaba por la cabeza y estos días en Madrid me han acabado de convencer. —Así que la de Madrid le ha comido la cabeza... *Entre otras cosas...* Y, por supuesto, se irá con ella.

—Me parece estupendo y... ¿dónde iras o iréis? —*Pa' que preguntas so masoca...*

—Pues nos vamos de ruta por Tailandia. Nos vamos dos amigos de aquí, mi hermano y Laura, la chica de Madrid. —Qué bien, ahora a la mujer que más odio ya le puedo poner nombre...

—Vale, pues nada... genial. —No lo he mirado todavía.

—¿Te pasa algo? Sé que mi marcha os va a causar un poco de desbarajuste, pero es ahora o nunca. Lo necesito, quiero hacerlo. Pilar puede contratar a alguien y así vosotros no...

—No hará falta, seis o siete meses se pasan volando. —*Eso no te lo crees ni tú bonita, lo vamos a pasar más putas, que el hombre lobo haciéndose la cera.*

—Ya, pero tendréis que currar más. La verdad es que me iría más tranquilo si supiera que Pilar va a contratar a una persona. Me sabe mal por vosotros.

—Eric, somos un equipo bien formado y nos complementamos muy bien. Alguien de fuera nos haría ir peor; te lo aseguro. Enseñar a alguien requiere tiempo y aquí siempre vamos a tope.

—Vale, lo que tú digas. Solo espero que no os haga ir de culo.

—Para nada, eso no pasará, tú tranquilo. —Y ahora sí lo miro y le ofrezco mi sonrisa más falsa. *Eso, Olguita, dientes, dientes.*

—Ya verás cuando se enteren los otros... —Se pasa la mano por el pelo. Parece tan suave, tan sedoso Me encantaría enredar mis manos en este.

—Pues se morirán de envidia, ya sabes cómo son —le digo nerviosa, moviéndome en mi silla. Solo quiero que se vaya, que me deje sola.

—Sí, tenemos que hacer una fiesta antes de que me vaya, ¿vale?

—Vale. —*Aguanta la coraza, Olguita, ya queda poco.*

—Pues ya está, hasta luego. —Se pone en pie y al fin sale por la puerta.

—Hasta luego.

Cuando quedo sola, se me hunden los hombros y me hago pequeñita. Tengo una sensación de engaño, de traición. Me habla de lo que hace con sus follamigas, de libros guarros, de posturas raras y cosas que me sacan los colores, y no ha tenido narices de comentarme que estaba pensando en irse a Tailandia, ya le vale... Pues que se vaya, a mí, ya ves... *Eso no te lo crees ni tú.*

ERIC

¿Pero por qué mierda le doy yo explicaciones a esta tía? Y encima me mira como si estuviera haciendo algo malo o le hubiera fallado... Joder, las tías son la hostia. No tendría que importarme nada de todo esto; me tendría que dar igual la opinión de Olga. En cambio, he tenido un pellizco en el estómago hasta que la he visto salir del despacho de Pilar, y al verle la cara con la que ha salido, el pellizco casi me arranca un quejido de dolor. Mis pies me han llevado como un zombi hasta su despacho para darle explicaciones, cuando ni yo mismo sé por qué me voy a embarcar en esta aventura. Me apetece, sí, estoy ilusionado, también, pero ¿por qué lo necesito con tanta urgencia? No lo tengo claro o no lo quiero analizar lo suficiente. El caso es que necesito alejarme, cambiar de aires, poner distancia con esta realidad que no sé si es real, porque juro por Dios que no entiendo lo que me pasa con Olga. Tengo las tías que quiero, follo y me las quito de la cabeza hasta que mi cuerpo vuelve a tener necesidades, en cambio, ella no se me va del tarro. Para mí es un enigma lo que me pasa, porque no me ha pasado nunca, bueno, una vez, pero... mejor no pensar.

Y para más inri, ahora me la encuentro en todas partes fuera del curro. A veces la miro intentando descifrar lo que me pasa con ella, y lo que veo me asusta. Así que lo mejor es largarme unos meses, a ver si se me pasa esta gilipollez. Laura me ayudará a olvidarme de todo y espero que los siete meses lejos me aclaren las ideas tan chungas que ahora mismo tengo dentro de la cabeza.

Este fin de semana en Madrid ha sido la bomba. Lo he pasado genial con Laura, es una tía fácil de trato, sabe lo que busco y lo que necesito. Lo tiene clarísimo porque para ella es igual. Cuando me comentó lo del viaje, no me lo pensé. Era justo lo que necesitaba oír, un viaje, lejos de

Valencia, algo que yo llevaba pensando hacía un tiempo. Lo organizamos. Llamé a Toni y a Jaume y se apuntaron sin dudarlos. Mi sorpresa fue cuando al comentárselo a mi hermano Ángel, este también dijo que se venía; está a punto de casarse y le apetece hacer esta última locura. Ahora estoy aliviado. Creo haber encontrado la solución al agobio que arrastro últimamente.

OLGA

Por la tarde llevo a María a deporte. Casi siempre estoy sola, porque las otras madres aprovechan la hora para ir a comprar u ocuparse de sus otros hijos y, como en mi caso compra mi marido y no tengo más hijos, pues me quedo aquí tan tranquila. Sentada en las gradas, veo que unos chicos salen a la pista y empiezan a correr alrededor de las canchas. Son el equipo de fútbol, y Eric está entre ellos. *Joder, qué cuerpo se gasta el niño*. Él no me ha visto. Corre con la cabeza agachada, concentrado. Tiene unas piernas fuertes y bien formadas, su culo es un pecado y el resto... pues también. Es más alto que la mayoría de sus compañeros. Me he quedado embobada mirándolo y, cuando soy consciente, bajo la vista avergonzada. Intento concentrarme en mi libro, *En tu lugar*, de Christine Cross, pero no puedo evitar que mis ojos se dirijan continuamente a la pista y busquen a Eric. En una de esas, veo que él me está mirando y nuestros ojos conectan justo cuando pasa por debajo de las gradas en las que estoy sentada, me hace un movimiento de cabeza como saludo, y yo otro, y me vuelvo a centrar en el libro. Cuando María me avisa de que se va a la ducha, salgo de allí pitando sin mirar atrás.

Llegamos a casa. Este no ha sido un buen día... no lo ha sido. Cuando Mario está poniendo el lavavajillas después de cenar me comenta:

—Olga, he estado pensando que el primer fin de semana de agosto nos lo podríamos coger para nosotros solos... ¿qué te parece? Como también coincide con nuestro aniversario de bodas...

—Bien... sería estupendo. ¿Dónde iremos?

—Eso déjame a mí. Será una sorpresa, ¿vale?

—Vale. —Y me da un beso en los labios que me provoca... nada. Pero tengo que valorar que lo está intentando.

El martes llego al Zone muerta de sueño, la visión de Eric corriendo, sudado, con ese cuerpo fuerte y esbelto no me ha dejado pegar ojo en toda la noche y es que tenía un calor y una intranquilidad... *O sea, un calentón en toda regla*.

Pido un doble solo, y coloco mi silla de manera que lo pueda ver en el momento en que gire la esquina. No me quiero perder ni un centímetro de su trayecto hasta aquí. Soy consciente de mi masoquismo, pero me da absolutamente igual. Voy a disfrutar del momento.

Y ahí está. Con sus tejanos ajustados, su chaleco acolchado negro y sus inseparables Converse negras. Mis gafas de sol y mi astucia femenina hacen que lo pueda mirar sin que se dé cuenta hasta

que llega a mi lado. Se sienta y le hace señas a Susana para que le ponga su café. *¡Ya puedes cerrar la boca, Olguitaaaa!*

—¿Qué pasa, guapa? Pareces muerta de sueño. —Y cuando me sonrío, mil mariposas revolotean en mi interior, esas que Mario ya no me provoca, vaya mierda.

—Pues sí... no he dormido mucho... —Y entonces se me ocurre, ¿y si yo te doy de tu propia medicina?

—¿Y eso? —allá voy.

—Pues... aunque no te lo creas, mi matrimonio no es tan aburrido como tú piensas. La noche se animó y... —Se pone serio y me corta.

—Vale, vale... no me interesa tu vida sexual. —Joder, pero si parece que se ha molestado y todo... *¡Chúpate esa, moreno!*

—Pues bien que tú me cuentas la tuya. —Me mira y veo que cambia de estar molesto a ponerse en plan chulo.

—Para que aprendas algo, Olga. —Será capullo el tío...

—Te aseguro que no me hacen falta tus lecciones y a Mario tampoco. —El hecho de mencionar a Mario delante de él me hace sentir culpable.

—Si tú lo dices... —Se acaba su café y se levanta para irse.

—Ajá.

—Te veo dentro. —Deja el euro veinte sobre la mesa y se larga.

—Vale. —Y cuando se va, caigo en la cuenta de que no hemos comentado nada de que ayer nos vimos en el polideportivo y, seguramente, no lo haremos.

¿Se ha enfadado? ¡Esto es alucinante! Pues que se joda que yo también aguanto lo mío.

El día pasa muy raro. Eric y yo no nos hemos dirigido la palabra y, cuando nos hemos cruzado, ni siquiera me ha mirado.

Llego a casa con una tristeza enorme, estar a malas con él no me hace bien. Tengo claro que no puedo hablarle de mi vida con Mario si no quiero que... ¿se enfade, se moleste, se ponga... celoso? No, no puede ser. Se ha puesto así porque es un machito que quiere ser el gallo del corral. Solo él puede alardear de churris y sexo desenfrenado, y espera que al resto se nos caiga la baba escuchándolo. *Y se nos cae, se no cae.* Sé que es ilógico, pero no quiero verlo así, no quiero estar así con él. Tengo que atesorar todos los que pueda. Trabajamos juntos y tenemos que estar bien, el buen ambiente en el trabajo es importante. *Eso no te lo crees ni tú, so perra.* Condenada conciencia...

Así que el martes intento ponerle remedio a nuestra situación. Llego con tiempo de mi café en el Zone y me sorprende ver que él ya ha llegado. Pido mi café y me siento frente a él.

—Buenos días —digo tanteando el terreno.

—Buenos. —Me mira, pero lo noto un poco serio.

—Y cuéntame... ¿cómo van los preparativos para el viaje de tu vida? —digo intentando romper el hielo.

—Pues bien. Tenemos un montón de papeleo que arreglar, pero todo marcha bien. —Bueno, parece que se anima un poco.

—Supongo que os movéis con una buena agencia de viajes.

—Sí, y eso nos lo está facilitando todo mucho. La agencia se encarga de todo, menos mal porque hay un montón de burocracia para tramitar, ni te imaginas.

—Qué guay... me hubiera gustado poder viajar...

—Tienes aún mucha vida por delante para poder viajar, todavía estas a tiempo. —Y nos quedamos callados mirándonos sonriendo.

—Ya... bueno, chaval, vamos para dentro que se nos hace tarde. —Menos mal, parece que todo vuelve a ser igual que antes.

—Claro, pasa delante, así te puedo ver el culo. —Ya vuelve a ser él... *y nos encanta.*

—¡Serás...! —Y le doy un manotazo que él intercepta. Agarra mi mano y se la acerca a su pecho. *Y qué pecho, de aquí se saca el acero pa los barcos.* Ese gesto hace que tenga que dar un paso hacia él y quedemos muy cerca.

—No me toques o te comeré... —Me lo dice bajito, con esa voz «de alcoba» que me vuelve loca. Me pongo colorada, pero me quedo quieta, con la cabeza levantada para poder mirarlo a los ojos, esos ojos marrones como el café que tanto me gustan y que también miran los míos fijamente.

—¡Olga, te dejas las gafas de sol! —Joder, nos separamos como un resorte cuando Susana me llama. *Vaya enganchá.*

—Ah, gracias, Susana. Hasta luego. —Cojo las gafas de su mano sin mirarla, agacho la cabeza y me meto en la tienda avergonzada por lo que haya podido ver.

Estoy acalorada y avergonzada a partes iguales. Aunque pensándolo bien, no ha pasado nada, ha sido un segundo y no había nadie en la calle, solo Susana... ¡Madre mía! Aparte de todo... ¡qué situación tan excitante! Cuando me ha acercado a él, pensaba que se me iba a salir el corazón por la boca, notar su pecho duro contra mi mano, su aliento en mi cara... *Olguita, deja de pensar en eso, so guarrilla que te pierdes.* Y por primera vez, le doy la razón a mi conciencia.

ERIC

Confirmado, estoy gilipollas perdido. Juro que cuando me dio a entender que estaba cansada por haber estado follando toda la noche, a punto estuvo de salirme humo por las orejas. Me molestó tanto que casi la agarro allí mismo y, encima de la puta mesa, le demuestro que como soy yo, ni el gilipollas de su marido ni nadie. Joder, fue una sensación horrible, no quiero imaginármela con su marido; me pone de mala hostia. Pero cuando al día siguiente la he visto, he tenido que recular. No me puedo comportar así, no es justo. Yo no soy nada para ella, ni ella para mí.

Capítulo V

OLGA

Este sábado toca cenar en casa de mis padres. Me gusta ir y estar un rato con ellos y mis hermanos.

Mi padre lleva un tiempo malucho, desde que lo intervinieron por un cáncer de próstata, no ha levantado cabeza. Tiene mareos constantes y cansancio crónico, por no hablar de los dolores de espalda y la falta de apetito. Todo eso lo sé por mi madre, porque mi padre no se queja ni comenta nada de su estado cuando estamos en su casa. Es un hombre que ha trabajado mucho. Pasaba la semana fuera y mi madre se ocupaba de todo. Siempre ha sido un hombre serio, pero no desagradable ni autoritario. Mi hija lo adora y yo también. Mario siente por él un profundo respeto.

Cuando llegamos, mis hermanos aún no están y aprovecho para hablar con mi madre en la cocina.

—¿Cómo va todo mamá?

—Bien. Si vas a fumar, abre la ventana, niña.

—Vale... ¿papá come mejor?

—Bueno, no mucho, pero al menos sale más a la calle.

—Ya, démosle tiempo... ¿tú estás bien?

—Sí hija, me duelen los huesos como siempre, ni más ni menos. Esta semana empiezo un curso para hacer cuadros en tres dimensiones, ¿sabes lo que son?

—¡Sí, me encantan! Me pido el primero que hagas, antes de que Rosa te lo pida.

—Vale, el primero para ti. ¿Y tú estás bien, el trabajo?

—Muy bien. Por fin se acercan las vacaciones... Tengo unas ganas de irme a algún sitio...

—Claro, hija. Si os queréis escapar unos días solitos, María se queda aquí con nosotros.

—Ya contaba con ello —ríe—, pero gracias, mamá.

—No se merecen. Me gustará estar con ella unos días, un poco de alegría nos irá bien a tu padre y a mí. Por cierto, Pablo y Mari vendrán un poco más tarde.

—¿Y eso? —Ya estamos...

—Pues no lo sé, ya sabes lo herméticos que son para sus cosas... que vengan cuando quieran —

me contesta y la noto un poco cruzada.

—Mamá, tienes que ser más paciente. Ya sabemos que Mari tiene un carácter especial, pero Pablo la adora, y nosotros tenemos que intentar que todo esté tranquilo —

—Si yo lo intento, pero es que siempre está tirando pullitas. Se queja por la comida, se queja por las cosas que tengo en la casa, se queja de que digo o no digo, por todo, ¡es una quisquillosa!

—Ya lo sé, no le sigas el juego y punto. Voy a poner la mesa que pronto llegaran todos.

Me sabe mal decirle eso a mi madre porque tiene razón: mi cuñada es puntillosa hasta decir basta. Se mete con mi madre porque dice que tiene el piso lleno de trastos, y no es que no sea cierto, pero a ella no le importa. Mi madre es desordenada y lo guarda todo, pero cuando necesitamos algo, sabes que ella te lo va a conseguir. Hace unos meses, María tuvo que hacer un trabajo con materiales reciclables y mi madre nos salvó el culo. Ella siempre dice: «Quien guarda encuentra», además es su casa y son sus cosas, y nadie tiene derecho a criticarla.

Con quien se lleva bien Mari es con Mario. Se parecen un poco, y eso hace que se entiendan a la perfección.

Cuando estamos todos sentados en la mesa, llegan Pablo y Mari, pues a comer se ha dicho.

Pasamos una buena noche. Mario ha estado más hablador de lo normal, todo y que ha dejado ir alguna que otra pulla a mi hermano. Siempre hace lo mismo; me revienta que lo haga, pero he desistido de decírselo o enfadarme, forma parte de su carácter. Al principio de nuestra relación, le lanzó un par de pullitas a mi padre, pero un día le paró los pies y no le ha vuelto a decir ni mu. Pero Pablo se calla y eso a Mario le encanta y le da alas para seguir. Con Rosa no se atreve. Chico listo, mi hermana tardaría cero coma en ponerlo en su sitio con alguna fresca y dejarlo más cortado que el pan Bimbo.

El domingo por la tarde, María y Judit han quedado con unas amigas del barrio y yo aprovecho que estoy sola para mirar en internet algún modelito para la cena del despacho de Mario y de mi trabajo. No me hace ninguna ilusión, pero me esfuerzo. Tengo que intentar ser positiva y tirar para adelante; intentar salir del pozo en el que poco a poco me estoy metiendo. La actitud lo es todo y debo ser positiva.

Mario llega antes que de costumbre de pescar, y cuando está duchado se sienta conmigo para ojear los vestidos que me he comprado.

—Joder, Olga, este es una pasada.

—¿Te gusta? —Por su mirada diría que sí...

—Míralo tú misma. —Coge mi mano y me la pone sobre su paquete. *Pues sí que le gusta, sí...*

—¿Te gusta este también? —le pregunto picarona, moviendo mi mano sobre su abultada entrepierna.

—Olga, tengo los huevos azules de necesidad. Dos semanas sin follar es demasiado. Tira para la habitación que te voy a partir en dos. —Y con esa verborrea, me ha calentado como hacía

tiempo que no lo hacía. *¿Ves como sí que te pone la verborrea guarra, so guarra?*

Entre risas, entramos en la habitación. Tenemos al menos una hora hasta que llegue María y la aprovechamos al máximo. Con los años hemos aprendido lo que nos gusta en la cama, y la verdad es que Mario siempre ha sido un buen amante. Lo pasamos realmente bien y me quedo más tranquila. Soy idiota. Lo de Eric es una solemne tontería; yo quiero a Mario, aunque la pasión y la atracción no sean las de antes. Puede que piense así a causa de la neblina poscoital, o puede que vea un atisbo de esperanza en lo nuestro. Quiero creer que todavía queda algo vivo de este amor, y me voy a agarrar a ello con todas mis fuerzas, por María, por Mario y por mí.

El lunes llega demasiado pronto. Hoy tengo que salir de la tienda. Un cliente muy importante quiere que lo visite en su casa. No es lo normal, pero a veces lo hacemos, tenemos clientes vip que, por su fortuna o por ser personajes públicos, necesitan de nuestra discreción.

Entro en la tienda y me dirijo a mi despacho para preparar mi maletín. Cuando ya lo tengo todo listo, Pilar entra.

—Hola, Olga, ¿todo en orden?

—Sí, Pilar, todo preparado. ¿Nos vamos ya? —En estos casos siempre vamos Pilar o yo, juntas o con algún otro compañero, pero siempre lo hacemos acompañadas.

—Hoy te va a acompañar Eric; yo tengo un asunto familiar que resolver.

—Ah... vale —*Mierdaaaa. Bueno, Olguita, vamos a ponernos a prueba.*

—Pues hasta luego. Llámame en cuanto lo tengáis todo ligado. Suerte guapa y gracias.

—De acuerdo, quédate tranquila. Hasta luego. —Salgo del despacho dispuesta a enfrentarme al objeto de mi deseo.

Últimamente mis lunes son de mierda, en fin. Me voy al laboratorio en busca de mi dolor de cabeza: Eric. Lo encuentro poniéndose la chupa de cuero... *Madre del amor hermoso, este tío tendría que estar prohibido por la OMS.*

—Te va a dar una lipotimia. Estamos a 25 grados ahí fuera... —le suelto, aún impactada por la visión que tengo delante.

—Es que he venido con la moto. Te he traído otra chaqueta para ti; Pilar me avisó esta mañana de la visita. —*¿¡Quééé, cóóómo, montarnos en una moto, detrás de él, pegadas a él, abrazadas a él!? No vamos a sobrevivir, Olguita.*

—Tú flipas, niño —Río y ya me tiemblan las cachas solo de pensarlo.

—No me llames así, no soy ningún niño, sobre todo de cintura para abajo. —*Vaya zasca con toa la mano abierta.*

—Eres tonto... pero no vamos en la moto. Nos cogemos un taxi y ya está. —Me pongo seria, roja como un tomate, pero seria para convencerlo.

—Eres muy aburrida... —Cómo le queda la chaqueta...

—Mira... esto es un maletín de tasación, no lo puedo llevar en una moto.

—Quizá no en una Vespingo, pero te aseguro que en mi Aprilia cabe ese maletín de sobra. Anda, venga, no seas cobarde. Además, llevas pantalones, no vas a enseñar tu precioso culo por Valencia. —¡Joder con el niño!

—Sabrás tú cómo es mi culo, so descarado. —Estoy nerviosita perdida.

—Es precioso, tengo rayos X en los ojos, lo veo todo... —*Madre del amor hermoso*. Calla, que hemos perdido la capacidad de discutir, en la moto que vamos.

—Bueno, vale, nos vamos en tu máquina del infierno, venga, arrea que la zona a la que vamos queda un poco lejos.

—A sus órdenes, jefa —Qué zalamero es el jodio.

Así que aquí estoy ahora, sentada detrás de él en su magnífica moto. Al principio me he cortado un poco y no sabía dónde poner las manos, pero él me las ha cogido y las ha colocado en su cintura. Su perfume me tiene anonadada; mis manos en su cintura, cachonda perdida, y su espalda pegada a mi pecho, loca de remate. *Aprovecha, Olguita, tócalo, por tu madre, tócalo*.

La tasación va bien y nos hacemos con una suma importante de oro, plata y piedras preciosas. Antes de emprender la marcha de regreso, Eric propone parar a desayunar en un bonito parador que nos coge de camino.

—¿Qué vas a pedir? —le pregunto mirando la carta de bocadillos.

—Pues... un bocata de tortilla y una Coca-Cola. ¿Y tú? —La mesa, mesita, es muy, muy estrecha y su aliento acaricia mi cara con cada palabra.

—Lo mismo —*Aunque sea un bocata de piedras*. No he sabido ni leer la carta; esta cercanía me pone nerviosa.

—¿Nos pedimos unas bravas para compartir? —*Compartir con él ummmm*. Cállate so zorrón.

—Vale, sí... perfecto.

—No quiero peleas, así que desde ya te digo que voy a pagar yo.

—Pues gracias, caballero.

—De nada, pero de caballero no tengo ni un pelo; te lo aseguro —*Nos gusta malote, ¿a que síiiii?*

—No, tú eres más un truhan, un pillo, un Casanova. —Río.

—No lo sabes tú bien, Olga... y... ¿Cómo se te presentan las vacaciones? — *¡Necesitamos tragar o nos ahogamos con nuestras babas!*

—¡Ejemmmm! Perdona —río—. Las vacaciones... bien, sí, bien... aún no sé qué haremos, pero tengo unas ganas... ¿y cómo van tus preparativos? —*Unas ganas locas, tenemos, sí*.

—Pues bien, la verdad es que estoy deseando irme. —Pero, por un segundo, veo una tristeza cruzar sus preciosos ojos.

—Me lo imagino, pero... ¿no te da miedo irte tan lejos? —Porque yo estoy aterrada.

—No... ¿Alguna vez has tenido la sensación de que te ahogas, de que tienes que hacer algo para cambiar tu vida, tu situación actual? —Ni te imaginas cuantas...

—Alguna vez...

—Pues eso es lo que me pasa a mí en este momento: necesito un respiro. Es cierto que voy un poco lejos, pero será un viaje inolvidable, de esos que solo tienes la oportunidad de hacer una vez en la vida. Mi madre dice que estoy loco, con todo lo que pasa en el mundo, pero siento que debo hacerlo. —Me quedo mirándolo embobada, me encanta oírlo hablar. Es la primera vez que menciona a su madre delante de mí y que mantenemos una conversación más o menos seria, sin insinuaciones ni trabajo de por medio.

—Pues nada, aprovecha el viaje y disfruta mucho que, cuando te quieras dar cuenta, estaremos otra vez en septiembre y... estarás de vuelta —lo digo en voz alta para darme ánimos a mí misma... *Pero no funciona, Olguita, no funciona.*

—Sí... el tiempo pasa volando, en fin, buen provecho.

A partir de ahí, no volvemos a conversar. Nos comemos los bocatas y viajamos de vuelta al trabajo. Creo que se ha arrepentido de sincerarse, pero a mí me ha parecido encantador. Le hago caso a mi conciencia. Me agarro fuerte a él, con menos pudor que a la ida y disfruto de este momento, que no volverá a repetirse. Nadie me va a ver, nadie va a saber nada, así que vivo el momento como me da la gana y sin pensar en nada ni en nadie.

El resto del día lo pasamos cada uno a lo suyo. No me vuelve a dirigir la palabra y está más serio de lo normal. No entiendo que le pasa. Hemos estado súper bien y ahora parece que se haya comido un limón. No entiendo sus cambios de humor, yo sigo a lo mío esperando que este horroroso lunes acabe cuanto antes.

ERIC

Cuando Pilar me ha dicho esta mañana que iba a ir con Olga a la tasación casi le digo que no... pero luego mi lado malvado y masoca ha pensado en ella, en mi moto, detrás de mí, agarrada a mi cintura, con sus piernas a mi alrededor, y ya lo he visto con otros ojos. Ha sido un viaje interesante pero, cuando le he empezado a hablar de mi familia, una alarma se ha encendido dentro de mí, y otra vez parecía que le estaba dando explicaciones. También estaba un poco nervioso por volver a sentirla detrás de mí. Me ha puesto duro como una piedra y ahora que sabía lo que era tenerla detrás, pues iba a ser peor. Estaba deseando y temiendo la vuelta. Sentirla así, detrás de mí, tan cerca, sintiendo su respiración tan alterada como la mía, casi me hace aparcar y hacerle una demostración de lo que una moto puede dar de sí.

OLGA

El martes cuando llego al trabajo, me entero de que Eric no va a venir. Tenía que ir a arreglar unos papeles para el viaje. Otro día de mierda. *Pues habrá que acostumbrarse, morena.*

Cuando me voy a hacer el café, aparece mi cuñada.

—Hola, Olga. —Seguro que me pregunta por Eric.

—Hola, Manuela, ¿cómo va el día?

—Bien... Eric no ha venido... ¿sabes si le ha pasado algo? —Bingo, ¡cotilla al ataque!

—Pues no tengo ni idea —miento.

—Bueno... mi hermano me ha dicho que en agosto os iréis unos días solos, qué bien, ¿no?

—Sí, tengo unas ganas de vacaciones...

—Yo también. Se me olvidaba, mañana viene el viajante de RICCO, qué bueno que está el ruso, ¿eh? ¿Cómo se llama? —*Tampoco va salida la paya.*

—Nikolai, y sí que está bien, sí. —*Pa que vamos a mentir, Olguita, pa ná.*

—Bueno, me voy a fumar, ¿vienes? —No me apetece su compañía, pero el vicio me puede.

—Venga.

Por la tarde, llevo a María al polideportivo con la bizarra esperanza de ver a Eric. Soy de lo que no hay, pero ya he asumido que hay cosas que no puedo evitar y venir aquí y esperar verlo es una de ellas. Pero no aparece, así que nos vamos a casa, mi hija, encantada del entreno que ha hecho, y yo, con un hueco en el pecho que cabría toda Valencia.

Al día siguiente, llego al Zone, me pido mi dosis de cafeína y cuando Susana me pone el cafelito, veo que llega el representante ruso, Nikolai que, al ver la tienda cerrada, se queda parado mirando a un lado y a otro y, en una de esas, me ve y le hago señas para que se acerque. Me sabe mal dejarlo ahí plantado. El ruso está bueno de verdad, siempre con su traje, el pelo cortado al uno y un poco más largo por arriba, y ese acento tan sexi, y joven, también es joven, estoy rodeada de yogurines...

—Hola, Nikolai, buenos días. —Le tiendo la mano y él me la estrecha.

—Buenos días, Olga. ¿Te puedo acompañar? —Es tan educado...

—Claro, ¡Susana, ven cuando puedas porfa! —Nikolai pide un café solo largo y sin azúcar, una bomba para empezar fuerte el día. *Es ruso, chocho, estos se comen las cebollas a bocaos.*

—Pensé que estaría abierto, pero me alegro de haber venido antes, así puedo compartir este café contigo. Digo yo que podríamos dejarnos de formalismos fuera de la tienda. ¿Te parece?

—Me parece estupendo, Nikolai. —Y mientras conversamos de cosas sin importancia, veo por encima del hombro de Nikolai a Eric acercarse, pero cuando repara en que no estoy sola, su semblante cambia y se pone serio. ¿Qué coño le pasa? Camina hacia nosotros con el ceño fruncido y, cuando llega a nuestra mesa, rodea a Nikolai y se coloca a mi lado.

—Buenos días, Olga, Nikolai... —Se estrechan la mano y yo me quedo de piedra, cuando siento que pone su otra mano en mi hombro y lo aprieta ligeramente, como si me advirtiera de algo o estuviera marcando terreno. Me he quedado petrificada con el gesto.

—Vamos para la tienda, que hay que currar —nos dice el tío, ¡como si él fuera el dueño!

Nikolai y yo nos quedamos un poco parados, pero este se levanta y va a pagar los cafés. Entonces Eric quita la mano de mi hombro como si le quemara y se va hacia la tienda, sin mirarme siquiera. No entiendo esta reacción suya. Ha sido de lo más bochornosa y hasta me atrevería a decir, troglodita y maleducada... seguro que Nikolai, también lo ha percibido.

Nikolai es representante de una casa de joyas rusa con sede en Valencia y, cada dos meses aproximadamente, se acerca a enseñarnos cosas estupendas. Normalmente lo atiendo en el mostrador, pero hoy hay mucho jaleo en la tienda y decido hacerlo en mi despacho. Cuando estamos dentro y me dispongo a cerrar la puerta, veo a Eric plantado al pie de la escalera, muy serio, mirándome. Como no entiendo esa mirada, y todavía estoy mosqueada por su comportamiento de antes, giro la cabeza y cierro la puerta del despacho.

Al acabar la jornada, estoy más cabreada que una mona. No entiendo la actitud de Eric hoy con Nikolai. El niño es bipolar por lo menos. Nos hemos cruzado un par de veces después y no ha hecho ni un solo gesto para saludarme.

ERIC

¡Me cago en to lo que se menea! Cuando he llegado al Zone y he visto a Olga con el puto ruso, casi salgo corriendo para arrancarle su asquerosa cabeza. Estas reacciones no son típicas de mí; jamás he sido celoso ni posesivo, pero cuando los he visto riendo y tan cerca el uno del otro, un odio se ha apoderado de mí y no he podido hacer más que mostrarle al ruso, que no tiene nada que hacer. No le he hablado. Los tíos nos entendemos entre nosotros, y espero que le haya quedado clarito. Siempre la está rondando, con esos aires de grandeza que se gasta, el ruso de los cojones, con su traje de tres piezas y su pelito tan bien colocadito.

He necesitado todo el día para calmarme y llamarme doscientos millones de veces, ¡gilipollas! Esta mujer saca lo peor de mí. Llevo un tiempo que no sé lo que me pasa, pero sea lo que sea, no me gusta un pelo. Ella está casada y estoy seguro, por lo que la conozco, que nunca le sería desleal a su marido, pero me importa un carajo; el ruso ese saca lo peor de mí, solo yo, puedo tontear con ella. Punto.

OLGA

La semana pasa sin más roces, miradas, ni conversaciones con Eric. No puedo negar que me siento triste, pero el cabreo es aún mayor. No entiendo lo que le pasa. Si somos amigos, no tiene que comportarse de esa manera. Por otra parte, amigos tampoco somos, pues él no me cuenta nada de su familia, ni pregunta por la mía. Es una relación laboral intensa y ya está, Nunca hemos hablado de nada personal. *Estás más liada que la pata de un romano, Olguita, pero oye, te entiendo, colega, te entiendo.*

El sábado, aprovechando que Mario y Carlos se han ido de pesca, Julia y yo decidimos ir al centro comercial con las niñas, a pasar la tarde. Ellas se quedan en un bar con unas amigas que han encontrado, y Julia y yo nos vamos a cotillear a Fnac. Como, tanto a mi amiga como a mí, nos encanta la novela erótica y romántica, allí que nos vamos como una bala, a la sección más caliente del local. Estamos ojeando un libro, que parece ser un mojador de bragas total, miro por encima de la estantería, y veo a Eric, y no va solo, lo acompaña una chica guapa, menuda y joven, muy joven. Mi instinto hace que baje la cabeza y me encoja un poco para que no me vea, pero la bruja de mi amiga se da cuenta enseguida...

—¿Qué te pasa, chocho?

—Nada, y baja la voz, joder...

—Oye tía, dime qué te pasa. —Se pega a mi oído y susurra como lo estoy haciendo yo.

—Levanta con disimulo la cabeza, y mira hacia la zona de discos de vinilo... —Pero ella, que de disimulo no sabe ni cuantas letras tiene, no solo levanta la cabeza, sino que se pone de puntillas y alarga el cuello como un avestruz, ¡la madre que la parió...!

—No sé qué tengo que mirar... —La agarro de la mano y hago que se agache.

—Julia, joder. ¿Qué parte de «mira con disimulo» no has entendido? Hay un chico alto, de pelo castaño, con un polo blanco... ese es Eric. —Yo sigo susurrando, con los dientes apretados y agarrando tan fuerte el dichoso libro que lo voy a tener que comprar para poder recuperar mis dedos.

—¡Hostia puta, chocho! Joder con el niño. Olga, ¡ese tío está buenísimo! — *¿Nos lo dices o nos lo cuentas?*

—¿Me lo dices a mí? Trabajo con él y me está amargando la existencia ¿recuerdas? —dejo el libro en el estante y la agarro del brazo para salir pitando de allí.

—Lo sé, amiga... pero es que me ha sorprendido... No me lo imaginaba así... —Sigo tirando de ella hasta salir de la tienda. Nos encaminamos hacia una cafetería, necesito sentarme.

—¿Y cómo te lo imaginabas? —Nos hemos sentado en una mesa interior. Nos sentamos una delante de la otra, de cara al ventanal, para poder chafardear.

—Pues no sé... la verdad, pero es muy guapo, Olga, y tiene una boquita de piñón mmmm... — Joder con Julia. *Julia y cualquier mujer que tenga ojos en la cara.*

—Ya vale, no me ayudas. Joder, si es que está bueno, ¿no?, lo siguiente —le digo tapándome la cara con las manos.

—Pues sí cacho perra... Es una tentación con patas. Por cierto, he visto que estaba acompañado... ¿Sabes quién es?

—Ni idea, no sé quién es... será su última conquista.

—¡Mira, van a pasar por delante del escaparate! Ahora sí lo voy a ver bien. —Y la tía da palmitas de emoción. ¡La mato! Yo, en cambio, cojo la carta del menú de encima de la mesa y me escondo tras ella. *¡Mira, tontaina, que nos lo perdemos, serás cobarde!*

—¡Ay, amiga, uf! qué culo tiene, qué hombros... No me extraña que estés hecha un lío.

Imaginármelo susurrándome cosas guarras al oído me está poniendo cachonda.

—¡Oye, so guarra! Contrólate...

—Ja, ja, ja, anda, sal de tu escondite que ya ha pasado. —Y me arranca la carta de las manos.

Nos quedamos un rato en silencio y pedimos dos cafés.

—Amiga... Olga, cariño ¿estás bien?

—No me digas nada, Julia, por favor... Estoy fastidiada de verdad. —Me ha afectado verlo, pero verlo acompañado me ha dejado hecha polvo y ha expuesto la cruda realidad.

—Lo sé. Solo quiero decirte, que tiene cara de buena persona...

—¿¿¿¡Qué!!??

—A ver, ya sabes que se me da bien eso de mirar las caras de las personas y ver cómo son... pues te digo, que es un buen tío.

—Julia, yo no digo que sea malo, pero que es un mujeriego, sí, y que está como una cabra, también. Tiene unos cambios de humor que no veas, no sé por dónde cogerlo... —*¡Yo sí, yo sí!*
¿¡Por qué no te callas!?

—Pues yo sí... —Otra...

—¡No seas guarra! —Y nos echamos a reír como dos locas. Las cosas dejan de ser tan complicadas cuando las hablo con Julia. No sé qué haría sin ella, seguro que necesitaría un loquero... *Eso te lo aseguro yo al 100 %.*

JULIA

¡La madre que parió al niño, qué bien lo ha hecho, la tiene loquita! Mi amiga tiene un problemón alto, guapo, joven y sexi. Sé que Olga no se ha fijado en él por el físico, pero ha ayudado, seguro. El tío es un pecado. Se lo ve seguro de sí mismo y sabe lo que provoca en las féminas. Es un cazador, un moja bragas, pero el cazador también puede ser cazado.

A estas alturas, y con lo poco que sé, tengo dos cosas claras: una, Olga está colada por el niño, y dos, el problema que presagiaba ya está aquí. La reacción que ha tenido Olga al verlo esta tarde no es normal. Parecía una quinceañera. Ella aún no se ha dado cuenta, pero está coladita por este chico y, cuando sea consciente de ello, se va a sentir una mierda y va a hundirse, porque Olga es racional al 100 %, y no va a entender que esto le pase a ella.

Va a ser complicado, porque trabajan juntos, se ven cada día durante ocho horas y muchas veces trabajan codo con codo, lo que significa roce de pieles, olores y pensamientos sucios. Olga es muy sensitiva, y eso va a estar en contra de su cordura.

Me ha contado que el otro día soñó con él. Eso es malo, muy malo... pero que piense en él, mientras está en la cama con Mario es nefasto. Me voy a atrever a ponerle nombre a lo que creo que siente Olga por el niño: está enamorada, coladita perdida, enchochada y enganchada.

Capítulo VI

OLGA

Julio ha entrado con fuerza. Hace más calor que en el infierno. La ciudad resplandece, se animan sus calles, las terrazas están siempre llenas y el sol ilumina cada rincón fundiéndolo a su paso. Menos a mí, que ni siquiera me calienta. Yo estoy en un agujero triste y oscuro. Ningún rayo de sol llega a mi interior. Me siento fría y vacía. Y sola, aunque esté rodeada de gente; una soledad perpetua se ha instalado en mi interior. Lucho, juro por Dios, que lucho por superar esto, pero no puedo. Mi hija me preguntó el otro día si estaba bien, dijo que “parecía gris”, María es de lo que no hay, me describió perfectamente, gris es exactamente como me siento.

Si alguien me pregunta «¿qué te pasa?»; la respuesta sería «nada».

El trabajo me va bien, estudié lo que me gustaba y me he podido dedicar a ello. A Mario también le va bien en su trabajo; mi hija tiene salud y es estupenda; no tengo problemas de dinero, tengo amigos, tengo a mi amiga del alma, tengo un piso precioso y pagado, tengo a mis padres y a mis hermanos... pero todo eso no me es suficiente... desde hace un año y medio ha dejado de serlo. Puedo parecer una desagradecida, y puede que lo sea, porque pese a mi vida «perfecta», me siento la persona más desgraciada, insegura, vacía y triste del mundo. Es a mi corazón al que le pasa algo... está desolado.

Hoy, Pilar ha convocado una reunión con todo el personal para informarles de la marcha de Eric.

Se han quedado de piedra. Cuando Pilar lo ha anunciado, Eric me ha mirado serio, y yo le he devuelto la mirada. Nunca hablamos de esas miradas que cruzamos, lo que significan o lo que nos transmiten. Nuestra relación es de compañeros de trabajo, pero esas miradas no lo son, de eso estoy segura.

Cuando la reunión acaba, salgo pies para que os quiero. Necesito estar sola, pero Manuela viene tras de mí y me sigue hasta mi despacho. Es mala idea porque estoy a punto de estallar.

—Olga ¿tú sabías algo de eso? —*Respira hondo y aguanta*

—Sí, Manuela. —Parece mosqueada; su espíritu de cotilla está ofendido.

—¿Y por qué no me comentaste nada? —Pero esta quién se cree que es...

—En primer lugar, no es una cosa mía para hablarla con nadie sin permiso y, en segundo lugar,

Pilar me pidió discreción. Ella y Eric lo anunciarían cuando creyeran oportuno, y ha sido hoy.

—¡Pero yo no soy nadie, soy tu cuñada! —*Hasta aquí hemos llegao, bonita. Toda tuya, Olguita, no te cortes.*

—¡Ya está bien Manuela! Estás exagerando sobre un tema que no te incumbe, ni a mí tampoco. Y somos cuñadas de puertas para fuera, aquí somos compañeras de trabajo. —Qué ganitas tenía de decirle esto... y me lo ha puesto a huevo.

—No me jodas, Olga... —*¡Vaya cara ha puesto, se ha quedao pasmá!*

—Manuela, no te lo tomes como algo personal. Pilar me dijo que no dijera nada; cumplí una orden. Punto.

—Vale... lo siento, pero es que me he quedado de piedra. No sé... siete meses... joder. —A mí me lo vas a decir...

—Se pasarán volando. Cuando nos queramos dar cuenta, lo tendremos otra vez por aquí dando por saco.

—Ya... —Está triste de verdad. Me parece que no soy la única de la tienda que ha caído en su hechizo.

—Venga, al curro. A ver si acabamos el dichoso inventario de la plata. —Quiero que se vaya; necesito estar sola.

—Sí, hasta luego.

—Adiós. Ciérrame la puerta por favor.

Por fin estoy sola. Me agarro a la mesa y cierro los ojos, me cuesta respirar... Ya es un hecho. Hasta ahora, como solo lo sabía yo, no parecía real. Ahora va a ser el tema de conversación hasta que se vaya... y yo no sé si voy a poder disimular.

Bajo al laboratorio para tasar químicamente unos camafeos. Cuando estoy esperando la reacción del ácido, entra Eric. Cierra la puerta y se dirige a mí. Me quedo quieta mirándolo. Cuando llega a mi altura, se acerca, demasiado. Yo retrocedo instintivamente, hasta chocar con el banco de trabajo que tengo detrás. Lleva algo en la mano, la abre ante mí y veo un colgante antiguo.

—Mira... —Es un colgante antiguo precioso, pero no sé qué pretende.

—Es precioso, ¿es plata, no? —Lo sostiene sobre su mano abierta.

—Sí... ¿ves el símbolo? —me fijo mejor y distingo el símbolo del Yin.

—Es el Yin —entonces le da la vuelta, y veo el símbolo del Yang. No sé de qué va esto, pero estoy temblando. Los dos hablamos en susurros y estamos a un palmo escaso.

—El Yin y el Yang, el bien y el mal... opuestos y unidos a la vez. Tan lejos y tan cerca, una fina línea los separa. La misma línea que no sabemos si debemos cruzar o no. Esa línea es la tentación.

—Sí... —Alargo la mano para tocar el colgante y, cuando lo hago, coge mi mano.

—Lo correcto y lo incorrecto. —Madre del amor hermoso, estoy temblando por sus palabras y por su cercanía, si levanto la cabeza, nuestros labios se tocarían. No entiendo lo que pretende, pero me está poniendo nerviosita perdida.

—Sí... —Yo he perdido la capacidad de hablar, y mi conciencia, que no calla ni debajo del agua, se ha quedado muda también. Él sigue con mi mano entre la suya y el símbolo entre ellas.

—Olga, a veces el bien y el mal se confunden y ni el bien es tan bueno ni el mal tan malo. Depende de cómo se mire. Yo... —Alguien abre la puerta del laboratorio.

—Olga, te necesito aquí fuera un momento. —Es Helena. Nos hemos separado como un rayo, seguro que no ha visto nada, pero casi me da un ataque al corazón.

—¡Voy! —Salgo del laboratorio jadeando, sudada, colorada y dejando atrás a Eric, y a la situación más surrealista que he vivido en mi vida. *Y excitante, hemos mojado braga, fijo*

ERIC:

Bueno, ya está hecho, Pilar ya ha hablado con todo el personal y ahora a aguantar sus bromas y miradas curiosas. Lo peor ha sido la cara de Olga cuando su cuñada ha clavado en ella su mirada de víbora. En cuanto ha acabado la reunión, la ha seguido, y estoy seguro de que le ha preguntado si ella ya lo sabía, no la trago. Manuela es la típica tía que cualquier día llega aquí con su escoba bajo el brazo. Es una bruja, pero yo hace tiempo que la he calado, siempre con esa vocecita que quiere aparentar dulzura, y lo que parece es una imbécil estreñida. Y me he sentido mal por Olga. Desde que sabe que me voy a ir, parece ausente y triste. ¿Está así por mí?

He dudado en si enseñarle el colgante del Yin-Yang, pero como me pasa con Olga, mis pies se han ido directos hacia ella, como si tuvieran voluntad propia. Cuando me he acercado, se ha puesto a temblar como le pasa siempre y no he podido evitar tocarla, coger su mano entre las mías, me moría por su contacto, por sentir la sensación de su piel con la mía y ha sido... joder, no la hubiera soltado nunca.

Siempre me ha gustado jugar con las tías, llevarlas por donde yo quiero, tentarlas hasta que acaban rogándome en mi cama, sobre todo las casadas puestas, y demostrarles a sus gordos y aburridos maridos que puedo llevármelas a la cama cuando yo quiera. Pero siento, bueno sé, que con Olga no es eso lo que estoy haciendo, porque me mueven unos sentimientos hacia ella que no son los normales en mí y por eso tengo que poner tierra de por medio. No quiero estos sentimientos. Son los que te vuelven gilipollas y te acaban hundiendo en la miseria. Me juré un día no volver a involucrarme en serio con una mujer y eso es lo que voy a hacer. Contacto físico, todo el que quieran, punto.

El otro día fui a ver a mi hermano y a mi cuñada. Sonia me vio tan agobiado que me invitó a dar una vuelta por Fnac y tomarnos un café. La bruja intentó sonsacarme lo que me pasaba, pero aún no estoy preparado para hablarlo con nadie. Estar un rato con ella, me evadió un poco del embotamiento mental que llevo. Es una chavala estupenda y su locura y chispa me hicieron olvidar, durante unas horas, toda la mierda que tengo encima.

OLGA

Por suerte es viernes y le mando un whatsapp a Julia.

YO:

Hola xoxo. Podemos vernos esta noxe?

JULIA:

claro, todo ok?

YO:

luego te cuento. Toi en crisis, hay novedades...

JULIA:

ay, ay, ay... esta noxe a las 11 terraza?

YO:

ok. Llevo vino

JULIA:

2 no me seas garrepa amiga...

YO:

ke sean 2. Besossss

JULIA:

Besossss

Ahora me siento mejor al saber que esta noche voy a poder desahogarme con Julia.

Mario se acuesta pronto, y María también porque mañana tiene partido y los dos se tienen que levantar muy temprano. Eso me deja más tranquila, pues me puedo acostar cuando quiera y levantarme tarde, porque la noche promete ser muuuy larga.

A las 11 subo a la terraza con dos botellas de vino, una cubitera con hielo y palomitas. Enciando las bombillas que le dan a la terraza un ambiente íntimo y relajante. Julia llega diez minutos después, servimos las copas de vino y nos ponemos cómodas.

—Bueno, amiga... cuéntale a la tita Julia.

—Ay, amiga... esto se está complicando por días.

—A ver, la última vez que hablamos fue cuando fuimos al centro comercial.

—Sí, el día que vimos a Eric...

—Exacto. ¿Cómo se tomaron tus compañeros la noticia de la marcha del niño?

—Se quedaron de piedra, y Manuela vino en mi busca para pedirme explicaciones de por qué no se lo había contado, me dijo que éramos cuñadas y se lo tendría que haber dicho.

—Esa tía es tonta. De verdad que la familia de Mario tiene un punto rarito.

—No lo dudes, pero la puse en su sitio. ¡Ay, Dios mío! Me siento mal Julia... no sé cómo explicarte lo que siento... —Me esfuerzo por no llorar.

—Tranquila, Olga. Mira, llevas más de un año así y ya es hora de hablar claro y ponerle nombre a esto: amiga, creo que estás enamorada del niño. —Abro los ojos como platos por sus palabras.

—Pues... joder... ¡No!, o... mierda, Julia, puede ser que sí y no he sido consciente hasta ahora. ¡Qué hago, joder, qué hago! —Y empiezo a llorar.

—Chusss... tranquila, Olga, tranquila —me dice abrazándome.

—¿¡Cómo me ha podido pasar esto!? ¿¡Qué voy a hacer con... esto!? —le digo llevándome una mano al pecho, que me duele horrores.

—A ver, Olga, lo primero tranquilízate, amiga, por favor, te va a dar algo. Cálmate.

—Soy una persona horrible. ¡Es un crío, por Dios! Estoy casada... esto no me puede pasar a mí, Julia, no me puede pasar...

—Vale... vale... tranquila, llora, sácalo todo.

Mi mente está embutida. No soy capaz de pensar con claridad. Me falta el aire, me hundo, me ahogo, me escuece el pecho. Por primera vez, soy consciente del problema real. Julia le ha puesto nombre, estoy enamorada de Eric, se ha metido en mi corazón sin permiso, sin aviso y ha arrasado mi vida entera.

—Va... Ahora que estás más tranquila, cuéntame las últimas novedades.

Y le cuento todas las miradas, los roces, el momento con Nikolai y lo más importante... lo del Yin y el Yang.

—Eso es muy fuerte tía; casi os pillan... ¿Qué crees que hubiera pasado si Helena no hubiera entrado?

—No lo sé... Después de eso, no se ha vuelto a acercarse en todo el día. Siempre hace lo mismo, se acerca un paso y se aleja tres... No tenemos una relación normal de compañeros; yo no tengo la misma relación con él que con Narciso, ni él tampoco la tiene igual con Helen o con Mireya que conmigo. Pero, por otra parte, fuera del trabajo tampoco no hay nada... Me refiero a que no hablamos de cuando nos encontramos en el polideportivo o de cuando nos vemos con el coche o de lo que significan las miradas... No ahondamos en nuestras extrañas reacciones. ¡Dios, estoy deshecha!

—Una relación de compañeros de trabajo no tenéis; eso está claro. Pero sí que es raro que no te pregunte sobre tu vida, o no te cuente nada de la suya, algo más personal, por así decirlo...

—A veces creo que es un ligón, un cazador, un tío al que le gusta jugar, como si necesitara una distracción en el trabajo y esa distracción, soy yo... No sé nada, joder, esto es una mierda ¿Cómo se ha podido colar así dentro de mí?

—A ver... deja de martirizarte de una vez.

—Pero yo tengo la culpa de lo que ha pasado...

—No te digo que no, Olga. Pero si Mario hubiera reaccionado a tus demandas, a tus necesidades, creo, de verdad, que esto no hubiera llegado tan lejos. Yo veo las relaciones como una pared de cemento que se va agrietando con los años y si no la vas reparando y tapando las grietas, el agua acaba colándose por ellas y la pared se debilita y puede llegar a caerse. Mario también ha fallado, y mucho.

—Julia, Mario... bueno, no tiene la culpa; he sido yo la que ha metido la pata.

—Las relaciones son cosa de dos. Has trabajado con Eric seis años y hasta hace año y medio, no te has fijado en él. Justo cuando las cosas se han puesto inaguantables en tu casa, estabas necesitada, «la pared» estaba muy deteriorada; no tienes culpa de nada...

—Hay algo que nunca te he contado... Verás, hace seis o siete años, Mario y yo pasamos una época muy mala, de hecho, todo esto viene desde entonces. Ahí empezó todo, el caso es que no sabía cómo decirle todo lo que sentía y le escribí una carta. —Todavía me avergüenzo al recordarlo.

—¿Cómo no me dijiste nada entonces?

—En esa época, las niñas eran pequeñas e íbamos de culo; no teníamos tiempo para nosotras... o quizás me dio cosa decírtelo. No podíamos hablar mucho y cuando lo hacíamos, era sobre el trabajo, las niñas y sus horarios.

—Tienes razón, fueron unos añitos intensos. Volviendo a lo de la carta. ¿Mario la leyó? ¿Qué te dijo?

—Pues sí... se la dejé en la mesa de la cocina, doblada. Cuando llegué a casa, la carta estaba abierta, la había leído. Me abrazó, me dijo que me quería y nada más.

—¿Cómo que nada más? Te diría algo, hablaríais del tema, de lo que le decías en la carta, ¿no?

—No, Julia. Nunca me mencionó la carta, ni me preguntó acerca de lo que le decía en ella. Me sentí fatal, avergonzada y triste. No lo entendía. Le había abierto mi corazón, le había dicho todo, todo lo que tenía dentro y él... él no me dijo nada, esa carta no tuvo consecuencias para él... De hecho, aún no entiendo que no lo conmovieran, al menos un poco, mis palabras.

—¡No me lo puedo creer, Olga! ¿Cómo pudo comportarse así, ser tan insensible? No entiendo la pasividad de una persona, frente a los sentimientos y el dolor de otra y menos aún, si esa persona es la mujer a la que se supone que amas. Yo también usé lo de las cartas un par de veces con Carlos, hace ya muchos años, y siempre lo hablábamos y lo arreglábamos, incluso alguna vez habíamos acabado los dos llorando. Me parece increíble, Olga, de verdad que me has dejado de piedra... y desde entonces la cosa ha ido a peor. Supongo que no te has recuperado de semejante desprecio, ¿no?

—Así ha sido; no ha vuelto a ser igual porque, aunque no quiera, no puedo olvidar el daño que me hizo su actitud con la carta, nunca se lo he dicho, total ¿para qué?

—De verdad que estoy alucinando...

—Ya... el caso es que no sé cómo ha pasado lo de Eric. Al principio tampoco se comportaba así, ha sido poco a poco, pero sobre todo este último año y medio el tío ha ido a saco conmigo...

—A ver, Olga, yo no lo conozco, pero te conozco a ti y muy bien. Sé que no eres fantasiosa y que las cosas que me cuentas (las miradas, los acercamientos, su actitud posesiva contigo...) no te las inventas y no son normales, no son actitudes propias de compañeros de trabajo. Yo creo que él puede sentir también algo por ti...

—¡Qué va! Si va con un montón de tías, lo sé de primera mano; me lo cuenta todo el muy cabrón.

—Es joven y un bajabragas, y seguro que tiene un ejército de tías detrás de él, eso es verdad, pero no me puedes negar que no es normal su actitud contigo. Oye, y solo os lleváis 17 años. Eso no es nada so antigua. ¿Sabes, amiga? Creo que te irá bien su marcha.

—Puede, aunque ahora mismo, me parece la putada más grande del mundo, te juro que me duele el corazón cada vez que pienso en que no lo voy a ver en siete meses. He llegado a ese punto en que necesito verlo cada día, tenerlo a mi lado, hablar con él. Voy al trabajo esperando verlo, con la esperanza de que me mire o me diga algo. Soy una persona horrible... es como si le hubiera puesto los cuernos a Mario.

—¡Anda ya loca! Qué cuernos ni qué leches, si por tener malos pensamientos le estás poniendo los cuernos a tu marido, Carlos tiene más cornamenta que la familia de Bambi.

—¡Qué bruta eres! Bueno, abre la segunda botella, amiga, necesito vino.

—Pero, Olga, hazme caso, tienes que hablar con Mario. —Me vuelvo a derrumbar, sintiéndome la peor persona del mundo—. No has hecho nada malo, cariño, pero le tienes que dar a Mario la oportunidad de enmendar lo que no ha hecho bien hasta ahora. Háblale sobre las cartas, sácalo, ábrete de nuevo a él y pide, amiga, plantéale tus necesidades. Puede que se dé cuenta de lo que está perdiendo y las cosas cambien y eso, unido al hecho de que Eric no estará... no sé, puede ser una solución, puede que si tu relación mejora, te olvides del encoñamiento que tienes por el niño, ¿no crees?

—Pero... ¿no le puedo decir nada de Eric!

—¡Claro que no! Mira, Olga, el corazón de una mujer es un profundo océano lleno de secretos. Tú eres una gran madre y compartes tu vida con Mario, pero puedes tener tus secretos sin que eso sea una traición hacia él. De hecho, todos los tenemos como personas individuales que somos. Eres Olga madre, Olga esposa y Olga mujer, y es esa Olga mujer la que tiene el «problema». Tienes derecho a tener tu parcela privada, una parte de ti que sea solo tuya... bueno, y mía. —Ríe.

—Eres de lo que no hay... pero tienes razón. Hablaré claro con él, no sé si servirá de algo, pero debo hacerlo. Muchas gracias, amiga.

—No seas tonta, siempre voy a estar aquí para ti, igual que tú lo estás para mí. Y ahora vamos a hablar de cosas guarras, el último libro que me estoy leyendo es una pasada, ¡tengo a Carlos seco!

—Se ríe.

Capítulo VII

OLGA

El mes de julio se sucede, entre los comentarios de incredulidad por la marcha de Eric de los primeros días y los de broma y cachondeo de ahora. Yo no soporto ni los unos, ni los otros. Esto me está afectando más de lo que querría, pero ya me he rendido, ya no sirve luchar porque no me afecte, la pena y la incertidumbre me pueden.

En mi casa las cosas están más tensas que las cuerdas de un violín. Mario se ha contagiado de mi mala leche y las discusiones y las malas contestaciones son constantes. Yo entono el *mea culpa*, por supuesto, pero Mario no me ayuda, me he derrumbado en más de una ocasión en medio de una pelea, y solo me ha mirado serio, mostrándose indiferente hacia mis lágrimas y mi desespero. Ahora no veo tan claro que hablar con él vaya a servir de algo; creo que lo que se ha roto dentro de mí, no tiene arreglo.

María me arropa, me da todo su cariño y, aunque no quiera, la veo posicionarse a mi lado. El otro día me comentó que no entendía a su padre, que estaba quisquilloso e insoportable, pues ya somos dos.

Mario se ha hecho cargo de todo; desde hace meses, me ha anulado de las tareas del hogar, no por ayudarme, si no por su convicción de que soy un desastre en la casa, porque ya no se lo discuto, lo dejó hacer. Parece que ha aprovechado mi desanimo para hacerme a un lado. El otro día fue a comprar a tres supermercados diferentes, buscando productos de oferta. Si digo algo, dice que parece que no me importa el dinero, que es como si a mí no me costara ganármelo, y eso me duele como si me clavara un puñal, porque ir a trabajar, ahora mismo, me provoca un dolor tan grande que creo morir un poco más cada día.

Mario no me busca en la cama y yo tampoco. Mis sueños con Eric se suceden cada noche, y temo que su nombre escape de mis labios en algún momento.

Mis sentimientos cada vez están más definidos hacia Mario y hacia Eric, y después de hablar con Julia, he decidido no engañarme a mí misma. La aceptación es un paso adelante. No puedo obviar lo que siento.

Le debo una oportunidad a Mario, cierto, pero no sé si servirá de algo, si yo misma podré responder a esa oportunidad. Mario ya no me provoca mariposas en el estómago. Eric, sin

acercarse a mí, sin rozarme, me hace volar. Es una realidad: estoy enamorada de Eric. No sé cómo ni por qué ha sucedido, y creo que eso ya es lo de menos. Ha pasado y debo afrontarlo. Lo que debo hacer... ni idea.

Es curioso que lo que siento por Eric no lo haya sentido nunca, ni en los mejores tiempos de mi relación con Mario, ese brinco del corazón al verlo, ese repelús cuando nos rozamos, esa capacidad de mi cuerpo para percibir su cercanía sin que mis ojos lo vean. Es una putada conocer lo que es el amor más puro, carnal y devastador con 44 años y con alguien que no es tu marido y, lo que es peor aún, con un hombre 17 años más joven... ¿En qué me convierte eso?

Perdí la virginidad cuando él tenía 9 años, tuve a mi hija cuando él iba al colegio, se lleva 11 años con ella... Dios, es una locura, pero a la parte egoísta de mi ser le importa una mierda todo eso, aunque la racional me llame de todo, menos cuerda.

Hoy faltan diez días para el treinta y uno de julio; en diez días mi vida cambiará. Eric no ha parado de preguntarme qué me pasa, de hacerme bromas y eso me hace más daño aún.

Entro en la tienda y me voy directa al vestuario. Cuando encaro el pasillo, Eric viene hacia mí y, cuando llega a mi altura, se detiene delante y se pone firme, cual soldado ante su mando. Lo miro sin entenderlo y doy un paso hacia la izquierda para sortearlo y él también lo da, de manera que choco contra él. Usa su cuerpo como barrera para no dejarme pasar; yo pongo las manos sobre su pecho para apartarlo y casi me da una embolia al notar lo durito que está, y no puedo evitar empezar a reír como una loca histérica. *Y cachonda*. Él también empieza a reírse; el juego dura unos segundos más, hasta que se cansa y por fin se aparta. Así ha sido nuestro saludo esta mañana, sin palabras, pero ha hecho que mi día sea menos gris.

Entro en el laboratorio y de ahí a mi despacho. Encima de la mesa veo algo que me llama la atención. Hay una cara dibujada con chuches, coca colas para ser más exacta, ojos y boca sonriente... solo puede haberlo hecho él. Sabe que me apasionan las gominolas, sobre todo estas. Una lágrima resbala por mi mejilla. Guardo las chuches en el bolsillo de mi bata, y me pongo la coraza para afrontar otro día.

A media mañana, cuando entro en el taller, me encuentro a Eric y a Narciso a lo suyo, los saludo y me siento en mi banco de trabajo. Cuando llevo un rato en mis labores, oigo un movimiento detrás de mí y, al girar el taburete, veo a Eric con un monóculo puesto y con un rotulador a modo de bigote... Narciso se parte de la risa y yo no puedo hacer otra cosa que estallar en carcajadas. Es un payaso adorable, y mi coraza cae al suelo hecha pedacitos.

—Eres incorregible, niño... —le digo cuando puedo parar de reír.

—Te ha molado, ¿eh? —me contesta con una preciosa sonrisa en sus preciosos labios.

—¡Muuuchooooo! Luego buscas como un loco el rotulador permanente; anda dámelo, que lo voy a necesitar, so payaso.

—¿Lo quieres? —Ya empieza, cuando pone esa voz tan seductora... *nos suda todo*

—No lo quiero, pero lo necesito. —Narciso ha desaparecido y no me he dado ni cuenta de cuándo. *¡Si es que este niño nos nubla la razón!*

—¡Ay, Olga! Si yo te dijera lo que necesito... y te aseguro que no tiene nada que ver con un rotulador... —Se va acercando a mí lentamente, yo sigo sentada en el taburete, por lo que estoy casi a su altura, y sin escapatoria. *¡Tampoco la queremos!*

—¿Estás falto de séquito? —Cuando estoy nerviosa no controlo lo que digo, no filtro.

—Te aseguro que no, tengo amigas muy fieles a mi cuerpo... lo que pasa es que estoy un poco cansado... —*Mi cuerpo ha dicho, ¡madrecita lindaaa! Y yo ya he perdido la capacidad de razonar.*

—¿Cansado de qué? —Otra vez estamos hablando en susurros, y él parece un cazador a punto de echarse encima de su presa... y esa soy yo *Sí, sí, síiiii.*

—Cansado de niñas de 20 años que no saben lo que quieren, con las que no puedo hablar de libros, de política o de física cuántica... —Joder. Se refiere a una conversación que tuvimos hace trepecientos meses sobre física cuántica. Empezamos a hablar en grupo, y como nadie sabía de qué iba, nos quedamos solos conversando...

—Ah...

—Solo quieren mi cuerpo... —*¡Solo dice!* En este momento, si no estuviéramos en el trabajo, creo que me habría tirado a comerme esa boca que me tiene loca. *La coraza, Olguita, por tu madre, ¡la coraza!*

—Eres un creído —Ya está a un palmo de mí, joder, joder.

—¿Tú crees? Los datos me avalan. —Será guarro y creído el tío.

—No te quejes, las niñas de 20 años son fáciles de manipular; las puedes manejar a tu antojo. —Intento ser lógica con él, aunque sé que no me va a servir de nada. La coraza es imposible de recomponer; está hecha mierda en el suelo.

—Ya... en eso tienes razón, aunque a veces un poco de oposición mola, un poco de lucha, de dificultad, de no tenerlo todo seguro desde el principio. Seducir y dejarse seducir... —¡Ay, mamacitaaaa!

—Te estás volviendo un romántico... —No deja de acercarse, puedo ver los puntitos negros de su precioso iris y eso que no llevo las gafas...

—Siempre he sido un romántico, Olga, pero las niñas de 20 años no saben apreciar el romanticismo. Solo quieren follar. —*Alaaa... quién tuviera 20 años, ¿eh, Olguita?* CALLA puta conciencia deslenguada...

—Pues igual que tú. —Me sonrío y se acerca peligrosamente a mi cara.

—¡Qué equivocada estás conmigo, Olga! —Y entonces deja el rotulador en mi regazo, sobre mis manos apretadas, me acaricia la muñeca de la mano derecha, y el incendio estalla dentro de mí. Y, como caída del cielo, la puerta se abre sobresaltándonos y rompiendo el hechizo del momento.

—Olga, Nikolai te busca —dice Narciso desde la puerta.

—Jodido ruso de los huevos... —lo ha susurrado, pero he podido oírlo perfectamente... y me ha hecho ilusión ese comentario tan fuera de tono. Ha sonado a celos... y lo voy a aprovechar.

¡Qué malota!

—Bueno, Eric, nos vemos, que Nikolai me necesita. —Su cara se transforma, se pone serio y aprieta los labios. Veo como el músculo de su mandíbula se tensa. Se da media vuelta y desaparece sin decir ni mu.

ERIC

Solo entrar, la he visto venir por el pasillo del vestuario y he deseado comérmela. Me he puesto delante de ella para no dejarla pasar, para alargar el momento de separarme de ella, pero cuando me ha tocado, he detenido el juego porque la otra opción era aplastarla con mi cuerpo contra la pared y comerle la boca, pero esa opción no me ha parecido la más acertada, al menos aquí y ahora.

Esta mañana, cuando venía hacia el trabajo, he entrado a comprarle unas chuches que sé que le gustan. Falta poco para mi marcha y no dejo de hacer payasadas. Egoístamente, necesito verla contenta y alegre para sentirme mejor, pero últimamente su mirada esquiva la mía y, cuando cree que nadie la ve, y baja la guardia, su cara me dice que no está bien, que una tristeza la está embargando. ¿Podría ser que su matrimonio no fuera bien o está así por mi marcha? El otro día oí que Manuela le decía algo de las vacaciones, que iba a pasar unos días con su hermano; ella sonrió y le dijo que sí, pero cuando Manuela se fue, cerró los ojos y al abrirlos, había tanto pesar en ellos...

En cambio, cuando yo me acerco a ella, sus ojos se iluminan, y una preciosa sonrisa se dibuja en su cara y, si la toco... joder... si la toco, se sonroja y su respiración se acelera. Su vergüenza e inocencia me hacen sentir poderoso, y nos hacen entrar en un estado de aislamiento que hace que desaparezca todo lo demás. Cuando ha entrado Narciso, lo he maldecido en todos los idiomas que conozco, y estoy seguro de que me ha salvado de hacer algo de lo que después me hubiera arrepentido pero, en ese momento, al pobre le hubiera arrancado la cabeza. Cuando ha mencionado a Nikolai, la atmósfera se ha vuelto tan densa que hasta me ha costado respirar. «Otra vez el jodido ruso de los huevos», se me ha escapado, lo he dicho en voz alta y he visto una malicia en los ojos de Olga... ¡Ay, Olga! no juegues conmigo que te destrozo.

Ya tengo suficiente mala hostia rusa, para pasar todo el día.

OLGA

He necesitado cinco minutos para recuperarme antes de encontrarme con Nikolai. No era el plan salir colorada como un chorizo y jadeando como una perra. Le propongo ir a tomar un café, porque aún no he desayunado, y acepta encantado, necesito aire. Cuando estoy con Eric tengo la sensación de hacer apnea.

Entrado el mediodía, Manuela se acerca a mí.

—Olga, hemos quedado el viernes de la semana que viene para hacer la cena de empresa y la despedida de Eric. Dicen de cenar en el Zone y luego ir a bailar por ahí. ¿Te parece?

—Vale. —Me apetece menos que restregarme una ortiga por el culo, pero sería de lo más extraño, que yo, la fiestera, faltara a una cena.

—Queremos regalarle algo, pero no sabemos el qué... quizás tú, que lo conoces más, podrías tener una idea. —Un momento... ¿Qué ha querido decir con que yo lo conozco más? ¿Acaso se está viendo algo de lo que yo no soy consciente? *Hombre... el aire crepita a nuestro alrededor cuando estamos juntos.*

—Pues no sé, la verdad, y no lo conozco más que tú o cualquier otro compañero. —Estoy a la defensiva y Manuela me mira con una sonrisita maliciosa, que no me gusta nada.

—Ya... como siempre estáis hablando, bromeando y trabajáis juntos... Bueno, si se te ocurre algo, nos lo dices, pero tenemos que pensar rápido. Solo queda una semana.

—Vale... —*Solo queda una semana, solo queda una semana, solo queda una semana.* Necesito salir de aquí, ya. Recojo mi despacho, cojo el bolso y salgo, pero me voy por la puerta de atrás. No me veo capaz de afrontar a nadie.

Dejo el coche en el parking y me voy andando hacia mi casa. No sabía que el corazón, el órgano en sí, podía doler tanto, incluso llevo mi mano hacia mi pecho en un intento de consolarlo.

Llego a mi casa más calmada. Después de mucho cavilar, he decidido regalarle algo a Eric, pero lo voy a hacer sola. Es algo atrevido, lo sé, pero lo correcto ha pasado a la historia. Llamo a Pilar y le pregunto por el colgante del Yin-Yang, el que me mostró Eric el otro día. Le cuento una trola y le comento que a mi amiga Julia le apasiona el tema y se lo quiero regalar. Como esperaba, el colgante está aún a la venta y dice que me lo reserva en ese mismo momento. Le pido discreción, porque no quiero que mi cuñada se entere. Ella sabe que soy muy celosa de mi intimidad en el trabajo y me asegura que quedará entre nosotras.

Cuando acabo de comer, me estiro un rato en el sofá. María se ha ido a comer con unas amigas y vendrá tarde. Caigo en un coma profundo, y un sueño se abre paso en mi fase REM...

—¡Ay, Olga! Si yo te dijera lo que necesito... y te aseguro que no tiene nada que ver con un rotulador.

—¿Ah, no? ¿Y qué necesitas, Eric? —Me enderezo en el taburete y quedamos a dos centímetros el uno del otro.

—Necesito algo que no he podido tener, algo que ansío con todas mis fuerzas, algo que me persigue en mis noches y en mis días.

—Estás muy enigmático... —Pone sus manos en mi cintura y yo me agarro a sus antebrazos.

—¿Quieres que deje de ser enigmático?

—Ajá.

—Vale, voy a ser directo. Esto te va a gustar, Olga.

Baja su cabeza hasta mis labios, al principio solo los unimos, me he quedado quieta; él va a manejar los tiempos. Sus labios se hacen más insistentes y su lengua acaricia mi labio inferior,

para luego cogerlo entre sus dientes. Un jadeo escapa de mi boca y lo aprovecha para meter su lengua, agresiva y exigente. El beso se vuelve avasallador, demencial, rabioso. Sus manos llegan a mi cuello, acuna mis mejillas sin dejar de saborear mi boca. Yo instintivamente, abro mis piernas y Eric se mete entre ellas. Yo aprieto mis muslos en torno a él. Una mano abandona la cara y la coloca en mi nuca. Me está volviendo loca y él parece a punto de estallar también. Abandona los labios, reparte besos por la mandíbula y baja por el cuello. Me desabrocha la bata, va a meter la mano debajo, no llevo nada salvo el sujetador. deseo que me toque, lo deseo con toda mi alma. La sensación es sublime, los jadeos no me dejan respirar...

—¡¡¡Olga, joder!!! —me siento de golpe en el sofá totalmente desubicada.

—¡¡¿Qué pasa??!! —enfoco la vista, y veo a un Mario cabreado, mirándome muy serio.

—¿Se puede saber qué estabas soñando? ¡No había manera de despertarte, joder! *Qué pillada Olguita...*

—Nada... solo... solo una pesadilla. —*¡Una pesadilla dice, ya quisieran las víctimas de Freddy Krueger!*

—Pues debía ser horrible, porque parecía que corrías como si te persiguiera alguien, y estás muy colorada... —*Correr... eso estaba a punto de hacer, ¿o lo hemos hecho? ¡Qué vergüenza por favor!*

—Esto... sí... corría por un pasillo, escapando de algo, pero no había puertas... uf, ha sido horrible. Voy a ducharme que María debe estar a punto de llegar. —Tengo la ropa pegada al cuerpo de la sudada que he hecho. *Es lo que pasa cuando tu cuerpo se pone a temperatura de ebullición.*

—Vale. —Parece que se lo ha tragado.

Me encierro en el lavabo y me miro al espejo. Estoy sonrojada y despeinada, hasta parece que tengo los labios más rojos... ¡madre mía, que sueño tan hot! Si no llega a despertarme Mario, no sé cómo hubiera acabado, bueno, lo supongo por el cariz que estaba tomando la escena. Joder, parecía tan real... *La mente es poderosa, Olguita.* Ni que lo digas, conciencia colgada y salida amiga de Belcebú.

Por la noche, después de cenar, recibo un whatsapp de Pilar.

PILAR:

Buenas noches, Olga. Te dejo lo tuyo en la caja fuerte. No lo pagues en la caja. Ya lo arreglaremos entre nosotras.

YO:

muchas gracias Pilar. Hasta mañana.

PILAR:

hasta mañana bonita.

Qué encanto de mujer. Hace un rato me he puesto un poco nerviosa pensando en el regalo de Eric. He pensado que, si se lo pusiera un día para ir a la tienda y alguien se lo viera, estaría en un lío, pero eso no va a pasar; sé que Eric entiende la situación y nunca haría nada para ponerme en

evidencia en el trabajo. La decisión está tomada y la locura en marcha.

Capítulo VIII

OLGA

El fin de semana pasa sin pena ni gloria. Mario se ha ido todo el fin de semana a pescar a Langostera, en Galicia, con su amigo Fer, y María ha ido a Peñíscola con una compañera de clase. Así que lo he pasado sola. Lo necesitaba, porque no he tenido que aparentar lo que no siento. He pasado ratos con Julia. Estoy segura de que Carlos se huele algo. Es un hombre muy observador y conoce muy bien a su mujer. Sé que mi amiga está preocupada por mí y no lo puede disimular delante de Carlos. Evidentemente, ella no le contará nada, pero Carlos no es tonto y algo se huele, fijo.

Le he contado a Julia el episodio del rotulador y el sueño que tuve. La muy perra se meó de la risa, literalmente. Tuvo que ir a cambiarse de prisa y corriendo, como una abuelita. Yo también me reí... y lloré, a partes iguales.

Tanto María como Mario han llegado cansados de sus respectivos findes y se han acostado pronto.

Y aquí estoy yo, limpiando las sardinas que ha traído Mario. *¡Qué asco, Olguita! Con lo bien que te las venden en el súper, limpietas y listas para comer...* Pero cualquiera dice algo... Acabo a las tantas, con una peste a pescado, que tira pa' tras. Después de una buena ducha, me meto en la cama, para dar más vueltas que una peonza.

Mañana empieza la última semana de julio, la última semana antes de pasar siete meses sin ver a Eric.

Como María ya no tiene clase, me levanto más tranquila. Me marcho en cuanto estoy vestida. Hoy me apetece desayunar fuera de casa.

Cuando llego al trabajo, Manuela vuelve a insistir sobre qué le podemos comprar a Eric y, cansada ya del temita, le propongo comprarle una buena mochila y una guía de Tailandia que he visto en Amazon. Está escrita por los nativos del país y tiene unas críticas estupendas. Parece convencida y se va por donde ha venido para decírselo a los otros.

Voy a la caja fuerte y cojo el colgante del Yin-Yang. Eric lo limpió y ha quedado precioso. La

cadena es de eslabones grandes y no es muy larga, le debe llegar por encima de los pectorales. *Ummmm... para, Olguita, no podemos estar ya cardiacas a las nueve de la mañana.* Decido guardarlo en una bolsita de terciopelo negro y pienso que lo mejor será dárselo el penúltimo día, no sé cómo. Quizá lo haga como me ha dicho Julia, colándome en el vestuario mixto que tenemos y poniéndoselo dentro de la mochila que lleva siempre junto con una nota.

ERIC

¡Vaya resacón que tengo! He pasado el fin de semana borracho. El sábado llamó mi hermano para invitarnos a Jaume, Toni y a mí a pasar la noche en su casa. Su novia, Sonia, tenía una despedida de soltera, así que organizamos una velada de tíos. Al principio fue todo bien. Hablamos por Skype con Laura y ultimamos los detalles del viaje, pero a partir de ahí todo fue a peor. Empecé a beber como un cosaco y se me fue de las manos, sobre todo cuando me quedé solo con mi hermano...

—Hermano, tendrías que parar de beber.

—No quierooooo. Mi vida es una mierrrda.

—Pero... ¿qué dices Eric, qué te pasa?

—Si te digo lo que me pasa, te vas a reír de mí. Hasta yo mismo me río... soy un puto desastre.

—Cuéntamelo, Eric, quizá pueda ayudarte.

—Es que... uf, bueeeno, como estoy borracho, y todo me importa una mierrrda... ahí va: estoy obsesionado perdido por una tía del curro, sip... no sé bien lo que siento, pero cuando estoy cerca de ella... ¡me vuelvo gilipollas!

—Y ¿qué hay de malo?

—Eso es lo mejor. —Río—. Está casada tío... y me lleva 17 años, tiene 44 tacos... ¿vaya putada, eh?

—Joder macho... ¿Cómo se te ocurre?

—¡¡Yo no lo he escogido idiota!! Parece mentira que tú me digas eso... Da igual, quizás sí que me lo he buscado. ¡Yo qué sé! Pasó, pasó sin más, un día era una compañera del curro y al siguiente, quería tenerla desnuda. —Me río.

—Es una locura, esa tía podría... podría ser tu madre joder, eres tonto del culo Eric, tienes todas las tías que quieres y te fijas en una que no te pega nada, porque además de mayor, que no es poco, ¡está casada, chaval!

—¡Que ya lo sé, coño! No tendría que haberte contado nada... No me entiendes... Eres Pepito Grillo, ¡ñiqui, ñiqui, ñiqui!

—¡¡¡Pues no, no te entiendo!!! Pasa de ella, se te pasará, la ves como un reto, como algo inalcanzable y te has encabzonado. Páralo, Eric, y ya está.

—No es tan fácil. Lo he intentado, me levanto por la mañana y me autoconvenzo de que es una tía más, pero cuando la veo... y... joderrrr. —Río.

—Para de reírte, capullo. —dice riendo.

—¡¡¡Acabo de caer, en que me llevo menos años con la hija que con la madre!!! —digo y me río —. 11 años me llevo con su hija... ¡¡esto es una puta mierda!!

—Calla joder, que los vecinos van a llamar a la poli. A ver, vamos a pensar. Tirártela no puedes, bueno, no debes... ¿no?

—Ni debo, ni ella querría, si la conocieras... Parece que no tiene experiencia; si me dieran 10 euros por cada vez que se ha puesto colorada con un comentario mío, sería millonario. Se estremece cuando la toco. Se acalora cuando le susurro y sus ojos... sus ojos son... ¡me paso el día cachondo perdido!, tío.

—Ya vale, Eric. Después de lo que te pasó, ha estado bien este tiempo de desenfreno. Siempre te he dicho que tendrías que sentar cabeza, pero joder, no con una tía de 44 años y casada y con una hija. ¡Joder, esa tía lo tiene todo en contra, ¿es que no lo ves?!

—¿¡Que no lo veo, que no lo veo!? Hostia puta, Ángel, claro que lo veo, pero es algo inevitable. Una fuerza me arrastra hacia ella y no lo puedo evitar. Me levanto y me preparo para ir al curro con ella en la cabeza, ilusionado porque voy a verla... esto... esto no me puede pasar a mí... estoy muy jodido hermano, mucho.

—Vale, vale. Primero, vas a dejar de beber, pero ya, y segundo, esta conversación se acaba aquí. Te atrae esa tía ¿Y qué? Pasa de ella, tírate a cualquier otra y verás que con el tiempo se te pasa. Vamos a estar siete meses fuera, y eso te ayudará, eso y Laura, que parece estar más que dispuesta a hacerte olvidar hasta tu nombre. Ya verás que cuando vuelvas, nos vamos a reír de esto.

—Vale... puede que tengas razón, pero...

—La tengo hermanito, la tengo. Vamos a dormir. Mañana verás las cosas más claras. Anda, pequeñajo, que vaya tajada que te has cogido, mañana vas a querer arrancarte la cabeza.

El domingo amanecí con la cabeza destrozada y me fui a mi casa para volver a meterme en la cama. Mi hermano no me ha llamado. Da por finalizada la conversación, y en parte se lo agradezco. Tiene razón, tengo que olvidarme de Olga, vivir el momento y no darle tantas vueltas. «Es un juego Eric, es un juego para ti y ya está». Debo mantener las distancias con ella, alejarme, será lo mejor.

OLGA

Cuando Eric llega, lo noto un poco serio. Nos juntamos en el laboratorio, estamos solos.

—Hola, tú —lo saludo, aunque él no lo ha hecho.

—Hola, guapa. —Pero no me dice nada más, así que soy yo la que sigue hablando.

—Bueno... ya queda menos... ¿nervioso? —Está tenso, y yo también estoy empezando a estarlo. ¿Qué le habrá pasado?

—No... bueno, un poco, pero también estoy emocionado. Va a ser un gran viaje, el viaje por

excelencia.

—Seguro que sí... ¡El viernes nos vamos de fiestuqui!

—Claro, la fiesta que no falte. —¿Pero qué le pasa?

—¿Cuándo os vais?

—Pues el sábado a las seis de la mañana tenemos que estar en el aeropuerto, un madrugón de cojones.

—Sí... ¡con lo dormilón que tú eres! Pasarás sobando todo el viaje.

—Sí... dormiré como un lirón, por horas no serán. —Joder, tengo que arrancarle las palabras...

—Vas a estar sin entrenar mucho tiempo, vas a perder la forma física...

—De eso nada, tenemos que patear toda Tailandia. Hacemos gran parte del viaje a pie; vamos en plan mochilero. Tú tranquila, que cuando vuelva mi cuerpo seguirá siendo el mismo. —Por fin, ya vuelve a ser él.

—¡Eres tonto! —Río. Al fin sonrío y se aligera mi corazón.

—¿Quieres que te traiga algo de Tailandia? —*A ti enterito... ¡¡ñám!!*

—Pues sí, quiero un Buda de esos de metro y medio por lo menos, para ponerlo en mi salón...

—Clarooo, ¡qué buena idea! Te lo traeré metido en mi mochila, cuenta con ello... —Los dos reímos más relajados.

—Oye, tonto, no me tomes el pelo, o no me despediré de ti. —En cuanto acabo la frase, se le borra la sonrisa de la cara y me mira con una intensidad que me hace temblar.

—Eso ni que se te pase por la cabeza, si no te despides de mí, no me iré. Lo digo en serio, Olga. —Pues sí que se ha puesto serio, sí.

—No te preocupes, seré la última en decirte adiós. —Se me hace un nudo en la garganta. Eric me mira serio y nuestras miradas se quedan suspendidas hasta que no aguanto más, y salgo de allí pitando.

Esta semana va a ser un calvario. Pilar me llama al despacho y arreglamos cuentas. Me ha salido más barato de lo que pensaba. Pilar me ha aplicado un descuento alucinante. Es una pieza exclusiva; viene de China y está datado de finales del siglo XIX. Sé que le gustará; a Eric le encantan las piezas que provienen de Asia. La cultura nipona le apasiona.

A medida que avanza la semana, me voy haciendo más pequeña. Estoy más angustiada y más triste e irascible.

Julia y yo wasapeamos constantemente. La necesito más que nunca; ella es mi ancla en estos días, me ayuda a pasar las horas. Es como si ella estuviera a mi lado, ayudándome y dándome fuerzas para seguir sin desmoronarme.

El jueves, cinco minutos antes de acabar la faena, entro sigilosamente en el vestuario con el corazón a mil por hora. No tenemos taquillas. Cada uno disponemos de una estantería. Nunca nos ha preocupado no poder cerrar nuestras cosas bajo llave. Voy escopeteada hacia el estante de Eric y veo su mochila, la abro apenas y meto la bolsita que contiene el colgante y la nota que le he escrito:

“Que la luz del Yin te muestre el camino, y la oscuridad del Yang te muestre las estrellas. Buen viaje. Olga”

Ya está hecho; me tiemblan las manos. Mañana por la mañana, Eric, no viene a trabajar, lo veré por la noche... qué nervios.

No he pegado ojo en toda la noche, los nervios y la pena me comen por dentro. Amanece. Hubiera dado todo lo que tengo para que no hubiera llegado este día, pero eso, al igual que la marcha de Eric, es inevitable, y que mañana seré un fantasma, tampoco.

Cuando acabamos la jornada más corta de toda mi vida laboral, nos reunimos y quedamos en encontrarnos en el Zone, a las nueve y media. Manuela ha hecho un grupo de whatsapp donde estamos todos. Mira por dónde, es que tengo el teléfono de Eric sin pretenderlo. Me muero de ganas por ver su foto de perfil. En cuanto llego a casa, miro su whatsapp, hace diez minutos que se conectó por última vez. Clico en su foto de perfil y muero un poco más... está de pie, en la orilla de una playa. *De pie en todo su esplendor.* Y se apoya distraídamente en una tabla de surf. Está guapísimo, con el pelo más rubio, tan alto, con ese cuerpo tan bien definido... Se me seca la boca y se me acelera el corazón ante esa visión... *La boca es lo único que tenemos seco, Olguita.* ¡Qué gurarrona eres, por Dios!

Cuando Mario llega, me ve con el armario abierto y mirando dentro, mirando nada.

—¿Qué haces?

—Intento decidir qué ponerme esta noche.

—Tienes ropa ahí dentro como para vestir a media Valencia. —Él siempre tan simpático.

—Solo intento decidir cuál elegir, no he dicho que no tenga ropa para ponerme —le contesto seca.

—¿Por qué no te pones el vestido que te compraste por internet? Ese que parece marinero. Estás muy guapa con él. —Y por primera vez en estos meses, noto nostalgia y tristeza en su tono de voz y me da pena.

—No sé... luego lo decido, voy a ducharme y me lo pienso. Gracias.

—Vale.

Me ducho y me depilo a conciencia. No es por nada, pero es que me siento más segura de mí misma si voy bien depilada y con ropa interior bonita, y hoy necesito más seguridad que nunca.

Al final me decido por el vestido que Mario me ha sugerido, el marinero. La verdad es que me queda de miedo. Seco el pelo con el difusor y me maquillo un poco, solo acentuando los ojos y los labios. Un poco de perfume y lista. Me tiemblan las manos. Alguien llama a la puerta de mi habitación y sonrío.

—Pasa, Julia. —Sabía que vendría, que no me dejaría sola. Ella sabe cómo me encuentro.

—Hola, amiga, ¡guau, estás preciosa! Madre mía, Olga, vas a romper...

—Muchas gracias, tú que me ves con buenos ojos...

—Ojos golosones son con los que te van a mirar esta noche. ¿Cómo estás?

—Ay, amiga, estoy de los nervios, mira... parece que tengo Párkinson. —Julia coge mis manos entre las suyas para intentar reconfortarme.

—Tranquila, Olga, todo va a salir bien. Sobre todo, está tranquila; ya sé que te pido mucho, pero inténtalo. Solo... pásatelo bien y no pienses en nada más. Mañana ya hablaremos, reiremos y lloraremos, pero hoy solo disfruta, ¿vale?

—Vale, lo intentaré. Mañana será otro día. Muchas gracias, amiga. —Y me da ese abrazo cargado de cariño que tanto necesito en este momento.

—Anda choco, lárgate ya y dalo todo, amiga, que tú vales mucho.

Decido no coger el coche porque hemos quedado en movernos en taxi, así todos podemos beber.

Cuando llego al Zone, pasan diez minutos de la hora y están todos allí. Me sorprende gratamente ver a Pilar, a Eric no lo veo.

—Buenas noches a todos —me siento al lado de Pilar.

—¡Gualaaa! Pero qué pibonazo, chica... —ese es Narciso.

—Muchas gracias; estamos todos muy guapos, parece que fuéramos de boda —En ese momento, Eric sale del bar con dos jarras de cerveza en cada mano. Las deja en la mesa y entonces repara en mí. Me mira serio y me da la impresión de que todos están pendientes de nosotros.

—Hola... —le digo para romper el silencio mientras retuerzo mis manos por debajo de la mesa.

—Ey... —me saluda—. Susana sale ahora a tomar nota. —Y se sienta. Parece enfadado. Joder, igual le ha sentado mal mi regalo, o no lo ha visto, o... ¡qué mierda sé yo! Está guapísimo, con ese tejanito de cintura baja y la camiseta negra con cuello de pico.

A partir de ahí, decido pasar de todo. Ha vuelto a cambiar de humor y no es justo; estamos todos aquí dispuestos a pasarlo bien, desearle un buen viaje, y yo le he dejado un regalo en su mochila... Joder, ahora mismo creo que soy la persona más estúpida del mundo. Me arrepiento enormemente. Me siento ridícula.

La cena es fabulosa, comemos como cerdos y bebemos como cosacos. Gracias al vino, ya no me siento ni tan estúpida ni tan ridícula. Se ha sentado lejos de mí, no lo veo, a no ser que se eche para delante. Eso me ayuda; puedo hacerme a la idea de que no está. Pilar se ha sentado a mi lado y me estoy riendo muchísimo con ella y con Narciso.

Con los postres, Manuela se levanta y va a buscar los regalos para Eric, que los recibe con una enorme sonrisa, que ya quisiera yo que fuera exclusiva para mí...

A continuación, se acerca uno a uno para agradecernos el regalo. Va repartiendo besos y sonrisas hasta que llega a mí. Entonces se para, me mira a los ojos y me da dos besos, huelo su colonia, su esencia masculina, el olor de su piel, el mejor olor del mundo.

Después de cenar, vamos a una discoteca. Nos decidimos por la Play Club, en el barrio de Ruzafa. Hemos venido en dos taxis y todos llevamos un puntillo de lo más gracioso; yo he

compartido taxi con Helena, Narciso y mi cuñada. Pilar se ha ido, justo después de darle los regalos a Eric.

Entramos al local, y el ambiente que nos recibe es genial. Nos dirigimos a un lateral y pillamos un sitio idóneo para que podamos estar todos juntos. Nos sentamos en los sofás y pedimos las bebidas. Las chicas no tardamos en levantarnos y empezar a bailar, el alcohol nos desinhibe y nos contoneamos al ritmo de la música. Me siento bien, anestesiada, cierro los ojos y me dejo llevar por la música.

Eric está sentado con los chicos. Abro los ojos y lo miro desde la distancia, él también me mira fijamente, intensamente, y le sonrío, le sonrío y él me devuelve la sonrisa y, ese pequeño gesto, me hincha de felicidad.

Las horas pasan y no he parado de bailar ni un momento. He visto a Eric hablar con un par de chicas y me estoy mosqueando. El alcohol está dejando de hacer su magia, así que decido parar un rato e ir al baño a refrescarme.

Está lejos de cojones y la cola es inmensa. Espero hasta que me toca. Cuando salgo del cubículo estoy sola. Parece que era la última de la fila. Me lavo las manos y la cara y respiro profundamente un centenar de veces antes de salir. Ya estoy más despejada y la angustia y la tristeza, vuelven a aparecer. El pasillo de los aseos está vacío. Cuando voy por la mitad, veo a alguien que se acerca: es Eric. Él también ha bebido bastante. A medida que nos acercamos ralentizamos el paso, hasta quedar uno frente al otro.

—¿Qué tal? —me dice con las manos metidas en los bolsillos del tejanos.

—Bien... con mucha calor y... ¿tú bien? —Qué nerviosa estoy...

—Sí, sí... por cierto, muchas gracias por el colgante. —Se estira un poco de la camiseta y me muestra el colgante del Yin-Yang. *Y un pedazo de piel súper apetitosa.*

—De nada, me percaté de que te gustaba y... bueno, pensé que era ideal para ti.

—Y lo es, me encanta, pero lo que más me ha gustado ha sido la nota. —Entonces da un paso más hacia mí; estamos muy, muy cerca.

—Me alegro. —*Respira, por tu madre respira, Olguita.*

—Olga, te voy a echar de menos estos meses... —me susurra.

—Yo también, pasamos tantas horas juntos... —Estoy temblando como una hoja.

—Sí, muchas horas... pero siete meses se pasarán pronto, ¿verdad? —Y con esas palabras se bajan mis defensas. De un momento a otro voy a romper a llorar. Eric me mira desde su altura, pero yo soy incapaz de mirarlo.

—¿Qué pasa, compis! —nos saluda Narciso, va carguete de verdad y ha vuelto a romper la magia.

—Nada... iba a mear... —le dice Eric, ya que yo me he quedado muda.

—¡¡Maricón el último!! —Y comienza a correr como un idiota. No podemos evitar reírnos, fruto de los nervios, seguro.

—Está chhalao... bueno, ahora nos vemos, Olga —dice Eric, mientras empieza a caminar de

espaldas hacia los aseos.

—Sí, claro, hasta ahora. —Necesito sentarme, no sé si es por el alcohol o por el encuentro con Eric, pero las piernas no me sostienen.

Cuando llego al grupo, charlamos un rato, pero la fiesta ha decaído y decidimos marcharnos. Salimos a la calle y pedimos un solo taxi, ya que parece ser que Eric y Narciso viven en este barrio.

La primera en echarse a los brazos de Eric para despedirse es Manuela. *Como se aprovecha la tía*. Uno a uno lo abrazan y le desean lo mejor. Veo cómo me busca con la mirada. Parece tener miedo de que me vaya sin despedirme. Me arde el pecho de aguantarme las ganas de llorar. Cuando llega mi turno, me acerco lo más normal que puedo y le doy dos besos, aspirando su aroma, intentando retener un poco de él en mi pituitaria. Cuando nos separamos, pone una mano sobre el colgante, oculto bajo la camiseta, sin apartar sus ojos de los míos. Por suerte, el taxi ya ha llegado y nadie repara en el gesto de Eric.

Con gritos y risas —por parte de ellos— entramos en el taxi. Yo soy la primera en bajarme y doy gracias a Dios, porque tengo el cuerpo descompuesto.

Me despido de todos hasta septiembre y entro en mi bloque. Voy directamente a la terraza. Necesito estar sola, sacar toda la amargura que se me ha enquistado dentro, llorar libremente, llorar porque se ha ido, llorar por los siete meses que me esperan, llorar porque lo necesito, llorar por mi vida, llorar por lo que siento y por lo que he dejado de sentir y llorar por lo que voy a hacer.

Se me hace de día sentada en la terraza. Estoy hecha un asco, apesto a tabaco y tengo la boca pastosa a más no poder. Decido bajar a mi casa. Entro sin hacer ruido y voy directa a la ducha. Vuelvo a llorar. La pena me oprime el pecho; el dolor de la pérdida que siento me ahoga. No voy a sobrevivir a esto, no puedo.

ERIC

Creo que he pasado la peor noche de mi vida. No me he reconocido; los sentimientos que se han movido hoy dentro de mí me dicen que Olga no es un capricho ni una obsesión. Me gusta de verdad. Lo tengo que afrontar de una maldita vez, pero no puede ser, lo sé y lo asumo.

Cuando ayer encontré el colgante y la nota de Olga, tuve que reprimir las ganas de llorar... Me conoce tan bien. No me esperaba esto de ella. Ha arriesgado mucho. Ayer me acojoné cuando dijo que no se iba a despedir de mí y eso sí que no lo iba a consentir, aunque hubiese tenido que ir a su casa; sin su despedida, no hubiera tenido cojones de coger el avión...

Cuando he salido del Zone con las cuatro cervezas y la he visto por poco no se me caen de las manos. Estaba guapísima, con esos ojos de gata salvaje, esos labios... la he saludado con lo único que me ha salido, un escueto y simple «Ey». A partir de ahí, la noche ha ido de mal en peor. He pasado de ella en la cena; me he sentado lejos, pero me llegaba su voz, su risa y he odiado a

Narciso por ser él el que estaba a su lado. En la discoteca ha sido el remate, no me he movido del reservado. No podía apartar mis ojos de ella. Bailaba con los ojos cerrados, moviendo las caderas... me hubiera encantado ir y pegarme a ella por detrás y mecernos juntos. Se han acercado a mí un par de follamigas con ganas de guerra, pero no quería nada de ellas, solo quería seguir mirando a Olga. De repente, la he visto irse a los aseos y ya no he aguantado más sin ir en su busca. He estado a punto de meter la pata hasta el fondo; le he confesado que la voy a echar de menos. Es la puta verdad. Me he acercado a ella con las manos en los bolsillos para evitar el impulso de tocarla, pero necesitaba tenerla un momento para mí, para agradecerle el regalo, para mirarla a los ojos por última vez. Narciso ha roto el momento.

Cuando ha llegado la hora de la despedida, estaba seguro de que cogería un taxi y se iría sin decirme nada. Sus ojos estaban llorosos y su cara era un poema. Manuela ha sido la primera en tirarse a mis brazos, «quita bicho» y ella ha sido la última en acercarse. La he abrazado sin importarme una puta mierda si los otros nos miraban; necesitaba sentirla, aspirar su olor por última vez. Cuando vuelva todo va a ser diferente, pero hoy, esta noche, necesitaba su contacto.

He llegado a casa como un zombi, no he podido pegar ojo y, cuando he llegado al aeropuerto, me he sentido aliviado, como si este viaje fuera un punto de partida, un antes y un después, como si fuera a ser mi salvación. Le pido a Dios que así sea, que la distancia me ayude a que se evaporen estos sentimientos, que ahora mismo, me están ahogando.

OLGA

Cuando me despierto, tengo un dolor de cabeza horrible, los ojos hinchados y más secos que un arenque. No oigo ruido en casa. Me levanto y en la cocina veo una nota sobre la mesa:

«Nos vamos con Carlos y Julia a tomar el vermut. Estaremos en el paseo marítimo. Ven si te apetece. Mario».

Respiro hondo y decido ir. No quiero liarla más, además, esta es la vida que tengo y la tengo que vivir, aunque no la quiera. Pobrecita de mi niña; no se merece una madre amargada y cargada de dudas. Por ella, porque ella es lo más importa en mi vida, tengo que reponerme y fingir normalidad.

Y él ya no está.

Capítulo IX

OLGA

Mañana Mario y yo nos vamos unos días de vacaciones, vamos solos, a Calafell. No estoy saltando de alegría, pero es una oportunidad que he de darle a Mario y a nuestro matrimonio, y lo voy a intentar.

En estas dos semanas he pasado por diferentes fases, y todas malas.

La primera semana fue horrible, me sentía una mierda en todos los sentidos, y encima, no tenía a Julia conmigo, ya que ella, Carlos y Judit se habían ido de vacaciones a Murcia, una putada en toda regla. Pero en parte, con el paso de los días, lo agradecí, porque necesitaba pasar tiempo en soledad, pensar y decidir. Aunque sé que mi amiga me hubiera ayudado, creo que era necesario que estuviera sola para reflexionar y hacerme un poco fuerte por dentro, sin que ella fuera la que tirase de mí.

La semana pasada, la horrible, hablé con Mario.

Me levanté temprano, dejé a María en el polideportivo para entrenar y me fui a la peluquería. Necesitaba verme bien por fuera, ya que por dentro estaba fatal, que superficial, ¿eh? María me llamó para decirme que una amiga la había invitado a comer, así que después de la peluquería y harta de ver gente, me fui para casa a la velocidad del rayo. Ni siquiera entré en el piso, subí directamente a la terraza, que se ha convertido en mi paraíso personal, ese que recoge mis pedazos, mis noches en vela, mis lágrimas y mi vida sin máscaras. Arropa a Olga tal y cómo realmente es.

Mario, que también estaba de vacaciones, llegó a casa y, al no encontrarme, me mandó un whatsapp y no me lo pensé. Ese era el momento y así ocurrió todo:

MARIO:

todo ok pelu?

YO:

toi terraza. Sube

Y tras unos segundos me respondió:

MARIO:

Voy

Sé que Mario va a aparecer de un momento a otro por la puerta de la terraza y no hago nada para ocultar mi estado. No limpio mis lágrimas ni finjo no llorar. No me voy a esconder tras una máscara; le voy a mostrar a la Olga en la que me he convertido, la que se muere por dentro. Este es mi espacio y esta soy yo aquí.

Cuando me ve, se queda parado. Su cara se transforma; no sé si es pena lo que veo o inseguridad. Se acerca lentamente hasta la hamaca en la que estoy estirada y se sienta al lado.

—¿Y María?

—Se ha ido a comer con Claudia.

—Ah... vale. Esto... ¿quieres hablar, contarme algo? —*Venga, Olguita, ha llegado el momento.*

—Estoy fatal, Mario...

—Eso ya lo veo, Olga, pero quiero saber qué es lo que te pasa. Hace meses que no eres tú. ¿Crees que cuando llego a casa no noto que has estado llorando? Pareces un alma en pena, joder...

—Lo sé... no quiero estar así, pero no puedo evitarlo, Mario, no puedo. —Y me rompo por completo.

—Vale, Olga, tranquila. Hablemos, por favor, así no podemos seguir. —Por primera vez en mucho tiempo, sus brazos me brindan el calor que necesito. Me siento protegida y con fuerzas para empezar a andar un camino que se presagia duro.

—Mario, no sé cómo ha pasado, no sé si han sido los años que llevamos casados, el poco tiempo que tenemos para estar solos, si he sido yo o si has sido tú, pero esto no funciona. No soy feliz, Mario, no lo soy. —Aún estoy entre sus brazos y noto como se tensa.

—Yo no creo haber hecho nada para que estés así. Es cierto que no pasamos mucho tiempo a solas, pero creo que eso no es motivo para que hayas llegado a esto. ¿Qué es lo que te pasa realmente, Olga? —Ahí va...

—No soy feliz en nuestro matrimonio. Lo siento mucho. No estoy bien contigo ni conmigo. —Me aparta de él para mirarme a la cara.

—¿Qué significa que no estás bien conmigo? ¿Te refieres a que ya no me quieres? —Qué difícil es esto...

—No estoy bien en nuestra relación, y sí que te quiero, pero no como creo que se debe querer a un marido... creo... Creo que ya no estoy enamorada, Mario...

—Joder, Olga, ¿pero qué dices!? —Se pone de pie alejándose de mí.

—Lo siento, yo no... —Ahora mismo me siento la peor persona del mundo, y el dolor del pecho se hace más intenso a cada palabra de Mario.

—Deja de decir que lo sientes. A ver, para que yo lo entienda. ¿Cuándo ha empezado esto? —respiro profundamente e intento darle las explicaciones que se merece.

—No lo sé exactamente. Fue pasando poco a poco. Creo que ha sido un cúmulo de cosas, o que

yo he cambiado, no lo sé Mario, pero ha pasado.

—Vale. Pero te pido que no generalices. Te ha pasado a ti, a mí no. Yo te quiero como el primer día. —Por eso no voy a pasar, como dice mi madre “más vale ponerse una vez rojo que cien amarillo”

—Pues yo no lo creo. No me miras igual que antes, no me hablas igual que antes, no te comportas igual que antes. Has cambiado con respecto a mí en un millón de cosas, cosas que para mí eran importantes y eso, sumado a que yo necesito más, pues me ha hecho llegar aquí y con estos sentimientos.

—Hemos crecido, Olga, hemos cambiado. El amor se consolida y evoluciona, madura, pero no por eso deja de ser amor, no por eso se desenamora la gente. Yo te quiero como el primer día o más si cabe.

—También se abandona. Creo que te has acomodado. Yo necesitaba atención, cariño, detalles. Han pasado cosas que han ido mermando mi atracción hacia ti. Sé que es duro oír esto, pero no puedo fingir más, Mario, no puedo, me estoy ahogando... —Se vuelve a acercar, pero no me abraza.

—Vamos, Olga, pareces una cría... Tenemos más de 40 años, casi 50, y nuestro amor se ha transformado. Yo no he abandonado nada, y no creía estar haciendo nada mal. Tienes todo lo que necesitas, todos los caprichos que quieres y en la cama siempre hemos funcionado bien... —Eso es lo único a lo que le da importancia: al dinero y a la cama, en cambio, es lo que menos me importa a mí.

—No te estoy hablando de cosas materiales o de sexo, Mario, no es eso.

—¿Te he dejado de gustar físicamente? Sé que no estoy igual que hace 20 años; puede que me haya descuidado un poco... —Y dale...

—Tampoco es eso, Mario, el físico no es importante, ni es un problema, los dos hemos cambiado.

—Vale. Pues no sé qué decirte. Es verdad que mi trabajo últimamente me ha tenido muy agobiado, pero el trabajo de Páez está hecho y entregado, ahora podré estar más por ti y por María. Te prometo cuidar más lo nuestro... Tienes que intentarlo conmigo, Olga, y lo conseguiremos. —Me coge las manos entre las suyas; parece que me está suplicando... y cedo, no puedo hacer otra cosa.

—Vale... —es lo único que atino a decirle, no quiero hacerle más daño, de hecho, era esto lo que buscaba, ¿no? Dar una oportunidad a nuestro matrimonio... Entonces, ¿por qué siento que mi mundo se abre bajo mis pies?

—Ya verás que todo irá mejor a partir de ahora; yo voy a poner todo de mi parte. Tendremos más tiempo para nosotros, para disfrutar juntos, y vamos a volver a estar bien. Olga, esta etapa pasará, ya lo verás. No te ofendas, pero te voy a demostrar que estás equivocada; te voy a demostrar que seguimos siendo una pareja. Te voy a recordar por qué estamos juntos y, en unos meses, te darás cuenta de que nada ha cambiado entre nosotros, que seguimos enamorados como el

primer día. Esto es un bajón, nada más, cariño. La semana que viene nos vamos de vacaciones, una semana solo para nosotros, y ya verás que cuando volvamos esta conversación ya no tendrá sentido. —Nos besamos y, aunque no siento nada con ese beso, estoy aliviada de haber hablado y del comportamiento de Mario. Ha estado tranquilo y se ha mostrado conciliador. Mis sentimientos por él no van a cambiar pero, al menos, espero que la situación se haga más llevadera, porque este es mi futuro. Tengo la esperanza de poder adaptarme y llegar a conformarme con lo que tengo, sin necesitar nada más, aunque lo desee con todo mi corazón.

—Vale... lo intentaremos. —El paso está dado.

—Claro, cariño, y gracias por confiar en mí, ya verás que todo irá bien. Te quiero, Olga.

—Lo sé, Mario, yo también te quiero —lo digo porque lo quiero de verdad, pero no estoy enamorada, no de él.

Hoy Mario y yo hemos ido a comer a casa de mis padres, y María ya se ha quedado con ellos. Cuando hemos vuelto a casa, me sorprende al encontrar un gran ramo de rosas en nuestra habitación, hoy es nuestro aniversario de bodas y se ha acordado. Es un punto para Mario y me ha gustado el detalle, así que me dejo llevar.

—¡Mario, son preciosas! Muchas gracias. —Me tiro a sus brazos, esos de los que he huido todos estos meses. Me parecen algo extraños, pero me reconfortan, me dan consuelo en este momento de desconcierto y desubicación en el que me encuentro.

—Te lo mereces. ¿Recuerdas ese momento de la boda en que nos tuvimos que poner los anillos?

—¡Creo que no lo podré olvidar nunca! —Río—. Qué vergüenza pasé... pero juro que tu dedo estaba hinchado o algo porque no había manera de que el puñetero anillo entrara. Fue divertido después de todo.

—Sí que lo fue, y único, pocos novios salen de la iglesia, después de casarse, sin llevar el anillo puesto. Pero fue especial, recuerdo tu risa, te reíste a carcajadas.

—¡Fueron los nervios!

—Siempre fuimos un buen tándem, Olga, y lo vamos a conseguir. Te quiero. —Empieza a besarme el cuello, él sabe que es uno de mis puntos erógenos.

—Y yo...

Estoy más tranquila y me apetece hacer el amor con Mario. Necesito intimar con él para hacer más real esto y necesito cariño.

Mario se ha ido a la ducha. Lo hemos hecho y no ha ido mal. No soy de piedra y mi cuerpo ha reaccionado, ha respondido, aunque mi mente me ha traicionado en un par de ocasiones. Mario parece haberlo notado y se ha esforzado por hacerme volver con él y lo ha conseguido. Me siento

aliviada, aunque lo nuestro no va a ser al 100 %, porque sé que no se lo voy a poder dar todo de mí otra vez, puede bastar, nada es perfecto. «El que se casa por todo pasa», y ahí estamos. Me quedo esperando oír esa vocecita tan molesta que estos últimos meses me ha taladrado el cerebro, pero... nada, mi conciencia está muda o la he amordazado.

Capítulo X

OLGA

Por fin estamos en Calafell, cinco días para nosotros, playa, cenas románticas y paseos a la luz de la luna. Nos alojamos en el hotel Miramar, un hotel fantástico a pie de playa. La habitación es una suite, con una bonita terraza con vistas al mar. Esta semana se pronostica que va a ser una de las más calurosas del verano, así que a sudar se ha dicho, aunque teniendo una fabulosa piscina y la playita, ya pueden llover brasas.

Hay muchas cosas para visitar y hemos escogido unas cuantas: la Ciudadela Ibérica, el Castell de Calafell, la Cofradía de Pescadores, pasear por el pueblo, comer helados gigantes, y Mario me ha prometido que iremos a un puf a bailar, al famoso Bora Bora. Me han dicho que es ochentero y que hacen unos cocteles buenísimos.

Nos levantamos temprano por las mañanas para hacer turismo y por las tardes combinamos la piscina del hotel y la playa. Esto es vida.

Por las noches, cenamos en el hotel y asistimos a los espectáculos nocturnos que ofrece. La verdad es que estoy tranquila, aunque a veces mi mente vuela y me acuerdo de Eric, cada día lo hago menos. Veo por fin una luz al final del túnel y estoy contenta por ello, puede que sí haya esperanzas. Si se fue el enamoramiento por Mario, también se irá el de Eric.

El día que vamos a visitar el Castell de Calafell, Mario está especialmente cariñoso. Cuando estamos paseando por los jardines, me propone «echar uno rapidito». La verdad es que no me apetece... como siempre, pero por darle el gusto, lo hacemos en un rincón del jardín, la verdad es que no hay mucha gente, pero la excitación de ser pillados, no causa el mismo efecto en mí que en Mario. No he sentido absolutamente nada. Él acaba el día encantado de la vida y yo... bueno, lo acabo.

La última noche, después de cenar, nos vamos al Bora Bora. Es genial y decido pasar de todo y desfogarme bailando como una loca. Mario me acompaña durante un rato, pero la verdad es que acabo sola en la pista y él sentado en un reservado. Mientras bailo, mi mente vuela y la dejo hacer. Me viene a la memoria la última noche, la de la despedida de Eric, las miradas, la conversación en el pasillo de los aseos, su olor cuando me despedí de él, el dolor que sentí al verlo marchar y, en ese momento, soy consciente de que todo sigue dentro de mí. Puede que haya

logrado silenciarlo, pero no ha desaparecido. Tengo seis meses para hacerme fuerte, para acallar definitivamente este sentimiento que hace peligrar mi matrimonio. Dejo de bailar y me voy con Mario. Necesito estar cerca de él, hablar, reírme y reencontrar aquello que tanto me enamoró de él y que perdí en algún momento del camino.

Antes de marcharnos del Bora Bora, voy al lavabo y, de camino, me cruzo con un chico joven, muy joven, que me mira o, mejor dicho, me devora, mierda, ¿qué les pasa a los jóvenes de hoy? Pero la verdad es que últimamente me pasa mucho, o es que yo me fijo más, pero ligo más ahora que cuando era joven, y la moral te sube un montón y la autoestima se eleva hasta la estratosfera. Me pasa en la calle, en el súper y hasta en el polideportivo. Al final sí que va a ser verdad lo que Eric me dijo sobre las mujeres de mi edad. *Eric... fuera, fuera, fuera. ¿Dónde has estado metida todos estos días, so guarra? Aquí mismito, pero has decidido no escucharme, ignorarme, pasar de mí.* Tienes toda la razón conciencia rencorosa, calladita estás mejor, pero te he echado de menos...

El último día, me levanté temprano y bajé sola a desayunar. Hacía cinco días que no tenía ni un minuto para mí. Me adentré en Calafell y me perdí en sus calles. Necesitaba analizarme, escucharme y estar sola.

Valoré estos días fuera de casa, lejos de la rutina y a solas con Mario. La verdad es que no pude encontrar nada negativo, al contrario, he estado tranquila, me he sentido querida y psicológicamente, más estable.

No me puedo mentir a mí misma, y tengo que reconocer, que me he acordado de Eric en muchos momentos, pero es como si todo lo ocurrido con él no hubiera pasado, como si hubiera sido un sueño. Hasta me siento un poco avergonzada de las dimensiones que tomó el asunto, creo que ahora, tras poner distancia, quizá sí que haya magnificado la situación, como Julia me dijo.

Sé que Eric me gusta, pero quizá confundí términos, sea por la falta de cariño o atenciones que no tenía por parte de Mario o por culpa de una mala racha personal. Puede que sí, que magnificara la situación. Puede que un montón de situaciones, sentimientos y de putos astros se alinearan para amargarme la existencia. Bueno... esa que habla, es mi parte racional, la irracional o emocional, me dice que me siento atraída físicamente por Eric, eso seguro, y que no me imaginé nada, también estoy segura, las miradas y las situaciones que se han dado no son fruto de mi depresión o de mi falta de cariño. Lo que creo que sí son erróneos, son mis sentimientos hacia Eric. Puede que lo viera como un ideal, como algo bonito, como alguien que me daba lo que yo ansiaba: palabras bonitas, morbo, incluso cariño y atenciones. Quizá, ahora que Mario y yo hemos “reformado” nuestra relación, esa imagen de Eric se desdibuje, se diluya el supuesto enamoramiento, y no necesite o no me afecten sus atenciones, porque ya las recibo en mi casa. *Perdona, pedorra, pero eso no te lo crees ni tú, yo también estaba, Olguita, y te aseguro que te estás engañando.* Creo que voy a volver a amordazarte.

Todo esto desde la distancia, claro, pero... ¿qué pasará cuando Eric vuelva a la tienda? La respuesta no la sé, lo que sí sé es que tengo seis meses para darme cuenta de lo que tengo en mi

vida, de lo que no quiero perder y de cómo es mi matrimonio. Mejor o peor, pero es mi vida. No es conformismo en absoluto, yo quiero a Mario y quiero que nuestra relación funcione. Ojalá Eric me deje respirar y, si sigue por el mismo camino, lo tendré que parar. No puedo volver atrás.

Cuando vuelva, no le voy a consentir las actuaciones ni los comentarios que me hacía antes de marcharse, no puedo volver a bajar al infierno.

Soy una mujer hecha y derecha de 44 años y no le voy a permitir a un niño de 27 que me manipule a su antojo, porque cada vez estoy más convencida de que para Eric no significa nada en absoluto. Soy una distracción en el trabajo o un reto, no lo sé, pero conmigo no va a volver a jugar.

En una ocasión, me dijo que alguna vez se había liado con mujeres casadas solo por el mero hecho de demostrar que eran unas zorras, que si él se lo proponía, podía follárselas sin que ellas pensaran en sus maridos. Era un juego para él y, aunque yo no sentí que era así conmigo, puede que ahora sí que tenga que prestarle atención a esa idea. ¿Qué puede querer de mí, una tía normal y de 44 tacos, un chaval que está más bueno que el pan y de 27 años? Pues nada...

Tengo que reconocer que mi ego se ha ido a la mierda, pero igual es que lo tenía demasiado subidito. No soy una belleza; los años se notan y, aunque lleve muy bien mis años, los tengo. Quizá verme adulada por un chaval hizo estragos en mi autoestima, pero ya, eso ha sido todo. Aquí se acaba una historia que muchas veces servirá para reírnos Julia y yo, como una anécdota divertida, nada más.

También tengo claro que las mariposas que sentía cuando Mario se me acercaba o me tocaba ya no están. No lo deseo. Mario dice que es algo normal, que las mariposas son cosa de los primeros años de una relación, al pasar los años, estas ya no aparecen y quedan el cariño y la confianza. No estoy de acuerdo con él; yo veo esas mariposas en los ojos de Julia cuando ve a Carlos, y las sentía cuando Eric se acercaba a mí. Pero estoy casada y sí, para conservar mi matrimonio, tengo que hacer caso omiso a mi falta de lepidópteros, que así sea.

Que Dios me ayude.

Capítulo XI

OLGA

Ya han pasado tres semanas desde que Mario y yo volvimos a casa de nuestras minivacaciones, y la semana pasada volvimos de estar una semana en Menorca con María. Lo pasamos genial; estoy morena y con cinco kilos más, qué le vamos a hacer.

María y yo hemos pasado mucho tiempo juntas.

Y con Julia, también nos hemos puesto al día. Le he contado cómo me siento y lo que pienso, no parece muy convencida, pero ha aceptado mi decisión y me ha apoyado, como siempre.

Es domingo y mañana vuelvo a trabajar. Empieza septiembre y vuelve la rutina. Mi relación con Mario sigue bien, aunque la neblina de bienestar del principio se va evaporando y no sé si lo que tenemos ahora me va a bastar. Es como ir por un camino pedregoso, empinado y abrupto y, al llegar al final, no encontrar más que un precipicio, que no hay nada más allá.

Vamos a por el primer día de curro de septiembre. Hace bastante calor y me voy directa al Zone. Los buenos hábitos no hay que perderlos.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el veranito guapa?

—¡Hola, Susana! Pues muy bien ¿Y tus vacaciones?

—Cortas, pero bien. He recargado pilas y ya estoy lista para el trote.

—Sí, qué remedio nos queda.

—¿Café?

—Sí, gracias.

Al cabo de cinco minutos, mi café está delante de mí. Tengo un segundo de lapsus y miro hacia la esquina por la que aparecía Eric cada mañana y me regaño a mí misma por ese desliz. *Fuera, fuera, fuera.*

Entro en la tienda y tras besos y abrazos de reencuentro, nos ponemos a la faena. A media mañana, Pilar me llama a su despacho.

—Dime, Pilar —tomo asiento frente a ella.

—A ver, Olga, mañana vendrá una chica de prácticas, se llama Ana y está estudiando Gemología. Estará contigo y con Narciso.

—Muy bien. ¿Qué horario hará?

—Le haremos un contrato de prácticas inicialmente de tres horas, de nueve a doce durante seis meses, y en marzo, pasará a hacer cuatro horas durante tres meses más. La universidad me ha dado unas referencias maravillosas de ella; por lo visto, es un genio en nuestro campo. Quiero que pase por todas las secciones.

—De acuerdo. Si es tan válida, aprenderá pronto.

—Exacto, y eso nos vendrá bien ahora que nos falta Eric.

—Sí, claro.

—Y quiero que tú tuteles sus prácticas. Voy a ser abuela, y este verano he estado pensando que ya me he perdido bastante. Solo tengo a mi hija, sabes que no tengo más familia, y ella y mi yerno me van a necesitar cuando nazca mi nieta.

—¡Madre mía, Pilar, me alegro muchísimo! Sara y Juan deben estar locos de contentos después de tantos años intentándolo.

—Sí, hija, sí. Sara tiene ya 45 años. Esa es otra razón por la que me quiero desvincular un poco de la tienda. Su embarazo es de riesgo y quiero mimarla.

—Es completamente comprensible, Pilar. Ya sabes que somos una maquinaria bien engrasada y funcionamos bien. Estate tranquila y disfruta de tu tiempo libre, te lo mereces.

—De verdad que no sufro en absoluto, Eric y tú me dais toda la tranquilidad del mundo. Olga, nunca lo hemos hablado, pero quiero que sepas que, cuando yo falte, no os quedaréis sin trabajo. Lo he dispuesto todo para que tú seas la administradora única; no tendrás que darle cuentas a nadie, solo los beneficios estipulados que Sara recibirá una vez al año y...

—¡Por Dios, Pilar! No quiero oír nada de eso. Eres joven todavía y estás hecha una chavala.

—Pero yo necesito ir atando cabos, Olga, y quiero saber si tú estarías dispuesta a toda la responsabilidad que te quiero dejar. Dímelo, por favor.

—No quiero hablar de esto ahora, pero la verdad es que estaría encantada de cuidar de tu legado. Para mí sería un honor, pero espero que sea dentro de mucho tiempo.

—Y yo, Olga, bueno, pues ya está dicho. Mañana empiezas a hacer de profe. Espero que, aparte de lista, sea enrollada y se adapte a nuestra pequeña familia. Tienes carta blanca, Olga, las decisiones sobre la estudiante y sus prácticas son tuyas.

—Muy bien, Pilar, estoy segura de que todos nos adaptaremos. Quédate tranquila.

Joder, ahora a hacer de profe, bueno, la última vez que lo hice ganamos a Helena y fue genial, la verdad. Espero que sea buena tía y lo pasemos bien trabajando con ella.

Cuando llego a mi despacho, Helena entra a toda carrera.

—¡Olga, mira! Es de Eric, ha escrito en el grupo. —Joder...

—Ah, a... a ver... —No quiero ni acercarme, pero no lo voy a poder evitar. Para eso ha venido.

—Mira qué guapo está el tío —y se me caen las bragas allí mismo. Guapo no, macizo hasta decir basta. En la foto está sentado en unas escalinatas, con un templo budista al fondo. No se le ve de cerca, pero ha bastado para secarme la boca. *Fuera, fuera, fuera...*

—Nos dice que está bien y que se lo está pasando genial, bueno, qué tonta soy, si tú también tendrás el whatsapp...

—Pues no, la verdad, me borré del grupo. Ya sabes que no soy muy dada a estas cosas, y pensé que era solo algo puntual, por la cena de despedida y eso...

—¡Ah, no pasa nada! Ahora mismo te vuelvo a agregar y listos.

—No, no, de verdad, no quiero, no me gustan esas cosas...

—Vale, antigua, hasta luegoooooo.

—Adiós, loca.

Solo me falta estar en el grupo y tener noticias tuyas, y fotos, que es aún peor. Ni hablar, no quiero ninguna tentación.

Cuando me quedo sola, me vienen a la cabeza las palabras de Pilar, administradora única del negocio, ¡guau! Ese sería el ascenso por excelencia; no es normal que de simple trabajadora pases a ser la dueña del negocio. Me encanta la idea, pero espero que aún tarde en llegar. Quiero mucho a Pilar, y la necesitamos aquí.

Llego a casa más contenta que unas pascuas y estoy deseando contárselo a Mario.

—¡Ya estoy en casa! —digo entrando en el salón.

—¡Hola, mamá! Me voy a la ducha que huelo a choto. —Qué fina es mi niña.

—Vale, pero un beso antes, ¿no? Que eres una descastá. —La achucho hasta que se cansa de mis arrumacos, que es casi al instante.

—Hola, Mario... ¿Qué tal tu día? —me tiro en el sofá a su lado.

—Bien, ¿y tú? —me contesta sin soltar el dichoso mando y sin separar los ojos de la tele.

—Bien, muy bien en realidad. —Y pese a mi bajón al ver que ni siquiera me mira, le cuento mi conversación con Pilar.

—¿En serio te ha dicho eso? —Ahora sí que me mira, aunque sin mucho interés.

—Pues sí, ¿qué te parece? Es genial, ¿eh? —le digo sonriendo.

—Bueno... bien, pero no te hagas ilusiones. Puede cambiar de idea. —Joder, me ha borrado la sonrisa de golpe. Qué negativo es.

—Hombre... no me ha parecido un tanteo; me ha dicho que lo tiene decidido.

—Ya, ya, tú por si acaso no te lo creas mucho. Voy a comprar pan que María se ha comido para merendar el trozo que tenía guardado para la cena. Ya vengo.

¡No me lo puedo creer! ¡Será gilipollas! Con lo contenta que yo venía... Ni siquiera se ha alegrado por mí. Todo negativo y me cabrea que me haya afectado su actitud, siempre ha sido igual. Lo suyo es siempre importante, lo del resto... una mierda. Pues que lo zurzan. No va a conseguir que merme mi alegría. Entro en el lavabo y se lo cuento a María. Ella se vuelve loca de contenta y me felicita, y lo mismo Julia. Ellas me acaban de subir la moral que Mario ha pisoteado. Hay cosas que nunca van a cambiar...

Esa misma noche recibo un whatsapp de Helena:

HELENA:

ey wapi. Me comenta un ex compi de la facul q en Cheste empieza un curso súper interesante “Historia y misterio de las joyas más famosas” me encanta el tema... pero ir sola... te apuntas?

YO:

hola!! Un poco lejos no? Pero el tema me encanta... déjame pensar. Te digo algo mañana, ok?

HELENA:

ok. Mañana hablamos. Te mando info. Besitos!!

YO:

valeeee. Besitos loca!!

Abro el archivo que me acaba de mandar y me encanta el temario. La verdad es que nunca he podido hacer un curso de reciclaje ni de formación. Siempre he antepuesto todo y a todos antes que a mi carrera, y creo que es el momento de cambiar eso. *Di que sí so chula.*

El curso me interesa un montón. Es en Cheste, a media hora en coche... de 6 a 9... de lunes a jueves... tres meses... de octubre a diciembre... y dos de los profesores del curso fueron profesores míos en la universidad... Me irá bien hacerlo... No hago más que ir de casa al trabajo... No tendré tanto tiempo para pensar... y será bueno para mi currículum, nunca se sabe... Es un poco caro... ¿Qué hago? Quiero, me apetece un montón, pero no sé cómo se lo va a tomar Mario... Bueno, lo intuyo. Me lo voy a pensar un poco; las inscripciones se cierran en una semana, hay tiempo.

Cuando acabamos de cenar, Mario me dice que el próximo fin de semana se va con su amigo del alma a Asturias, a no sé qué concurso de pesca. Me quedo pensando un momento y decido que voy a hacer el curso.

—Por cierto, Mario, en octubre empiezo un curso en Cheste hasta diciembre. —*Ala, de sopetón, ahora te lo comes como puedas, muy bien, Olguita.*

—¿Cómo dices? —lo que me esperaba.

—Helena y yo nos vamos a apuntar a un curso de 6 a 9 todos los días menos los viernes.

—Pero... ¿ya lo has decidido, sin consultarme ni nada? —Tendrá morro el tío.

—¿Con consultar, te refieres a lo que acabas de hacer tú con respecto a tu escapada a Asturias? —*¡Vaya zasca le has dao, niña...!*

—No le des la vuelta a las cosas, Olga, no es lo mismo...

—Claro, porque lo haces tú, ¿no? Mira, Mario, nunca le he podido dedicar tiempo a mi carrera y me apetece hacer ese curso. María ya es mayorcita y solos os podéis apañar muy bien.

—¿Y para qué lo vas a querer si, según tú, te van a hacer dueña y señora de la tienda? —*Qué cabrón que es, Olguita...*

—Pues porque quizá no sea así, como me has dicho tú mismo antes, y me vendrá bien tener, al menos, un curso de reciclaje y formación en mi currículum. —*Zasca dos, en toa la boca...*

—Joder, Olga, son un montón de horas y un montón de días. Bueno, hazlo, no quiero malos rollos —*Tarde colega... muy tarde.* El mal rollo ya está por todas partes.

Al día siguiente, Helena se lo comenta a Pilar, pues perderá dos horas de trabajo cada día. Sabemos que eso no es problema, ya que en nuestros contratos se contempla que tenemos derecho a cursos de formación pero, como dueña, lo tiene que tramitar. Para compensar sus ausencias, Helena se ofrece a trabajar tres sábados al mes, esta chica es una curranta nata.

Esa misma tarde, cuando estamos haciendo la inscripción al curso y pagando la matrícula, Pilar se acerca a nosotras y nos deja de piedra cuando nos dice que ella nos paga la mitad del curso a cada una. *¡Qué jefa más de puta madre tenemos, Olguita!*

Al día siguiente me siento genial. Sentada en el Zone y saboreando mi café, pienso en que este curso me va a dar un poco del oxígeno que hace unos dos meses perdí, así que estoy contenta.

Hoy empieza la chica de prácticas, Ana, tengo ganas de verla y siento curiosidad por ver cómo es y cómo se adapta al grupo.

En diez minutos, mis dudas quedan disipadas, y la verdad es que mi primera impresión no es muy buena. Nada más entrar en la tienda, ha mirado a todas partes y, después de estudiarnos a «todas», se ha acercado a Narciso a preguntarle. Nala señal. *Venga, Olguita, no seas mal pensada.*

—¿Eres Ana, verdad? —le digo acercándome a ella.

—¡Ah! Sí... soy Ana. —Parece avergonzada de haber sido pillada tonteando nada más llegar. *Ay, lagartona...*

—Encantada, soy Olga, la encargada y supervisora de tus prácticas. Pasa por aquí por favor. Voy a enseñarte un poco esto.

—Hasta luego... —se despide de Narciso haciéndole ojitos, y este la mira con una cara de lelo, que pa' qué, luego le voy a dar un collejón por tonto y poco profesional.

Me paso el día con ella pegada y conociéndola mejor. Habla por los codos, y ya me ha preguntado si trabajan más chicos en la tienda aparte de Narciso. Le he dicho que sí. No me han faltado ganas de mentirle. He seguido con el trabajo sin dar pie a que me pregunte nada más al respecto. Tengo la impresión de que Ana me va a traer algún que otro problemilla. *Impresión ella y mosqueo tú cuando vea a Eric, ¿eh, Olguita?* Desgraciada conciencia...

Capítulo XII

OLGA

Ya hemos pasado el primer mes de curso. Noviembre ha empezado fresquito y hace un frío de escándalo.

La verdad es que estoy contenta de haber decidido hacer el curso. Es muy interesante y me lo paso genial con Helena. Allí hemos hecho amistad con otras chicas, porque no hay ni un solo varón, y en los descansos parecemos una marabunta todas derechitas a por el café y el cigarro.

En casa las cosas cada vez se están volviendo más frías, y me estoy dando cuenta de que esto no funciona. Soy una persona muy sincera con los demás y conmigo misma no podría serlo menos. Por eso empiezo a afrontarlo. Mario lo intenta, lo reconozco, pero hay cosas que son innatas en él y esas no van a cambiar nunca, y son esas cosas en su mayoría las que me molestan y me han alejado de él.

Me duele por Mario, porque finjo; sí, lo reconozco. Finjo que todo va genial y que lo nuestro va por buen camino, pero no es así. Por otra parte, él tampoco me ha vuelto a preguntar. Da por hecho que todo se ha solucionado y que el bajón ha pasado, pero yo me he quedado en ese bajón, y Mario ha pasado de largo.

Cuando hablo con Julia, no me saca el tema de Eric ni yo tampoco lo hago, pero noto que se muere por preguntarme, aunque no lo hará. Esperará a que lo haga yo, si lo necesito. No le hablo de Eric porque no me apetece abrir la caja de Pandora. Prefiero callar y dejar encerrado lo que sé desde hace tiempo, que no lo he olvidado, que lo recuerdo cada día, que lo deseo, que lo necesito, pero también sé, que no puede ser. Tengo claro, que no voy a romper mi matrimonio por él, puedo controlar los sentimientos por Eric, los acallaré, lo puedo hacer bien. Sea porque he sabido gestionar este sentimiento por él o porque me siento fuerte con él lejos, soy capaz de hacerlo en este momento, en este jueves 15 de noviembre. ¿Dentro de tres meses? Pues no tengo ni idea... tengo la esperanza de que también. He afrontado el problema, lo he asumido y lo puedo acallar, se pasará, estoy segura. El tiempo lo cura todo, o eso espero, pero no voy a seguir con Mario.

ERIC

Joder, qué paz, qué tranquilidad se respira aquí. Estamos en Mae Chaem, al oeste de Chiang Mai. Es un pueblo de montaña famoso por sus tejidos. Hemos alquilado unas motos para llegar hasta aquí, y nos hemos enamorado de este pueblo, por eso hemos decidido quedarnos unos días. Estamos reventados y necesitamos un poco de relax y descanso.

Los aldeanos nos han alquilado unas cabañas. Nos piden 100 baths, lo equivalente a tres euros aproximadamente. Para nosotros es una miseria, para ellos un dineral. Hemos cogido del fondo común 100 euros para pagarles, no pensamos aprovecharnos de esta gente y de su buen corazón.

En los meses que llevamos recorriendo Tailandia, solo hemos encontrado buenas personas y paz, mucha paz, aunque Laura me empieza a exasperar. Cierto que tuvimos un rollo en Madrid cuando fui a verla y que lo hemos continuado aquí, pero se está poniendo muy pesada y estoy cansado. Me gusta, follamos, pero nada más; no quiero hablarle claro, pero al final me va a tener que escuchar.

Toni, Jaime y mi hermano se están cachondeando todo el día de mí porque la evito como gato al agua.

Ahora mismo estoy aquí solo, mirando al horizonte, viendo como el sol se esconde para dar paso al día en otro lugar. Y en otro lugar es en lo que no dejo de pensar.

Ya hemos pasado las navidades y, en dos semanas, volvemos a España, y estoy aterrado.

—Chacho... —El plasta de mi hermano, se acabó la paz.

—Hola.

—¿Te pasa algo? —Me pasa de todo, pienso.

—No... Pensaba en que volvemos.

—Pues sí, y te confieso que estoy deseando volver. No me malinterpretes, lo he pasado genial, y ha sido lo mejor que he vivido en mi vida, pero me muero por Sonia, me muero por verla, por oír su voz, su risa, por tocar su cuerpo... estoy desesperado, tío.

—¡Valeeee! Lo he captado joder. —Se me ha girado el estómago.

—¡Claro, como tú has estado cubierto! ¿Eh, canalla?

—Eres un capullo. Uf, eso también es un problema. Laura está un poco pesada.

—Díselo claro, macho; es buena tía, pero un poco plasta...

—Sí. Eso voy a tener que hacer; me está amargando los últimos días del viaje.

—Y... ¿el otro tema como lo llevas? —Ya empieza...

—Eres un pesado; no quiero hablar de eso. Déjame tranquilo un rato, coño.

—No te pongas así, hermano, solo quiero saber cómo estás ahora que falta tan poco para volver. Mira... tienes que aclararte; yo ya te he dado mi opinión, pero tú decides, y yo te voy a apoyar, hagas lo que hagas.

—¿Me vas a apoyar? ¿Y eso desde cuándo, capullo? Porque te necesité, te conté lo que me pasaba, y tú me pusiste de loco para arriba, y ahora me dices que me apoyas... Eres un hijo de puta, Ángel.

—¡Tranquilo, eh! Fue mi primer impulso, igual fui un poco radical, pero me pillaste por

sorpresa, y luego no has aceptado volver a hablar del tema. ¡No me has dado la oportunidad de resarcirme, de admitir que igual me precipité hablándote como lo hice!

—Vale, igual tienes razón, pero tus palabras me sentaron como una patada en los cojones. Pero tranquilo, ya no hay nada de qué hablar. La distancia te da una perspectiva diferente de las cosas.

—Sí, pero no te dejes engañar, la distancia no es definitiva, cuando vuelvas, vas a tener el problema igual. Puede que tantos kilómetros te den seguridad, pero no cantes victoria, esto no es real Eric.

—¿Crees que no lo sé? No dejo de pensar en eso... Mira, no sé lo que pasará cuando la vuelva a ver, solo sé que no puedo seguir con este tema, lo he pasado mal Ángel, las pasé putas, no me había sentido nunca así y estoy acojonado de volver a sentirme igual.

—Bienvenido al mundo del amor, hermano. El amor es un coñazo, también es dulce, amargo, sexi, lujurioso y jodido a más no poder, y te lo digo yo que llevo cinco años con Sonia. Ánimo, Eric, no lo pienses ahora; ya lo afrontarás cuando volvamos. No te amargues e intenta disfrutar de los días que nos quedan. ¡Hostia, Eric! Se te ha acabado la paz, viene Laura, yo me piro. Habla con ella... —me aprieta el hombro y se va.

En cuanto Laura se sienta a mi lado, le dejo ir toda la parrafada, le abro mi corazón como no lo he hecho antes. Le digo con total sinceridad cómo me siento y le pido que, por favor, deje de agobiarme. Se queda muda, con la boca abierta y enfadada como nunca la he visto antes. Se levanta y se aleja sin decirme ni una sola palabra.

Por suerte, por la mañana, Laura está más tranquila; ha recapacitado durante la noche y hemos podido hablar sin problemas. La verdad es que es una tía de puta madre, y ella misma reconoce que se le estaba yendo la chaveta. Una vez todo aclarado, noto que me he quitado un peso de encima.

Aunque mi ansiedad crece cada día más, ahora que hemos emprendido el camino de regreso a casa, noto que me empieza a faltar el aire, el aire que contengo cada vez que la tengo cerca. Tengo que solucionar esto, quizá la negación sea una solución de mierda pero, ahora mismo, es la única que tengo para el tema de Olga.

OLGA

Por fin han pasado las fiestas. Estoy cansada de reuniones familiares, comidas copiosas y, sobre todo, de fingir estar bien. El otro día nos reunimos todos en mi casa, la familia de Mario y la mía. Era el cumpleaños de mi suegra, y decidimos darle una sorpresa. La verdad es que todo salió bien, sin comentarios hirientes, ni impertinentes por parte de mis cuñadas y con un buen ambiente. Pero, en un momento dado, me di cuenta de lo sola que me sentía, estaba rodeada de gente, de mi familia... pero me sentí sola. No quería estar allí. Hubiese dado todo lo que tengo, por estar

sentada en el Zone tomando un café con Eric, solo eso, su compañía a cambio de estar aquí, en este momento.

Ya estamos a mediados de enero y la cosa no mejora con Mario. De hecho, en mi interior, sabía que no iba a funcionar, pero le debía una oportunidad y se la di, pero él se lo ha tomado como algo definitivo. No como un tiempo de prueba. No me apetece hacer nada con él y en mi vida me he tomado tantas pastillas como ahora para simular dolores de cabeza, de espalda o de ovarios. Lo que de verdad me duele es el corazón, pero para eso no hay pastillas ni remedios.

En el trabajo todo va bien... teniendo en cuenta que no hemos dejado de notar la ausencia de Eric y que Ana me está poniendo al límite. Es vaga, impertinente, respondona y demasiado suelta con los clientes masculinos.

El primer día que vino Nikolai a la tienda casi se le desencaja la mandíbula, y el ruso no le hizo ni caso y eso ¡me encantó!, pero intenta llamar su atención cada vez que viene. No acepta una derrota. Hablando de Nikolai... es gay, ¿increíble verdad? Pues sí. Me lo confesó un día que me invitó a tomar una cervecita. Las clases se anularon por una huelga de transporte y, como no me apetecía estar en casa, me invitó y acepté. El caso es que, entre birra y birra, me lo soltó. Me dejó de piedra porque, aunque parezca un tópico de lo más xenófobo, no se le nota nada. El caso es que sus padres le dieron la espalda cuando se enteraron y decidió venirse a España. Encontró trabajo enseguida, gracias a las buenas referencias que traía de su país, pero aquí aún no se lo ha dicho a nadie; de hecho, me contó que en su empresa las mujeres se lo rifaban y que, hartos de aguantar insinuaciones, dijo que estaba casado y que su amorosa mujercita rusa lo espera en su casa rusa. Me parece increíble que, en los tiempos que estamos, una persona todavía tenga que tener miedo de decir libremente, y a todo pulmón, «¡Soy gay!» por temor al rechazo.

A partir de esa confesión, nos hemos hecho más amigos y hasta le he contado que mi matrimonio hace aguas.

Enero ha pasado sin pena ni gloria, aunque empiezo a sentir un peso en mi pecho y un nudo en el estómago, sensaciones ambas, del todo conocidas. El uno de marzo, Eric se incorpora, y estoy decidida a superar esto. Me gusta y mucho, pero no puede ser. Lo he admitido y eso me ha ayudado a saber vivir con ello; es como estar enamorada de unos zapatos que ves cada día en el escaparate de tu zapatería favorita, pero valen un pastizal. Te gustan, te encantan, pero eres consciente de que se escapan de tu presupuesto. ¿Qué haces? Los miras cada día, babeas por ellos y te acostumbras a verlos allí, hasta que un día ya no te da una patada en el hígado verlos expuestos, pero mirarlos los sigues mirando. ¿Haces daño a alguien? No. ¿Tienes que contárselo a alguien? No. Pues Eric son mis zapatos de precio prohibitivo. *Esto... Olguita, ¿qué pasará cuando otra tía compre los zapatos?* De verdad que esta puta conciencia va a volverme majara.

JULIA:

xoxo te hace un vinito?

YO:

Siiii porfa!!!!

JULIA:

pues sube q Carlos y Judit se han ido a sesión golfa de cine.

YO:

dame 10 min

JULIA

Después de esta noche, doy fe de que el matrimonio de mi amiga está acabado. Hemos estado charlando hasta las tantas, ya que cuando Carlos y Judit han llegado pasadas las dos de la mañana, se han percatado de que algo pasaba y nos han dejado solas en mi cocina, que es nuestro centro de operaciones en invierno.

Olga, no quiere hablar de Eric y la entiendo pero, cuando sale el tema, me dice que está bien, que todo se ha calmado, y yo no sé si ella se ha hecho fuerte de verdad, si el no verlo le ha dado una perspectiva equivocada, o que me miente a mí y a ella, como una bellaca.

El tema de Eric lo afrontaremos dentro de un mes, porque me juego las dos manos que ese tema no está acabado, ni calmado, ni zanjado, ni olvidado, ni leches en vinagre. El tema que ahora me preocupa es el de Mario, que se va a pegar una hostia monumental cuando mi amiga le dé puerta. Siento parecer tan insensible, pero creo que Mario ha tenido mil oportunidades para rectificar, para volver a conquistar a Olga, y no lo ha hecho. El tema de las cartas todavía me enfurece; ¿es que eres gilipollas, hijo mío? ¿Tu mujer te abre su corazón, te escribe sus sentimientos, lo que le pasa CONTIGO, y vas tú, y solo le dices: «te quiero»? ¿En serio, colega? Es de ser insensible y sentirse el rey del mundo, pasar de todo y dejar ver, que lo que has leído, es una tontería que ya se le pasará. Pues ¡ZASCA! No puedo decir que no me da pena, de hecho, me da más pena él que mi amiga porque él es idiota, tonto del culo por no haberse tomado en serio las señales y se va a hundir. Mi amiga saldrá de esta y más fuerte de lo que ya es.

Lo que está claro es que Olga no puede seguir viviendo así, y eso es lo que le he dicho. Eric no es la causa, es el detonante; el sentimiento que le ha hecho sentir es a causa del agua que se ha filtrado en la pared que Mario ha descuidado durante tantos años. Las mariposas que han vuelto a volarle en el estómago son esas que Mario mató con su indiferencia hacia sus sentimientos, y el golpe del corazón en el pecho es el amor que Mario no atesoró y valoró como lo más valioso del mundo. Mi amiga no lo ha engañado, no le ha sido infiel. Le ha dicho la verdad de lo que pasaba en su relación y le dio otra oportunidad. No ha servido de nada, pues se acabó. Solo se vive una vez, pero ahora a mi amiga tiene que afrontar otra realidad: la de un matrimonio acabado.

Me ha contado que hace dos semanas, cuando acabaron de hacer el amor, las lágrimas le caían sin control. Mario no las vio, o no las quiso ver... ella giró la cara y se dio la vuelta, rota de dolor. Esa ha sido la última vez que han mantenido relaciones sexuales y, conociéndola, no va a volver a hacerlo. Me parte el alma verla así, pero es un paso necesario para que se convenza de que su matrimonio se ha acabado. Ahora le toca luchar por su felicidad y por una vida que le

ofrezca todo aquello que ella merece.

El único consejo que me he permitido darle ha sido que este paso lo dé, única y exclusivamente, por ella. Solo de esa manera podrá volver a ser feliz.

Capítulo XIII

OLGA

Por fin es jueves, la semana se me está haciendo eterna. El lunes vuelve Eric.

En mi casa las máscaras han caído. Yo ya no finjo que todo va bien, y Mario no finge que no se da cuenta de que esto no funciona.

Ana no vuelve hasta el mes que viene, y me parece estupendo poder descansar de ella unos días. Me tiene frita.

Hoy tengo mucho papeleo y, nada más llegar, me meto en el despacho. Cuando tengo la cabeza a punto de estallar, llaman a la puerta.

—Adelante —casi grito. La puerta se abre y aparece Eric. ¡Madre mía! Está guapísimo, y lucho por no poner cara de tonta y porque la lengua no me salga de su cueva. *¡Pues cierra la boca que babeassss!*

—Hola, Olga —me dice tímidamente. Yo estoy en shock, sin habla y colorada como un tomate.

—Ey... ¿Qué tal? —Y sin saber qué hacer, me levanto para acercarme a él. Nos miramos unos segundos y nos damos dos besos que me saben a gloria. Está más rubio, más alto, más guapo. *¡Más todo joder y acabamos antes!*

—Bien, bien ¿y por aquí? —me separo de él antes de ponerme a llorar y me apoyo en la mesa para no caerme por la impresión de tenerlo aquí, frente a mí, por fin.

—Sí... sí, todo como siempre. Pero cuéntame, ¿ha ido todo bien por Tailandia?

—Sí, ha sido fantástico, el mejor viaje que he hecho. He venido a firmar los papeles. Vuelvo el lunes. —Como si no lo supiera...

—Por aquí todo tranquilo, sin novedades. —Parecemos dos idiotas con esas preguntas y respuestas tan escuetas.

—No es eso lo que me han dicho. Parece ser que tienes una mosca cojonera todo el día pegada a ti...

—Sí, hijo, sí... cojonera total. Ya la conocerás el mes que viene cuando vuelva. —La muy... a ver cómo se comporta. *Pues como todas, babeará por él y le tirará la caña.*

—Vale..., bueno..., esto..., me marchó. Nos vemos el lunes. Adiós.

—Hasta el lunes.

Sale del despacho, dejándome temblorosa como un flan. Necesito un café. Me voy a la máquina y saludo a mi cuñada que pasa por allí en ese momento.

—Invítame a un café. —Ella siempre igual, si no eres Eric, no hay Dios que le saque un café...

—Claro. Bueno, Eric ya viene el lunes.

—Eso espero... a ver si se ha quedado por Tailandia y no vuelve. —Ríe.

—Pero... ¿no lo has visto? Ha estado aquí...

—¿En serio? Pues no lo hemos visto. ¿Tu sí? —Ay, ay, ay...

—Eh... sí, ha pasado por mi despacho. Ha venido a firmar los papeles para la vuelta. —Vaya cara que se le ha quedao a la colega.

—¡Pues vaya! se podría haber pasado a vernos a todos... —*Chincha revinchaaaa*.

—Iba con prisa...

—Ya... —Pero no se mueve, en cambio, me mira pensativa—. Bueno, pues ya lo veremos el lunes. Me voy al lío. Hasta luego.

—Adiós.

¿Solo ha venido a verme a mí? Qué raro... *Para, Olguita, que te vas por las nubes...*

El fin de semana lo paso sola en casa. Mario, se ha ido con su amiguísimo a no sé dónde, y María, ha pasado el fin de semana con su prima Lara. El sábado recibo un whatsapp de mi hermana invitándome a tomar un café, pero como estoy hecha unos zorros, le digo que venga a casa. Llega sobre las seis y nos sentamos en la cocina. De verdad que no sé qué tienen las cocinas, pero siempre acabamos en ellas, tanto en mi casa como en la de mi madre y también en la de Julia.

—Bueno, Olga, cuéntame qué es lo que te está pasando, porque puedes engañarte tú, a los papás y a quien te propongas, pero a mí, no. Escupe.

—Pues... las cosas con Mario no van bien...

—Eso me pareció estas fiestas, pero... ¿hay algo más, Olga? —*Ni te imaginas cuánto más hay*

—Que no quiero seguir con él, eso pasa. Estoy harta de no sentir nada cuando lo veo, cuando me toca... No quiero vivir así, infeliz, y acabar odiándolo.

—Bueno... el matrimonio es así, las sensaciones del principio se acaban y quedan otras cosas más sólidas, más maduras. —Otra igual. *¿Serás tú la rara?*

—Puede ser, pero yo no quiero esta vida, no me hace feliz. Si tienes razón, y esto es lo normal, entonces el matrimonio no es para mí.

—Si es así, no lo dudes, Olga, te mereces ser feliz; yo te voy a apoyar en todo, todos lo haremos. Pero, prepárate, no va a ser fácil, vas a tener que lidiar con sentimientos, los tuyos y los de otras personas de tu alrededor, y tendrás que ser fuerte para llegar al final. —Allá voy...

—Hay algo más... —Me mira seria, enlaza sus ojos con los míos y noto el instante en que lo ve.

—¡Me cago en to, Olga! ¡A ti te mola alguien! —Siempre ha sabido leerme los ojos.

—Sí, Rosa, pero no tiene nada que ver con lo que siento o, mejor dicho, he dejado de sentir por Mario. Puede que haya sido el detonante, lo que lo ha precipitado todo, pero no es la razón por la que rompo mi matrimonio.

—Explícame eso.

—¡Ay, Rosa! A ver... es un compañero de trabajo. —Empiezo diciendo.

—Vale... —Y espera que siga hablando.

—Siento esto desde hace un año y medio más o menos, pero hace unos seis que trabajamos juntos.

—Ok... seis años trabajando juntos, año y medio que te pone más cachonda que una perra. Sigue.

—Es más joven que yo, 17 años... —Y espero su mirada de reproche... pero no llega.

—¡Tú sí que sabes so zorrón! —Ríe—. ¡Qué guay!, sigue.

—¿Guay? En serio Rosa, soy 17 años más vieja que él.

—No me pidas que vea un impedimento donde lo ves tú, yo no pienso que la edad sea un obstáculo. Hasta en la tele se ven anuncios donde aparecen hombres jóvenes besando a mujeres claramente mayores que ellos. Es una opinión muy antigua mujer. ¿Es un problema para ti? Puede ser, pero para tu corazón no lo ha sido, así que déjate de chorradas y escúchalo. —*Amén a eso, hermana*

—Sí, ya... pero no puedo dejar de pensar que tiene 27 años, solo 11 más que María...

—Ya basta, Olga, joder, las mujeres lo tenemos todo en contra. No podemos ponernos más obstáculos nosotras mismas, bastante jodido lo tenemos ya. La edad no tiene importancia, al contrario... ¡te lo vas a pasar genial con el aguante del pipiolo ja, ja, ja!

—¡Qué guarra eres! Pero no vamos a llegar a nada. Me gusta mucho, más de lo que me permito admitir, pero no va a haber nada.

—¿Qué dudas tienes?, ¿él no te corresponde?

—No, Rosa, no lo creo, pero hay cosas... Han sido solo... insinuaciones, situaciones un poco comprometidas, conversaciones un poco...

—¿¡Calientes!?! Joder, chata, te lo pasas teta en el curro, ¡eh! ¿Y cómo es?

—Es... guapo, inteligente, alegre, gracioso, cariñoso, y me pone como no me ha puesto nadie, y lo más que me ha hecho, ha sido tocarme con un dedo o rozarme. Estoy fatal, Rosa...

—Entiendo, y sé, porque te conozco, que no ha pasado nada entre vosotros. A ver, como yo lo veo, necesitas ordenar prioridades. Primero: tranquila, que no has matado a nadie; segundo: aclara tu situación con Mario. Eso es primordial para que nadie, ni siquiera tú misma, pueda reprocharte nada. Tercero: vive, date tiempo y todo irá según el destino te lo tenga preparado. Y precisamente por la edad que tienes, ponte el mundo por montera y tira pa' lante. Tú misma lo has dicho. Esto no tiene nada que ver con el fin de tu matrimonio, así que arregla tus cosas. Lo de ese chico es aparte, no tiene nada que ver con Mario; tú lo dejas porque ya no estás enamorada, punto. *¡Qué sabia es la jodía, lo ha resumido perfectamente!*

—Es tal y como lo dices, pero no puedo dejar de sentirme culpable porque me guste otra persona que no es mi marido.

—¡Venga ya, Olga! ¿Qué somos, estatuas? Por estar casadas no dejamos de tener ojos, corazón, piel, sentimientos... ¡No estamos muertas! Deja de divagar como lo haces. A Olga le mola un tío, la Olga esposa se ha desenamorado y la Olga madre sigue queriendo a su hija con todo su corazón. Hay muchas “Olgas” en tu interior; no las mezcles, son diferentes. Cada una tiene su espacio dentro de ti, pero nada que ver entre ellas. Solo sé fuerte y lucha por lo que deseas. Que te separen y te sale algo con ese chico, bien, que no, tu corazón estará libre de ataduras, tu alma en paz y tu mente libre de esas tonterías que ahora te torturan. Hazme caso, Olga, no anticipes acontecimientos y otra cosa..., te quiero. —Y nos abrazamos por fin. Me ha dicho las mismas palabras que Julia. *¡Qué suerte tenemos, Olguita, ni Elena Francis lo hubiera dicho más claro!*

—Yo también te quiero. Muchas gracias por entenderme tan bien y por hacerme ver que no soy mala; me he sentido tan mal y tan culpable últimamente...

—Pues deja de hacerlo. Doy por hecho que Julia lo sabe y que te ha dicho lo mismo que yo.

—Exactamente y, además, ¡con las mismas palabras!

—¡Claro que sí, somos las mejores! Venga, ponte algo un poco menos zarrapastroso que me apetece un café como Dios manda y un montón de azúcar. Vámonos pa la calle.

Me ha encantado la tarde que he pasado con mi hermana, y la paz que me ha hecho sentir. Tiene razón y, aunque me va a costar, tengo que priorizar. Lo primero es hablar claro con Mario, lo demás... ya se dará.

El domingo por la noche, cenamos María y yo solas y, cuando me meto en la cama, oigo llegar a Mario. Una vez duchado, se acuesta en la cama sin ni siquiera decirme: “Ahí te pudras”.

Estoy atacada, me levanto incapaz de aguantar más en la cama dando vueltas. Mañana voy a verlo, madre mía, tengo que ponerme la coraza. *La más gorda que tengas o no sobrevivirás al calentón.* ¿Por qué no te callas bonita?

ERIC

Bueno... ya la he visto. Cuando he llegado a la tienda, he entrado por la puerta de atrás, que da directamente al despacho de Pilar, pero cuando estaba allí, como soy gilipollas, no he podido evitar ir a verla. He llamado a la puerta de su despacho y, cuando me ha dado paso, se me han puesto los huevos de corbata. Estaba sentada en su mesa, con las gafas puestas. No me gustan, no porque le queden mal, sino porque se interponen entre sus ojos y los míos. Esos ojos que me han perseguido todos estos meses, esos ojos de gata que me tienen el corazón robado.

También he ido a ver el piso que quiero alquilar. He decidido independizarme, necesito cambios en mi vida y este es uno muy grande, pero necesario. Está algo lejos del trabajo, pero me

da igual. Tiene dos habitaciones, una de ellas con baño, suficiente para mí y el alquiler no es demasiado elevado, ya que se halla lejos del centro. Es el tercer piso que visito y decido quedármelo. En una semana me mudo.

Hoy es viernes y toca juerga. Toni y Jaime me vienen a buscar y nos vamos de cena, de copas y luego decidimos ir a la discoteca de moda. A la hora de estar allí, estoy agobiado a más no poder. No me apetece beber, no me apetece bailar, no me apetece hablar, no me apetece ligar, cojones, no me apetece nada, así que me despido de mis colegas y me largo enfadado conmigo mismo y con el mundo. No me gusta cómo me siento porque es lo mismo que sentía antes de irme o quizás sea que aún no se me ha asentado el cuerpo del viaje.

Me enclaustro en casa y decido pasarme el resto del fin de semana empaquetando todas mis cosas para el lunes, que me dan las llaves del piso. A ver si con la independencia me estabilizo.

OLGA

Las primeras semanas de Eric aquí pasan tranquilas. Lo noto un poco cortado conmigo, como si le pasara algo. No hay bromas ni acercamientos. Lo prefiero; necesito estar lúcida para tomar decisiones importantes.

Hoy ha venido Nikolai y nos hemos ido a tomar un café. He descubierto a Eric mirándome serio. Este chico es bipolar, igual no me dice nada que me mire como diciéndome: “Cuidadito con lo que haces con el ruso”.

Cuando entro, estoy helada, joder, el tabaco me va a matar de una pulmonía. Voy al vestuario para dejar el abrigo y me topo con Eric.

—Ya has vuelto.

—Sí, qué frío hace... —Eric coge mis manos entre las suyas.

—Olga, estás helada. ¿Os habéis sentado fuera?

—Pues sí... —Yo ya no carburo; solo tengo sensaciones en mi cabeza.

—Y todo por fumar, a ver si lo dejas de una vez... —¡PERDONAAA!

—Oye ¿a ti qué te importa? ¿Qué eres: mi padre? —Tiro de mis manos para liberarlas de las suyas. Me ha mosqueado.

—Solo digo una verdad como un camión, pero tranquila, no me preocuparé más, haz lo que quieras. —Se gira para marcharse. No lo pudo dejar ir así; me he pasado un pelín.

—Eric, perdona por favor, estoy un poco nerviosa. Perdóname, no quería ser desagradable, pero es que a veces eres tan... —Aprovecha que lo he cogido del brazo para acercarme a él.

—¿Tan qué? —dice, acercándose demasiado para mi salud cardiovascular. *Y ginecológica.*

—Intenso, eres muy intenso. —*¿Pero qué dices so loca? ¡¡Y yo qué sé...!!*

—Así que te resulto intenso... Es bueno saberlo. —Ese barítono de su voz me hace temblar, pero ya no es de frío, ya no tengo ni un poquito, al contrario, me sobra todo.

—Intenso no es siempre bueno, ¿sabes?

—Siempre es bueno que alguien te encuentre intenso. —Y me guiña un ojo.

—Eres tonto. —Río—. Anda niño, vete a donde quiera que fueras. —En cuanto lo digo, me arrepiento de haberlo llamado niño, porque su mirada se oscurece, se pone serio y me pega más a él... uy, uy, uy.

—No vuelvas a llamarme niño; soy un hombre, un hombre con todo el equipo en funcionamiento, así que cuidadito con lo que dices ¿o lo quieres comprobar por ti misma? —*¿Ein?*

Y el tío se larga, dejándome cardíaca perdida. Es la primera vez que me dice algo tan directo y... joder me ha gustado, me ha gustado mucho. Así que salgo para la tienda con una sonrisa boba en la boca, pero es que no lo puedo evitar: el Eric de antes ha vuelto. Me he dado cuenta de que últimamente, mi día es más o menos malo dependiendo de las cosas que Eric me dice o me hace o de la atención que me preste, *ay, bonita, que eso ya te pasaba hace unos siete meses... ¿Un poco patético, no chica?* Sí hija, sí, no ha mejorado nada... *¿¡Me estás dando la razón!?* No te lo creas tanto, conciencia de pacotilla...

Y, como últimamente mis días son una mierda, este no iba a ser una excepción. Entro en el laboratorio y mi sonrisilla de boba y mi buen rollo desaparecen: Ana está al lado de Eric, riéndose como una hiena y agarrándolo del brazo. Me quedo parada y la fulmino con la mirada. Eric repara en mí y me mira burlón. Será cabrón; sabe que me ha mosqueado su actitud con Ana. Me ha pillado.

—¡¡Ana!! —Hostia, vaya susto que le he dado a la paya... *Ja, ja, ja, que se joda.*

—¡Ah! Dime, Olga... dime... —*Dime, dime, si te digo, acabo despedida, jodida niñata. ¡¡Me saca de mis casillas!!*

—Vete con Manuela, ha llegado un pedido y necesita ayuda.

—¡Claro! Hasta luego, Eric. —Pero qué imbécil la tía...

—Hasta luego, Ana —Y el idiota le sonrío y me mira. Se está riendo, se está riendo de mí en toda mi cara. Me acerco a él para que nadie nos oiga y le clavo el dedo en el pecho a medida que le voy hablando. *Ladrando, Olguita, que pareces un bulldog.*

—Oye, una cosita te voy a decir: no extiendas tus tentáculos de vividor follador en el trabajo. Bastantes pifiadas de Ana tengo que aguantar para que ahora, encima, me la distraigas. —Estoy mosqueada como una mona o un bulldog. Pero en vez de retroceder, Eric se acerca más a mí y baja su cabeza para estar a mi altura y cerca, muy cerca, nuestras narices casi se tocan.

—Oye, frena, ¿vale? Solo he respondido a sus comentarios. Y, tranquila, que tengo suficientes tías para follar fuera de aquí como para no enredarme con alguien del curro. —*Joder, eso ha hecho pupita, pero ha sido un ataque desmesurado, Olguita.*

—Pues genial, machomen, y apártate. Estás invadiendo mi espacio personal. —Se pone derecho como un palo y se aparta lentamente. Sus ojos son una mezcla de enfado y... ¿dolor?

—No sufras, tendrás todo el espacio que necesitas. Será como siempre, como tú quieres que sea...

¡Pero este tío de qué va! Joder, pues no tengo yo suficiente mierda en la cabeza para que él me meta más... «Será como siempre, como tú quieres que sea...». ¿Qué habrá querido decir con eso? Y Ana... la jodida niñata ha vuelto hace un mes y no deja de dar por culo. Estoy que me subo por las paredes.

Los días pasan, y Eric continúa serio. Se ríe y bromea con todos menos conmigo. Lo que sí he notado es que Ana ya no se acerca tanto a él. Estoy triste y amargada; no sé por qué le tuve que decir lo del espacio personal. No sé de dónde coño saqué eso, pero es que cuando me pone al límite no filtro. ¿Cómo arreglo la pifiada?

Yo tampoco hablo con nadie, de hecho, he dejado de ir a hacer el café a la hora de siempre para no verlo. Me duele ver como ríe con todos y a mí ni me mira, cómo duele su rechazo...

Pasamos semanas evitándonos. A veces notaba su mirada y, cuando lo miraba, me encontraba con sus ojos dolidos y llenos de reproches. Ahora a la pena la está superando el mosqueo que me hierve dentro. Pero tengo que arreglar esta situación, sobre todo por mí.

Hoy he intentado un acercamiento. Ha llegado más tarde a trabajar, y como todos habían tomado ya el café menos yo, he aprovechado para ir a la máquina en cuanto lo he visto a él.

—Te invito a un café —le digo sin mirarlo, por miedo a que me lo rechace.

—¿Celebras algo? —Menos mal, su tono es el mismo de siempre.

—No, solo te quiero invitar a un café.

—Pues no te voy a decir que no, vamos a echarlo. —*Otra cosa te echaba yo a ti...*

Aún no me he atrevido a mirarlo. Estoy girada hacia la máquina, introduzco la moneda y pulso el botón de café solo doble, el que a él le gusta. Eric no habla; me giro con su café en la mano y por fin lo encaro. Nos miramos un momento y, al coger el café, roza mis dedos. Me dice gracias sin apartar sus ojos de los míos y me giro de nuevo para sacar mi cortado.

—He alquilado un piso... —me dice de sopetón.

—¡Qué bien! Me alegro por ti. ¿Ya vives? —*Ya tiene picadero.*

—Sí, hace una semana. Está en la zona de Sant Llorenç, un poco lejos del centro, pero es un barrio tranquilo y barato.

—Sí, es un barrio precioso; una tía mía vive allí. ¿Vienes en coche o en moto?

—Depende del día, son unos quince minutos, venga como venga.

—Lo malo de venir en coche es el aparcamiento. Esta zona está fatal.

—Lo cierto es que normalmente aparco cerca de tu casa..., en el aparcamiento público. — Genial, solo me falta encontrármelo cada mañana. *Puto karma.*

—Ah... claro, allí casi siempre hay. No lo conoce mucha gente. Pues me alegro mucho... —*Yaaa.*

—He quedado con los demás para hacer una cenita y así os lo enseño, ¿vendrás?

—¡Claro! Yo ya sabes que me apunto a un bombardeo. Ya me dirás.

—Si no pasa nada, será en un par de semanas; ya concretaremos.

—Vale... bueno, pues me voy al curro.

—Sí, yo también, gracias por el café.

—De nada, hasta luego.

Menos mal, parece que todo ha vuelto a su cauce. Es curioso, me la repampimfla que Mario esté mosqueado. En cambio, no soporto que Eric lo esté. Si aparca enfrente de mi casa, cualquier día me lo puedo encontrar... y lo del piso... me ha dejado una sensación extraña. Como dice mi conciencia de lengua sibilina, ya tiene picadero. *¡Ayyy, si es que siempre hay que padecer por algo, coño!*

Con el transcurso de los días, Eric cada vez se está poniendo más intenso, más insinuante, más insistente, más sexi, más guapo, más... *Para, Olguita, para...* Me acaricia la espalda cuando pasa por detrás, me roza continuamente. Si estamos uno al lado del otro, su brazo tiene que hacer contacto con el mío; me sigue con la mirada y ha vuelto a invadir mi espacio personal. *Y eso te encanta so guarraaa...* Sí, no puedo negarlo, pero no era lo que tenía pensado hacer. Se suponía que iba a pararle los pies... Soy una blanda.

Ya no me habla de sus conquistas y, cuando Narciso saca algún tema de chicas, no entra al trapo, al menos delante de mí, y eso me parece curioso.

El vínculo entre los dos continúa intacto. Cuando estamos juntos, uno al lado del otro, es como si los demás no existieran. Todo ha vuelto a ser exactamente como lo era antes de su marcha.

ERIC

Por fin estoy instalado del todo. Mi madre se acaba de ir, mamá gallina, como la llamamos mi hermano y yo. Ha llenado la nevera de comida y ha inspeccionado el piso, como si esperara encontrar algo peligroso que se pudiera comer a su niño durante la noche, o sea, a mí. Mi padre la mira resignado, y yo, que lo he aprendido de él, pues la miro igual, sin decir nada. Pero me han ayudado mucho, y les agradezco el apoyo y las cosas que me han traído. Joder, no tenía ni idea de lo mucho que hace falta en una casa. Ella se ha encargado de todos los enseres de la cocina y me encanta lo que ha comprado. Ayer mi hermano me sorprendió cuando me trajo un microondas y una botella de Cardhu, mi hermano sí que sabe...

Bueno... al fin solo. Estas semanas han sido un caos entre los entrenos, montar el piso y el curro. Estoy agotado.

El fin de semana que viene voy a Madrid a ver a Laura. No deja de mandarme whatsapps diciéndome lo mucho que me extraña, y que vaya a verla, y como necesito un poco de aire nuevo, voy a ir. Necesito hablar con ella. Igual puede ayudarme a aclarar mis ideas. Es una buena amiga y sé que me aconsejará bien.

Esta tarde después de trabajar, me he quedado por el centro a comprar algunas cosas y, de lejos, he visto a Olga. Ella no me ha visto a mí. Paseaba sola, iba muy abrigada y no hacía tanto frío.

Miraba los escaparates de ropa con mucha atención. La verdad es que por seguirla como un acosador se me han quedado por comprar un montón de cosas, pero ¡qué mierda! necesitaba verla, observarla sin que ella fuera consciente... y no me ha gustado lo que he visto. Algo le pasa, la conozco. Sus ojos de gata no son un secreto para mí. Sé reconocer en ellos la alegría, el enfado, la tristeza y hasta el deseo. Esos ojos me tienen los sesos absorbidos. Pero últimamente solo veo tristeza en ellos, algo pasa en su vida y, por mucho que le pregunto, no me cuenta nada.

La verdad es que sé poco de su vida personal: que está casada, que tiene una hija y... y ya está. Desde hace un año y medio, me he comportado como un gilipollas, contándole detalles de mis conquistas, a quién me follo, a cuántas, donde y hasta cómo... He sido un poco imbécil, pero es que me gustaba picarla, ver ese brillo de rabia en sus ojos. Era cuando veía en ella un poco de lo que quería ver, lo mismo que siento yo, cuando la imagino con su marido. Pero desde que he vuelto, no soy capaz de hacerlo, bueno, eso y que no tengo nada que contarle... no he catao hembra, raro en mí, pero es que no me apetece.

Se ha parado en la puerta de una cafetería y ha mirado el reloj, ha quedado con alguien. A los pocos minutos, ha aparecido otra mujer; se dan dos besos y entran dentro. Debe ser su amiga. Ella siempre habla de Julia, y por lo que dice de ella, la adora. Me quedo plantado en medio de la calle, dudando de si entrar o no. Me apetece ver su reacción. Llevo unos pantalones tejanos viejos y una sudadera, pero me la bufa. Con la excusa de comprar una barra de pan, entro en la cafetería.

Voy derecho al mostrador. Por el rabillo del ojo, veo que están sentadas frente al escaparate, sonrío a su amiga, pero es una sonrisa que no le llega a los ojos. ¿Qué te tiene tan triste, Olga?

Cojo la barra de pan y me preparo para actuar como si me la encontrara por sorpresa, estoy deseando verle la cara...

OLGA

¡Qué alegría haber acabado el curso! Los viernes me gustan, bueno, me gustaban más antes, ahora es la señal que anuncia dos días de calvario, de tristeza y de desazón.

He quedado con Julia para tomar un café. Hace días que no quedamos. No me apetece demasiado. Cuanto más hundida estás, menos aceptas la mano que te puede ayudar a salir a la superficie. La veo venir hacia mí con su eterna sonrisa y por un momento me olvido de mi pesar: su sonrisa alegra mi alma.

—¡Hola, chocho! Estás muy guapa pero, chica, ¿te encuentras bien, tanto frío tienes? —Me abraza y me siento bien.

—La verdad es que estoy un poco destemplada. ¡Qué bien que hayamos quedado! Te echaba de menos... —Y me entran ganas de llorar.

—Venga, amiga, vamos a tomar un cafelito. —Cogidas del brazo, entramos en la cafetería.

Una vez dentro, nos sentamos en una mesa delante del escaparate. Es una manía que tiene Julia; es una cotilla.

—Soy una cotilla, lo sé. —Ríe.

—Es justo lo que estaba pensando.

—Bueno, dime cómo estás. La verdad es que no te veo muy bien, amiga.

—Pues no, no lo estoy. Voy a hablar con Mario, no puedo más. Tengo que poner fin a esto, o me voy a volver loca. —Tengo muchas ganas de llorar.

—Tranquila, Olga, poco a poco. Hace tiempo que no hablamos de él, pero sé que todo esto lo ha desatado su vuelta, ¿me equivoco? —Ella siempre tan directa y acertada.

—Como siempre, no, no te equivocas. Pensaba que estaba controlado, pero no era cierto. Fui una ingenua. La distancia me hizo fuerte, pero de nada ha servido... en cuanto ha regresado, todo ha vuelto a ser igual que antes de que se marchara o incluso peor. —Es la primera vez que lo reconozco en voz alta y es porque, en estos meses, no hemos hablado de Eric ni una sola vez.

—Me lo esperaba... mira, mereces ser feliz y, si para serlo tienes que separarte de Mario, pues hazlo. Pero, amiga, no lo hagas por otro, hazlo por ti misma. Porque puede que lo de Eric no llegue nunca y te sentirías una mierda. Piensa solo en ti. Yo tengo una teoría. Creo que una separación se produce cuando uno de los dos se vuelve egoísta, y no es malo, al contrario. Tienes que encontrarte contigo misma, aprender a estar sola y hacerlo siendo feliz.

—Eso mismo me dijo el otro día mi hermana cuando se lo conté. Lo voy a intentar, aunque ahora me siento una mierda... María, Mario, su familia, la mía... uf, va a ser una bomba para todos...

—Tienes que ser fuerte, todos salimos perdiendo con vuestra ruptura, pero son daños colaterales... —De repente se queda callada por algo que ha visto por encima de mi hombro.

—¿Qué te pa...? —Me agarra la mano para que no me vuelva.

—No te gires, me parece que en la barra está Eric. ¡Que no te gires, joder! ¡Ay, chocho, ay, chocho, que se acerca! —*¡Prepárate, máscara, Olguita, máscara...!*

—¡Ey, Olga! ¿Qué tal? —¡Ay, mi madre!

—Ho... hola, Eric, pues bien, mira, aquí con mi amiga Julia. —Y en cuanto mira a Julia para saludarla, aprovecho para expulsar el aire que estaba reteniendo.

—Muy bien, bueno, he entrado a comprar el pan. Me marchó. Nos vemos el lunes. Adiós, chicas.

—Adiós... adiós... —¿Qué sensación más mala acabo de tener...!

—¡Madre mía, Olga! Este tío está más bueno, que la primera vez que lo vi...

—Sí, hija, sí. Tiene un cuerpo de escándalo... Hace mucho deporte...

—Pues benditas sean todas y cada una de las horas que ha pasado en el gym si ese es el resultado.

—Cierra la boca, Julia, joder...

—No te enfades, anda. Es que no me extraña que se te caigan las bragas cuando lo ves.

—¡Oye, guarra, que yo nunca te he dicho eso!

—Pero te pasa, amiga, ¡¡te pasaaaaa!! —Ríe

¡La madre que la parió! Nos reímos como locas, atrayendo la atención de todos los del local. Estar con Julia es así.

El fin de semana pasa lento. El domingo me negué a ir a comer a casa de mi suegra, y Mario me montó un pollo. Lo miré mientras despotricaba y, cuando se quedó satisfecho, di media vuelta y lo dejé solo en la cocina. Anda y que lo zurzan. Desde que he tomado la decisión de separarme, paso más de todo y de todos. Ya no hay vuelta atrás. La decisión está tomada, solo queda que Mario lo sepa.

Por fin es lunes, y el día transcurre como siempre. Cuando esta mañana hemos coincidido tomando café, Eric me ha mirado pensativo. Sé que me mira porque mi cara refleja la tristeza que siente mi corazón. Parece mentira lo mucho que me conoce, mejor que Mario, es alucinante.

Durante la semana pasada fueron un constante sus bromas para hacerme sonreír, sus tonterías me arrancan sonrisas y aligeran mi pesar. Pero esta semana, él también parece preocupado por algo.

Cuando llego a casa, me siento en la cocina como una zombi; no puedo más, estoy sin energía, sin vida, sin ilusión. Me abandono a mi desgracia y lloro, porque estoy hundida y desesperada.

—Olga... ¿Qué te pasa? —estaba tan ausente, que ni siquiera he oído entrar a Mario.

—Estoy mal, Mario, no puedo seguir así. Lo siento mucho, pero esto no funciona. Lo nuestro no funciona. Lo he intentado..., pero lo que perdimos no lo podemos recuperar, ya no puedo más Mario, no puedo...

—¿Lo dices de verdad? —*No, de mentira...* Lo miro seria, no me puedo creer que reaccione así...

—Sí, Mario, lo digo de verdad. Ya sabías que era un tiempo de prueba, que...

—Espera, espera... yo pensaba que estaba todo arreglado... El otro día hicimos el amor y fue fantástico; noté entre nosotros la misma conexión que antes... —Lo miro y no sé ni qué decirle. ¿La conexión? ¡Pero, si yo estaba llorando por Dios! Solo piensa en él y siempre será así.

—No, Mario, eso lo pudiste sentir tú; yo no, ya hace tiempo que no siento ninguna conexión contigo. No siento nada desde hace tiempo. —Sé que puedo estar haciéndole daño, pero es lo que hay. Durante este tiempo de prueba no me ha preguntado ni una sola vez, cómo estaba o cómo me sentía, pues aquí lo tiene.

—Joder, Olga... esto es culpa del curso ese que has estado haciendo. Quedamos en pasar tiempo juntos, volver a reencontrarnos, y vas tú y te apuntas al dichoso curso. Casi no te he visto, y nos hemos vuelto a distanciar...

—¿Qué tonterías dices, Mario! El curso no tiene nada que ver. Soy yo, ¿lo entiendes? Y, por cierto, hace dos semanas que el curso acabó... —Y ni siquiera se había dado cuenta de que estaba en casa más tiempo; tiene guasa la cosa...

—Yo solo entiendo lo que he visto, y he visto que, en verano, los días que pasamos juntos

fueron perfectos, que yo no he notado todo eso que ahora me estás diciendo; yo me siento bien contigo... —Él, él y solo él; no va a cambiar nunca.

—¡Pero yo no, Mario, yo no, joder!

—No te entiendo, de verdad. Bueno, entonces, ¿qué quieres hacer? Haremos lo que tú quieras, a mí ya me da todo igual —*Ánimo, Olguita, no te acobardes ahora!*

—Pues así no puedo seguir. He pensado en irme a casa de mis padres con María.

—Vale, o sea, que quieres separarte. —*Ahí vamos, Olguita, venga.*

—Sí, Mario, aquí ya no queda nada.

—Lo acepto, pero habla por ti, yo te quiero igual que el primer día. —*Pues muy bien, majete.*

—No te equivoques, yo también te quiero, pero no como se debe querer a un marido. No siento mariposas en el estómago cuando te veo, o cuando me tocas y, aunque para ti no tiene importancia, para mí es un síntoma inequívoco de que mi amor por ti se ha acabado.

—¿Otra vez con las putas mariposas, Olga, qué tenemos, quince años? Bueno, da igual, lo que tú digas... pero no hace falta que te vayas. La niña lo pasará fatal con todo esto y si encima tiene que dejar su casa y a Judit... Me voy yo, es más fácil; me iré a casa de mi madre.

—No hace falta. María ya no es una niña, lo entenderá.

—No quiero. Me voy yo y punto. Esta noche hablas con ella, y me iré. La casa está pagada; mañana iré al banco y repartiremos el dinero que tenemos en la cuenta. Tú te quedas la cuenta actual, que es por donde se pagan todos los recibos, y yo me abriré una nueva.

—Vale...

—Pero una cosa te digo, no pienso engañar a nadie. A todos les voy a decir que nos separamos porque tú lo has decidido así.

—Claro... lo que tú veas.

Hecho. Me quedo sola en la cocina y vuelvo a llorar. Por lo que ha pasado y por lo que se acaba de romper. Me alucina lo frío que ha sido, muy él y, por supuesto pensando en el dinero. A mí ni se me ha pasado por la cabeza. El dinero me importa bien poco en este momento, pero para él es importante. Siempre lo ha sido.

Por la noche hablamos con María, bueno hablo, porque según Mario, como es decisión mía, era yo la que tenía que contárselo. Me ha sorprendido lo madura que es mi niña. Nos ha dicho que ya se lo veía venir y que tranquilos, que nos quiere a los dos y que ella nos va a ayudar a ambos.

Lloro desconsolada abrazada a ella y, cuando Mario se levanta para hacer la maleta y nos deja solas, le pido perdón por haberle fallado. Ella me ha dado ánimos y me ha dicho que en ningún momento se ha sentido defraudada. Entiende que estas cosas pasan y que le duele, pero que no debo sentirme culpable por nada.

Cuando Mario se va, nos metemos las dos en mi cama y hablamos y lloramos hasta las tantas de la madrugada.

Mañana por la noche iré a hablar con mis padres. He quedado por whatsapp con mis hermanos para que también acudan.

Cuando, al día siguiente, llego al trabajo, ni siquiera me paro en el Zone; no quiero ver a nadie. Tengo trabajo burocrático y me meto de cabeza en ello. A media mañana, tengo que atender la tienda, y Eric me observa serio hasta que decide acercarse.

—Olga, ¿estás bien? —Veo preocupación en sus ojos.

—Sí, una mala mañana, es todo...

—Vale... todo pasa, Olga, todo.

—Sí... claro. Gracias, Eric. Me vuelvo a mi despacho.

—Claro, hasta luego.

En estos días, Eric se ha mantenido alejado de mí, no me hace bromas, ni insinuaciones, pero hoy parece más receptivo. Igual quiere levantarme el ánimo; le debo dar pena...

La conversación con mis padres y hermanos ha ido tan bien como esperaba. Rosa me ha echado un cable cuando veía que me iba a desmoronar. Mi padre me ha preguntado si Mario me ha engañado y qué iba a pasar con María, solo eso. Una vez he aclarado el motivo, más o menos, todo ha quedado aclarado. Mi familia es lo más. Ellos saben cómo es Mario, que es algo «especial» y me van a apoyar en todo. Les da pena y no solo por mí, ya que hace muchos años que Mario entró en la familia y lo quieren. Yo les he pedido que no le hagan ningún feo, que soy yo la que ha puesto fin a lo nuestro, pero que ellos no tienen por qué perderlo o viceversa.

La familia de Mario me va a poner fina en cuanto hable con ellos; hoy ya lo deben saber. Va a ser un infierno trabajar con Manuela, o quizás no, igual lo entiende y seguimos manteniendo nuestra amistad. *¡Ay, Olguita qué ingenua eres!*

Salgo de dudas en cuanto llego al trabajo esa mañana. En el Zone están Eric y Manuela. Eric me saluda serio, pero Manuela se levanta sin ni siquiera decirme buenos días. Me quedo helada, alucinada por su actitud. Si este va a ser el ambiente de trabajo, lo llevo claro. No lo dudo y entro en la tienda tras ella, qué coño..., si me tiene que decir algo, que lo haga de una puta vez, y en la cara.

—Buenos días, Manuela —le digo una vez en el vestuario.

—¿Qué ha pasado, Olga? Estabais siempre tan bien, se os veía tan unidos... estoy muy triste, Olga, me da tanta pena... —Está llorando.

—Manuela, las relaciones se desgastan. De puertas para afuera suele parecer todo perfecto. No podía seguir así. Tú sabes de lo que hablo, también estás separada.

—Pero no es lo mismo; Sergio me puso los cuernos; mi hermano, a ti, no.

—No solo los cuernos acaban con un matrimonio. Ha pasado y ya está.

—Cuando me ha llamado mi madre para decírmelo, no me lo podía creer... Joder, Olga, qué palo, estoy hecha polvo. —Otra como su hermano, yo, yo y yo.

—Pues sí, es un palo para todos. Supongo que, con los días, todo será más natural.

—Claro, yo te quiero mucho, y espero que podamos seguir siendo amigas.

—Claro, Manuela, eso no lo dudes.

—Vale, bueno a currar.

—Sí, a currar.

Menos mal... No las tenía todas conmigo. Manuela bebe los vientos por Mario, y me alegra su actitud. Por la relación laboral, no me gustaría perder su amistad. En ningún momento me ha preguntado cómo estoy yo, igual que su hermano; todos son unos egocéntricos de aúpa.

Cuando llegan las doce de la mañana, mi separación es *vox populi* en toda la tienda. Manuela ha hecho su magia... de bruja.

Pilar ha sido la única que se ha dirigido a mí directamente para darme su apoyo y ofrecerme días libres si los necesito.

Eric está cada día más serio; parece que me rehúye, literalmente. El otro día, coincidimos en un pasillo, hizo como que no me veía y giró hacia la tienda, cuando estaba claro que iba al lavabo. En fin, no entiendo nada y esa actitud suya no ayuda a mi psique, para nada.

María y yo estamos más unidas que nunca. Mario no ha vuelto a casa, y por parte de su familia, solo Manolo y Rita me han llamado para darme su apoyo y cariño.

María quiere mucho a mi suegra. Por eso pasa bastante tiempo en su casa, para estar también con su padre.

Estoy en el peor momento de mi vida, de eso no cabe duda, pero ante toda la mierda en la que estoy metida, hay un fondo de paz, paz por haber dado un paso que mi alma necesitaba. Ahora, solo tengo que lidiar con el día a día, que no es poco, pero yo estoy bien, mi hija está bien, y eso, ahora mismo, es lo único que me importa.

En el trabajo, nadie me comenta nada a la cara, pero sé que lo hablan. La tienda es como el «Sálvame». Eric me saluda y ya, nada de charlas, ni de bromas, ni de preguntas. No entiendo a este chico, aunque pensándolo fríamente, nunca hemos compartido nada de nuestras vidas fuera de estas paredes, salvo sus actividades con sus follamigas, así que no me sorprende, pero duele. Esperaba una palabra de ánimo, algo de consuelo... No entiendo qué es lo que le pasa conmigo. Estoy empezando a entrever que pasa olímpicamente de mí y que he sido solo un entretenimiento para él, pero ahora estoy amargada y triste y ya no soy buena para su diversión.

Julia y Carlos, están conmigo al cien por cien, y Judit está ayudando mucho a María. Tengo unos amigos y una familia extraordinarios. Ellos me dan la fuerza que necesito en estos momentos.

Hoy llevo todo el día en el despacho, a puerta cerrada, no quiero interrupciones ni visitas. Acaban de llamar a la puerta, adiós mi tranquilidad.

—Adelante.

—Hola, ¿se puede? —El que me faltaba.

—Pasa, Eric, tú dirás... —Lo recibo con toda la frialdad que siento en este momento.

—Pues, no quería nada en concreto, solo que estoy esperando un reactivo y tengo que esperar diez minutos y he pensado esperar aquí... —Lo dicho: soy un pasatiempo para él.

—Ah... vale, pues siéntate si quieres, estoy hasta arriba de papeleo.

—¿El ordenador te ha vuelto a dar problemas? —Tiene ganas de cháchara, pues nada, lo que el señor necesite. *¡Clarooooo, y a ti te cuesta tanto complacerlo!*

—No, se está portando como un machote. ¿Qué tal te va la vida independiente?

—Bien, es genial. Pensaba que me costaría un poco, pero para nada...

—Pues me tienes que dar unos consejitos de cocina para solteros. A veces estoy sola en casa y me da pereza hacerme de comer. Acabo comiendo cualquier cosa.

—Pues... hay una página web que se llama solter@s.ñam. Hay recetas buenísimas y muy fáciles de hacer.

—Veo que has tirado de ella...

—Me has pillado ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, vale, le echaré un ojo.

—Pero... María vive contigo, ¿no? —¡Hombre, una pregunta personal!

—Sí, pero pasa días con Mario y me quedo sola. —Enterado quedas.

—Ah, vale. Pues me voy para el laboratorio, hasta luego, Olga.

—Hasta luego, Eric.

Tengo que reconocer que me siento bien después de hablar con Eric. No puedo evitar este sentimiento de bienestar que él me produce. Su cercanía me hace bien. Supongo que esta visita ha sido un paso para romper el hielo. Por eso, yo también he puesto de mi parte diciéndole lo de la cocina para solteros. En fin, solo espero que esto sea el comienzo de una buena relación... laboral. *¡Claro que sí monina y de paso lo has puesto al tanto de que pasas días solita en casa... cacho perra! Vete a la porra, concienzucha malvada...*

ERIC

Cuando llegué al Zone aquel día, y Manuela me puso al tanto de la separación de Olga me quedé de piedra. Sabía que le pasaba algo. Sus ojos me lo decían cada día, pero no imaginé algo así... y me acojoné. Me acojoné porque por un momento se me pasó por la cabeza que lo había hecho por mí. Soy un poco presuntuoso, pero es que después de lo vivido con ella, de mis insinuaciones, mis bromas, mis comentarios sobre mis ligues... igual no me equivocaba con lo que veía en sus ojos. Este tonto se me ha ido de las manos. Olga me gusta mucho, más de lo que querría, y me horroriza pensar que la he perjudicado haciendo crecer en ella un enamoramiento hacia mí a causa de mis atenciones, que me salían del corazón, eso es así, pero joder, ¿puedo haber sido el causante de la ruptura de su matrimonio? Estoy hecho un lío. Por otro lado, pienso que para que un matrimonio fracase, hace falta más de lo que yo he hecho; ahí ya tendría que haber un caldo de cultivo que ha desembocado en la ruptura de su relación.

Olga está libre y eso remueve algo dentro de mí; me siento como... aliviado, pero no puedo ser tan cabrón como para aprovecharme de la situación tan vulnerable en la que ahora se encuentra.

Aunque hoy no he podido aguantarlo más y he ido a verla a su despacho. Sus ojos siguen

teniendo un halo de tristeza, y verla así me parte el alma, pero yo no puedo hacer nada. La decisión la ha tomado ella; tengo que alejarme y darle espacio.

Este fin de semana, voy a Madrid para ver a Laura. Espero que el cambio de aires me disipe algunos malos rollos.

Capítulo XIV

OLGA

El fin de semana ha sido... raro. María se fue con su padre, y yo he pasado los dos días haciendo limpieza, cambiando muebles de sitio y arreglando armarios. Mario me pidió que le pusiera sus cosas en dos maletas grandes, y eso me ha llevado su tiempo, pero ha sido terapéutico. Es como ir cerrando puertas, etapas ya pasadas, y zanjarlas.

El sábado por la noche, cené con Julia y lo pasamos de miedo. Me sorprendió cuando me dijo que Mario habló con ella por teléfono, que le dijo que no me entendía, que lo de las mariposas eran una chorrada, que el curso ha tenido la culpa, bla, bla, bla y mi amiga le respondió a todo. También me dijo que Mario sospecha que hay otro hombre, que si no, no me hubiera separado. Le comentó que se lo dijo su hermana Fernanda, cómo no, la santurróna no puede meterse la lengua en el culo y ahogarse de una puta vez.

Luego nos reímos un montón. Es tan fácil hablar con ella, tan divertido estar las dos juntas. Nos fuimos a dormir un poco perjudicadas. El domingo, María vino a casa y comimos en casa de Julia los cinco juntos. Hoy puedo decir que me siento genial, en paz... por fin.

El lunes me llama Mario para decirme que va a venir a casa a buscar sus cosas y a hablar... Eso no me suena demasiado bien, y que quiera hacerlo cuando María está en el instituto, menos.

Y no iba desencaminada, me ha gritado, me ha recriminado hasta el cambio climático, hemos llorado y, al final, hemos quedado medianamente bien. Lo ha aceptado. Me ha dicho que ha llorado mucho, que su madre está enfadada conmigo y me ha preguntado si había otro. Eso me ha sorprendido bastante. No pensaba que tuviera el valor de preguntármelo a la cara. Lo he negado; como Julia me hizo entender, eso me pertenece solo a mí. Eric no ha sido la causa, sino el detonante de nuestra separación, así que no hay nada que explicar.

El lunes por la mañana, salgo de casa y como me apetece andar, no cojo el coche. Estamos en mayo y apetece el fresquito de la mañana. Cuando echo a andar, me fijo en una persona que

camina delante de mí. Un tío cañón, Eric. Dudo en si llamarlo o no, pero es que me apetece mirarlo, mirar su andar, su cuerpo... *Dijimos que no nos íbamos a engañar a nosotras mismas, Olguita.* Vale, sí, su culo también.

Lo que no sabía en ese momento, es que esa bendita imagen la tendría todos los días de la semana y ni un solo día, le he hecho notar mi presencia. ¡Qué malota soy!

Y lo que tampoco esperaba es que ese ratito del que yo disfruto tanto iba a abrir una brecha en mi vida.

Después de disfrutar de tan agradables vistas todos los días de esta semana, el viernes por la tarde, me llama Mario hecho un basilisco porque le han dicho que estoy enrollada con un compañero del trabajo. Me quedé ojiplática. Se lo negué cien veces y, a la ciento una y cansada de discutir, le colgué el teléfono. Me pasé el fin de semana dándole vueltas a ver quién podía haber malinterpretado que Eric llegara cinco minutos antes que yo todos los días, o que alguien viera el coche aparcado cerca de mi casa y le di vueltas hasta que Julia me abrió los ojos: mi queridísima excuñada. Tenía todas las papeletas para ser la culpable del bulo que estaba corriendo.

No podía ser otra. Así que el lunes cuando llegué al trabajo, detrás de Eric, iba ya con la escopeta cargada para lo que me podía encontrar.

Ana fue la primera en sacar su lengua viperina...

—¡Hola, Olga! ¿Qué tal el finde? —allá vamos.

—Pues bien, en casa con mi hija, ¿y tú? —Me importa una mierda, pero hay que ser educada...

—Uf, tía, lo pasé genial... ¿y a que no sabes a quien me encontré de marcha el sábado?

—Pues... no, pero seguro que me lo vas a contar. —Me saca de quicio...

—Pues a Eric. —¡Alto ahí!

—¿Ah, sí...? —*Cuenta so perra, cuenta.* No sé si quiero saberlo... *¡Pero yo síiii!*

—Pues sí. —Ríe—. Anda que iba fino. Estuvimos un buen rato juntos...

—Genial, bueno, a currar, que hoy hay mucha faena.

En cuanto se larga, noto como poco a poco me hundo, me hago pequeñita, me encojo y se me agria el humor. Un montón de preguntas, dudas y posibles escenas llenan mi cabeza, pero no pienso preguntar. *Ay, Olguita, que esta se quiere comprar los zapatos de tus sueños.*

Y encima Ana le ha pedido a Pilar quedarse con nosotros hasta agosto, para así, dice ella, adelantar prácticas para el año que viene, la muy zorra. Se le ve el plumero tanto..., como agita su melena cuando él está delante, como le roza el brazo de forma casual mientras habla. Juro por lo más sagrado que he empezado a entender eso de «ataque de locura transitoria» porque cualquier día la arrastro. La odio con todas mis fuerzas.

Hasta la hora del café, no he visto a ninguno de mis compañeros, pero cuando entro en el office, Ana y Manuela me miran raro. Ana se marcha, y Manuela la sigue sin decirme ni hola. Ha sido ella la que le ha ido con el cuento a Mario, ¡vamos! como que me llamo Olga, en fin, que se vaya a la mierda, ella y todos los que la quieran escuchar.

Cuando a media mañana entro en la tienda, noto las miradas de mis compañeros sobre mí. Esto

me está poniendo al límite. Estoy asqueada y a punto de estallar cuando mi terapia entra por la puerta: Nikolai.

—Hola, preciosa... ¿Qué tal?

—Genial. Invítame un café, pero ya. —No voy ni siquiera a por el bolso. Lo agarro del brazo y lo saco de la tienda.

—Oye, oye... ¿Qué te pasa, Olga?

Se lo cuento todo y el tío se parte de la risa, el muy capullo. Me aconseja que pase, y eso es exactamente lo que decido hacer, y que no le diga nada a Eric del bulo que corre sobre nosotros. Si se entera y quiere, que sea él el que haga los honores.

Aunque lo que me reconcome es la conversación con Ana, qué coño, ¡¡¡¡¡tengo unos celos horribles!!!! ¿Habrá pasado algo entre ellos? No me fio ni un pelo de Ana; es un lobo con piel de cordero.

El sábado María y yo, junto con Julia y Judit, nos vamos a la Ciutat de les Arts i les Ciències y pasamos un día estupendo y el domingo, madre e hija, vamos al cine. La verdad es que he pasado un fin de semana muy reparador, pero ya es domingo por la noche y tengo el presentimiento de que mi semana va a ser durilla.

Hoy cuando salgo de casa no me encuentro a Eric. Debe de haber encontrado aparcamiento más cerca de la tienda.

Cuando a media mañana veo a mi cuñada —excuñada— salir a fumar, me voy tras ella, no soy de las que huye de los problemas porque tarde o temprano hay que afrontarlos y cuando antes, mejor.

—Hola, Manuela.

—Hola. —Ni siquiera me mira.

—¿Te pasa algo? —Allá vamos.

—¿A ti qué te parece?

—A ver, Manuela, no me toques lo que no tengo. No estoy para adivinanzas; si te pasa algo, me lo dices y punto.

—¿Tienes idea de lo mal que está mi hermano? ¡Está destrozado por tu culpa!

—No entiendo nada; hace una semana tú y yo hablamos, y me pareció que todo estaba bien entre nosotras, esperaba que...

—Sí, pero yo aún no había hablado con mi hermano. Lo he visto llorar por primera vez en mi vida, Olga, está hecho polvo...

—Ya sé que esto no es fácil, pero... —No me deja hablar y mi enfado aumenta exponencialmente. *Párala, Olguita, que se está viniendo arriba.*

—Para ti es fácil, ¡fuiste tú la que decidió mandar todo a tomar por culo, no él!

—¡Ya, vale! ¿¡Crees que yo estoy bien!? ¿¡Sabes el tiempo que he pasado amargada y triste antes de tomar esta decisión!? ¿¡Lo sabes!? ¡Tengo derecho a ser feliz y no lo era!

—Mira, ahora mismo me importa bien poco lo que hayas pasado. Es mi hermano el que me importa y lo siento, pero nuestra relación no va a volver a ser la misma; no puedo.

—Vale, haz lo que te dé la gana.

Me largo y la dejo allí, que se pudra. ¡Será imbécil la tía! Otra falsa. A partir de ahora, el café lo haré sola, no tengo ganas de verle la cara a nadie de este lugar.

ERIC

Las semanas que han pasado desde que vine de Madrid no han logrado acallar mi conciencia y, si no la había cagado ya bastante, encima el fin de semana pasado la cagué aún más.

En Madrid me lie más que la pata de un romano.

El sábado Laura y yo salimos, bebimos... y follamos. No entraba en mis planes, pero el alcohol, las lágrimas de Laura diciéndome que me quería y lo hecho polvo que yo estaba me llevaron a meter la pata muy, mucho. Al día siguiente hablamos, nos arrepentimos y admitimos que habíamos cometido un error acostándonos, y quedamos como amigos. De hecho, el domingo lo pasamos viendo pelis y Laura escuchó todas mis miserias, me aconsejó y me apoyó. Al final me fui de Madrid con la certeza de que nuestra amistad se había reforzado, aunque seguía teniendo remordimientos por haberme acostado con Laura. No tendría que haber pasado.

Para más inri, durante la semana siguiente, Narciso me comentó que corría el rumor de que Olga y yo teníamos algo, que habían visto mi coche aparcado cerca de su casa. Me quedé pasmado ¿en serio? Esto es el colmo... Me encantaría saber de qué boca ha salido esa mierda y cerrársela al capullo o capulla que ha ido con la trola por todo el curro.

Durante la semana, no veo demasiado a Olga o, mejor dicho, hago lo posible por no verla, quizá por miedo a que viera en mi cara lo que hice en Madrid. Creo llevar la culpabilidad y el remordimiento pintados en la cara, y encima está el tema del bulo ¿tendría que comentárselo o no? Esto es una puta mierda.

Cuando llega el sábado, mi agobio es monumental, así que decido aceptar la propuesta de Jaume y Toni y algunos otros del equipo para salir de fiesta. Y otra vez la cago, o casi... bueno, casi no, la cago del todo.

La noche iba como el culo. No me sentía a gusto durante la cena y estuve a punto de irme a mi casa, pero mis colegas me insistieron para ir a la disco y accedí. Como estaba bastante chafado, pensé que el alcohol me haría olvidar un poco todo el mal rollo que me acompaña últimamente. Cuando llevaba tres o cuatro whiskys y no sé cuántos chupitos, me encontré con Ana y el alcohol, la noche y toda la mierda de días que llevaba me hicieron tontear con ella. Es una chica simpática y está buena, así que me dejé llevar. Bailamos y nos magreamos un poco, nada serio, unos cuantos

besos y nada más, y no porque ella no le pusiera empeño. Al final de la noche intercambiamos los teléfonos y cuando llegué a casa, cosa que no sé cómo ocurrió, me llegó un whatsapp suyo y al abrirlo casi me caí de culo, en la pantalla me aparecieron un par de tetas espectaculares y yo, que aún iba con una tasa de alcoholemia capaz de tumbar a un marinero, voy y le mando una foto de mis pectorales aprovechando que estaba desnudo para meterme en la cama. En ese momento, lo encontré de lo más divertido. Después de eso, intercambiamos unas cuantas tonterías, un poco subidas de tono, eso sí, y a dormir la mona.

A la mañana siguiente, el dolor de cabeza era de campeonato, joder, era insoportable, pero el peso de la culpa era aún peor. Dicen que después de una borrachera no te acuerdas de nada; ojalá fuera así. De lo único que no me acuerdo es de cómo llegué a mi casa. El resto lo recuerdo perfectamente. Joder..., Ana, eso fue una metedura de pata, un error peor que el que cometí con Laura, porque sé con total seguridad que Olga no la traga. Me lo ha dicho en muchas ocasiones y me siento un traidor. Últimamente no me reconozco; hago cosas que no quiero hacer, digo cosas que no quiero decir y no hago lo que tengo que hacer. Me siento un mierda, en el sentido más amplio de la palabra.

Para acabar de arreglarlo, a media tarde recibo la llamada de Jaume que, con mucho cachondeo, me explica como él, Toni y Paco me llevaron a casa y, teniendo en cuenta que ellos iban tan perjudicados como yo, me parece una gran hazaña.

No deja de ser curioso cómo el alcohol nos afecta a todos de distinta manera. A mí, desde luego, me vuelve un gilipollas total y un inconsciente. Paso el domingo en la cama a base de ibuprofenos, zumos y haciéndome a la idea que mañana lunes voy a ver a Ana... y a Olga. ¡¡Joderrrrrr!!

Aparco en el quinto coño, todo porque nadie vea mi coche cerca de la casa de Olga. Cuando llego al curro, intercepto a Ana.

—Oye... esto... siento lo de la otra noche, yo...

—No te preocupes, yo también iba fina. —Ríe.

—Sí, bueno, el caso es que preferiría que no dijeras nada de lo que pasó.

—¡Claro! No te preocupes, Eric, el secreto queda entre tú y yo.

—Vale, mejor. Hasta luego.

«El secreto queda entre tú y yo»: no me gusta un pelo que haya dicho eso. Un secreto puede servir como moneda de cambio en un momento dado y, tratándose de Ana, no me creo que lo guarde o que no lo use en mi contra algún día. Aunque siendo sincero, estoy soltero, no le debo explicaciones a nadie y hago de mi vida lo que quiero, pero entonces... ¿por qué me siento tan mal, tan culpable, tan traidor?

Capítulo XV

OLGA

He visto hablar a Eric y a Ana. Algo se traen entre manos estos dos, bueno, allá cada cual con su vida, que para mí ya tengo suficiente.

Este fin de semana es San Juan, y Nikolai me ha invitado a salir con él y unos colegas de su trabajo y, como María se va a Áger con Julia, Judit y Carlos, le he dicho que sí. La verdad es que paso la semana deseando que llegue el viernes. ¡Ah! por cierto, el viernes es mi cumpleaños, 45 tacos, mi hija no quería irse, pero al ver que salía e insistía en que fuera accedíó.

Nikolai me ha dicho que iremos a la carpa municipal, que ya han ido otros años y está muy bien. Yo lo que necesito es despejarme; el lugar me es indiferente. En el curro ya todos han notado la tirantez entre Manuela y yo, y Eric casi no se me acerca. Este niño es gilipollas. Desde que se supo que me había separado, ha dado pasos atrás, ¡ni que me tuviera miedo! Bueno, no voy a pensar en nada, que esta noche... ¡me voy de verbena! ¡¡¡¡Fiesta!!!!, yo también la necesito; ser tu conciencia es agotador, monina. Pero ten cuidadito, que el alcohol acalla la conciencia, ahí te lo dejo... Una noche libre de ti también, ¡stupendo! No estaré para aconsejarte, así que no la cagues, Olguita, que nos conocemos.

Hace una noche preciosa, la luna llena ilumina la ciudad. Nikolai me recoge a las diez como acordamos. Me he puesto un tejjano ajustado, combinado con un top negro que me deja al aire un hombro; calzo unas sandalias rojas no muy altas y he cogido una torera de piel roja también, la verdad es que voy sencilla, pero me siento guapa.

Vamos a un bar a cenar y allí conozco a sus amigos, en masculino, no genérico, porque soy la única mujer entre siete chicos. Es gente más joven que yo, pero como me pasa siempre, no desentono en absoluto, hasta uno de los amigos de Nikolai, que es un yogurín, no para de tirarme la caña, pero es súper divertido. La noche promete. Se me ha escapado que es mi cumpleaños y se ha montado la Marimorena, los chupitos han empezado a correr y han dicho que, hasta que no me beba cuarenta y cinco, no me van a dejar irme a la cama, vaya tela...

Para cuando llegamos a la carpa, no voy para nada borracha, pero el puntillo que llevo me hace casi levitar, reír por todo y anestesiar-me del mal rollo y del dolor que tengo dentro. Es una sensación maravillosa.

La música es una mezcla entre actual y de los ochenta y noventa. Hay un ambiente muy bueno, y la verdad es que he congeniado con todos los del grupo. Nos hemos atrincherado en una esquina y dejamos las chaquetas en el suelo. Parecemos ocho apaches alrededor de una hoguera. No hemos parado de bailar, reír y hacer el idiota. Nikolai me dice al oído que vayamos a la barra que tiene sed, y allá que vamos cogidos de la mano. Cualquiera que nos vea creará que somos pareja; nada más lejos de la realidad.

—¿¡Lo estás pasando bien!? —me pregunta a gritos.

—¡¡Mucho!! —le contesto igual.

—¿¡Qué quieres tomar!? —me dice a grito pelao.

—¡¡Lo que tú te pidas estará bien!! —Madre mía, qué ruido...

—¡¡Hostia, tía!! —suelta Nikolai.

—¿¡Una tila!? —Río—. ¡Que no voy tan mal!

—¡¡Nooooo!! —Ríe—. ¡¡Que Eric se acerca!!

—¿¡Cerveza!? ¡¡Perfecto!! —Y veo que se dobla en dos por la risa que el tío se está dando a mi costa y me contagio. Parecemos dos borrachos riéndonos, ¡no entiendo de qué nos reímos!

—¡¡Espera y verás!! —Ríe.

—¡¡No te oigo!! —Y, en ese momento, noto unas manos posarse en mi cintura y un aliento caliente en mi oído. Madre del amor hermoso, se me erizan todos los pelos del cuerpo: Eric. Miro a Nikolai que me guiña un ojo, saluda a quién está detrás de mí y se larga... ¡Se larga el ruso gilipollas y me deja sola!

—Hola, compi. —Joder, casi se me doblan las rodillas al oír su voz. Me habla tan cerca que lo oigo perfectamente sin necesidad de gritar. Se pone delante de mí y se acerca para continuar hablándome al oído, metido entre mis piernas.

—Te he visto muy bien acompañada. Eres una caja de sorpresas. Así que con el ruso... —¿Qué mierda está insinuando este?

—Es un buen amigo del trabajo, no como otros. —*Peligro, Olguita, peligro, que se te va la boca con el alcohol. ¿Tú no ibas a desaparecer esta noche? Eso pensaba yo, hija, pero por lo visto, tiendo a aparecer cuando lo hace Eric, así que escúchame y... Vete a la mierda conciencia malnacida, desaparece que esta noche no te necesito. ¡Que no me necesita dice la borracha ja, ja, ja!*

—¿Acaso yo no lo soy? —su aliento me calienta todo el cuerpo. Huele a alcohol y a él.

—Nop, no lo eres. Él se preocupa por mí, me escucha y me divierte...

—¿Y cómo te divierte, Olga? Porque yo también te puedo divertir, y mejor que el ruso, te lo puedo asegurar —*¡Ay, mamacita, qué calor!* El alcohol me desata la lengua y como sé que sobria no voy a ser capaz, entro a matar. Mañana ya me tiraré de los pelos. Además, me lo estoy pasando pipa porque Eric no sabe que ¡Nikolai es gay!

—Ay, niño... tú no le llegas ni a la suela del zapato. Nikolai es atento, cariñoso, paciente, divertido... lo tiene todo. —Me agarra de la cintura y me pega más a él.

—No me provoques, gata, que ese ruso no me hace sombra en ningún aspecto; te aseguro que, con solo tocarte, puedo sentir el efecto que tengo en ti y estoy seguro de que, si te besara, se te doblarían las rodillas —*¿Gata? MIAUUUUU!*

—¡¡Promesas, promesas!!! —*¡Cállate, Olguita, por tu madre, que mañana nos vamos a arrepentir!!*

—¿De verdad quieres hechos, Olga? Porque estoy aquí y dispuesto a lo que tú quieras. —Se separa de mí y me mira serio. Nuestras miradas conectan y entramos en esa burbuja que hace tanto que no notaba.

—Te has alejado de mí cuando más te necesitaba; pensaba que éramos amigos o, al menos, buenos compañeros de trabajo, pero has pasado de mí y me has hecho daño. Así que ahora no me vengas con milongas. —Yo también me he acercado mucho a él.

—Lo siento, de verdad que lo siento, Olga, pero he estado hecho un lío. Prometo no fallarte a partir de ahora —nos quedamos mirándonos en silencio. Sus ojos muestran borrachera y arrepentimiento, sus manos en mi cintura, deseo, y a mí se me caen las bragas por tenerlo así, tan cerca y fuera del trabajo. Es como si todo lo que hemos pasado se hiciera más real en este momento.

—Vale, no pasa nada..., pero te he echado de menos, tus bromas, tus comentarios... —*¿Solo eso? Es que yo me parto contigo ja, ja, ja...*

—Y yo te he echado de menos a ti. Te invito a algo. Si no vas a meterte en problemas con el ruso, claro. No tengo ganas de pelea; he visto cómo te mira y no sabes lo que me jode...

—¡Eres tonto! —me río a carcajadas, y él me mira sin entender nada.

—Sí que lo soy... y parece que eso te divierte mucho...

—Tú lo que has visto no es una mirada de hombre a mujer, sino miradas de amigos. Si Nikolai tuviera que dar un buen repaso a alguien, te lo daría a ti... —se lo digo, porque sé que a Nikolai no le importa que él lo sepa.

—¡¡¿En serio?!... Joder... no lo parece...

—Pues sí, hijo, es gay hasta decir basta y un buen amigo, que me ha apoyado en todo lo que estoy viviendo últimamente...

—Siento el distanciamiento; no volverá a pasar. —Y me pasa los nudillos por la cara.

—Tranquilo.

—¿Nos tomamos algo? Te invito.

—¡Claro! Pero te invito yo.

—De eso nada, es que... es mi cumpleaños —*¡No me jodas...!*

—¡Y el mío también! —Ríe.

—¡Qué casualidad que seamos del mismo día!

—Sí... aunque nos separen un montón de años... —inconscientemente, bajo la cabeza para que no vea mi dolor.

—Ey... cumplir años es bueno y lo importante no es el número, es como los llevas, y te aseguro

que tú los llevas muy bien. Estás para comerte, Olga... —*¡Venga, este tío está que se sale esta noche!*

—Ya, vale... pues invítame, que eres más joven que yo. ¡Venga, una birra por aquí! —Lo que Eric no sabe es que a mí cumplir años me importa poco; lo que me amargan, son los 17 años que nos separan.

Ha sido la mejor verbena de mi vida. He bailado, he reído y he estado con Eric. Después de tomar algo juntos, se ha unido al grupo de Nikolai y lo hemos pasado genial, aunque íbamos un poco a nuestro rollo: bailando agarrados, rozándonos, riendo y ha sido... perfecto.

A la hora de irnos, él se ha ofrecido a compartir taxi conmigo y nos hemos marchado solos. Cuando hemos llegado a mi casa, me ha dado dos besos, muy cerca de la boca y me ha acariciado la cara, un suspiro traicionero se me ha escapado sin permiso y lo ha hecho sonreír.

Mañana tendré una resaca monumental, pero merecerá la pena. A ver cómo nos comportamos el lunes en el curro, porque una cosa es la noche sumada al alcohol y otra la luz del día y alcoholemia cero. Bueno, ya lidiaremos con eso el lunes. Esta noche ha sido perfecta y soy feliz como hacía años que no lo era.

Al día siguiente, resacón en mano, contesto los whatsapp de mi familia y amigos felicitándome por mi cumpleaños, aunque el que más me sorprende, y el que más me alegra, es el que recibo de Eric.

ERIC:

buenos días!!!! Felicidades preciosa

YO:

buenos días!!! Gracias y... felicidades a ti también

ERIC:

gracias, como va resaca? Yo toi fatallllllll!!!

YO:

pues mal, hacía años q no tenía una, pero mereció la pena... lo pasé gnial

ERIC:

lo mismo digo, ojalá todas fueran igual. Bueno, me vuelvo cama que me revienta tarro

YO:

ja, ja, ja, yo también, aprovecho q toi sola. Hasta lunes compi. MUA!!!

ERIC:

dscansa. Hasta lunes. Muxos MUAAAAsssss

¡Este muchacho va a ser mi perdición! Y con el cuerpo hecho mierda y el corazón dando brincos, me meto en la cama a dormir la mona...

ERIC

¡Qué noche! No me apetecía nada salir, pero al final, como siempre, me arrastraron a la carpa

municipal. Lo que no esperaba era encontrarme allí a Olga.

Estaba ya hasta los huevos de ruido y borrachos, me apoyé en una pared a esperar a que pasara un rato para escaquearme, cuando veo de lejos a una morena que me suena mucho, joder, era Olga y no estaba sola. El ruso de los cojones la acompañaba, y cómo la miraba... y la tocaba. Mi mosqueo iba en aumento. Y pensé: «yo aquí, más amargao que el culo de un pepino y ella con el rusito jiji jaja, pues les voy a reventar la noche, que se jodan».

Y empiezo a recordar, los momentos tan excitantes que viví anoche:

Me acerco a ella y mi mano sale disparada con voluntad propia hacia su cintura, la noto temblar y me acerco a olerle el pelo, en serio, estoy fatal, lo sé y lo asumo. En cuanto el ruso me ve, me saluda y se pira, buena decisión. Al principio no puedo evitar ponerme sarcástico. Ella me sigue el juego y me reprocha mi comportamiento de estas semanas, le doy la razón y eso parece ablandarla. Está para comérsela, con ese hombro descubierto, sus rizos despeinados, sus mejillas sonrojadas... madre mía, como la deseo. Mi alegría y mi sorpresa son máximas cuando me dice que el ruso es gay. ¡La madre que lo parió, con los celos que le he tenido! Pero lo que me deja alucinado es que los dos cumplimos años el mismo día. El paso de los años, parece que no le gusta, pero si ella se viera con mis ojos, no le importaría en absoluto. Yo la veo como una mujer preciosa, divertida, abierta, culta, trabajadora y buena persona...

Bailar con ella fue la hostia. Yo no soy nada bailongo, pero con ella era algo más. Era poder tocarla, poder tentarla, poder olerla, poder sentirla. La mayoría de mis colegas me miraban entre divertidos e intrigados, ya que solo Toni, Jaume y Paco saben quién es ella. La noche fue perfecta. Pero para ser sincero, conociendo mi *modus operandi*, me faltó comerle la boca. Me moría de ganas, pero ella tiene un tiempo, y yo, otro, y tengo que respetarlo si quiero que confíe en mí, que se abra y me dé todo lo que quiero y necesito de ella.

En cuanto abrí los ojos a la mañana siguiente, con un dolor de cabeza de órdago, lo primero que hice fue coger el móvil y felicitarla. Necesitaba sentir que lo de la noche anterior había sido real, que habíamos podido volver a construir esa relación tan peculiar que antes teníamos, y creo que todo va a ir bien. Hemos dado un paso más y estoy encantado. No pienso dar ni un paso atrás. Olga me gusta mucho y no hay nada que me impida tirar para adelante e ir a por ella. Me importa una mierda la opinión de la gente y la diferencia de edad. Respetaré su ritmo, pero... prepárate, Olga, que voy a por ti. Lo tengo decidido y asumido. Quiero estar con ella.

OLGA

El lunes llega sin remedio; necesito unas vacaciones ya. Me ha llevado todo el fin de semana recuperarme de la resaca del viernes. *Los años pesan, Olguita, ya no somos las mismas que hace veinte años, ¡a ver si te enteras!*

Llego al Zone y me meto entre pecho y espalda un café solo y largo. Susana se ríe de mí porque

le comento lo de la resaca y dice que ella está igual. En esa charla estamos cuando Eric se sienta frente a mí. Qué bueno que está, por Dios...

—Buenos días guapas, Susana, ponme uno como el de Olga, porfa.

—¡Otro resacoso! —Ríe—. Venga, en dos minutos lo tienes, guapetón.

—Gracias. ¿Qué tal, Olga?

—Bien, bien, ¿y tú? —Estoy muy nerviosa; ya no estamos achispados, ya no estamos solos, ya no estamos celebrando nuestros cumpleaños. Esto es la vida de verdad.

—Bien, recuperándome. Lo pasamos bien, ¿verdad? —Y me sorprende ver inseguridad en sus ojos.

—Sí, lo pasamos bien. Odio los lunes...

—A mí me pasa lo mismo. Esto... tengo una pregunta que hacerte sobre algo que oí la semana pasada.

—Pregunta. —Eric se ha tomado en serio nuestra charla del viernes y le voy a contestar todo lo que me pregunte.

—Oí que habías discutido con Manuela, y pude comprobar por mí mismo que no os habláis.

—Estamos en una situación complicada; ella quiere a su hermano y lo está viendo sufrir, pero no entiende que mi decisión no es fruto de un enfado o de una tontería. Llevo más de dos años mal y no he podido más. Por mí y por mi hija, merezco ser feliz.

—Tienes toda la razón; supongo que se le pasará, aunque te digo una cosa, no te fíes demasiado de ella. Hay algo en Manuela que no me ha gustado nunca; no es mala tía, pero está demasiado pendiente de todo el mundo, y ella nunca se expone, no sé si me entiendes...

—Por supuesto que te entiendo. Hace más de veinte años que la conozco. Hay una cosa de la que no sé si te has enterado...

—¿Del bulo que hicieron correr sobre nosotros? Sí, Narciso me lo dijo. ¿Quién te lo dijo a ti?

—Mario. Por eso estoy casi segura de saber quién fue la persona que lo dejó ir.

—Yo sospeché de ella casi al instante.

—Pues, te puedo asegurar que ha sido ella. Mario no tiene contacto con nadie de mi trabajo que no sea su hermana. Es una arpía... —Me siento aliviada, tema cerrado.

—¿Te causó problemas con él? —me pregunta mientras le da un sorbo a su café.

—Para nada, ya no soy de su incumbencia. —No le quiero contar los gritos ni los reproches que tuve que aguantar de Mario.

—Me alegro —dice con una sonrisa, después de exhalar un suspiro.

—¿De qué exactamente?

—De que ya no seas de su incumbencia —¡Oleeeee!

—Y yo, mucho.

A partir de esa conversación, todo se vuelve... excitante: las miradas furtivas, las caricias... no pasa de ahí, pero me siento genial, en una nube. Mi tristeza va desapareciendo, y Eric me contagia su alegría. No hemos hablado de quedar fuera del trabajo, y lo agradezco. Es pronto para eso y,

por otro lado, tampoco sé con seguridad si va a haber algo o todo se va a quedar como hasta ahora.

Cuando estoy tomando el café, sola como ya es habitual desde hace un tiempo, Eric se me acerca.

—Hola, preciosa.

—Hola, guapetón. —Ese ha pasado a ser nuestro saludo cuando estamos solos.

—¿Qué tal todo? Parece que los chismes de la panda han acabado —dice con una sonrisilla.

—Eso parece, aunque creo que están deseosos de más, siempre están al acecho.

—Pues que esperen... que quizá algún día los tengan. —Ay, ay, ay.

—Eric... —No sé lo que quiero decirle o preguntarle.

—Tranquila, Olga, todo a su tiempo, lo sé, y tienes todo el tiempo que necesites, pero no voy a echar ni un paso atrás, ya no. —Coge mi mano y se la lleva a los labios. Tan apollardados estamos que no vemos que un par de ojos abiertos como panderetas nos miran desde la puerta, hasta que habla.

—¡Joder! Lo siento mucho chicos, me voy. —Mireya nos ha pillado in fraganti.

—Mireya, entra, no pasa nada —le dice Eric con una tranquilidad pasmosa y sin soltar mi mano, yo en cambio, estoy roja como nunca antes.

—Chicos, esto... podéis confiar en mí. De aquí no va a salir ni una palabra. —La pobre parece más cortada que yo.

—Gracias, Mireya —le contesto, y no sabe cómo le agradezco esas palabras, porque sé que las dice de verdad.

—No hay nada que agradecer. Odio los chismes. A mí no me incumbe nada de lo que hagáis, aunque confieso que me gusta, me gusta mucho veros así.

—Entre nosotros, no hay nada Mireya... —Río. Eric me mira serio pero resignado y suelta mi mano lentamente.

—Como ya te he dicho, no me incumbe. Para mí sois Eric y Olga, dos excelentes compañeros, así que relajaros. —Nos guiña un ojo y se pone a hablar con nosotros como si nada hubiera pasado.

Cuando ese mismo día estoy en el despacho, entra Eric con unos papeles en la mano.

—No me digas que me traes más papeleo, ¡estoy hasta arriba!

—No, tranquila. Solo... es para disimular. Necesitaba hablar contigo.

—Vale, dime. —Está un poco serio ¿Qué pasa ahora?

—Cuando ha entrado Mireya y nos ha pillado, tú has dicho que no había nada entre nosotros, y me ha sentado como una patada en el culo. —Vaya...

—Eric, en ese momento no he sabido reaccionar, pero de todas formas ¿Qué querías que le dijera? Ni yo misma sé si hay algo o no...

—Ya, lo entiendo, pero es que no sé a qué agarrarme. No sé si eso es lo que sientes de verdad, lo que quieres o ha sido solo un comentario para salir del paso — pobre, está igual que yo...

—Ha sido un comentario para salir del paso, aunque te confieso, que tampoco sé lo que tenemos, yo tampoco sé a qué agarrarme —es hora de afrontar las cosas.

—A lo que tú quieras. Olga, por mí, no me escondería de nada. Estamos donde tú quieres que estemos, quiero estar contigo. No es un reproche, el ritmo lo marcas tú y yo te sigo encantado —me lo como...

—Vale..., tienes que tener algo de paciencia, estoy un poco desentrenada en estos temas —me sonrío y yo a él.

—Tranquila, esperaré lo que necesites. Ni un paso atrás ¿lo recordarás?

—De acuerdo.

—Bueno, una vez aclarado todo, te vengo a decir también que este sábado cenamos en mi casa, ¿vale? —*¡Comorrrrrrr!*

—Esto...

—Espera, espera, no hiperventiles. Es la cena de la que hablamos para inaugurar mi piso. —Menos mal. *¡Qué sustito más tonto!*

—Ah... genial. ¿A quién se lo has dicho?

—A Narciso, a Mireya, a Nikolai y a Helena. —Ahora sí que me ha sorprendido.

—¡Perfecto! ¿Cuándo se lo has dicho a Nikolai?

—Ahora mismo; está en la tienda esperando para hablar contigo. —Me encanta que se haya aclarado el tema de Nikolai.

—Perfecto, allá voy.

—Pues venga, bajamos juntos. ¡Y pensar que tuve ganas de matar al ruso...! —me comenta mientras salimos del despacho.

—Pobre, es un buen tío. —Me coge la mano y detenemos la marcha.

—Lo sé, sé que te apoyó mucho y solo por eso merece todo mi respeto, por esa razón lo he invitado. Sabía que ganaría puntos contigo... —Me regala una sonrisa canalla y un guiño, y gracias al cielo, me ha soltado la mano, porque...

—¡Vaya, vaya! Qué bien se os ve... —Ana... *¡Joder con la niñata, Olguita, casi nos engancha y esta sí que es peligrosa!*

—Pues igual que esta mañana —le responde Eric muy serio.

—Sí, claro... bueno, hasta luego, chicos. —La miramos alejarse.

—No puede ser, no puede ser... —Esto no presagia nada bueno.

—Tranquila, Olga, no ha visto nada.

—Es que es una chismosa y si dice algo...

—No puede decir nada, porque no ha visto nada. Deja de preocuparte. Venga, que tu ruso te espera. —Y me da un cachete en el culo.

—¡Eric! —Riendo bajamos las escaleras. Cuando veo que no baja, me giro para ver qué le pasa.

—¿Tú no bajas?

—Pues... bajaré en un momento, tengo que solucionar esto... —Y se señala la entrepierna que está tan abultada que le va a romper el pantalón. Me empiezo a reír divertida y avergonzada al mismo tiempo. *¡Por todos los ángeles custodios, Olguita, lo que se intuye ahí...!*

—¡Pero, Eric, si no ha pasado nada!

—Contigo, por nada soy capaz de ponerme así; solo con mirarte, mi amigo salta de alegría y, si te toco..., pues este es el resultado. Anda, baja y ahora lo haré yo, ¡y no te rías so bruja!

Me encanta que, con solo tocarme, se ponga tan... contento.

Capítulo XVI

OLGA

—¡Olga! Ya estoy aquí, so putón. —Julia acaba de llegar, para ayudarme a arreglarme. Hoy es la cena en casa de Eric.

—Entra so petarda —es única.

—Bueno, bueno... ¡estás preciosa! Por cierto, María ya se ha ido a mi casa.

—Perfecto. ¿Sabes lo que me acaba de decir?

—¿Qué? —contesta, preparándose para peinarme.

—Me ha dicho literalmente, «Mamá, creo que nunca te he visto tan guapa y tan feliz, no sé lo que te pasa, pero me encanta» ¿Qué te parece? —le digo feliz.

—María es muy madura y muy lista; yo pienso lo mismo. Te veo tan feliz Olga...

—Y lo estoy. Me da un poco de vergüenza, parezco una quinceañera y, por otro lado, estoy asustada, no sé lo que va a pasar, ni hacia dónde va todo esto...

—Tranquila, tú disfruta del momento y no pienses en nada más, ¿vale? Y ahora vamos a arreglarte, cachorra.

El resultado es espectacular; Julia, me ha marcado los rizos y ha maquillado mis ojos en tonos oscuros. Me he puesto un tejano negro con una camiseta roja de tirantes y unas sandalias de cuña negras.

—Estás muy guapa, Olga, fresca y veraniega, como un mojito —se ríe.

—Estás loca, amiga. Muchas gracias por todo. Te quiero.

—Y yo a ti. No olvides mandarme un whatsapp cuando vengas para casa, te esperaré despierta, da igual la hora que sea.

—Que sí, cotilla, que sí. Me voy, que se hace tarde. Adiós, amiga.

—Adiós, chocho. —Nos abrazamos y voy hacia la casa de Eric, que me ha mandado la ubicación por whatsapp.

Cuando llego, llamo al portero y Eric me abre. Al salir del ascensor, un peso enorme, se tira sobre mí y me empotra contra la pared.

—Dios, me moría de ganas de verte. Estás preciosa. —Me aprieta contra él. Entierra su cara en mi cuello y aspira mi olor, madre mía, estoy como un flan.

—Eric... —Le digo en un jadeo... *Cual perra en celo.*

—Voy a besarte, Olga, necesito besarte ahora, para poder controlarme durante la cena.

—Me parece estupendo. —*¡¡Por finnnnn!!*

Se acerca lentamente y sus labios se posan en los míos, suaves pero firmes y me hace suspirar. Su lengua busca tímidamente la mía y en el momento en que se tocan, un torbellino de sensaciones nuevas para mí se desata entre los dos. El beso se vuelve frenético, necesitado, apasionado. Cuando nos separamos, lo hacemos jadeando. Nos miramos a los ojos y sonreímos.

—Esta ha sido la mejor bienvenida —jadeo— que me han dado nunca.

—Eso espero. —Ríe—. Te queda mucho por descubrir, y aquí estoy yo para enseñarte todo, todo, todo.

—El buen samaritano. —Nos echamos a reír como dos críos cuando oímos el portero sonar. Eric abre.

—Es Narciso, tira para dentro, o no me voy a poder controlar. —Y vuelve a darme un azote en el culo.

A medida que van llegando todos, nos sentamos en la mesa a cenar. La verdad es que Eric se ha empleado a fondo; todo tiene muy buena pinta.

Cuando estamos con los aperitivos y llenando las copas, suena el timbre. Debe ser Helena; es la única que falta. Eric va a abrir y, de regreso, su cara es un poema...

—¡Buenas noches a todos! —joder, es Ana ¿Qué coño hace esta aquí, la ha invitado Eric? No puede ser...

—¡Ey!... —Narciso es el único que ha reaccionado.

—Siento presentarme por sorpresa, pero me he encontrado a Helena y no he podido evitar apuntarme. Espero que no os moleste. —La muy asquerosa se ha aprovechado de la buena voluntad de la buenaza de Helena, y seguro que estaba rondando por aquí. Lo tenía todo preparado.

—¡Vaya casualidad! ¿No? Con lo lejos que vives de aquí... —Le suelta Mireya, ¡ole mi niña!

—Sí, bueno..., es que he tomado un café con una amiga que vive en este barrio. Eric, ¿me puedo quedar? Si molesto me voy... —La muy embustera hace un puchero y mira a Eric con ojos de cordero degollao.

—Claro, coge esta silla, ahora traigo otra. Por cierto, Olga, creo que es tu móvil el que suena, te lo debes de haber dejado dentro del bolso, en la habitación.

—¡Oh! Es verdad, gracias —lo hemos preparado así, para poder escaparme sin que nadie sospechara, si nos hacía falta cinco minutos a solas, y ahora los necesito, necesito una explicación. Voy hacia la habitación donde hemos dejado los abrigos, y Eric viene tras de mí.

—No la aguanto, Eric, te juro que me dan ganas de irme ahora mismo.

—De eso nada; tú te quedas donde estás, y ella es una metomentodo, joder... —me dice abrazado a mí.

—Tendremos que tener paciencia. Venga, voy al matadero.

—Vale y no entres al trapo, Olga, coge el teléfono o nuestra coartada quedará al descubierto. —
Me da un pico y salgo de la habitación.

La cena transcurre con Ana casi todo el tiempo como el centro de atención. Ella saca las conversaciones, hace las bromas... en fin, muy ella.

Cuando Eric nos ha enseñado el piso, al entrar en su habitación, se me han erizado todos los pelos del cuerpo. Me he puesto muy nerviosa. Tiene una cama enorme y, claro, Narciso no ha dejado pasar el dato.

—Joder, tío, aquí te lo puedes montar con dos o tres tías sin problemas, ¡eh, machote! —Al instante, veo la mirada lasciva que Ana le echa a Eric.

—Vaya, vaya..., no sabía yo esa faceta tuya, Eric, ¿te van esos rollos? Umm, interesante... —
La madre que la parió.

—Narciso, déjate de chorradas, anda... —Eric ni le ha contestado a Ana y me ha encantado.

Después de la cena, nos sentamos en el salón y comenzamos a hablar y a decir chorradas. La tele está puesta, aunque nadie le hace ni caso. De repente, la tele llama mi atención y veo el anuncio de la película *50 sombras de Grey* y, sin poder evitarlo, mi mirada busca la de Eric, se encuentran y me hace sonrojar lo que veo en ella; por suerte, todos están entretenidos escuchando la centésima tontería que dice Ana.

La velada acaba y todos decidimos irnos. Estoy de mala leche, mucha. Ana se ha pasado la noche intentando llamar la atención de Eric, tocándolo e insinuándosele. Ahora mismo, se nota que se está haciendo la remolona para quedarse a solas con él. Y, aunque Narciso no parece enterarse de nada, nos sorprende a todos diciéndole a Eric que, si puede quedarse, que va un poco tocado, ¡ole tus huevos! Eric le dice que por supuesto y, con sutileza, nos despide al resto. Me guiña un ojo y nos despedimos todos hasta el lunes. *¡Olguita 1, putón 0!*

El lunes, cuando llego al trabajo, Narciso me pasa el recado de que Pilar quiere verme. Me sorprende que, en el despacho de Pilar, también esté Eric.

—Bueno, chicos. Como sabéis, cada año acudo al Salón de la Joyería, y os quería comentar que este año es en Málaga, un poco lejos. Son dos semanas y este año es doblemente lejos, pero también doblemente interesante ¿Qué os parece? —No entiendo muy bien por donde va...

—Como siempre, sabes que puedes contar con nosotros, nos apañaremos bien esas dos semanas; ve tranquila —le digo y Eric asiente.

—¡Oh! no me he explicado bien, lo que os quiero proponer es que vayáis vosotros dos. Es lejos y son dos semanas. La verdad es que no me apetece ir. Sé que os pido mucho, pero creo que será bueno para los dos. Podéis decir que no, por supuesto, y no pasará nada si finalmente este año no asistimos.

—¿En serio? A mí personalmente me encantaría y profesionalmente, por supuesto —dice Eric.

—Bueno, a mí también, la verdad es que siempre te he envidiado por acudir. Déjame arreglar las cosas en casa y... ¡estaré encantada! —¡Qué emoción!

—¡Bien! La feria este año será del 9 al 20 de julio. Las mañanas son durillas, foros, mesas

redondas y prácticas, según lo requiera el tema, pero las tardes serán vuestras. Os voy a arreglar ahora mismo la estancia y el viaje.

—Si quieres me ocupo yo, Pilar. —De hecho, siempre lo he hecho porque muy a menudo hago de secretaria de Pilar.

—Para nada, este año vais vosotros por mí y yo seré la que lo arregle todo. Pues, eso es todo, chicos.

—Muchas gracias, Pilar, por esta oportunidad —le dice Eric.

—De nada, trabajáis mucho y muy bien. No es fácil poder contar con trabajadores tan leales y eficaces, y yo puedo presumir de ello, además, en serio que me hacéis un favor, la publicidad será buena para nosotros.

—Gracias, Pilar, hasta luego.

—Adiós, chicos.

En cuanto salimos del despacho, nos ponemos a saltar como locos. ¡Dos semanas juntos, solos y en un lugar donde no nos conocen! *Que sí paya, que sí, a ver si lo aprovechas...*

Una vez nos calmamos, volvemos a la faena con el corazón a mil. Durante el día, compartimos unas cuantas miradas cómplices y unas sonrisas de lo más reveladoras. Aunque tengo que confesar que, aparte de ilusionada, estoy muy nerviosa por lo que pueda pasar entre los dos.

Cuando llego a casa, se lo comento a María y no pone ninguna objeción; ella quiere quedarse con Judit, pero me parece sensato decírselo también a Mario. Mario, que últimamente está en plan pasota, me dice que decida la niña, y la niña... pues se queda en casa de Julia. Ahora me toca hablar con ella.

—¡Hola, amiga! —le digo cuando me coge el móvil.

—¡Hola, chocho! ¿Qué te cuentas? —Siempre está contenta la tía...

—Pues... te quiero contar algo y luego pedirte un favor.

—Pues cuenta y pide por esa boquita, corazón.

—Hoy Pilar me ha dicho que quiere que vaya yo al salón de la joya este año, en Málaga, dos semanas, en julio, y quería saber si María se podría quedar contigo. Ya lo he hablado con Mario y ha dicho que elija ella, y ella te ha elegido a ti.

—¡Ole, mi niña! Me parece muy bien que te vayas dos semanitas, y ya sabes que estoy encantada con que María se quede con nosotros. ¡Qué bien amiga! —Y no sabe lo mejor...

—Bueno..., el caso es que no voy sola, voy con Eric —3, 2, 1...

—¡¡¡¡Aaaaaah, chochooooo!!!! ¡¡¡Eso es genial, la leche fritaaa!!!! —Lo sabía...

—Lo sé, amiga, lo sé... —me río—. Estoy muy ilusionada, pero también muy nerviosa. Sola con Eric, Julia, estoy hecha un flan y aún faltan tres semanas.

—Amiga, esta es tu oportunidad, estás soltera, él también, os gustáis, déjate llevar, Olga, por una vez en tu vida; déjate llevar y disfruta de lo que el destino te tenga preparado.

—Muchas gracias, amiga; no sabes lo que tus palabras significan para mí. Cuando pasó lo que pasó en la verbena, tenía muchas ganas de avanzar, pero ahora estoy acojonada.

—Tranquila, chocho, todo irá bien, deja que fluya.

—Vale, muchas gracias. Te quiero.

—Y yo amiga.

Cuelgo y me quedo en el sofá pensando y asimilando lo que está por llegar. Me doy cuenta de que me he dormido cuando me despierta el sonido del whatsapp del móvil.

ERIC:

como vas wapa?

YO:

muy bien, medio grogui... y tu?

ERIC:

gnial, aun flipando con lo dl viaje...

YO:

pos yo ídem... toi asustada...

ERIC:

no tienes nada q temer... todo a tu ritmo... siempre...

YO:

eres un tesoro...

ERIC:

y tu una mujer special, no lo duds, ok?

YO:

ok

Y esa noche, en la cama, decido que haré lo que Julia me ha dicho: disfrutar de lo que el destino me tenga preparado.

Capítulo XVII

OLGA

Durante estos días, el revuelo en la tienda es considerable. Desde que se ha sabido lo del viaje, hay opiniones y caras para todos los gustos. Por supuesto, los malos humos son de Manuela y de Ana. El resto están contentos por nosotros y muertos de envidia sana; no como las dos serpientes, que se retuercen de envidia, si se mordieran la lengua morirían envenenadas.

Eric y yo hemos vuelto a coincidir en el polideportivo y nuestra actitud no ha sido para nada como la de las veces anteriores. Nos hemos saludado y nuestros ojos no se han despegado ni un momento. Roces y sonrisas cómplices han hecho que, de repente, desee estar ya en Málaga con él. Pensaba que con el paso de los días el nerviosismo iría en aumento y así ha sido, pero también ha aumentado el deseo de estar con él a solas, y la expectación por lo que pueda pasar en el viaje. Soy un cóctel de adrenalina y emociones, nervios e ilusiones.

En el trabajo, me siento torturada por Eric. A veces lo veo estirándose, o dándose aire o subiéndose la camiseta para refrescarse y a mí se me seca la boca. *Chico ¿lo haces adrede para torturarnos?* Y por no hablar de cuando me roza o me acaricia descuidadamente, cuando me corta el paso y tengo que tocarlo para empujarlo, su risa, sus ojos al mirarme... madre mía, estoy que me deshago con este hombre.

—¡Hola, Olga! —La que faltaba, la bruja sin escoba...

—Hola, Ana —le digo por educación, aunque no levanto la mirada de mi faena.

—¿Qué suerte lo del viaje, tía...! —¿Tía? ¿qué tiene? ¿15 años?

—Sí, pero es trabajo, Ana.

—Sí, claro, pero en Málaga y con Eric, ¡uf!... —Y menea las cejas en plan de «Te vas con el tío más bueno del reino».

—Normal, somos los dos con más antigüedad de la empresa. —*Y tú-no-eres-nadieeeee, ja, ja, ja.*

—Ya, pero no me negarás que ir con Eric es una pasada. No todo el tiempo vais a estar ocupados en el Salón de la Joyería; tendréis que comer, cenar, podéis hacer turismo, salir de noche... solo una cosita te digo... —Y baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Qué? —Ahora me pica la curiosidad, a ver qué me dice...

—Vigila si salís de fiesta, Eric, cuando bebe, se vuelve... más Eric. —Y me deja con la boca abierta; se gira y se marcha con una sonrisa en su asquerosa cara. Sabe que me ha dejado dudando de lo que ha querido decir. ¿Fue Eric «más Eric» el día que se encontraron de fiesta? ¿Y qué quiere decir que Eric se vuelve «más Eric»...?

ERIC

¡La madre que la parió! Desde el laboratorio, he estado observando la conversación entre ellas, y no me ha gustado ni un pelo cuando he visto que Ana le cuchicheaba algo a Olga. Esta tía me va a traer problemas, lo huelo. Es que no todo puede ser perfecto.

La semana pasada me lie la manta a la cabeza y, aprovechando que habíamos quedado todos para comer en casa de mis padres, solté la bomba. Tengo que agradecerles a mi hermano y a Sonia su apoyo frente a mis padres.

Cuando lo solté, se hizo un silencio en la mesa. Mi padre dejó caer el tenedor en el plato, y mi madre se quedó con él, a medio camino, entre el plato y su boca, abierta, por cierto.

—¿Eh? —mi padre fue el primero en hablar, más o menos.

—Pues eso, que me gusta una compañera de trabajo.

—Eso ya... lo otro... ¿Cuántos años dices que tiene? —Mi madre por fin ha reaccionado.

—44... bueno 45, los cumplimos el mismo día. —Parece que mi madre ha vuelto a caer en trance.

—45... 28... bueno..., son 17 años de diferencia, Eric, ¿es mucho no? —Ahí vamos.

—Tú, eres 13 años mayor que mamá, solo nos llevamos 4 años más que vosotros dos. —Me mira serio, pero no dice nada, malo.

—Vamos a ver, Eric, creo saber que no te falta compañía femenina para pasar el rato y para elegir, por eso... —Se acabó.

—Ya he elegido papá, me gusta Olga y yo le gusto a ella, y lo quiero intentar.

—Pero, son 17 años, Eric; ya sé que tu madre y yo nos llevamos 13 años, pero bueno... yo soy el mayor...

—O sea, ¿me estás diciendo que, si es el hombre el mayor, no importa la diferencia de edad? —Me estoy empezando a mosquear y mi hermano, que lo nota, decide intervenir.

—Calma los dos; esto parece una clase de matemáticas. Papás, no nos habéis dicho nunca con quien estar o con quien no estar, así que no empecéis ahora. Eric es suficientemente mayor y maduro, para elegir y hacerlo bien.

—Tienes razón, Ángel. Eric, la elección es tuya, y tanto tu padre como yo, te vamos a apoyar, ¿verdad? —le pregunta a mi padre.

—Si no es eso..., es que con todas las chicas con las que has estado o ligado o... lo que sea, me parece raro que te hayas fijado en una mujer bastante mayor que tú.

—Quizá por eso papá, estoy harto de chicas insustanciales, que no me aportan nada fuera de...

bueno, fuera de una satisfacción momentánea. Necesito más y con Olga lo quiero intentar. Vamos despacio, porque ella acaba de salir de una relación y no quiero agobiarla.

—Una relación... ¿un matrimonio? —otro pasito.

—Sí, papá, un matrimonio y tiene una hija de 16 años. —Ala, la bomba final.

—¡Joder, Eric! Hijo... ¿estás seguro? Una hija adolescente..., nos has dejado de piedra —mi padre alucina.

—María, es una niña estupenda y muy madura. Apoya a su madre en todo. No va a ser un problema. Mamá, estás muy callada.

—No, hijo, es que no me lo esperaba. ¿Lleváis mucho tiempo?

—Nos conocemos desde que empecé a trabajar en la joyería, pero hace cosa de un año, todo cambió para mí. Primero fueron bromas, comentarios, me di cuenta de que me gustaba picarla, ponerla colorada con mis historias. —Todos ríen, me han entendido perfectamente.

—¡Ya te vale, hijo! —mi madre es la leche, se aguanta la risa porque ella no es nada puritana y así nos ha educado a nosotros.

—¿Y cómo reaccionaba ella? —mi padre saca su lado cotilla.

—Pues avergonzada... a ver, ella solo ha estado con el que era su marido; no tuvo ligues de una noche o novios, por eso, mi manera de hablarle la escandalizaba. Al principio, solo fue eso, un reto, una diversión. Me hacía gracia su pudor cuando le rozaba un brazo o le susurraba algo, sin pasarme, claro. Me sentía bien. Pero poco a poco, se convirtió en una necesidad. Ansiaba llegar al trabajo para verla, para olerla, para ver sus ojos de gata... —Bajo la cabeza, un poco avergonzado; estoy hablando demasiado. Cuando la levanto, están los cuatro con una sonrisa boba en la cara.

—¡Qué bonito, Eric! Tu hermano y tú sois conquistadores natos. Yo no creo que la edad sea un impedimento. Los 40-50 de ahora, son los 30 de antaño. El amor no entiende de edades. —¡Esa es mi cuñada!

—Yo la veo como mujer, no me importa su edad; si la conocierais, lo entenderíais. Es guapa, inteligente, divertida, buena compañera, buena amiga, buena madre...

—¡Vale, vale! Bueno, hijo, sabemos que eres inteligente, y ya has probado lo suficiente como para saber lo que buscas en una mujer, así que tú a lo tuyo. Nosotros te apoyamos. Pero... ¿no será un enganche sexual? —Su último intento de cotilleo.

—¡Papá, ya te vale! —le dice mi hermano, y todos reímos...

—Pues... no puedo tener enganche sexual, porque... bueno... aún no hemos... ya sabes... —joder, qué corte.

—¡No me jodas, Eric! —Ríe. Esta vez, he conseguido llamar la atención de mi hermano. El tío se parte.

—Cállate, capullo.

—Me dejas de piedra, hijo... —todos alucinan, y no me extraña. Según mis antecedentes, ¡me extraña hasta a mí!

—Ya... es que con ella todo es diferente; quiero ir a su ritmo. No quiero agobiarla. Tengo otra noticia, en julio nos vamos los dos, al Salón de la Joyería en Málaga.

—¿Solos? —me dice mi padre con una mirada pícaro.

—Sí, papá, solos, dos semanas. Estoy deseando sacarla de su zona de confort y ver cómo va... que queréis que os diga, ¡estoy pillado! Olga solo tiene un defecto: fuma.

—¡Oye, caradura! Eso no es un defecto, al menos para mí, ya no me quedaré sola en la cocina fumando, como una paria, ¡ahora tendré una compi! —Suelta mi madre, la viciosa de la familia. Todos reímos su ocurrencia.

—¡Ya te vale, mujer! —le dice mi padre.

—Pues ya está. Una cosa sí te digo Eric. No nos importa que sea mayor que tú, te hemos educado desde la libertad y, si te gusta, adelante. Pero no la cagues, hijo. Una mujer como ella, tiene tras de sí un recorrido que tú no tienes por muchas chicas con las que hayas intimado. No te va a perdonar tonterías, ni deslices, ni mentiras. Ella tiene una hija y te aseguro que, si es como debe ser, eso para ella va a ser lo primero —habló la madre, que ahora se ha puesto seria, de verdad.

—Gracias, mamá, no sufras; espero no cagarla. Esa al menos es mi intención. Bueno, se acabaron las confesiones, a comer.

Luego tocó hablar con mis amigos y colegas de equipo, los más allegados, los que de verdad me importan, o sea, seis. Pasaron de la sorpresa a la incredulidad en cuestión de cinco segundos. Toni, Paco y Jaume ya conocían un poco de mi historia, pero les sorprendió mi determinación. Después de preguntas, guarrada, amenazas con arrancarles la cabeza y unas risas, mis amigos también me dieron su apoyo.

Me quedé en la gloria. La opinión de mi familia y amigos me importaba mucho, y su aceptación, me llena de felicidad y me da más fuerza para seguir adelante.

Pero ver a Ana hablando con Olga me acaba de joder el día. Así que decido coger el toro por los cuernos y me acerco ella.

OLGA

Todavía le estoy dando vueltas al comentario de Ana cuando noto una sutil caricia en mi cadera y veo a Eric ponerse a mi lado, muy pegado a mí.

—¿Todo bien, gata?

—Todo bien, niño. —Ahora ya no se enfada con ese apelativo y me gusta decírselo. No le voy a comentar nada de la conversación con Ana. Esa tipa no merece ni un segundo de nuestro tiempo.

—¿Cómo se tomaron María y Julia lo del viaje?

—Genial. María, se quedará con Julia. Mario dijo que eligiera ella y así lo hizo, y Julia... mejor no te lo digo. —Me pongo colorada; solo con recordar todas las burradas que me llegó a decir capaces de poner colorada a la madame de un burdel.

—Uy, uy, uy, por tu cara carmesí, deduzco que la conversación con Julia no fue para nada inocente... ¿A que no?

—¡Cállate, tonto! Es que no la conoces... es más picarona la tía...

—Tengo ganas de conocerla.

—Ya...

—Olga, no te estoy pidiendo nada, a tu ritmo, siempre ¿vale? Solo te digo que me gustará conocerla, y a María y a Carlos y a Judit, pero solo cuando estés preparada.

—¿De verdad?

—Claro, me encantará conocer a esas personas que son tan importantes para ti, pero todo a su tiempo. Cuando tú quieras, yo voy a estar encantado. Ni un paso atrás, ¿recuerdas?

Este chico, me desarma en todos los sentidos... y me encanta.

Capítulo XVIII

OLGA

—Hola, Olga. —Nada más abrir los ojos, me recibe la voz de Mario a través del teléfono.

—Hola, Mario, buenos días. —Vaya tela... las siete de la mañana...

—No me voy a andar por las ramas. Te voy a preguntar algo, y quiero que seas sincera. —Ay, mi madre.

—Tú dirás.

—¿Es cierto que estás saliendo con un chaval? —Me cago en mi puta vida; ya estamos otra vez con los putos cotilleos. *Tranquila, Olguita, tú no estás con nadie, ¿o sí?* Pues tienes razón.

—Pues quien te haya informado, te ha informado mal. Sigo sola. No salgo con nadie. De todos modos, tampoco creo que te importe.

—En eso te equivocas, todavía estamos casados.

—¡Venga ya, Mario! El abogado ya tiene los papeles para firmarlos; solo falta que los tengas físicamente, ayer te lo mandé por whatsapp, el lunes a las 9, nos espera para la firma.

—*Paciencia, Olguita, paciencia.*

—Eso es otra cosa que te quería comentar. El lunes no puedo. —Capullo.

—No pasa nada, el abogado ya me comentó que no hacía falta que fuéramos los dos el mismo día, pero que una vez que firme yo, que soy la demandante, el divorcio será efectivo. Porque, no sé si te acuerdas, pero el preacuerdo sí que está firmado. —*Toma ya... en toa la boca*

—Sí, bueno, vale, lo que más me importa es el otro temita; tú dices que no es cierto, pero te voy a recordar que tienes una hija adolescente. Ella es la adolescente, no tú, así que no te comportes como tal porque María también es hija mía y no voy a consentir... —Se acabó.

—Mira, Mario, mi vida es mía, pero me conoces y sabes que nunca haría nada que perjudicara a nuestra hija, y me ofende que pienses en eso siquiera.

—Pero yo soy su padre, y...

—Sí, lo eres y lo vas a ser siempre. Llevamos seis meses separados y en todo momento, te he consultado todo lo referente a ella, pero con respecto a mi vida privada, no te voy a consentir otra falta de respeto, lo que haga con mi vida es cosa mía siempre que no perjudique a María y eso, te aseguro, que no va a pasar nunca.

—Vale..., tienes razón, eres una madre estupenda y no tengo razones para cuestionarte. Bueno, pasaré el lunes a firmar los papeles y que te vaya bien en Málaga.

—Gracias, hablamos.

—Adiós.

Vaya despertar de viernes. La bruja de mi cuñada ha vuelto a envenenar a Mario, ha vuelto a meter cizaña, pero va lista si cree que me voy a poner a su altura. Paso de ella, yo soy una señora y ella una rata, que lo que busca es que me enfade y poder encararse conmigo y eso no va a pasar. En la vida me voy a poner a su altura. Ya se cansará.

Voy de camino a la tienda pensando en todo lo que me ha pasado hoy que, teniendo en cuenta que son las nueve de la mañana, no es poco, cuando oigo que alguien corre tras de mí. Es Eric y qué guapo que está por Dios, con ese aire de chico malo... Suspiro sin poder controlarme y le sonrío cuando llega hasta mí.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, guapo.

Y así mi viernes se resetea y se torna perfecto.

El fin de semana lo pasamos María y yo encerradas en casa viendo toda la saga de *Star Wars* el sábado, y la saga del *Señor de los Anillos*, incluido el *Hobbit*, el domingo. Eric tenía partido en Denia y el domingo lo pasó en casa de sus padres. Hemos hablado unas cuantas veces por whatsapp. Estamos muy ilusionados con el viaje; nos vamos el lunes y parecemos dos chiquillos.

¡Llegó el día: nos vamos a Málaga! Estoy emocionada. Hemos venido al aeropuerto de Manises con el coche de Eric. Me ha recogido a las siete de la mañana y aquí estamos. Nuestro vuelo sale en un rato y, en poco más de una hora, estaremos bajo el sol de Málaga.

—Bueno, chica, dime qué planes tenemos para hoy —dice Eric una vez sentados en el avión.

—Pues hoy tenemos la cena de bienvenida que da el Salón de la Joyería a todos los participantes, pero hasta entonces nada...

—Pues habrá que llenar esas horas, ¿no? —Madre mía, con solo esas palabras ya me ha hecho temblar, y estoy segura de que este tembleque me va a acompañar todos los días que estemos juntos porque eso es lo que Eric me provoca.

—Podemos hacer un poco de turismo hoy... si quieres. —Me siento como si tuviera quince años y estuviera en mi primera cita.

—Vale, o podríamos ir a la playa; el hotel está en primera línea de mar. —Eso sí que me aterra, bueno, esa es una de las mil cosas que me aterra: que Eric me vea en bikini. No es que tenga mal cuerpo, no tengo demasiados michelines, pero la gravedad ha hecho de las suyas y mi cuerpo no es a lo que Eric está acostumbrado a ver, seguro, y por eso me da una vergüenza que me muero mostrarme ante él con bikini.

—Porque... ¿has traído bikini, no?

—Claro... sí, sí.

—Entonces..., ¿qué pasa, Olga?

—Pues... es que me da corte mostrarme en traje de baño ante la gente.

—Eso es una tontería, Olga, ¿qué te pasa realmente? —A ver, cómo salgo de esta.

—Es que soy un poco vergonzosa.

—¿Siempre lo has sido?

—No, la verdad es que de joven no lo era, pero después de tener a María, pues eso, el cuerpo cambia y llegó un momento en que no quería ni oír hablar de ir a la playa o la piscina. Cuando no tenía más remedio que ir, me ponía un bañador y un pareo que Mario me regaló. Dijo que, si me lo ponía, iría tapada y me sentiría más segura, pero no me lo he traído...

—Pues menos mal, porque no te hubiera dejado ponértelo. Estás estupenda, Olga, y no tienes por qué taparte. El cuerpo es solo una carcasa; lo bueno está dentro de nosotros.

—Habló la carcasa perfecta... —*Olguita, qué graciosa eres jodía.*

—Gracias por el piropo, pero es una tontería. En cuanto llegemos al hotel, nos registramos y bajamos a la playa, y no quiero excusas.

—Vale... —*aixxxxx, qupe apuro.*

Cuando hacemos el check in, subimos a nuestras habitaciones, una al lado de la otra, pero eso no es lo peor: resulta que hay una puerta que comunica las dos habitaciones, la encontramos abierta y nos partimos de la risa cuando nos damos cuenta y, así, como si fuera lo más normal del mundo, nos ponemos a deshacer las maletas, sin cerrar la puerta. La puerta a la tentación, al infierno, para mí.

Por supuesto, bajamos a la playa. Cuando me he metido en el lavabo para cambiarme, porque la puerta sigue abierta, me sudaban hasta las manos. Este bikini me lo eligió Julia. Yo quería un bañador, pero ella se puso como un basilisco y, al final, claudiqué. Es marrón chocolate con un ribete un poco más oscuro. La parte de arriba realza mi pecho y la braguita se ata a ambos lados «para que Eric lo tenga más fácil» me dijo la muy bruja. Me coloco una túnica color tierra, y salgo del lavabo para coger la bolsa de playa. Eric ya está listo. Me espera sentado en su cama, que es lo primero que se ve al salir del baño y está más bueno que el pan. Lleva un bañador que le llega a medio muslo, color tierra, por cierto, y una camiseta blanca. Se levanta, se echa la toalla al hombro, y ya está el chico perfecto dispuesto para saltarme los plomos.

—Vaya, vamos conjuntados; estás muy guapa. —Cómo me mira...

—Gracias ¿vamos? —tengo unas ganas locas de salir de aquí.

—Vamos a torrarnos —*mi Olguita ya está bastante calentita... ja, ja, ja*

A 100 metros del hotel se extiende una playa de arena blanca y mar azulado de anuncio de televisión; no hay demasiada gente y estiramos nuestras toallas cerca de la orilla. En un minuto, tengo a Eric semidesnudo ante mis ojos y juro que oigo pajaritos y violines a mi alrededor, mientras miro a este Adonis que tengo a mi lado, la perfección existe, ¡vaya si existe!

—¿Te gusta lo que ves? —*Vaya enganchá colega, ja, ja, ja. Es que me parto contigo*

—Muy gracioso, esto... yo voy a tomar el sol un rato.

—Pues yo creo que te iría bien un bañito, para refrescarte; te veo algo acalorada —*Acalorada*

no, a punto de ebullición.

—Anda, tonto, ve a bañarte que voy a despanzurrarme. —Necesito que se aleje un poco de mí.

—Vale, no te vayas... —pa' eso tengo yo las piernas, pa correr.

En cuanto se da la vuelta, me quito la túnica y me siento en la toalla para observar el espectáculo que tengo delante de mí porque juro que nunca he visto un paisaje tan espectacular como el que estoy observando ahora mismo: la playa de fondo y Eric de espaldas a mí, caminando lentamente hacia el agua. Su cuerpo es espectacular, espalda ancha, cintura estrecha y unas piernas largas y fuertes, es precioso.

Agotada de tantas emociones, me quedo medio dormida bajo el sol hasta que noto unas gotitas caerme por la mejilla y, al abrir los ojos, veo cerca, muy cerca de mí, a un Eric mojadito y con una sonrisilla de lo más canalla.

—Despierta, holgazana —me susurra.

—Hola, guapo, perdona, me he quedado dormida un rato y me ha sentado de miedo. ¿Cómo está el agua?

—Buenísima, ¿quieres bañarte ahora?

—No, prefiero el sol.

—¿Has traído crema solar?

—Sí, en la bolsa. —Veo que la busca y la saca.

—Gírate que te pongo un poco; estás colorada. —Ay, mamacita.

—Gracias.

Me embadurna de crema solar y sus manos en mi piel, me hacen desear todo lo que este hombre pueda darme. Sus manos son suaves pero firmes. Cuando acaba, me pide que sea yo la que le ponga a él y disfruto como una loca de esa espalda fuerte y esbelta. Ya ni siquiera me acuerdo de que estoy en bikini hasta que una vez untados de crema y estirados bocabajo en la toalla, me dice muy cerca:

—No vuelvas a taparte nunca más; tu cuerpo es precioso y merece ser mostrado.

—Gracias, Eric.

—No se merecen, gata.

Por la noche, nos vestimos elegantes para la cena. Eric lleva unos pantalones chinos de color caqui, una camisa blanca de cuello mao, remangada hasta los codos y unas Nike blancas, pa' comérselo...

Yo he optado por un vestido de tirantes blanco ibicenco con unas sandalias verdes, que le dan un toque más sofisticado. Me he recogido el pelo y me gusto al mirarme en el espejo; el sol que he tomado esta tarde me favorece, además estoy feliz de estar aquí y eso se nota en mi físico. Estoy resplandeciente. Todavía no hemos cerrado la puerta de la habitación, ya que son lo suficientemente amplias para tener intimidad sin necesidad de tener que cerrar esa puerta, que nos

mantiene comunicados continuamente.

La cena transcurre tranquila, demasiado, ya que después de cenar e interactuar un poco, nos escabullimos cansados de tanto formalismo.

Decidimos pasear por la playa y detenernos en una terraza la mar de romántica a tomarnos unos mojitos.

Y, a base de mojitos, empiezan a surgir las confesiones y las confidencias.

Eric me abre su corazón y me cuenta cosas sobre él que nunca imaginé. Su primer amor lo vivió de una manera arrolladora, con la fuerza que se vive ese amor primerizo, sincero, visceral e inconsciente. Cuando llevaban saliendo dos años, ella se quedó embarazada y, a partir de ahí, las cosas empeoraron. Nadie de la familia de Eric, a excepción de su hermano, ha sabido nunca de ese embarazo, ya que ella decidió darlo por finalizado en el tercer mes de gestación. Fue algo que ella decidió sin consultar con Eric, y eso lo destrozó. Lo dejaron, y ella se fue a Irlanda a trabajar y nunca volvió a saber de ella, ni tampoco ha querido. Por su parte, después de esa historia, Eric se dedicó a divertirse, las fiestas y las relaciones esporádicas. Fueron su lema y su forma de vida hasta hoy. Me confiesa que después de aquello, no se ha vuelto a enamorar ni ha creído en las relaciones.

Yo le hablo de mi primer y único amor, Mario, de lo que fue mi matrimonio, mi hija, mis sueños, mi divorcio, mi familia... Hablamos de todo y, después de unos cuantos mojitos y sintiéndonos más cercanos que nunca, nos vamos a dormir satisfechos de la intimidad que hemos logrado.

Éramos dos personas desconocidas y ahora, por primera vez, veo al Eric real, al hombre que es, y me acuesto un poco más enamorada de él que cuando me levanté esta mañana. Veo su luz apagarse, y mis ojos se cierran sintiéndome plenamente feliz como hacía años que no me sentía, y eso me lo ha dado esa puerta, que hay abierta entre los dos.

ERIC

El otro día cuando Olga me dijo que estaba nerviosa, la tranquilicé, pero lo que ella no sabe, es que yo estaba más nervioso que ella. Nunca he sido un tío remilgado ni dado a romanticismo o preliminares moñas, pero con ella no sé qué me pasa que quiero y deseo pasar por todo eso.

Cuando nos hemos sentado en el avión, estaba hecho un flan, pero hablar con ella me tranquiliza, me da fuerzas y me pone cachondo, todo a la vez; no lo puedo evitar.

Cuando le he dicho de ir a la playa, la sola idea de ver su cuerpo cubierto solo con un bikini me ha puesto más duro que una piedra, aunque cuando me ha comentado que su ex le regaló un pareo para que se cubriera, se me ha pasado de golpe, y entonces me he mosqueado. ¿Cómo puede un tío, que se supone que estaba enamorado de ella, regalarle un pareo para que se tapara? Lo que tendría que haber hecho es decirle lo guapa, lo dulce que es y lo buena que está, no regalarle un trozo de tela para que se tapara. Olga es una mujer que se encuentra segura en su zona de confort,

su vida y su trabajo, pero fuera de ahí no lo está en absoluto, pero eso va a cambiar; yo voy a hacer que se vea como yo la veo. Le voy a devolver la confianza que se merece.

La puta puerta de la habitación, esa que nos comunica, me va a costar un problema, porque verla moverse de aquí para allá, distraída, vaciando su maleta, recogiendo el pelo, eligiendo su ropa o hablando por teléfono me pone cardiaco. Me gustaba la Olga del trabajo, pero esta Olga que estoy descubriendo me está gustando más de lo que yo esperaba.

Al llegar a la playa, he estado a punto de arrancarle la túnica, deseaba ver su cuerpo como nada en este mundo, pero he tenido que darle tiempo, me he metido en el agua para que ella fuera capaz de hacerlo tranquilamente. He salido a los veinte minutos y, cuando la he visto, me he quedado sin respiración, preciosa; solo he podido pensar eso, es preciosa. Sé por lo que ella se siente insegura: sabe de mis conquistas, sabe que eran veinteañeras y se compara con ellas. Lo que Olga no sabe es que a mí esos cuerpos raquíuticos, no me atraían más que para un rato. Odio los huesos, al igual que cualquier hombre que se precie. No hay nada más erótico que unas buenas caderas, unos buenos muslos y hasta una barriguita bien puesta y ella es..., joder, es perfecta para mí y así se lo he hecho saber.

Esta tarde, ha hablado con su hija y he observado como se le iluminaba la cara, luego ha llamado a su amiga Julia, y me ha hecho gracia verla sonrojarse un par de veces, a saber, lo que su amiga le ha dicho, aunque no se debe ni aproximar a lo que ahora mismo me apetecería a mí hacerle.

Cuando he acabado de arreglarme para la cena, y he visto que ella aún no estaba, me he puesto nervioso. No sabía qué hacer, así que me he sentado en la cama para esperarla. Me moría por verla, por ver qué se había puesto... y me ha dejado con la boca abierta, es tan fresca, tan natural, tan... ella.

Estaba ya hasta los huevos de la jodida cena y, en cuanto hemos podido, nos hemos escapado. Hemos paseado y hablado, mucho.

Por mi parte, le he contado cosas que nadie más sabe, y ella se ha abierto también conmigo.

Cuando he visto que apagaba la luz de su habitación, he apagado la mía y he llegado a una conclusión: su exmarido ha sido un gilipollas por haberla menospreciado y haberla dejado escapar, y yo seré un gilipollas si dejo que se me escape. Me cuesta mucho coger el sueño, porque no puedo pensar en otra cosa que no sea cruzar esa puerta que nos comunica y meterme en su cama, para poder dormir con ella entre mis brazos. Paciencia, a su ritmo, aunque sin dar ni un paso atrás.

Capítulo XIX

OLGA

Y a llevamos aquí una semana y media, y me lo estoy pasando en grande. Eric es divertido y me parto de risa con él. He descubierto sus gustos, sus manías y, cada día que pasa, me gusta más. No queda en él nada de aquel chico frívolo que alardeaba de sus conquistas delante de mí. En esta semana, no ha pasado nada de nada; me siento a gusto con él; los nervios que me causaba su cercanía los primeros días se han evaporado y ahora estoy relajada y segura cuando estamos juntos. Sus roces o leves caricias me afectan igual o más que antes, si cabe, vivo en un estado continuo de excitación o, como dice Julia, «me paso el día con las bragas mojadas». Eric hace que salga una Olga segura, atrevida y me hace sentir bien, aunque hoy al llegar de la playa y verlo quitarse la camiseta antes de meterse en el lavabo me ha sorprendido sentirme un poco... ansiosa, me gustaría que se lanzara. ¿Por qué no lo hace? Quizá ya no le intereso. ¿Puede que no le guste la Olga que ha descubierto al estar aquí? Me dijo que iríamos a mi ritmo, pero que no daría ni un paso atrás, ¡pero hijo, da un pasito pa' lante! *María 1, 2, 3 un pasito pa' tras, ja, ja, ja.* Vete a la mierda conciencia entrometida. *Por cierto, Olguita, el curso muy interesante ¿verdad?...*

No dejo de darle vueltas a la conversación que tuve ayer con María. Le conté lo que hacía aquí, como transcurría el día y, al despedirse, me dijo: «Mamá, disfruta, sé feliz y por una vez en tu vida, piensa solo en ti». ¿Sospechará algo de Eric? Yo, en las conversaciones que tenemos, casi no lo menciono, porque no note nada en mi voz que me delate, pero es una chica lista y me conoce muy bien, bueno, ya se verá...

Entre ponencias, conferencias, exposiciones, turismo, cenas, paseos y playa, se han pasado las dos semanas sin darnos cuenta.

Lo peor de estos días ha sido que he sufrido unos celos espantosos por culpa de algunas lagartas participantes en los eventos a los que hemos asistido. Algunas se comían a Eric con los ojos y otras han intentado un acercamiento con él. Me hervía la sangre cuando las observaba acercarse y, de forma melosa, se ponían a hablarle. ¡Hasta he tenido que ver como un par o tres de ellas le daban un papelito con el número de su habitación!

Me he puesto verde de ira y de celos, las muy guarras, ratas, víboras, pelantruscas, busconas, rameras, fulanas... *Respira, Olguita, que te va a dar una apoplejía...* Aunque Eric no les ha

hecho ni caso; les hablaba correctamente, sin darles pie a nada y luego, tiraba con disimulo el jodido papelito, aunque eso me ha hecho reflexionar... ¿y si alguna le ha gustado y por mí no ha quedado con ella? ¿Le habré cortado el rollo? Tengo que reconocer que eran chicas guapas, delgaditas y jóvenes, de la edad de Eric.

Me despierto a las siete y veinte de la mañana de nuestro penúltimo día en Málaga. Mañana por la tarde volvemos a Valencia. Para hoy solo tenemos un desayuno de despedida que nos ofrece la organización. A las nueve tenemos que estar abajo. Pienso en lo de las chicas que se lanzan sobre Eric y tomo una decisión; él no es nada mío y no quiero cortarle el rollo.

Me levanto en silencio porque Eric aún tiene la luz apagada, y me aproximo a la puerta, la jodida puerta que para mí representa la entrada al paraíso, la lujuria, todo lo que deseo y no me atrevo a pedir. Observo la oscuridad de su habitación y mis pies se aproximan a su cama. La claridad que entra de mi cuarto no es suficiente para verlo bien, pero me permite distinguir su silueta. Está bocarriba, con su brazo derecho tapando sus ojos y el izquierdo se pierde bajo las sábanas que le tapan hasta la cintura. *¡Madre mía, qué espectáculo! Cátalo, Olguita, por Dios... Cállate perversa... Te recuerdo que soy TU conciencia, por lo tanto, sé lo que estás pensando.* Pues sí, me dan ganas de quitarle la sábana, tirarme encima de él y comérmelo enterito, ¡uf! trago saliva tan ruidosamente que creo que lo he despertado. Me tapo la boca y salgo corriendo hacia mi habitación. Necesito una ducha y fresquita.

Cuando salgo, veo que Eric ya está despierto. Oigo su ducha. Me pongo una falda larga y una camiseta de tirantes y ya estoy lista. Cuando Eric aparece por la puerta con unas bermudas blancas y una camiseta negra, que me quita to el sentio, se sienta en la cama para ponerse las deportivas y me mira.

—Hola, guapa, buenos días.

—Hola, Eric. —Mi tono es un poco tajante, pero necesito poner distancia.

—¿Estás bien? —Se ha preocupado por mi tono.

—Claro. Voy tirando, te espero abajo.

Salgo rápida y veloz por la puerta. En el comedor, ya hay algunas personas y me pongo a hablar con algunos asistentes. De repente, veo que se me acerca una de las víboras acosadoras de Eric. Esta es la vasca; es que hay una zorra de casi cada comunidad...

—Hola... ¿Alma? —gilipollas.

—Olga, me llamo Olga.

—Ah, Olga, vale, esto... quería preguntarte algo. —Dispara furcia.

—Pues, dime.

—¿Eric y tú sois...? —la madre que la parió. *Dos veces.*

—Somos compañeros de trabajo, ¿por?

—¿Y no hay nada entre vosotros? —Creo que el vaso que llevo en la mano va a acabar estallando entre mis dedos.

—Nada de nada, ¿por? —le vuelvo a preguntar, esta vez con los dientes apretados.

—Pues, es que... me gustaría invitarlo a pasar el día conmigo, pero quería asegurarme de que no había nada entre vosotros. —se ríe como una hiena. *Ji, ji, ji.*

—Puedes estar tranquila. Mira, yo me voy a sentar en la mesa de los sevillanos, tú puedes sentarte aquí con él; es mi sitio. —En ese momento, me siento vacía ofreciéndole lo que yo tanto ansío.

—¡Estupendo! Gracias. —Hija de...

—Hasta luego.

Y me voy con el grupo de Sevilla. Nos sentamos en las mesas y, cuando levanto la cabeza, veo que Eric me observa serio, junto a él está sentada la furcia vasca. Yo le sonrío, con más falsedad que una moneda de cinco euros, pero él no me la devuelve.

El desayuno dura hasta el mediodía y, aprovechando el jaleo de las despedidas, me apunto con los sevillanos a comer en un restaurante del casco antiguo.

Salgo del restaurante sin que Eric me vea, pero yo sí he podido verlo a él; he visto como hablaba con la vasca, le sonreía y se agachaba para hablarle al oído. Cuando he notado como las lágrimas me empañaban los ojos, he salido a toda velocidad. Esta felicidad no podía durar, no a mí; Eric es demasiado guapo, demasiado joven y atrae a todas las féminas que tengan ojos en la cara, puede tener a cualquiera y yo pensando que podía gustarle ¡tonta, tonta y tonta!

ERIC

¡La madre que la parió! Sale como una exhalación de la habitación. Cuando bajo al comedor, me la encuentro sentada en la mesa de los sevillanos y luego, Arantxa me dice que Olga le ha cedido su sitio después de confirmarle que no había nada entre nosotros. Me han dado ganas de asesinarla y la he mirado con toda la rabia que en ese momento sentía y va la tía y me sonrío. He estado a punto de ir hasta ella y comerle la boca delante de todo el mundo para quitarle las tonterías que tiene metidas en la cabeza, pero me he vengado, he estado pendiente de ella y en un momento que ha mirado hacia nosotros, me he acercado a Arantxa para hablarle bien cerca y, cuando la he vuelto a mirar, para ver el resultado de mi venganza, me ha partido el alma ver cómo se giraba y salía del comedor. El tiro me ha salido por la culata. No quería herirla y sé que lo he hecho. A Arantxa le estaba diciendo que me iba a mi habitación, que declinaba su oferta de pasar el día juntos, y ella ha entendido perfectamente a qué me refería, a que no íbamos a follar. Si hay algo de lo que entiendo, es de tías, y sé ver sus señales al segundo, sé que me tira la caña desde el primer día y había llegado la hora de dejar las cosas claras. Me he despedido de ella y he subido a la habitación a esperar a Olga. Ha llegado la hora de la acción. Olga se está asustando y se está volviendo insegura. ¿El motivo? no lo tengo del todo claro, pero se acabó. Es hora de dar un paso hacia delante y ponerle las cosas claras... ¡Ay, Olguita, no sabes lo que te espera!

Capítulo XX

OLGA

Traigo los pies hechos papilla; estos sevillanos no tienen fondo, pero he de reconocer que me lo he pasado genial con ellos. Por un momento me he olvidado del dolor que siento al saber que Eric debe habérselo pasado pipa con la vasca; en fin, es la realidad y cuando antes la afronte, mejor.

Son casi las seis de la tarde cuando llego al hotel. Supongo que ya habrán acabado... Les he dado un montón de horas para hacer lo que sea que hayan hecho y estoy tan cansada que no he podido aguantar más. Aparte de eso... *Dilo, vas fina de fino ja, ja, ja*. Que sí, joder, los sevillanos beben fino como si no tuvieran hígado, y voy un poco achispada. Qué coñazo de conciencia...

Paso la tarjeta de la habitación y se abre la puerta, en cuanto entro, me quedo helada y quieta como una estatua. Oigo una voz femenina y unas risas... ¡hostia puta, todavía está aquí la vasca, mátame, camión! Me dispongo a volver a marcharme sin hacer ruido, cuando aparece Eric por la puerta infernal. Me mira serio y solo lleva las bermudas *¡hijo de mi vida, qué bueno que estás!*

—¡Hombre, pero a quien tenemos aquí! —me dice apoyado en el marco de la puerta.

—¡Lo siento, de verdad! Ya me marchó, siento haberos interrumpido. —Estoy roja como el culo de un mandril.

—No creo que a Eva Hache le moleste tu interrupción —¿Así se llama la zorra vasca?

—Lo siento, Eric, de verdad, no pasa nada, me bajo y ya. Si eso, me mandas un whatsapp cuando hayáis... pues... cuando pueda subir. —El alcohol está haciendo de las suyas, y me está provocando unas ganas de echar todo el fino que me he bebido, pero convertido en lágrimas.

—¿Pero qué dices, Olga?! Estoy solo, viendo un monólogo de Eva Hache en el Club de la Comedia. —He metido la pata, sí, pero también me siento aliviada de no haber interrumpido nada. ¿He dicho ya lo bueno que está? *¡Que sí pesada, que sí!*

—¡Ah! Vale... pues, esto, me voy a duchar... —Entro, cierro la puerta de la calle, y antes de que pueda dar dos pasos, Eric me coge del brazo y me encara.

—¿Lo has pasado bien con los sevillanos? —Pero... ¿está celoso, el muy mamón?

—Muy bien, aunque seguro que no tanto como tú con la fur... con la vasca. —En plan chula, que me he puesto...

—Ya... así que eso piensas. Que me he tirado a Arantxa...

—Ah, ¿se llama Arantxa? Pues mira tú qué bien...

—De bien nada, Olga, ¿se puede saber qué cojones te pasa? —Uy, uy, uy que se está poniendo chulito.

—No me vengas con chorradas, Eric, a mí no me pasa nada, ¿y a ti?

—A mí... ¿Has bebido? —Qué listo es mi niño.

—Un poco de fino, ¿pasa algo?

—¿Un poco? Tienes los ojos tan brillantes, que parecen de cristal.

—¡Ya basta, Eric! No tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, al igual que tú, lo he pasado bien y ya está.

—¿Al igual que yo? Y según tú, ¿qué he estado haciendo yo para habérmelo pasado tan bien?

—Esto va a acabar como el Rosario de la Aurora.

—¡Venga ya! ¿Te crees que soy tonta? —Estoy desquiciada.

—Eres tonta de remate. Esto es una mierda... —Da vueltas por la habitación, con las manos en la cabeza y yo no entiendo nada.

—No te entiendo, de verdad. Yo te he dejado el día libre para que hicieras lo que te viniera en gana y me hablas así...

—Te hablo así porque te lo mereces. A ver, Olga, si tan claro lo tienes, vamos a hacer una cosa, Yo te pregunto y tú me contestas, ¿ok?

—Vale, vale... dime —Me siento a los pies de mi cama porque, por algún motivo que desconozco, la habitación se está moviendo cual barco en alta mar.

—¿Por qué no te has sentado esta mañana conmigo y te has ido a otra mesa? —Eric se ha tranquilizado, pero ahora soy yo la que estoy cardíaca, pues se ha colocado de cuclillas delante de mí... ¡apoyándose en mis piernas!

—Yo... yo... —tartamudeo.

—Tú... tú... —se burla el muy...

—Pues..., solo te estaba dejando el campo libre, quitándome del medio para no fastidiarte el plan.

—Pero, Olga, ¿de qué plan estás hablando? ¿Te he dado muestras estos días de querer estar solo?

—No, para nada Eric, y te agradezco mucho que no me hayas dejado sola, pero me ha parecido egoísta por mi parte no dejarte espacio, como chico joven y soltero que eres, para... interactuar con alguna de tus admiradoras de estos días. No has parado de recibir papelitos... y por eso hoy te he dejado espacio, para... bueno... para que hicieras lo que quisieras.

—Eres de lo que no hay, Olga —dice y se ríe—. Lo que yo quería no lo he podido hacer. —Ay, que la vasca se le ha hecho la estrecha, la muy gilipollas.

—Bueno, tenías más candidatas, podrías haber buscado un poco, seguro que aparte de la vasca... —Se acerca aún más y me coge las manos.

—Olga, he sido yo el que no ha querido nada con la... vasca, ni con ninguna. Te digo que no he podido hacer lo que yo quería porque tú no estabas. —A estas alturas, la cabeza me da vueltas al ritmo del barco y no entiendo bien lo que me quiere decir. Hasta que se me enciende la bombilla...

—¿¡Eres un guarro!?! ¿¡Querías hacer un trío!?! ¡Eso ni hablar! —Intento levantarme pero me retiene.

—¡Madre mía! Estás más borracha de lo que pensaba. Vamos a hacer una cosa, acuéstate un rato, que esta noche nos vamos a ir a cenar y a bailar los-dos-so-los, ¿de acuerdo? Te necesito fresca para lo que tengo planeado.

—Vale.

No me puedo negar, los ojos se me cierran involuntariamente. Me estiro en la cama y noto como Eric me arropa. Me duermo enseguida, atesorando la caricia que Eric me hace en la mejilla.

Abro los ojos lentamente y veo que no entra luz a través de las cortinas. Es de noche. ¿Cuánto he dormido, donde está Eric? Y poco a poco, me vienen a la memoria trazos de la conversación de esta tarde antes de caer grogui. Y caigo en la cuenta de que aún no me he enterado si Eric se ha enrollado con la vasca o no...

—Hola, bella durmiente, ¿cómo te sientes?

—Bien... la verdad es que muy bien —mejor de lo que merezco, después de todo lo que bebí...

—¿Te duele la cabeza? —se interesa Eric.

—No, para nada, me siento bien.

—Pues si quieres, te duchas o no..., en fin, que cuando estés lista me avisas. —Se levanta y se va a su habitación. Lo que más me ha sorprendido es que parece nervioso... puede que sea mala, pero lo que planeo es aprovecharme de ese nerviosismo tan inusual en él. *¡Al ataque mi niña!*

Me meto en el baño decidida a comportarme como una *femme fatale*. No tengo ni idea de lo que se propone Eric, pero me quiero sentir segura ante la velada que tiene preparada, así que me visto con el único modelito que Julia me metió en la maleta y que no pensaba ponerme: un vestido diminuto, verde esmeralda, que va atado a la nuca y lleva la espalda al aire. *¡Es-can-da-lo-so!* La parte de arriba es un poco holgada, la parte de abajo se ajusta a mis curvas. Me coloco mis sandalias negras de tacón de ocho centímetros, me hago un moño despeinado, me maquillo con toques negros que acentúan mis ojos y salgo a su encuentro hacia su habitación, pisando fuerte, aunque con un nudo en el estómago considerable.

Toco al marco de la puerta antes de entrar, y casi se me caen las bragas, o sea la tanga, cuando lo veo. Se ha puesto un pantalón blanco ajustado y una camisa verde, a juego con mi vestido. Nos quedamos los dos mirándonos mutuamente. Ninguno dice nada, hasta que Eric rompe el silencio.

—Guauuuuu Olga, estás... uf... preciosa.

—Tú también estás muy guapo. Cuando quieras nos vamos. —*O te salto al cuello, y te como aquí mismo.* Eso mismo.

—Sí, claro. Mejor nos vamos. —Y ante ese comentario, me siento triunfante.

Cogemos un taxi y nos vamos a un restaurante precioso, en el centro de Málaga. La comida está buenísima y pedimos agua para cenar, ya que temo volverme a emborrachar con solo oler algo que lleve alcohol.

—Bueno, Olga, como esta tarde cuando has llegado ibas algo achispada y no se podía hablar contigo...

—¡Eso no es cierto! —me defiendo.

—Olga, te vas a callar y vas a escucharme. —¡Cómo me pone cuando se impone! *Y cuando se ríe y cuando habla y cuando...* Vale, vale, me pone siempre.

—Vale, te escucho.

—Esta mañana, tenía la intención de pasar el día juntos, tú y yo, y me ha sentado como una patada en los cojones, que me dejaras solo con Arantxa, o la vasca, como tú la llamas. Cuando me has visto hablarle al oído, porque sé que me has visto, le estaba diciendo que no iba a ir a ningún lugar con ella. He subido solo a la habitación a esperarte. Me he mosqueado mucho cuando te he visto irte con los sevillanos y...

—Lo he hecho para que tú...

—Silencio, déjame acabar. Sé por lo que lo has hecho y yo, ni te lo he pedido, ni te he dado muestras, estos días, de querer estar a solas con nadie. No he mirado a nadie que no seas tú y tampoco quería estar con nadie más. —Se calla, así que creo que puedo hablar.

—Lo siento. Pensé que quizá querrías interactuar con alguna de tus admiradoras. —Ahora me siento estúpida y nerviosa, pero también aliviada.

—No me interesa nadie... nadie, excepto tú. Olga, te prometí que iría a tu ritmo, pero sin dar ni un paso atrás, pero ahora el ritmo lo voy a poner yo, porque creo que has malinterpretado mi ritmo pausado, pero eso se acabó; vamos a poner las cartas encima de la mesa ¿estás preparada?

—Sí... creo que sí. —¿Ha dicho que solo le intereso yo? ¡Ay, *mamacita linda!*

—Mejor, porque no voy a parar. Me gustas y quiero que lo intentemos, en serio, como pareja.

—Me dejas... de piedra, a ver, Eric, tú también me gustas, pero no sé si es buena idea... —Mis miedos están saliendo a flote.

—Ya sé cuáles son tus miedos. Mi edad y mi trayectoria amorosa, ¿cierto? —Y solo me queda ser sincera como lo está siendo él y que sea lo que Dios quiera.

—Cierto, sí... básicamente, pero también me preocupa la gente, lo que dirán, lo que puedan pensar en el trabajo, mi hija, aunque ella es fantástica...

—Pues te lo voy a explicar. Me importa una puta mierda la edad. ¿Te importa que yo tenga 28 años?

—¡No! Lo que me importa es que yo tengo 45.

—Eso es una chorrada. A mí no me importa tu edad. Olga, eres fantástica, nunca he conocido a nadie como tú, real, divertida, ingeniosa, guapa, inteligente, culta y estás buenísima —*Alaaaaa*.

—Emmm... —Río nerviosa—. Gracias, a mí no me importa tu edad, pero es que nos llevamos 17 años, Eric.

—A mí lo que me pesa, es que nos tendríamos que haber conocido antes. Una vez aclarado lo de la edad... tengo que confesarte, que no he estado con nadie desde mucho antes de la verbena de San Juan y, por supuesto, después de aquella noche, tampoco —¿En seriooooo?

—Pero... ¿por qué, Eric? No lo entiendo...

—Porque no me apetecía, Olga; de hecho, ya no me apetecía estar con nadie mucho antes de ese día. Me gustas tanto, que no me veo con ninguna otra mujer que no seas tú. No me gustaban las mujeres jóvenes, incultas y anoréxicas con las que estaba, pero eran un deshago para mí. Me sentía perdido, Olga... hasta que te encontré. Bueno, hasta que me di cuenta de lo que sentía por ti y descubrí que no era un capricho o un reto, que era real. Estoy enamorado de ti —*Joder... ¿en serio?* ¡Oye tú, conciencia guarra!

—Me dejas... de piedra. No sé qué decirte... —Coge mis manos por encima de la mesa y sigue hablando.

—Dime la verdad; quiero la verdad. Esto no es ningún juego, Olga, al menos para mí.

—Ni para mí, tampoco. Me gustas mucho y me siento aliviada al saber las cosas que me has dicho, pero hay otras cosas... que me ponen un poco nerviosa. —A ver cómo le digo esto...

—¿Qué te pone tan nerviosa, gata? Explícamelo. —Y, cuando me aprieta dulcemente las manos, es tanta la tranquilidad y la paz que me transmite que me abro a él sin importarme lo que pueda pensar de mí.

—Tú has estado con muchas mujeres, tienes mucha experiencia, ¡hasta has hecho tríos! Y yo... yo solo he estado con mi ex, con nadie más, y bueno... el sexo en el matrimonio... bueno, que no tengo la misma experiencia que tú, ni de lejos.

—No sabes lo que me arrepiento de haberte contado todo aquello... Olga, he estado con muchas mujeres, es cierto, pero solo estuve enamorado una vez, lo demás fue solo sexo. No te preocupes por nada en ese aspecto; iremos despacio. Pero te confieso, que mi lado de macho alfa se está dando de golpes en el pecho, cual gorila. —Y me tengo que reír por su comentario.

—Vale... eres un troglodita.

—Pues sí, lo confieso. Respecto a tu hija, se lo diremos cuando tú creas que está preparada, pero se lo diremos, Olga, no me voy a esconder; de hecho, yo ya he hablado con los míos.

—¿¡Quééé, a quién se lo has dicho!? —Ahora sí que me ha acojonado.

—Pues a los que me importan, a mis padres, a mi hermano y mi cuñada y a mis amigos.

—¡Vaya! Y... ¿Qué te dijeron? Bueno, mejor no me lo digas...

—Olga, tengo 28 años; me sudan los huevos lo que me digan, pero tranquila, me conocen y todos entendieron lo que siento por ti, aunque se sorprendieron de que quisiera sentar la cabeza. También les hablé de María. Te he dicho que voy en serio Olga. Cierra la boca anda. —Se ríe.

—Joder, Eric. Bueno, yo también he hablado de ti con Julia y con mi hermana Rosa.

—Pues, ahora solo me falta pedirte si quieres salir conmigo. ¿Qué me dices, gata, quieres ser mi novia? —*¡Ay, Olguita que me emocionoooo!*

—Eres un truhan... Sí, Eric, quiero intentarlo contigo.

—Eso no contesta a mí pregunta —me susurra por encima de la mesa, acercándose mucho a mí y yo hago lo mismo. ¡A la mierda todo!

—Sí, quiero salir contigo, y sí, quiero ser tu novia.

Entonces sucede lo que llevo tanto tiempo ansiando, besar sus labios otra vez, probarlos de nuevo. Juntamos nuestras bocas a la vez y yo dejo escapar un suspiro por lo bien que se sienten sus labios con los míos. Él tímidamente me acaricia el labio inferior con la lengua y luego busca la mía dentro de mi boca y, con ese mínimo contacto, se desata una tormenta entre los dos. Pone una mano en mi nuca y creo que me voy a morir, por suerte, acaba el beso con leves caricias de su lengua en mi labio, otra vez y me mira sonriendo.

Cuando acabamos de cenar, nos vamos a un bar musical y bailamos como locos. Después del beso del restaurante, le siguen muchos más durante la noche, besos cargados de erotismo y caricias cargadas de pasión... una pasada, todo lo que explique es poco.

A las dos de la mañana y a punto de hervir, nos vamos al hotel. Entramos a trompicones arrancándonos la ropa el uno al otro, cuando de repente, caigo en la cuenta de algo... mi cuerpo, y Eric lo nota enseguida.

—¿Qué te pasa gata, no quieres seguir? —me susurra Eric, mientras me mira preocupado.

—No es eso... —Eric, ya no lleva la camisa y ha bajado mi vestido, aunque aún me cubre los senos porque aprieto los brazos fuerte para que no se baje.

—Dime qué te pasa, por favor ¿Qué te preocupa? —Y su pregunta parece una súplica, que vuelve a hacer que me abra a él.

—Ay, Eric, veras, yo tengo una edad...

—Ya lo sé cariño, lo hemos hablado no me...

—Déjame acabar... las mujeres de mi edad, ya no tenemos el cuerpo de una de veinte y menos si hemos parido. Tengo el pecho algo caído, barriguita, alguna estría, celulitis... —*Qué mal nos vendes, Olguita...*

—Olga, eres preciosa y perfecta para mí. Quiero ver tu precioso cuerpo, porque es precioso, y perfecto para mí. Ven, estírate en la cama, te lo voy a demostrar.

¡Y vaya si me lo demuestra! Eric se pasa la noche adorando mi cuerpo, como nunca nadie ha hecho nunca y haciéndome experimentar cosas, que creía que no se podían sentir. A punto estuve de volverme loca por tanta pasión y excitación. Fue fantástico y, bien entrada la madrugada, caímos rendidos uno, en los brazos del otro.

ERIC

Me despierta la claridad que entra por la ventana. Son las ocho y media de la mañana. Hace apenas tres horas que nos hemos quedado dormidos. He follado mucho y de muchas maneras, pero no estaba preparado para lo que he sentido haciendo el amor con Olga; ha sido... joder, ha sido lo más maravilloso que he sentido nunca. Y decía la muy inconsciente que su cuerpo no era bonito,

bueno, bonito no lo es, es perfecto y me he vuelto loco cuando la he visto desnuda. Me han importado una mierda sus estrías, sus tetas un poco caídas y las cartucheras, porque yo no he visto en ella nada de eso. Lo que he visto ha sido la vida en el cuerpo de mi chica y el cuerpo de una mujer despampanante que ha dado la vida a una hija. Me encanta su cuerpo, no tocar ni un hueso, esas caderas redondeadas y ese culo, ¡qué culo tiene joder!

Ahora se encuentra entre mis brazos y, aunque me duele la polla de lo mucho que la necesito ahora mismo, me contengo porque tiene que descansar, anoche la dejé agotada, aunque ella tampoco se quedó atrás. Al principio estaba algo cortada, pero después de los dos primeros orgasmos se dejó ir y me dejó ver la pasión que esconde. Empiezo a acariciarle la naricilla. Estoy deseando que despierte, quiero ver sus ojos nada más despertarme durante el resto de mi vida, lo he deseado tanto... Cuando los abre y me mira, se sonroja y sonrío, creo que ahora mismo me podría morir feliz por haber sentido, por primera vez, lo que es el amor de verdad y verlo reflejado en sus ojos de gata.

OLGA:

Salimos hacia el aeropuerto, después de un último asalto en el baño. Este hombre me va a matar... Me siento feliz andando agarrada de su mano. La verdad es que hacemos buena pareja. Estoy ansiosa por explicárselo todo a Julia y también tengo que hablar con María.

Llegamos a Valencia al anochecer, y Eric me deja en mi casa. No nos podemos despegar; parecemos dos adolescentes. Al cabo de un rato, de besos y caricias, nos despedimos hasta el lunes. Va a ser un fin de semana eterno sin poder verlo, pero necesito pasar tiempo con María y explicarle tranquilamente todo lo que siento. Eric me da ese tiempo sin reproches, como siempre. Me despido de él feliz por lo que ha pasado y por lo que hemos comenzado. Solo espero que esto no me destroce.

Capítulo XXI

OLGA

El fin de semana pasa volando entre conversaciones importantes. La primera conversación la tuve con Julia, que me felicitó, se recreó, me hizo un tercer grado. Lloró y también me animó a que hablara con María.

La noche del domingo, porque ya no lo podía posponer más, hice unas pizzas y María y yo nos sentamos a cenar en la cocina con música de fondo, como nos gusta a las dos.

—Mamá, te noto nerviosa, ¿te pasa algo? —Casi me atraganto.

—¿Eh? Ah, no, bueno... esto... ¡ay, hija...! —¿Cómo se lo digo? Dios, dame fuerzas.

—Me estás asustando ¿Qué te pasa mamá? Por favor, dímelo.

—Verás, es que... a ver como empiezo... —Se está asustando, pobrecilla.

—Por el principio y, mamá, soy yo, igual que yo te puedo contar cualquier cosa, tú también puedes confiar en mí; no soy una niña.

—Lo sé, hija, pero hay cosas difíciles de explicar.

—Solo empieza, y yo prometo escucharte y aconsejarte como tú haces conmigo.

—¿Cuándo has crecido tanto mi niña? —Se me cae la baba con ella.

—Al grano, mamá. Empieza, soy toda oídos. —*Venga, Olguita que tú puedes.*

—Vale... verás, sabes que yo siempre quise mucho a tu padre, de hecho, aun lo quiero, aunque el amor de pareja se acabó y, para mí, lo que quedó no era suficiente para seguir casada con él.

—Eso ya lo sé y te entiendo. Para las mujeres, el amor que necesitamos en una pareja es distinto que el que necesitan los hombres, nosotras necesitamos sentir... pájaros, ¿no?

—Mariposas —digo y me río.

—Eso, mariposa. Venga, sigue... con papá se te acabaron las mariposas.

—Pues sí, y cuando las mariposas desaparecen, el corazón queda vacío de esos sentimientos que deben formar parte de un matrimonio. Hace unos años que esos sentimientos desaparecieron en mí, pero no fui consciente de ello hasta que... hasta que me fijé en otra persona. —Se ha quedado con la boca abierta.

—Umm, sigue por favor. —Parece tranquila, así que sigo.

—Lo que empecé a sentir, fue una consecuencia de mi corazón vacío; no fue la causa de que

desapareciera el amor hacia tu padre. Es importante que entiendas eso.

—Lo entiendo, es como si tu corazón fuese una caja que estaba ya vacía y que, de pronto, empieza a llenarse de nuevo, ¿no?

—Eso mismo, eso es lo que me pasó. Al principio solo fue una atracción física pero, poco a poco, se convirtió en algo más profundo e importante; fue sin darme cuenta, María, yo no buscaba nada...

—Te entiendo, mamá, por lo que me dices, deduzco que es alguien del trabajo, ¿no?

—Sí... lo conozco hace unos seis años, pero hasta hace cosa de un año o año y medio, no me di cuenta de lo que de verdad me estaba pasando. Te juro por mi vida que no engañé a tu padre María, nunca lo engañé.

—Te creo, mamá, te conozco y sé que nunca lo hubieras hecho, pero ¿por qué no te separaste antes, cuando empezaste a sentir todas esas cosas?

—Pues porque ni yo misma me lo creía; me engañaba pensando que se me pasaría. Él se fue de viaje durante siete meses y pensé que todo cambiaría, y fue entonces cuando tu padre y yo nos dimos otra oportunidad, que finalmente, no funcionó.

—Cuando él volvió, te diste cuenta de que seguías sintiendo lo mismo, ¿no?

—Sí, hija, en realidad no dejé de sentir en ningún momento pero, como te he dicho, me engañé a mí misma. La oportunidad que le di a tu padre no sirvió de nada; no pude volver a recuperar los sentimientos por él, lo siento, hija.

—No llores, mamá, y no tienes nada que sentir; eres mi madre, la mejor del mundo mundial, pero también eres una mujer, una a la que yo admiro por encima de todo; no tienes que sentirte mal por nada. En el corazón no se puede mandar.

—Eso fue lo que me pasó; quise ordenarle a mi corazón y no resultó.

—Vale, háblame un poco de ese hombre. —Ahora sí que va a caerse de la silla.

—Ese es otro problema...

—¿Está casado?

—No, hija, no está casado... es que... joder ¡uy perdona! —Me río.

—Mamá, que no me voy a morir por oírte decir eso, anda sigue que te vas por las ramas. Si no está casado, ¿qué problema hay?

—Es más joven que yo María, mucho, 17 años, para ser exactos.

—Vale, pero no me has contestado. ¿Qué problema hay? —Ahora sí que me ha dejado helada, otra como mi hermana.

—¿No me escuchas, te lo acabo de decir? Hija, ¡tiene 28 años y yo 45!...

—¡Aaah! ¿Ese es el problema al que te referías?

—¿¡Te parece poco!?

—Ni poco ni mucho; es que no veo el problema. Hay montones de parejas que se llevan un montón de años. Espera... ¿el asunto es que tú eres mayor, si lo fuera él no habría problema? Ahora sí que me dejas alucinada.

—Alucinada estoy yo contigo. —Y feliz como una perdiz.

—A ver, mamá, tú eres una mujer moderna. No me esperaba esa opinión por tu parte, de verdad. Cuando te comenté que la madre de mi amigo Teo se había casado con un hombre 20 años mayor que ella no le diste ninguna importancia, ¿y ahora se la das a lo tuyo? Eso es falsa moral, pero a la inversa, Olga —me riñe la jodía.

—Ya lo sé... es que, si me pongo a pensar, que se lleva menos años contigo que conmigo, que podría ser tu hermano...

—¡Anda ya, so tonta! Eso es una tontería, a mí eso no me importa. Lo que sí me importa, y mucho, es si eres feliz.

—Mucho, hija, aunque estoy asustada por cómo nos vaya a partir de ahora, porque...

—¡Es Eric! ¿A que sí? ¡Lo sabía, lo sabía! —Y se pone a saltar como una loca por toda la cocina.

—¡Para! Sí, es Eric. ¿Cómo lo sabes? ¿Has notado algo?

—Pues, verás, un día en el polideportivo te vi hablando con un chico y me pareciste nerviosa, como tímida, y me extrañó tu actitud. Cuando te pregunté, me dijiste que era Eric, un compañero de trabajo, pero me lo dijiste con una naturalidad que me pareció fingida. Es muy guapo, mamá.

—Qué vergüenza, hija...

—No tienes que avergonzarte de nada. Eres una mujer libre y con la conciencia tranquila. Tienes que vivir y disfrutar; eres muy joven aún.

—Ya... cuando le dije a tu padre que quería separarme, me preguntó si había otra persona y le dije que no, porque la realidad era que no me separaba por Eric; en mi vida hubiera pensado que yo le interesaba. Por aquella época, él no hacía más que hablarme de sus conquistas, era un rompecorazon. rompecorazon.

—¡Ibas a decir «rompebragas»! —dice riendo.

—Sí, me has pillado. —yo también río.

—Bueno, pues me alegro por ti y quiero conocerlo ya porque necesito decirle a la cara que, si te hace daño, iré a por él sin piedad

—Te quiero, María. Muchas gracias. Dañarte era lo último que quería, y si a ti no te hubiera parecido bien, lo habría dejado...

—No digas tonterías, aunque a mí no me hubiera caído bien la noticia. Tú estás en todo tu derecho a rehacer tu vida. Te quiero y me alegro por ti. Aunque tengo que confesarte que algo me olía, porque últimamente te veía un brillo especial en los ojos.

—Ya... es que el día de mi cumpleaños, es también el suyo y nos encontramos en la verbena y bueno... ese día hablamos un poco, aunque lo definitivo, ha sido este viaje. Estoy feliz, María, por cómo te lo has tomado.

—Yo quiero que seas feliz y, si Eric te hace feliz, me parece perfecto. Te quiero mucho, mucho, mucho.

—Y yo, hija, y yo, con todo mi corazón.

Cuando me levanto el lunes por la mañana, me siento mejor que nunca; ha sido un fin de semana lleno de nervios, pero también he recibido el amor y el apoyo de las personas que más quiero. Ni decir tiene que me quedé anonadada con la reacción de María; sé que ella quiere lo mejor para mí, pero su naturalidad al hablar del tema y su madurez me desarmó. Fue tan fácil... Cuando se lo conté a Eric, se alegró muchísimo y dice que el fin de semana que viene quiere que quedemos los tres. Tiene muchas ganas de conocerla y a Julia también; en fin, de todo lo complicado que podría haber sido no lo fue en absoluto.

Hemos decidido no contar nada de lo nuestro en el trabajo hasta que volvamos de vacaciones. Primero queremos estar con María y, en septiembre, ya daremos el bombazo. Por Eric, lo diríamos hoy mismo, pero le he pedido un poco de tiempo, ya que también tengo que hablar con Mario. Quiero que lo sepa por mí y no por boca de la comadreja de su hermana.

Llego al Zone y hablo un ratito con Susana. A los dos minutos, veo a Eric acercarse, y me pregunto: «¿Cómo he podido yo ligarme a un tío como este? ¿Qué ha visto en mí?». Pero cuando me sonrío, se disipan todas mis dudas. Esa sonrisa pícaro y esos ojos solo reflejan amor y pasión; nadie nunca me ha mirado así y me encanta.

—Hola, gata, no sabes las ganas que tengo de comerte la boca ahora mismo.

—¡Eric! No puedes decirme esas cosas.

—¿Por qué no? Eres mi chica. He pasado el fin de semana más largo de toda mi jodida vida. Estaba deseando verte, olerte, tocarte, besarte...

—¡Para ya! Aunque a mí me ha pasado lo mismo.

—No sé cómo voy a poder contenerme...

—Pues tendrás que hacerlo, machote, son solo unos días, así que pórtate bien.

—No te prometo nada. Bueno, vamos al lío.

—Sí, vamos allá.

Y recorremos la distancia del Zone a la tienda, 20 metros, en los que Eric me ha tocado el culo por lo menos 20 veces... este chico me pone... *¡Malitaaaa!*

Cuando entramos, nos dirigimos al vestuario y allí, apoyados en la puerta, me roba el primer beso del día y, madre mía, qué beso...

Informamos a Pilar de todo lo referente al Salón de la Joyería y nos ponemos a currar. A lo largo del día, las miradas, las caricias y los besos furtivos son un constante.

Después del almuerzo, hemos ido a la máquina a sacar un café y mi excuñada se ha puesto a hablarme como si nada. Eric y yo nos hemos quedado de piedra. Esta tía es falsa hasta decir basta. Como no podía ser de otra forma, la nota la ha dado Ana, la madre que la parió. Me duelen las tripas cuando veo cómo se contonea delante de Eric, cómo le toca el brazo, cómo le hace morritos... Me cruje la mandíbula de tanto apretar los dientes y mi cara debe ser un fiel reflejo de lo que siento porque Eric me mira como no sabiendo dónde meterse, como un cachorrillo, como un cordero degollao... *¡Pero apártala, chacho!* No, hija, en estos casos, los hombres parecen imbéciles.

En fin, nos quedan ocho días para perderla de vista. *¡A tomar por culo el zorrón!*

La semana pasa entre trabajo, arrumacos furtivos y besos arriesgados. María y yo nos iremos el domingo a pasar el día con Eric a Cullera, a ver qué tal sale el encuentro.

Este sábado por la noche es la cena de la empresa. ¡Qué diferente es esta cena de la del año pasado! Cuando la recuerdo, me duele el alma: mi desesperación por la partida de Eric, mi situación con Mario... Por suerte, todo eso quedó atrás. Este año hemos invitado a Nikolai que, por cierto, ya sabe del avance en mi relación con su ya amigo Eric.

Eric y yo hemos hablado de irnos solos unos días estas vacaciones, pero lo concretaremos más adelante. Nos apetece mucho estar juntos, sin tener que escondernos.

Es sábado y mi felicidad llega a cotas astronómicas, estoy encantada con nuestra relación y con lo fácil que está siendo todo. Cada noche nos dormimos hablando por teléfono y estamos ansiosos por estar juntos, por volver a tocarnos con libertad. En toda mi vida he estado en este estado continuo de cachondeo. *Hablando en plata, Olguita, que estamos cachondas a más no poder, como perras vamos...* Eso mismo, ni de adolescente, ni en mis primeros meses con Mario me sentí así. No sé si es la edad, la madurez o Eric, pero tengo la mente sucia, muy sucia...

Julia se ha pasado por casa a darle el visto bueno a mi atuendo de esta noche; me ha retocado un poco el maquillaje y he quedado perfecta... Después de vaciar el armario, remover mi ropa y pelearme con Julia y María doscientas veces, nos hemos puesto de acuerdo con la ropa. Al final ha ganado la ropa que mi hija sugirió, unos tejanos blancos, que no sé cómo me voy a poder quitar de estrechos que me van, y un top dorado. En realidad, es un cacho de trapo atado al cuello y nada más, pero tengo que reconocer que me siento guapa y cómoda. Me he puesto unas sandalias doradas que Julia me ha dejado, con un taconazo de vértigo y un bolsito cruzado también dorado, estoy de escándalo, según mi hija y Julia.

Eric, pasa a recogerme y nos meamos de la risa cuando miramos hacia el balcón de mi casa y vemos a María y a Julia que nos miran cual marujas. Las saludamos con la mano y nos metemos en el coche. Para no llamar la atención, Eric ha recogido a Nikolai antes que a mí.

En la cena ya se desatan mis demonios porque cuando llegamos ya están casi todos sentados y a Eric le toca sentarse entre víboras, Ana a su derecha y mi excuñada a su izquierda. Su cara es un poema, yo me siento entre Narciso y Nikolai. Aparte de eso, la cena ha sido divertida, con el discurso de Pilar que cada año nos dedica, donde la mujer nos felicita por nuestro trabajo y nos anima a seguir así y también le dedica unas palabras de despedida a Ana, ya que el martes será su último día... *No lo podéis ver, ¡¡¡pero estamos aplaudiendoooo!!!! Ja, ja, ja*

Cuando llegamos a la discoteca, mi humor ha empeorado considerablemente. La jodida Ana no deja a Eric ni a sol ni a sombra, incluso ha venido con nosotros en el coche. Se ha sentado de

copiloto y Nikolai y yo, detrás. Eric me miraba a través del retrovisor como disculpándose. Él no tiene la culpa... La tengo yo por no querer dar el paso de contar lo nuestro, por ser prudente o por ser cobarde y estas son las consecuencias...

Cansada de bailar, me escabullo al baño con los pies doloridos y con la cabeza embotada por el alcohol. Me mojo la cara y cuando voy a salir, entra Eric como una tromba, me agarra de la mano y me mete en un cubículo vacío.

—¡Eric! ¿Qué haces? Nos pueden ver...

—Me la suda, no aguanto más; me muero por estar contigo, por besarte y tocarte. —Y empieza a besarme y a lamerme el cuello.

—Ummmm, Eric, yo también te echo de menos.

—No me digas eso preciosa... Odio ver cómo te miran los tíos; me estoy muriendo de celos. — Me levanta el trapo, o sea el top, y empieza a acariciarme los pezones. ¡Madre mía! Estoy cardiaca. *Lo estamos, Olguita, lo estamos, doy fe...*

—Celos los míos, esa guarra de Ana no para de tocarte... —Yo también he metido las manos bajo su camiseta y le acaricio la espalda desesperada.

—Esa niñata me la trae floja, ahora te voy a follar. No puedo esperar más. —Eso es justo lo que necesito.

—Sí... por favor...

—Date la vuelta preciosa, y apoya las manos en la taza del váter y, sobre todo, no hagas ruido. Va a ser rápido gata, agárrate.

—Date prisa, Eric, va a entrar alguien y... —Me quedo sin aliento.

Eric entra en mí de una estocada y justo cuando creo que me voy a morir, oímos la puerta del lavabo abrirse. Ha entrado alguien. ¡¡Madre del amor hermoso!! Si alguien nos oye... pero Eric eleva un poco mi cuerpo para llegar a mi boca y me besa tragándose así mis gemidos desesperados, sin dejar de moverse. Justo cuando nos corremos, se dejan de oír las voces y rompemos a reír. Ha sido... genial, nos arreglamos la ropa y abro la puerta para comprobar que estamos solos.

—Eres la caña, Olga, eres perfecta para mí. —Y vuelve a besarme.

—Y tú para mí. Deja que mire a ver si hay alguien en el pasillo. —Abro la puerta y al no ver moros en la costa, Eric sale a toda prisa, no sin antes robarme otro beso y un magreo en el pecho, que me vuelve a poner en órbita.

Aprovecho para volver a refrescarme y salgo del aseo cinco minutos después. Me voy derecha a la barra, porque tengo la boca seca y porque allí casi no se oye la música taladradora de tímpanos. Eric está en la otra punta de la discoteca con los chicos, riendo de algo que les está explicando Narciso. Me encanta cuando ríe; se lo ve tan joven, tan guapo, tan...

—¡Olga! ¿Cómo va la noche guapa? —Ana... ¡¡¡GRRRRRRR!!!

—Bien... ¿y a ti? —Aunque me importa una mierda como un capote de grande...

—¡Muy bien! ¿Has visto que Eric ha desaparecido durante un buen rato? —Joder con la

hiena...

—Pues, no... yo no me fijo en lo que la gente hace. —*Disimula, Olguita, que esta arpía se huele algo fijo*

—¡Ni yo! Pero Eric no es cualquiera, bueno, me da igual donde haya ido. Esta noche pienso follármelo. —¿¿¿¿¿PERDONAAAAA!!!???

—Ah... —Me he quedado muda; no sé qué decirle ni cómo reaccionar.

—Mira, no tendría que contar nada de esto, pero contigo tengo confianza... Prométeme que me guardarás el secreto. —*¿Confianza? La misma que puede tener una gacela con un león hambriento, pero como me pica la curiosidad...*

—Claro... dime... —*Olguita, que la curiosidad mató al gato...*

—Pues verás, el fin de semana antes de irnos a Málaga, salí y me encontré con Eric, como ya te conté. El caso, es que los dos estábamos un poco achispados y nos pusimos a bailar... bueno, bailar no, exactamente. —Ríe—. Dimos un espectáculo en la pista, ya me entiendes, toqueteos, morreos... el caso es que él se tuvo que ir. Pero ahí no acabó la cosa. —*Te lo dije, Olguita, la curiosidad mató al gato, o a la gata...*

—¿No? —Me he quedado sin sangre, un sudor frío me recorre la espalda.

—¡Que va! Cuando llegué a casa, le mandé a Eric una foto de mis... bueno, de mis tetas y Eric me mandó esta... —Saca su móvil y me enseña una foto de un pecho escultural que, sin duda, es de Eric, y lo acompaña un mensaje... «Si me dejas catar las tuyas, te dejo yo catar las mías». Me quiero morir en ese mismo instante, las lágrimas asoman en mis ojos, sin poder detenerlas.

—¡Tía, no me podía imaginar que Eric era tan malote! —Ríe y yo me ahogo, tengo que salir de aquí.

—Lo siento, Ana, pero no me encuentro muy bien. Voy a salir a tomar el aire.

—Claro, guapa, igual has bebido demasiado. No estás acostumbrada, ya no tienes veinte años... —Se ríe. Noto tanta malicia en esas palabras y me hace tanto daño todo lo que me ha dicho que salgo corriendo hacia la calle, sin importarme si alguien me ve en este estado.

Veo por el rabillo del ojo como Mireya se acerca con cara de preocupación, pero la esquivo y, cuando llego a la calle, me pongo a correr. Al llegar a la avenida principal, paro un taxi y es entonces cuando las lágrimas y los sollozos no me dejan ni respirar. El taxista, preocupado, me pregunta si necesito ayuda, si alguien se ha propasado conmigo, a duras penas le puedo decir que no. En menos de cinco minutos, llego a mi casa. Como me habrá visto el taxista que ni me cobra la carrera.

Subo directa a la azotea y me dejo caer en el suelo sin fuerzas y rota de dolor. Eric me ha engañado, se ha reído de mí, sí, era un reto para él, sí era un juego y me ha destrozado.

ERIC:

Hace un rato que no veo a Olga por ningún lado. Me acerco a Mireya para preguntarle, porque es

la única que sabe lo nuestro.

—Mireya... ¿has visto a Olga?

—Ostras, Eric, le ha pasado algo... —Me quedo de piedra.

—¿Qué dices? ¿Qué le ha pasado? —Ahora me estoy asustando.

—La he visto hablando en la barra con Ana y, de repente, he visto que salía disparada hacia la calle; he intentado acercarme, pero no se ha parado. Iba llorando, Eric, iba fatal...

—¿Cuándo? —Me estoy desesperando.

—Pues... no lo sé exactamente; hace como media hora... Lo siento Eric, pero me ha llamado mi novio y me he entretenido, ahora iba a avisarte. —Parece preocupada.

Me quedo muerto. Lo sabía, sabía que esa tía y mi imprudencia me iban a traer problemas, la madre que la parió. Inconscientemente miro hacia la barra y mis ojos se encuentran con los de Ana, que me sonrío maliciosa. La voy a matar. Cuando voy para partirle la cara, Mireya me coge del brazo.

—¡No, Eric! No debes hacerlo. Ve a buscar a Olga; pasa de esa arpía asquerosa. Ya arreglarás cuentas con ella. Ahora lo importante es que encuentres a Olga.

—Sí... tienes razón... gracias, Mireya... me voy.

—Eric, espero que no sea nada... —Y yo...

Salgo de la discoteca y me pongo a correr hacia el parquin, que está lejos de cojones. Cuando voy a pagar, me acuerdo de que el ticket del aparcamiento lo tiene Olga en su bolso. ¡Me cago en toa mi estampa! Desesperado, me dirijo a la garita y, después de veinte minutos, por fin puedo sacar el puto coche del parquin. Pero mi mierda no acaba ahí, el barrio donde está el parquin está en fiestas y la circulación está restringida. Ya para aparcar tuvimos que dar un rodeo que nos retrasó veinte minutos. Así que entre una cosa y otra, una hora después de que Olga se haya ido, consigo poner el coche en marcha. La he llamado cincuenta veces, pero tiene el móvil apagado. Me siento perdido, desesperado, muerto de miedo. Ana ha destrozado a Olga. Le ha contado lo que tuvimos, estoy seguro... Me maldigo un millón de veces por haber sido tan impulsivo aquella noche y darle cuerda a la hija de puta de Ana. Decido ir a su casa dispuesto a aporrear su puerta hasta que me escuche.

Llamo al portero automático del segundo piso. Esta noche he visto cuál era su balcón; tiene que ser el segundo, ¿A o B? Me importa una mierda. Llamo al A un montón de veces, hasta que me contesta una voz de mujer adormilada.

—Perdone... estoy buscando a Olga, ¿vive ahí?

—¿Olga... quién eres tú? —Joder, con la preguntita...

—Soy un amigo suyo; me llamo Eric, es que... —No me deja ni acabar.

—¡¡¿Eric?!! ¡¡¿Qué le has hecho, mamarracho?!! —Joder, qué fiera... sin duda es Julia.

—Supongo que eres Julia... verás, ha habido un malentendido y se ha ido de la discoteca, disgustada...

—Eres un desgraciado, como le hayas hecho daño, te mato...

—Yo... no sé dónde está... Por favor, Julia, estoy desesperado; necesito verla, saber que está bien, hablar con ella. Por favor, ayúdame a explicarle... —Empiezo a rogarle porque es lo que necesito: rogar porque Julia me ayude a volver a respirar.

—A ver, Eric, vale... tranquilo. No la he visto, no sé si está aquí. Pero conozco a mi amiga y, si está tan mal como imagino, no va a querer hablar contigo.

—No lo entiendes, la necesito, yo... la quiero. —Me sale sin pensar, pero es tan cierto, como las lágrimas que recorren mis mejillas.

—Eric, vamos a hacer una cosa. Yo voy a ir a su casa, hablaré con ella y prometo que te llamaré para decirte algo.

—No, necesito verla yo, por favor... yo... —No sé ni cómo expresarle lo mucho que me duele esta situación.

—Tranquilízate, vete y yo te diré algo. María está en casa, y no la podemos asustar ¿de acuerdo? —María, no había pensado en ella... joder.

—Vale, lo que tú digas pero, por favor, llámame para decirme que está bien. Por favor, Julia...

—Tranquilo, te llamaré. —Y corta la conversación dejándome destrozado.

Sin fuerzas para conducir, me siento en los escalones de su portal y me derrumbo, lloro como hacía años que no lo hacía. Lloro por el daño que le he hecho, por mi estupidez, por si la he perdido, lloro por lo mucho que la amo y por una historia que parece que se ha acabado antes incluso de empezar. Olga no se merece esto; soy un gilipollas. Tengo que solucionarlo, explicarle cómo y cuándo pasó lo de Ana... solo espero que me dé esa oportunidad.

JULIA

¡Me cago en toa su estampa! Estoy casi segura de dónde está Olga. Subo las escaleras hacia la terraza de dos en dos y, en cuanto abro la puerta, la veo. Está sentada en el suelo, llorando desconsolada como no la he visto nunca.

—Olga, cariño... —Levanta la cabeza y me rompe el corazón su expresión de dolor.

—Julia... yo... —Llora tan fuerte, que temo que la oigan desde la calle.

—Olga, ven aquí. Estás helada. —Consigo que se levante, la llevo hasta una de las hamacas y me tumbo junto a ella con una manta por encima.

—Me duele, Julia, me duele mucho...

—Lo sé, Olga, lo sé... pero tienes que tranquilizarte.

—No puedo, Julia, duele demasiado. —No hay manera de que deje de llorar, así que me limito a abrazarla hasta que se tranquiliza.

—¿Estás más tranquila?

—Ni te imaginas lo que me ha pasado...

—Sí que lo sé, Olga, Eric ha venido a buscarte...

—¡Que se vaya a la mierda! ¡Es un asqueroso, un mentiroso, un cabrón! —bueno, ahora ha

dejado de llorar y estalla...

—Vale, vale, tranquilízate... Eric, ha venido muy preocupado a buscarte... estaba hecho polvo, desesperado. —Se levanta como un muelle de la tumbona.

—Escúchame bien, no quiero hablar con él y no quiero que se acerque a mí o que sepa dónde estoy.

—Le he dicho que cuando hablara contigo, le llamaría para decirle que estabas bien, solo eso. Pero...

—¡Nooooo! ¡¿Me oyes?! ¡¡¡NO QUIERO!!!

—Olga, vas a despertar a todo el barrio, tranquila, cálmate. No lo llamaré si es lo que quieres. Pero, por favor, cuéntame lo que ha pasado.

Y, gracias a Dios, por fin se relaja un poco y me cuenta lo que Ana le ha dicho, pero no me creo una palabra de esa mofeta.

—Olga, sabes cómo es esa tía; no creo que sea cierto.

—Julia, vi la foto que Eric le mandó; era su torso, te lo puedo asegurar y el mensaje... no hay duda, es de él.

—Creo que tendrías que concederle el beneficio de la duda. Puede que ese torso sea suyo, que le mandara esa foto a la petarda, pero ella te puede haber engañado con los tiempos, Olga; esa tía está loca por Eric y seguro que te tiene envidia. Tú misma me lo has contado millones de veces.

—En el trabajo, nadie excepto Mireya, que nos pilló infraganti, sabe nada de lo nuestro, y te aseguro que nadie, nadie, sospecha nada. Si es que me lo esperaba...

—Olga, eres mi amiga y te quiero como a una hermana, pero desde el principio de lo tuyo con Eric, has estado esperando que te falle, que te engañe, no te creías que un chico como él pudiera estar contigo y creo que, a la mínima de cambio, has dicho «Ves, Olga, tenías razón», y ese convencimiento te ha llevado a creerte a pies juntillas lo que la tía esa te ha contado. Creo que tendrías que escuchar a Eric.

—Ni hablar. Me tienes que hacer un favor.

—Lo que quieras.

—Gracias, amiga. Necesito que te quedes con María y que me des las llaves de tu casa de Áger. Necesito alejarme, cambiar de aires, estar sola y pensar.

—No sé si es buena idea, mira, yo hablo con Carlos y nos vamos juntas...

—No, Julia. Te lo agradezco, pero esto lo tengo que pasar sola. Tengo mucho en lo que pensar. Mañana llamaré a María y... ya me inventaré algo. Por favor...

—Lo que necesites, pero ¿te vas ahora?

—Sí, no puedo esperar, no puedo quedarme aquí; me falta el aire, yo...

—Vale, tranquila. ¿Qué vas a hacer con el trabajo?

—Mañana, llamaré a Pilar; solo me adelanto las vacaciones dos días. No habrá ningún problema y, si lo hay, todo me da igual Julia...

—Vale, doy por hecho que no vas a entrar a tu casa para coger ropa...

—No, no quiero despertar a María; no quiero que me vea en este estado. Me compraré allí lo que necesite.

—Te entiendo. Lo que hay en la casa es tuyo, coge lo que necesites, pero te pido que me llames cada día porque supongo que vas a tener el móvil apagado... y por favor, piensa bien las cosas, medítalas y no te precipites o te arrepentirás.

—Sí, te lo prometo. Te llamaré cada día por la tarde y, Julia, júrame que no le vas a decir a nadie dónde estoy.

—Vale, te lo prometo por el niño Jesús.

—Te quiero, amiga, gracias por todo.

—Yo también te quiero, cuídate por favor y, si me necesitas, me lo dices y me planto allí en un plis plas.

Bajo a mi casa a por las llaves, algo de ropa para Olga y unas galletas Príncipe que le encantan. Ella ya me espera en la entrada del bloque. Son las cinco y cuarto de la mañana cuando Olga se marcha hacia Áger, como una furtiva. Creo que se está equivocando. Algo en el tono de voz de Eric me dice que estaba siendo sincero, pero no puedo hacer más que apoyar a mi amiga y rezar para que recapacite, que todo se aclare y deje de sufrir. Si hay alguien en este mundo que merece ser feliz, es ella.

OLGA

Cuando entro en la casa de Áger ya son más de las diez de la mañana. Tomo un café, me fumo dos cigarros y me armo de valor para hablar con María.

No le cuento la verdad. Se la maquillo un poco, pero es una chica lista y de nada me va a servir engañarla. Le digo que Eric y yo hemos discutido y que necesito un poco de tiempo y espacio. Dice que me comprende y que me quede tranquila. Y ya más calmada, me meto en la cama para intentar dormir y que pase este día de mierda.

Despierto a las cinco de la tarde, con la cabeza como un bombo y los ojos como dos corchos. Llamo a Pilar y le digo que el cansancio me ha pasado factura y necesito las vacaciones a partir de mañana y, por supuesto, no pone ningún impedimento.

El tiempo transcurre lento. Paso los días como una zombi. *¡Eoooo, Olguita, tengo algo que decirte!* No quiero saber nada de ti. *Pero... ¡¡CÁLLATE!!*

La primera semana, no salgo de la casa. Asalto la despensa y como cualquier cosa, que es bastante poco. Tengo el estómago cerrado y el corazón hecho trizas. Ayer por la noche encontré en un armario de la cocina una botella de cava, y me he pasado la noche bebiendo, fumando, llorando y comiendo gusanitos rancios.

La segunda semana, consigo dejar de llorar el tiempo suficiente para poder ir al pueblo a comprar algunas cosas. Hablo cada día con Julia y con María. En una semana, estarán aquí. Las echo de menos, mucho... y a Eric, también. Aún no entiendo por qué me hizo aquello. ¿Por un

polvo? No lo creo. Lo creí cuando me dijo que yo no era un juego, ni un reto para él. Lo creí porque lo vi en sus ojos. He llegado a la conclusión de que puede que no me engañara en sus sentimientos hacia mí, pero me mintió cuando me dijo que, desde antes de la verbena, no había estado con nadie. Me mintió no contándome que había tenido algo con Ana y me traicionó con una persona que sabe que odio, y ella me odia a mí. Lo hemos hablado montones de veces, y no tuvo escrúpulos a la hora de tontear con ella.

Cada vez que enciendo el móvil, tengo de veinte a treinta whatsapps de Eric y otro tanto de llamadas. No le contesto; no quiero hablar con él.

Hoy llegan María, Carlos, Julia y Judit. Estoy deseando verlos. La soledad me ha ayudado, pero estos tres últimos días me ha hundido. Me ducho, me visto y cuando estoy acabando de desayunar, los veo llegar, por fin...

Capítulo XXII

ERIC

La cagué, lo sé, pero ya está bien. Me parece una actitud muy infantil por parte de Olga. Las cosas se hablan como personas adultas, no escondiéndose. Lo he intentado todo: la he llamado, le he mandado whatsapps, mensajes y he intentado hablar con Julia. Nada ha servido y he tirado la toalla. Veintiún días llevo arrastrándome, veintiún días llevo sin dormir, sin comer y sin ser persona, pero se acabó. Me he emparanoyado con el tema y es hora de ser frío y pensar con la cabeza. Creo que Olga no quiere nada conmigo. Es la única explicación que tengo; ella, por sus inseguridades, estaba esperando que yo fallara y, a la primera de cambio, se ha podido dar la razón. No digo que no tenga razones para sentirse mal, pero cuando pasó lo de Ana, ella y yo no teníamos nada. Hasta el día de la verbena, no tuvimos un acercamiento y arrancamos a partir de ese día y, hasta hoy, no ha habido nadie más para mí que ella. No hay nada que tenga para reprocharme.

Joder, yo era un tío soltero, entiendo que no aguanta a Ana, pero ¿es para tanto? No entiendo tanto rencor. Solo omití una información que, por otro lado, tampoco estaba obligado a darle. Entendería un mosqueo, pero esto... ni de coña. Si no quiere escucharme, allá ella; dejo de fustigarme. Tarde o temprano vamos a tener que vernos, y ya veremos con qué cara me mira.

A dos semanas de volver a empezar a trabajar, aún no he salido de mi casa. Me metí aquí la noche de la jodida cena, y aquí sigo. Me he duchado alguna vez, he dormido alguna vez, he comido alguna vez y he bebido cada día.

El puto timbre empieza a sonar con insistencia. Ese es mi hermano Ángel; me tiene hasta los huevos de sermones y collejas.

—¡Que ya voy, joder! —Le abro la puerta con cara de pocos amigos, pero él no se achanta.

—Eres un capullo. Estás hecho una mierda; no cierres que aún queda gente por venir.

—¡Me cago en la puta! ¡Son las ocho de la mañana! ¿A quién has avisado, Ángel? No quiero ver a nadie, estoy hasta los huevos de ti y de todo el mundo.

—Y nosotros estamos hasta los huevos de ti. Soy tu hermano y te quiero. Por eso, esto se acaba

aquí. Ve a la ducha; voy a preparar el desayuno y, en dos minutos, vendrán Toni y Jaume que están aparcando, y nos vas a escuchar, por mis santos cojones que esta vez nos vas a escuchar. ¡Andando! —Joder, hace años que no veo a Ángel tan cabreado. ¡Y cómo impresiona! No tengo ganas de discutir, mejor le hago caso.

Cuando salgo de la ducha, Jaume y Toni ya han llegado. Me miran serios. Ellos siempre están de cachondeo y, verlos así, me afecta. Nos sentamos a desayunar y ninguno de los cuatro abrimos la boca. La verdad es que mi hermano se lo ha currado, ha hecho tostadas, tortillas y ha traído embutido y churros. Es la primera comida decente que hago en veintiún días.

—Ahora nos vamos a sentar en el sofá. Enseguida traigo la cafetera. Delante de un buen café, todo parece menos malo —dice mi hermano, rompiendo el silencio. Esas palabras que Ángel ha dicho son algo que nos dice siempre mi madre, que es una cafetera empedernida. Para ella, con un café delante, se habla mejor y las penas se aclaran.

—Si tú lo dices... pero te aseguro que esto no lo arregla un café, aunque una buena botella de whisky...

—¡Ni whisky, ni hostias, Eric! A mí me parece que ya te has bebido todo el whisky de Malta y alrededores. Ahora toca serenarse y escuchar, porque te vas a callar y nos vas a escuchar. Tira para el sofá a tomar un puñetero café. ¿Estamos?

—Vale... —Está bien cabreado, sí.

Y durante la siguiente hora, hablamos de mi situación; me quieren ayudar y por eso los quiero más, si cabe.

—Eric, te queremos y te conocemos, y este no eres tú. Tú no actúas así, escondiéndote.

—No me escondo, solo que no me apetece salir. Estoy de vacaciones y hago lo que me sale de la polla.

—Mal vamos, si no nos haces caso. —Jaume se está desesperando.

—No eres un monstruo, Eric, no te tortures más; solo la cagaste al no sincerarte con ella, pero para ella sí ha sido una traición y también tienes que entenderla.

—¡Pero, si quiero explicárselo y no me deja, joder!

—¡Pues claro, Eric! ¿Recuerdas lo que te dijo mamá? Olga, tiene una mochila que tú no tienes, los años le han dado una sabiduría que tú no tienes, pero también atesora unos miedos que tú no has sabido entender, por no hablar que va con pies de plomo porque, te recuerdo, que tiene una hija.

—Ya lo sé...

—Las has pasado canutas estos días, pero es un tiempo que Olga necesitaba. No ha debido ser fácil para ella. Se habrá sentido traicionada, confusa y cabreada, fijo.

—¿Y si cuando nos volvamos a ver no quiere saber nada de mí?

—Será su elección, Eric, y por mucho que te duela, lo tendrás que aceptar.

—¿Y qué hago hasta entonces? Estoy desesperado.

—Serenarte ante todo, levantar la cabeza y perdonarte. No has matado a nadie, te equivocaste y

ya está.

—Lo que no entiendo es que Ana tenía información de los pasos que he dado con Olga, y ha utilizado los tiempos para hacerle daño. ¿Cómo sabía ella que el día de la verbena fue nuestro «punto de partida» y cómo sabía que estábamos juntos? Del curro, solo lo sabía Mireya y confío en ella cien por cien, en vosotros y en todos los demás. Ninguno la conocéis... No lo entiendo, por más que me rebano los sesos, no lo entiendo... —Jaume y Toni aún no han hablado, pero veo que se miran entre ellos. Algo me esconden.

—Verás, Eric..., el otro día después del entreno, por cierto, el entrenador está fino contigo, el caso, es que nos fuimos a tomar algo, y Paco iba acompañado. Cuando nos presentó a la chica dijo que se llamaba Ana, que era joyera y que había hecho las prácticas en tu empresa, que te conocía. Lo cierto es que Paco lo dijo con total naturalidad, pero la cara de la chica cambió, como si hubiera desvelado algo que no debía... —Por fin entiendo lo que ha pasado.

—¡Me cago en la puta! Ahora lo entiendo todo. Paco me ha traicionado; le ha contado todo a la niña esa. Claro que tenía información, joder ¡de primera mano! —Me levanto y camino por el salón. Estoy que me subo por las paredes...

—Para el carro tío. Paco no sabía nada, no lo hizo a propósito. La conoció en el bar al que vamos siempre y supongo que le contó un poco sobre todos nosotros, solo que a ella le interesabas solo tú. Cuando hablamos con tu hermano, atamos cabos y le contamos a Paco lo que sospechábamos. Te juro que Paco se quedó a cuadros. Evidentemente, no ha vuelto a quedar con ella. Ahora ya sabes que esa tía está obsesionada contigo y con Olga, y ha utilizado a Paco. El pobre está destrozado. Estamos seguros de que, al contarle el rollo de la foto a Olga, mintió con la fecha, seguramente le dijo que era reciente para que se sintiera engañada por ti.

—Ahora entiendo muchas cosas y recuerdo que, hace un par de días, recibí varias llamadas de Paco. Supongo que quería explicarme su metedura de pata. Bueno, la verdad es que ahora me siento más tranquilo y entiendo un poco mejor a Olga. Yo le dije que desde semanas antes a la verbena no había estado con nadie, y la información que le dio Ana hizo que se sintiera engañada... Joder, cree que le mentí, ahora cuadra todo. Mi princesa tiene que sentirse fatal... pobrecilla...

—Pues sí. En cuanto lo supimos vinimos a hablar contigo, pero no nos abriste la puerta ni cogiste el teléfono.

—Ya... gracias a los tres. Me habéis abierto los ojos...

—¿Qué vas a hacer? Miedo me da tu cara, hermano.

—Olga me va a escuchar, ¡vaya si lo va a hacer! Ahora mismo me voy a su casa a averiguar algo.

Cojo las llaves de la moto y me voy para casa de Olga. Una amable señora me dice que, tanto Olga como Julia, se han ido de vacaciones. Uso mi encanto con la entrañable señora, hasta que consigo que me dé el número de teléfono de Julia y la llamo. Después de hablar largo y tendido con ella, aguantar gritos e insultos varios, le explico el malentendido y me dice dónde están.

Llego a mi casa, con esperanzas renovadas, cojo una mochila con ropa y me meto en el coche, dispuesto a todo. Prepárate, Olga, que voy hacia Áger.

JULIA:

¡Madre mía, en el lío que me he metido! Eric me ha convencido. Lo he escuchado y le he creído... aquí se va a liar la Mari Morena, pero no me arrepiento. Cuando llegamos ayer y vi a Olga, se me cayó el alma a los pies. Estaba demacrada, y María, cuando la vio, se abrazó a ella llorando. La he escuchado y después de hablar con Eric, entiendo el malentendido y entiendo el dolor de mi amiga, pero tiene que hablar con el pobre chico. Ninguno de los dos está bien. Eric tiene que explicarse para sacar a Olga del error. Al principio dudé de esta relación, tenía mis miedos, pero he hablado dos veces con Eric y ese chico, quiere de verdad a Olga, y mi amiga se merece que la quieran así. Por eso, aunque ella no quiera, va a tener que enfrentarse a Eric y escucharlo. Esta historia merece la pena y yo voy a hacer de Celestina. El plan está claro. Ahora solo me queda hablarlo con María y ponerlo en marcha.

Capítulo XXIII

OLGA

Es el primer día de veintiuno que me levanto sin haber pasado la noche llorando. Ayer, Julia, María, Judit y yo hicimos noche de chicas y me sentí bien, las necesitaba tanto...

Hoy Carlos y Judit se van a acercar a Balaguer a visitar a un primo de Carlos; María y Julia, prefieren quedarse conmigo. Nosotras tres hemos decidido irnos a una explanada para ver despegar parapentes. Nos vamos a llevar la comida para pasar el día al aire libre, a ver si cojo un poco de color que estoy blanca. *Más blanca que las tetas de una monja, Olguita.*

Hago tres bocadillos, cojo olivas, patatas, galletitas saladas, refrescos, vino, y salimos para allí.

Hoy noto a María más contenta, me abraza continuamente y da saltitos por toda la casa. Mi niña me necesitaba, pero seguro que no tanto como yo a ella. Estoy emocionada con el día que tenemos por delante.

Cuando llegamos, la explanada está bastante concurrida. Hace un día fantástico, me estiro a tomar el sol y el cansancio me vence. Han sido muchos días de agotamiento físico y mental, y caigo en un sueño de lo más agradable.

Unas risas me despiertan. Abro los ojos, y veo a unos chicos jóvenes que se preparan para despegar en parapente, divina juventud... Deben tener la edad de Eric... mi Eric. Cierro los ojos y me permito, por un momento, recordar sus besos, sus manos sobre mi piel, sus palabras, sus promesas...

—Hola, bella durmiente... —¡Hostia!, me levanto de golpe y miro a la persona que tengo al lado... Eric. Mi Eric está aquí.

—¿Qué haces tú aquí?! —Madre mía, qué guapo está... *Céntrate Olguita, que te pierdes ¿Dónde estabas tú hasta ahora so jodía? Malita de tristeza...*

—He venido a que me escuches y a escucharte yo también a ti. Tenemos que hablar, Olga.

—No tenemos nada de qué hablar... Vete. —*No te pongas tan digna, que no estamos en un buen momento, escúchalo, Olga, te estás equivocando y ahora tienes la oportunidad de arreglarlo. ¿Me has llamado Olga!? Esto es serio, Olga, fuera cachondeo, escucha y piensa.*

—De eso, nada. Me vas a escuchar, aunque tenga que atarte a mí y coger un parapente para que

no te me escapes. —En ese momento, me doy cuenta de que Julia y María no están por ninguna parte.

—¿Dónde...? —Eric, sonríe.

—Vendrán en un rato, cuando hayamos acabado de hablar.

—Pero..., ellas... ¡No me lo puedo creer! —Son unas traidoras. *Nos quieren ayudar, Olga, déjalo hablar...*

—Me han ayudado, sí. Te quieren demasiado para verte así.

—¿Has hablado con Julia? —Sé que va a decir que sí.

—Sí y con María también. Tienes una hija estupenda, Olga. —¡Aix, la leche! Que se me ablanda el corazón; ha hecho todo esto por mí...

—Bueno... ya que estás aquí, di lo que tengas que decir. —*Bien, Olga, vamos bien.*

—De eso nada. Vamos a hablar los dos, y vas a empezar tú, luego yo remato, sácalo todo. Te escucho.

—Me engañaste Eric, y lo peor de todo, es que yo te creí... Con Ana. Es de lo peor que me podías hacer...

—Olga, antes de darte ninguna explicación, te voy a contar algo de lo que me he enterado hoy.

Cuando Eric me cuenta, las cosas que hoy mismo ha sabido por boca de sus amigos me pongo furiosa. Con Ana, por supuesto, pero conmigo misma también; tendría que haber sospechado de ella, es una víbora. Aunque eso no quita que me duela que Eric se hiciera esas fotos para ella y le siguiera el rollo. *Olga, la hemos cagado, pero bien por no escuchar...* Pues bonita, se supone que tú eres mi conciencia. ¡Tendrías que haberme avisado o algo, ¿no?! *¡Tranquilita, en estas tres semanas no has querido ni escucharme!* He tenido callada a mi conciencia todo este tiempo. No quería escuchar; estaba ofuscada, dolida y puede que haya sido algo injusta.

—Pero... ¿por qué?

—Por odio, por envidia, no lo sé, Olga.

—Yo... sé que tendría que haberte escuchado, pero me mentiste...

—No, Olga, no te mentí. Fue algo de mi pasado que no te conté. ¿Que por tratarse de Ana lo tendría que haber hecho? Pues sí, y sé que, si te lo hubiera dicho, te habrías mosqueado y nada más. De eso soy culpable, lo reconozco, pero Ana te engañó con la fecha. Tu reacción es perfectamente lógica Olga; no tengo nada que reprocharte.

—Lo siento, Eric. Tienes razón, me hubiera enfadado, pero no habría llegado a más. Eric, cuando me dijo que hacía apenas dos semanas de aquellas fotos, cuando las vi, cuando leí el mensaje, yo... me sentí tan mal, tan dolida, tan estúpida...

—Lo siento. Siento no habértelo contado. Si lo hubiera hecho, le podrías haber cerrado la boca y nada de esto hubiera pasado. Yo tengo la culpa de todo el daño, de todo el dolor, que esto nos ha causado.

—No es cierto, Eric. Sí, tendrías que habérmelo contado, pero yo debería haberte escuchado en vez de huir. Lo lamento tanto, Eric...

—Deja de lamentarte. Olga, yo... te quiero. Te quiero, como no he querido nunca a nadie. Estas semanas han sido devastadoras. Pensar en que te había perdido... Casi me muero de la angustia.
—*¡Se acaba de declarar, Olga! ¡Reacciona, niñaaa!*

—Eric, yo también te quiero. Creo que hace mucho que lo hago; si no fuera así, no habría sentido tanto dolor estos días. Han sido las peores tres semanas de mi vida.

—Ven aquí preciosa, necesito tocarte. Y no te preocupes; ya nos vengaremos de esa arpía.

Nos fundimos en un abrazo que pronto nos sabe a poco y nos buscamos la boca desesperados. Sus besos me saben a gloria bendita y entro en un estado de éxtasis que se ve interrumpido por un montón de aplausos que suenan a nuestro alrededor. Nos separamos avergonzados y vemos a Julia y a María llorando y aplaudiendo junto con toda la gente de la explanada. Entonces Eric se levanta, me da la mano para que yo haga lo mismo y se arrodilla ante mí.

—Olga, te quiero. Le he pedido permiso a María para hacer esto...

—Me muero de vergüenza, Eric...

—Una vez te dije que no daría ni un paso atrás y ahora quiero dar uno hacia delante... Olga, ¿quieres casarte conmigo? —Un «¡Ooooh!» generalizado, se oye a nuestro alrededor. Todo el mundo está expectante.

—Sí, Eric, quiero dar ese paso contigo. Sí, quiero casarme contigo.

Y entre «bravos» y «ooohs» sellamos el momento con un beso. *Estoy muy orgullosa de ti, Olga, espero tomarme unas vacaciones ahora que ya estás encarrilada, porque, monina, me tienes agotáaaaa.*

Un año después

Todos corremos de un lado a otro como locos. A las 12 en punto, tenemos que estar preparados. A las 12 vendrán a casa los padres de Eric, su hermano, su cuñada y su pequeñajo de seis meses, mis padres, mis hermanos, cuñados y sobrinos y, por supuesto, nuestros amigos, los míos y los suyos. Somos una pandilla de lo más peculiar. Nikolai asistirá con su novio. Su salida del armario fue triunfal, hasta tal punto que, en cuanto se supo en la empresa, su jefe le tiró la caña, y hasta ahora. También viene Paco, el muy arrepentido amigo de Eric. Todo está olvidado y Ana tuvo su merecido. Nada de gritos, ni malas palabras, solo un plan triunfal:

A las dos semanas de volver de Áger, Paco la llamó y quedó con ella. Cuando Ana entró en el reservado del bar donde habían quedado, estábamos todos esperándola. Se quedó clavada en el sitio mirándonos a todos y, por último, la mano de Eric y la mía, unidas. Simplemente, las levantamos y le enseñamos los anillos de compromiso. Entonces, todos nos echamos a reír, y Eric y yo nos besamos. Se vio tan humillada que salió pitando de allí. De eso ya hace un año. Un año que ha sido perfecto. Nos casamos a los tres meses de la petición. Y un mes después, iniciamos los trámites para adoptar a Nuipa, una preciosa congoleña de dos años. Llegamos hace dos días del Congo, y hoy vienen todos a conocerla. María está loca de contenta con su hermana. Al principio, no me gustó la idea de que viniera con nosotros al Congo, pero Eric me convenció y ha sido genial pasar esta experiencia con ella.

Nuestra vida es perfecta. Nos compramos una casa antigua reformada, en el centro y el piso se lo quedó Mario, que también ha rehecho su vida con una chica estupenda.

Pilar se jubiló y me puso al cargo de la tienda. Todo ha salido bien. Eric está como loco con María y con Nuipa, y me trata con tanto amor y cariño que a veces me hace llorar de felicidad.

Cuando conocí a mis suegros, me gustaron al momento, y Eric también le cayó bien a los míos, y así ha pasado ya un año, lleno de alegría y amor.

—Cariño, María, dice si le pone el vestido rojo a Nuipa, ese que le compramos en el aeropuerto..., joder, Olga, estás preciosa, ven aquí... —Se acerca por detrás, me coge de las caderas y se pega a mí. *Y preparado para el ataque, Olguita, como siempre... Calla so guarra...*

—Eres incorregible e insaciable, ¡ah!, y perverso también. ¿No has tenido bastante con esta mañana y con anoche?

—Nunca tengo suficiente de ti; te quiero, eres mi vida, te adoro y me encanta tu cuerpo, y

eres...

—Ja, ja, ja vale, vale... anda, que las niñas están aquí al lado. Por favor, dile a María que le ponga a Nuipa el vestido que quiera.

—Vale... ¿estás nerviosa?

—No... bueno, un poco ¿y tú?

—No, contigo a mi lado todo es perfecto, y estoy preparado para cualquier cosa. Ni un paso atrás, ¿recuerdas?

—Ni un paso atrás.

Agradecimientos

Escribí este libro pensando en las mujeres que no se conforman con una vida que no desean y luchan por la felicidad que merecen.

Solo se vive una vez; hagamos lo que nos hace felices para que, cuando tengamos ochenta años y miremos atrás, nos arrepintamos de lo que hicimos, no de lo que no hicimos. Y escucha la voz de tu conciencia, aunque te saque de quicio, ella es la única que te conoce de verdad.

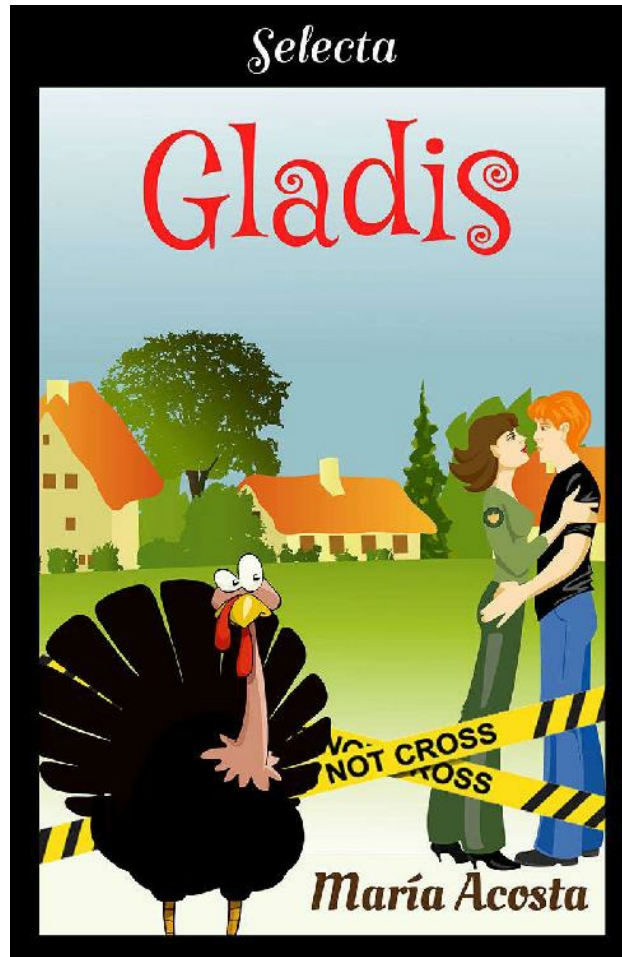
Agradezco, como siempre, el apoyo moral de mi familia y de mi editora, Lola Gude, por estar siempre ahí.

Al equipo de Penguin Random House que hay detrás de cada publicación porque, gracias a su trabajo, nuestros sueños se hacen visibles.

Y, por supuesto, a quien eligió mi libro dándome su voto de confianza. Espero que te guste, lo escribí para ti.

Si te ha gustado
Ni un paso atrás
te recomendamos comenzar a leer

Gladis
de *María Acosta*



A Valeria Garza le encantaba ese momento del día; esos deliciosos segundos en que podía remolonear en la cama antes de que sonase la alarma de su teléfono móvil. Podía disfrutar del silencio, enrollada cual oruga bajo las sábanas, sin ser molestada por la tenue luz del amanecer que entraba por la única ventana del dormitorio y atravesaba el taller de costura de su abuela para detenerse a los pies del gran lecho.

Aquel día, Vale se sentía especialmente cómoda. Notaba un cálido peso a la altura del estómago que la mantenía anclada a la cama...

Abrió los ojos y lo primero que vio fue una cabeza calva, una mirada oscura que parecía juzgarla y un pico.

La mujer se sobresaltó y reculó instintivamente, mientras una pava de color negro y siete kilos de peso saltaba de su vientre a la cama y de ahí al suelo.

—Joder, Gladis, te tengo dicho que no me despiertes así —espetó, irritada. El animal la ignoró y se dirigió sin más a la salida—. Claro, ya has cumplido tu misión y ahora te largas, ¿no? ¡Te habrás quedado a gusto, bonita!

Vio desaparecer la cola emplumada por la puerta y salió de entre las sábanas, refunfuñando. Cada vez que le daba la gana, le hacía lo mismo. Llevaban ya más de un año conviviendo y aún no lograba acostumbrarse a esas manías de la pava. ¿Cómo había lidiado su abuela con ella durante tantos años?

Por inercia, la mujer dirigió sus ojos castaños hacia la blanca pared, donde no había cabecero, y allí encontró la respuesta: una colección de fotos de Gladis decoraba aquel rincón de la habitación, como si de un mural honorífico se tratara... No podía haber dudas de cuánto la había querido su yaya.

Suspiró y se puso a hacer la cama. Apenas había terminado cuando su teléfono sonó, pero no era la alarma; esa no sonaría hasta dentro de cinco minutos, así que más le valía atender pronto la llamada:

—Garza —contestó, adoptando por costumbre un tono profesional.

—Vale, soy Matías. En estos momentos voy para tu casa; Benja acaba de llamarme para pasarme un caso. Han encontrado un cadáver en el molino viejo.

—¿¡En el museo!?! —Frunció el entrecejo, al tiempo que echaba mano de los pantalones que estaban doblados a los pies de la cama—. ¿Quién es la víctima?

—Sofía Alapont. Susana la ha encontrado cuando llegaba para preparar los tours del día.

—¿Ella está bien?

—La están atendiendo en el ambulatorio; estaba muy nerviosa cuando llamó y Benja ha tenido que llevarla, después de que le diese un ataque de asma.

—Joder, no me extraña —resopló, poniéndose la camisa—. ¿Criminalística ya está allí?

—Estarán cuando lleguemos: Benja les llamó antes de salir a atender el aviso.

—Muy bien, pues termino de vestirme y bajo enseguida. Nos vemos en la verja.

—Hasta ahora —se despidió su compañero y la llamada concluyó ahí.

Valeria guardó el teléfono en su bolsillo y terminó de ponerse el uniforme. No había mucho tiempo para arreglarse —gracias a Dios tenía la costumbre de ducharse cada noche, lo cual le ahorrraba mucho tiempo por las mañanas— así que simplemente se lavó la cara, recogió su corta melena negra en un moño sencillo y se caló la gorra.

Salió del dormitorio y recorrió el pasillo hasta la puerta principal. No se molestó en cerrar con llave al salir, pues en un pueblo como L'Hort eso no era necesario. Además, nadie era tan tonto como para robar en casa de un guardia civil.

Cuando alcanzó la verja, diez minutos después, Matías la estaba esperando en el coche; la recibió con un «buenos días, mi teniente», y una sonrisa que le llegaba hasta los ojos, que eran de un bonito tono aceituna. El flequillo oscuro le caía hasta las cejas y su cuerpo de coloso desbordaba por poco el asiento del conductor: medía casi dos metros y pesaba noventa kilos. En palabras de Nati, su mujer, era «un verraco de tío, pero más bueno que el pan».

—Toma —dijo el sargento, pasándole con expresión de disculpa una de las magdalenas que su esposa le ponía cada mañana en la fiamblera—. Hoy no te he dejado desayunar.

—Gracias.

—Hay café recién hecho en el termo, bajo el asiento.

Ella asintió, mientras se llevaba la magdalena a la boca. Disfrutó del sabor y de la agradable textura del postre casero; Nati tenía unas manos de oro para los dulces... Ventajas de ser la repostera del pueblo.

Matías pisó el acelerador y se pusieron en marcha. Al pasar, la teniente se despidió de Gladis: la pava estaba encaramada en un extremo de la valla de piedra que circundaba la granja y su dueña sabía que se pasaría el resto del día allí, vigilando, con algún descanso ocasional para comer o dormir a la sombra de la morera del patio de atrás.

Si, Gladis tenía sus defectos, pero se tomaba muy en serio el trabajo de pavo guardián.

El museo de Arte e Historia Rural de L'Hort, conocido por todos como «el molino viejo», llevaba en pie desde la Edad Media.

En sus orígenes, toda el área había formado parte de los terrenos de un monasterio habitado por una congregación de monjas devotas de santa Lucía. La desamortización de Mendizábal había dividido el otrora latifundio en varias parcelas y de ahí había surgido el municipio actual, cuyo emplazamiento hacía honor a su nombre al estar ubicado donde antiguamente se hallaba el huerto de las monjas. Del viejo monasterio solo quedaban en pie la iglesia —en lo que ahora era el centro del pueblo—, el cementerio, reconvertido en municipal, y el molino, que llevaba en manos de la familia Alapont desde hacía casi dos siglos.

El viejo molino de agua se alzaba junto al río Malavert, afluente del Segura. Estaba situado justo a un kilómetro de L'Hort y rodeado por un extenso bosque de pinos. Era una construcción de piedra de dos plantas, con base cuadrada y un tejado de tejas de arcilla roja. Se podía acceder a él atravesando el bosque a pie, usando un antiguo sendero conocido como «el camino de las

monjas». Pero normalmente uno tomaba el coche y recorría la pista de tierra que conectaba con la carretera principal del pueblo, para aparcar finalmente en el espacio destinado a los visitantes, junto al edificio principal.

Matías dejó el todoterreno allí, al lado del vehículo de la unidad de Criminalística. Vale y él bajaron del coche calándose los guantes de látex y fueron directos a la escena del crimen.

En el interior del molino, el olor a muerte no podía disimularse. Era nauseabundo y ambos agentes tuvieron que taparse la nariz para poder avanzar... Al menos hasta que lograron acostumbrarse. A su alrededor, los técnicos del laboratorio de Alicante se habían hecho con el control del edificio y trabajaban meticulosamente y en silencio: vieron dos técnicos en la planta alta y dos más en la baja. En el centro de la estancia había un enorme cajón de piedra circular, donde en tiempos remotos solía molerse la harina. El mecanismo original —tres gruesas piedras colocadas en vertical, al estilo romano, y unidas a un eje central de madera por una serie de ejes horizontales más pequeños— aún seguía en funcionamiento; se usaba únicamente para agasajar a los visitantes y que estos pudiesen llevarse a casa un saquito como recuerdo.

De entre las piedras vieron surgir al doctor Castellar, el médico forense. Era un anciano afable y muy riguroso en su labor científica. Resultaba inconfundible enfundado de pies a cabeza en el uniforme de su unidad, el cual, unido a su metro y medio de estatura, le daba el aspecto de una judía blanca gigante.

Matías y Vale se acercaron hasta él y al hacerlo tuvieron una visión explícita del cadáver: la mujer estaba encogida dentro del cajón. Había sangre en el interior del mismo, por todo el cuerpo y en las tres piedras, las mismas que presumiblemente habrían triturado a la víctima hasta morir.

No era un espectáculo agradable de ver.

—¡Madre mía! —Vale retrocedió un paso e intercambió una mirada consternada con Matías.

—No me extraña que a Susana le diese un ataque —comentó este, horrorizado.

—Aquí pasó algo muy feo —declaró el forense, y alzó su mirada, azul como la de un gato siamés, para dirigirse a los agentes—. La autopsia lo aclarará, pero si no la mató la caída lo hicieron las ruedas... El mecanismo estaba funcionando cuando ella cayó. El *rigor mortis* indica que lleva muerta poco más de un día.

—Así que se ha pasado aquí la mitad del fin de semana —dijo Vale, haciendo una mueca—. Los domingos el museo está cerrado y nadie pasa por aquí.

—Fuera lo que fuera, tuvo que ocurrir el sábado de madrugada —señaló el doctor y con un gesto les indicó la ropa de la víctima—: minivestido de lentejuelas y zapatos de tacón... No es la clase de atuendo que una mujer usa para quedarse en casa.

—A menos que lo haga acompañada —musitó Matías.

—Es una hipótesis. No se puede descartar nada aún, sargento. Pero, visto lo visto, tengo mis dudas de que esto haya sido un accidente.

—Lo investigaremos a fondo —dijo Vale. A continuación, miró a su compañero y le indicó con la cabeza el piso de arriba—. Vamos a echar un vistazo, doctor. Le dejamos para que trabaje en

paz.

El forense asintió y siguió a lo suyo. Vale y Matías subieron las escaleras que había a la derecha de la entrada y accedieron a un pequeño rellano. No había nada allí, salvo dos puertas que se abrían una a cada lado y un gran botón rojo que sobresalía de la pared, junto a la barandilla: dicho botón ponía en marcha las ruedas del molino. Los agentes se lo quedaron mirando con aprensión, antes de decidirse a investigar la oficina; la puerta que había a su lado nada más subir era la del aseo, que aparte de estar ocupado por un técnico del laboratorio, no parecía nada prometedor.

La oficina, por su parte, podía contener información. Era un espacio amplio y escrupulosamente ordenado, con el suelo original de piedra y las paredes encaladas. Había una mesa de madera en el centro con su correspondiente silla y tres de las cuatro paredes estaban ocupadas por estanterías y archivadores.

—Un lugar inmaculado —notó Vale, mirando a su alrededor—. No hay ni un solo papel fuera de su sitio.

—No estoy seguro de que Alapont trabajase aquí —declaró Matías, frunciendo el ceño—: he tratado con ella varias veces y era bastante despreocupada. De hecho, en el pueblo tenía esa fama.

—Pero tal vez era meticulosa en su trabajo. O quizá esta sea la oficina de Susana; conociéndola, lo que veo aquí me cuadra mucho con ella.

—Puede ser. —Matías se encogió de hombros, mientras se acercaban a examinar la mesa y los archivadores de alrededor, procurando no estorbar ni interrumpir el trabajo de los compañeros que ya estaban allí. Tras varios minutos de búsqueda, esta se reveló infructuosa—: aquí solo hay facturas y material de oficina. Me parece que no vamos a sacar mucho de este sitio.

—Estoy de acuerdo. Mejor bajemos y echemos un vistazo a la vivienda de la víctima: si estuvo acompañada, las pruebas podrían estar ahí.

Matías asintió y ambos volvieron a descender hasta la planta baja. Allí hablaron con uno de los técnicos, que les entregó las llaves de la casa —las habían embolsado junto con el resto de pertenencias halladas en el bolso de Alapont— y los hizo firmar en el registro para que quedase constancia. Abandonaron el molino y fueron directos a la residencia de Sofía, que se encontraba a escasos metros, saliendo a la derecha: era una construcción de piedra de una sola planta, con un bonito tejado de pizarra azul.

Nada más entrar, se confirmaron sus sospechas: allí no había ni rastro del orden que imperaba en la oficina.

—¡Caray! —dijo Vale, sorprendida.

—Está claro que no le gustaba recoger. —Matías miró contrariado a su alrededor y al posar sus ojos en el fregadero, hizo una mueca—. Dios, si yo me dejase tantos platos sucios en la pila, mi Nati me dejaba sin magdalenas un mes.

—No estamos aquí para juzgar —afirmó, esbozando una sonrisa al ver la expresión de su compañero—. Anda, vamos a dividirnos el trabajo y así acabamos antes.

—Sí, será lo mejor.

Vale le dejó a Matías la inspección de la cocina y el salón comedor, mientras ella se ocupaba del baño y los dos dormitorios. Llevaron a cabo un registro meticuloso, pero no parecía que hubiese allí gran cosa para encontrar. La casa estaba limpia a pesar del desorden, y había sido decorada con buen gusto: alternando piedra y madera, con un estilo rústico y acogedor. No era muy grande, así que no tardaron mucho en concluir su tarea:

—¿Algo interesante? —inquirió Matías, apareciendo una hora después en el umbral de la habitación principal.

—Nada. —Meneó la cabeza, decepcionada—. Algunas facturas y papeles personales, pero nada fuera de lo común. Eso sí, a la víctima le gustaban las figuritas y no era muy aficionada a recoger la ropa del suelo... Aparte de eso, no hay pruebas que indiquen que haya tenido compañía este fin de semana. ¿Tú has tenido más suerte que yo?

—¡Qué va! Si tuvo una cita, desde luego no fue en esta casa: en el fregadero solo hay platos para uno... Pero he encontrado su colección de vinos en la alacena: parece que Alapont era fan del tinto del Vinalopó.

—Tenía buen gusto —alabó Vale. Tras unos segundos de pausa, la teniente se llevó las manos a las caderas y recapitulando, añadió—: Me parece que aquí hemos terminado. Dejemos que Criminalística haga su trabajo y volvamos al cuartelillo; hay que hacer el informe y ver qué más podemos averiguar sobre la víctima, antes de pasarnos a interrogar a Susana.

Matías asintió, conforme.

—Cuando acabemos con ella, será buena hora para visitar los bares y discotecas de la zona. Sugiero empezar por el bar de Tano: es el más cercano y los sábados por la noche hay discoteca hasta las cuatro. Además, Tano tiene muy buena memoria para los clientes: si la víctima estuvo allí, seguro que se acuerda.

—Bien, pues ya está todo dicho.

Vale le hizo un gesto a su compañero y los dos abandonaron el dormitorio. Al salir de la casa, cerraron la puerta principal con llave y regresaron al molino para devolver las llaves al mismo compañero de antes. Estamparon una vez más su firma en el registro y volvieron al coche para poner rumbo al cuartel.

Aquel iba a ser un día ajetreado.

Cuando la decisión de cambiar está en uno, nada será tan fácil como parece.



Olga es una mujer que tiene su vida hecha. Esposa, madre y con un buen trabajo, siente que lo que tiene no es lo que esperaba. Y no se debe al trajín de la rutina diaria, sino a darse cuenta de que los sentimientos son algo más que mariposas en el estómago. Decidida a tomar su propio rumbo, luchará por lo que siente aun sabiendo que la culpa, los miedos y las dudas serán sus compañeras en el camino.

Eric es un hombre guapo, divertido y sexi que conoce muy bien el efecto que causa en las mujeres. Sin embargo, cuando descubre que él también es capaz de amar, hecho un lío y asustado, se aleja. Pero pronto se dará cuenta de que la distancia solo era una excusa para no reconocer sus verdaderos sentimientos.

En cuestiones de amor, el cerebro y el corazón van por separado, pero si decides pasar de todo y luchar, la felicidad se va a abrir paso en tu vida y puede que hasta llegues a decir: ¡bendita conciencia del demonio!

Pilar Piñero Mateo es una escritora catalana que nació en Barcelona el 10 de julio de 1971. Ejerció durante quince años de educadora infantil y actualmente es escritora. Reside en L'Espluga de Francolí, Tarragona, con su amor de juventud, sus hijos y un perro. En verano de 2016, decidió aventurarse a escribir sobre el amor por ser un sentimiento que conoce bien y, como lectora empedernida y escritora de novela romántica, un final feliz es imprescindible en sus historias. Próximamente, el grupo editorial Penguin Random House y Selecta, publicaran su primera novela *Voy a volverte loco* y posteriormente lo hará *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Pilar Piñero Mateo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-78-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Ni un paso atrás

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Un año después

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Pilar Piñero Mateo

Créditos